

Selecta

*Al Diabolo
con la
Muerte*



Iris Romero Bermejo

Al Diablo con la Muerte

Iris Romero Bermejo

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

*Mi segunda novela te la dedico a ti, mamá.
Por no perder la sonrisa incluso cuando la vida te pone la zancadilla.*

Capítulo 1

Mi cita

Edimburgo, 1788

Mi cita se está retrasando. Compruebo que el sol se está poniendo en el horizonte, desapareciendo entre los edificios de piedra gris. Admiro una vez más el castillo, imponente y majestuoso. Frunzo el ceño enfadada. Nadie me hace esperar. Estoy tratando de decidir si seguir aquí sentada o irme cuando siento que alguien me toca levemente la espalda. Es difícil cogermé por sorpresa, pero parece que lo ha conseguido, porque doy un respingo en mi asiento.

—Mi *amol*, perdona la espera —me susurran al oído antes de que me dé tiempo a darme la vuelta y conocer la apariencia de mi cita—. Unos asuntos han requerido mi presencia.

Enderezo la espalda y me giro. Unos ojos negros penetrantes me observan de arriba abajo sin temor, con lascivia incluso. Echo mi melena oscura a un lado y me levanto para saludarlo. A pesar de llevar unos tacones altos, el misterioso cubano que tengo ante mí me saca al menos una cabeza. Va bien peinado, sigue la moda de esta época, y luce un traje elegante. Si no fuera porque todos mis vestidos son hechos a medida por el mejor sastre de Londres, casi me sentiría algo intimidada. Pero no, a pesar de estar junto a él, levanto muy digna la barbilla y le hago frente. Llevamos demasiado tiempo que nos damos esquinazo y evitamos esta obligada reunión para no tener que conocernos. Reconozco que la culpa ha sido solo mía. Cada vez que recibía su invitación, yo la declinaba amablemente. Pero me ha obligado y parece ser que, por asuntos de trabajo, debemos conocernos al fin.

—Encantada —me presento y le doy un recatado beso en la mejilla. Decido ignorar, por mi bien, que sujeta mi estrecha cintura con demasiado interés.

Podría jurar que me está acariciando la piel a través del vestido con sus dedos, que por cierto arden. Siento cómo el calor que desprenden atraviesa el delicado tejido.

—No, el placer es solo mío, mi *amol* —contesta galantemente inclinándose a besar mi mano como todo un caballero. Reprimo una risita porque las costumbres de este siglo y lugar aún me siguen pareciendo demasiado refinadas.

Tomamos asiento y bebemos un buen vino en silencio. Le lanzo miradas discretas cuando creo que él no me mira, pero parece listo y debe serlo, teniendo el puesto que tiene, porque me pilla en todas y cada una de las ocasiones. Me temo que he encontrado la horma de mi zapato y no me gusta. Siempre me ha complacido pensar que soy yo la que controla todas las situaciones y no al contrario, pero esta noche parece que voy a tener que andarme con especial cuidado.

—Me han comentado que últimamente estás más ocupada que de costumbre, ¿no es sierto? —dice lanzándome una mirada oscura, intensa. A pesar de saber quién es, no puedo evitar sorprenderme. Jamás me lo habría imaginado tan... seductor, por no decir otra cosa.

—La peste negra está haciendo estragos en esta ciudad —digo abanicándome con una mano. El calor que emana me envuelve y me atrapa. Y yo estoy acostumbrada a un ambiente algo más frío—. Entre Edimburgo y sus fantasmas y la peste... cada vez veo más imágenes mías, sobre todo por la Royal Mile.

No intentaba hacer un chiste, pero parece que a él le ha hecho gracia. Suelta una carcajada que me desconcierta por su frescura y se acerca hasta tocarme la mano con delicadeza.

—Esas calaveras no te hacen honor —afirma guiñándome un ojo—. Eres la mujercita más linda y bella que he conocido nunca, y ya tú sabe, mi *amol*, que eso es decir mucho.

Sonrío y doy un contenido sorbito a mi bebida. Por un segundo, recuerdo con anhelo estar en Roma y poder disfrutar de su excelente vino tinto.

—No es necesario que me halagues, hemos venido a hablar de trabajo —le recuerdo cruzando con elegancia mis exuberantes piernas. Lástima que la moda no me permita mostrar mejor mis curvas femeninas.

Se retoca el peinado con movimientos felinos y me lanza una mirada que podría derretir un corazón tan frío como el mío.

—Hoy he venido por eso y porque tenía muchas ganas de verte por fin. He esperado demasiado... Siglos, para ser exactos —explica encendiéndose un puro.

Hago una mueca de desagrado porque odio el olor de esos puros tan cargados y asiento. Lo entiendo perfectamente. Siempre he sido la mujer más atractiva allá donde he ido. Simplemente un pestañeo los hipnotiza, los convierte en mis esclavos. Pero con él no quiero que eso ocurra, no sería bueno...

Y sí, he tenido mis encuentros amorosos con hombres a lo largo del tiempo, pero este en concreto consigue hacer que me sienta vulnerable. Será porque hemos vivido más, porque hemos visto nacer y crecer imperios, y también porque nuestros amores pasados son tan frágiles y efímeros que con solo mirarlos se consumen. En un par de nuestros jadeos, envejecen y mueren, así es la naturaleza humana.

Por eso quería postergar esta cita. Ya me habían hablado de él, y mi instinto siempre me ha gritado que tenía que alejarme porque si nos enamoramos, todo cambiaría. Quizás decidiríamos pasar nuestra eterna vida juntos, languidecer en la débil idea del amor y así convertirnos en unos seres patéticos y lastimeros.

Y yo no quiero eso.

Soy la Muerte. No puedo envejecer. No puedo enamorarme. He de ser bella para ser temida. He de ser sigilosa, cauta, sabia... y todo se esfuma cuando se levanta y me pide de rodillas un baile. Le cojo la mano sin pensar porque es la primera vez, en siglos, que noto latir mi corazón.

Capítulo 2

El placer de las pequeñas cosas

Ya han pasado dos meses desde que Óscar vino a buscarme. Dos meses en los que a veces tengo que pellizcarme para comprobar que no estoy soñando... Suspiro y me termino de un sorbo el café, al deleitarme con lo que veo.

—Deja de comerme con los ojos... —susurra Óscar estirándose entre las sábanas. Lleva unos *boxers* negros que le marcan todo el paquete.

Se levanta, me da un húmedo beso en los labios y se mete en el baño, donde escucho el agua de la ducha. Hago un puchero porque me tengo que ir ya al trabajo.

—¡Cariño, me voy que llego tarde! —le grito buscando el bolso, las llaves y una botella de agua.

—¡Te iré a buscar para comer juntos! —lo oigo decir desde lejos, con su voz amortiguada por el agua que le está cayendo por esa piel tan succulenta...

«Pilar, que te desconcentras», me digo al tiempo que salgo del apartamento tras dar un portazo.

Me da una pereza mortal tener que ir a trabajar unas horas al bufete, pero acepté el trabajo el mismo día que Óscar vino a buscarme tras seis meses de separación (cuando se enteró de que la verdadera Andrea había muerto y yo ocupaba su cuerpo cual alien), y como solo llevamos dos meses desde entonces, creo es mejor mantenernos un poquito ocupados, no podemos estar todo el día fornicando como monos.

Sí, todo eso está muy bien, pero qué pereza más grande...

Ya empieza abril. Se nota en el aire, en el sol, en las plantitas que empiezan a florecer. Cierro los ojos y disfruto de la sensación de la suave brisa en mi piel inmaculada. Atravieso la Plaza de la Cebada y sonrío cuando un chico de no más

de veinticinco años se detiene un poco al verme y me guiña un ojo. No es que quiera ir ligoteando por el mundo, porque solo tengo ojos para Óscar, pero para qué nos vamos a engañar, a todas nos sube el ánimo sentirse deseada por el género masculino.

Con ese profundo devenir filosófico, llego al bufete. Sí, es tarde, pero me da igual.

—Buenos días, Andrea —me saluda la recepcionista mientras se lima las uñas.

—Buenos días —contesto entrando directamente en el despacho de mi jefe.

Sé que aún no ha llegado, así que lo hago sin llamar. Entro, dejo mi bolso en su escritorio y me pongo a ordenar documentos. Cuando he terminado, me siento y llamo a algunos clientes para organizar citas y reuniones. Compruebo el reloj: apenas son las once de la mañana y ya estoy aburrida.

Me toqueteo la melena mientras considero que, mejor pensado, debería dejar ya este trabajo y convencer a Óscar para viajar durante un tiempo. Rememoro con disgusto la última discusión que tuvimos al respecto, yo prácticamente tirándole a la cara folletos de Nueva York y él explicándome el sentido de la responsabilidad de su empresa de guardaespaldas. Según él, no puede dejar tirados a sus alumnos para irse a vagar por el mundo, que esperemos hasta las vacaciones de verano... ¡Aún falta un montón!

Y claro, no me voy a convertir en una maruja, con rulos y batas de flores esperando a que llegue el hombre de la casa para hacerle un bizcocho.

Despierto de mis ensoñaciones matutinas cuando la puerta se abre y aparece el señor Rodríguez, mi jefe. Si no estuviera enajenada con Óscar, sé que ya habría tenido algo con él. Adrián para los amigos, señor Rodríguez para mí. Es moreno, profundos ojos marrones y sonrisa de infarto. La primera vez que lo vi pensé que era como una versión del asqueroso de Alfonso mejorada, pero tras conocerlo un poco más me he dado cuenta de que no tienen nada que ver. Adrián parece buena persona, Alfonso es más bien una rata con piel humana.

—Buenos días, Andrea —me saluda quitándose la corbata.

Le respondo y me levanto de su sillón. Empiezo a recoger mi bolso cuando reclama mi atención.

—Veo que ya has terminado todo lo que estaba pendiente para hoy. No sé cómo me las apañaba antes de que llegaras —comenta mirándome fijamente a los ojos.

Sonrío y me sonrojo. Sus continuas alabanzas me avergüenzan, sobre todo porque no son más que tareas rutinarias que hago con los ojos cerrados y la cabeza en Babia, bueno, más concretamente en los calzoncillos de mi novio.

—Por favor, no es más que trabajo. Me voy a los juzgados a llevar estos papeles, mañana nos vemos —me despido deseando que lleguen las dos de la tarde y Óscar venga a buscarme en su nueva moto.

—Andrea, espera —me llama justo cuando estoy con el pomo en la mano—. Me han anulado la comida de hoy, así que si quieres, te invito a un restaurante muy bueno que está cerca. Ya llevaré los documentos al juzgado por la tarde, no tienes que ir tú.

Me doy la vuelta y lo miro. El pelo algo despeinado, brillante. Sin corbata y con los tres primeros botones desabrochados. Sería una tentación para cualquier mujer de la tierra que no estuviera enamorada de otro, como es mi caso.

—Lo siento, señor Rodríguez, ya he quedado.

—Te he dicho mil veces que me llames Adrián —dice despeinándose aún más el cabello.

—Lo sé, pero tendrá que decírmelo una vez más. Hasta el lunes.

Salgo airosa por la puerta y siento que un peso se afloja en mi pecho. Cuando se pone en ese plan, pesado pero respetuoso, el ambiente se carga a nuestro alrededor y resulta asfixiante. Por supuesto no se lo he comentado a Óscar porque, conociéndolo, una de dos: o me ata al cabecero para que no salga de casa o le hace una visita al señor Rodríguez de inesperados resultados.

No, mejor me callo y lo dejo pasar. Total, no creo que llegue al verano en este trabajo.

Entro en el metro, donde disfruto con los modelitos que llevan algunas chicas veinteañeras. Me gusta coger ideas y después sorprender a Óscar con algún complemento nuevo y, si es posible, presentarme en la cama solo con la diadema, pulsera o colgante de estreno.

Después de terminar con el maldito papeleo en los Juzgados de Plaza

Castilla, me siento en un banco de la calle y espero a Óscar tranquilamente mientras tomo los primeros rayos de sol primaveral.

El ronroneo de un motor cerca me alerta que ya ha llegado, así que abro los ojos y sé que mi cara resplandece al verlo tan jodidamente atractivo. En vaqueros, con el casco en la mano, despeinado y la chaqueta con protecciones. Está para mojar pan. Lo que le faltaba para convertirse en el ser más sexi del mundo era que yo le regalase la moto de sus sueños, y la verdad es que no sé si he hecho bien porque, antes de llegar a mi lado, dos chicas se cruzaron en su camino y a una le ha faltado poco para resbalarse con su propia baba. Las muy desvergonzadas se dieron la vuelta y observaron su trasero... Perdón, ¡mi trasero! Su culito prieto es de mi propiedad y cuando vuelva a casa, se lo voy a tener que dejar muy claro al marcarle con un hierro caliente uno de los cachetes.

Él, por *supuestísimo*, pasa de las chicas y se acerca con una sonrisa de infarto. Me coge entre sus brazos y me besa con pasión, sin importarle quién nos vea o si está en mitad de la calle intentando pellizcarme un pezón. Reprimo una sonrisilla de suficiencia cuando veo que las chicas me miran con ojos de envidia cochina de la buena. ¡Que les den! He tenido que morir y reencarnarme en otro cuerpo para conocer a este maromo. Vamos, que fácil no lo he tenido precisamente.

—Dime que estamos en casa y que puedo hacer contigo lo que quiera —me susurra al oído tras cerrar los ojos.

—Estamos en la calle —respondo riendo—, pero sabes que soy toda tuya donde y cuando tú quieras.

Me pellizca el culo y me abraza con algo parecido a la desesperación. Me permito oler su aroma, su particular olor a él que me embriaga y enloquece sin poder evitarlo. Le toqueteo el torso por debajo de la chaqueta, con disimulo, bajando un poco más de lo debido hasta llegar a la línea de vello que acaba donde todas sabemos...

Suelta una carcajada y me para la mano justo cuando ya había llegado demasiado lejos.

—Pero bueno, señorita... me parece que te estás volviendo una desvergonzada.

—Con la vergüenza no vas a ningún lado —le respondo tras sacarle la lengua.

Intenta sin éxito mordérmela.

—Guárdala para luego, que la vas a necesitar.

Es decirme eso y ya se me tensa el vientre. Me palpita algo que necesita con urgencia ser atendido, así que le hago saber a las claras cuáles son mis intenciones. Llegamos a casa y vamos al dormitorio. Pasamos de la comida para ir directamente al postre.

Son las nueve de la noche y el estómago empieza a rugirme de hambre. Óscar duerme a mi lado plácidamente, así que me libero del abrazo de oso que me tiene atrapada y abro la nevera. Nada, queso rancio y poco más. Tendríamos que haber ido a la compra después de comer, pero claro, con el calentón, se nos olvidó.

Me pongo unos vaqueros y una camiseta y salgo a la calle, esperando que aún haya algo abierto. Camino hasta una tienda que cierra tarde donde poder comprar al menos algo para desayunar mañana cuando me quedo paralizada. En la acera de enfrente está literalmente mi peor pesadilla.

No, no puede ser...

Me sujeto en una papelera para no caerme. Trato de tomar aire despacio... ¡A la mierda! Eso no sirve para nada. Cierro los ojos, esperando que sea una alucinación, pero cuando los vuelvo a abrir, sigue ahí, inmóvil, observándome desde la distancia. Parece una anciana con estilo, con sus tacones, el abrigo de piel y lo que parece que es un café para llevar. Sin entender qué hace, porque solo me mira sin pestañear, sopeso mis opciones y decido que o me doy la vuelta y corro a esconderme debajo de las sábanas, o me acerco a ver qué cojones quiere.

Me decido por la más inteligente: desandar mis pasos hasta casa cagando leches. Ya me he alejado unos cuantos metros cuando me giro y veo que ha cruzado la calle y me observa más tiesa que un palo justo donde estaba yo hace tres segundos. Solo se mueve un segundo para mostrarme el café. Parece que me lo está ofreciendo.

¡Que me cago encima!

El corazón me martillea sin descanso. Como me dé un ataque al corazón por el susto que llevo en el cuerpo, la mato. No sé cómo, pero la mato.

Giro una esquina, doy veinte pasos y ahí está, persiguiéndome como una jodida psicópata. La muy cabrona se queda como una maldita estatua cada vez que la miro, pero supongo que estará andando, no creo que vaya levitando para avanzar cien metros...

¡Dios! ¡Qué hago! ¿Le pregunto qué narices está haciendo? ¿Me acerco para aclararle que no estamos jugando al escondite inglés? No me decido, no me fío de ella.

Y como las piernas me tiemblan como dos flanes y soy incapaz de seguir huyendo, me apoyo contra una pared y la miro con un canguelo encima que ni yo me reconozco. Pensaba que me dejaría vivir en paz, gané el maldito trato, no tiene por qué acosarme.

La miro y me mira, ambas quietas, inmóviles. No se acerca, y yo tampoco pienso hacerlo, así que cuando me quiero dar cuenta, ya llevamos quince minutos jugando a ver quién pestañea antes. Lanzo disimuladas miradas al móvil para comprobar que Óscar no me ha llamado, porque a ver cómo le explico que la degenerada ha vuelto.

Y cuando creo que esto tiene que terminar de algún modo, más que nada porque me estoy meando y mi vejiga va a reventar, pestañeo y desaparece.

Se ha esfumado. La muy cabrona se ha ido sin más, lo que me dejó aún más descolocada. ¿Qué quiere? ¿Volverme majareta?

Regreso a mi piso desquiciada, esperando que aparezca en cualquier esquina, que me toque en el hombro o me arrastre por los pelos hasta una alcantarilla. Me desnudo temblando y abrazo a Óscar con las pocas fuerzas que me quedan.

Capítulo 3

Perdiendo la cabeza

Abro los ojos y me encojo, al recordar la cara con la que me estaba mirando ayer la loca de los cojones.

—Cielo, estás temblando —me susurra Óscar abrazándome con fuerza entre las sábanas.

—Sí, es que tengo un poco de frío —miento acurrucándome a su lado.

Suspiro y me dejo envolver por su olor, su personal aroma que me hipnotiza. Me permito recorrer sus brazos, noto sus músculos bien definidos, su torso trabajado. Le meto un dedo en el ombligo y él se retuerce.

—Para, nena, que me haces cosquillas —me dice riéndose mientras me sujeta la mano.

Jugueteamos entre las sábanas, yo intentando morderlo y él apartándose como una culebra. De repente, suena mi móvil.

—¿Diga?

—¡Chichi! —grita Olga desde el otro lado del auricular—. *He quedado con las chicas para comer, ¿te vienes? Deja a Óscar un rato y vente con nosotras que tenemos que cotillear. Reservé hace más de un mes en DiverXO, no puedes decir que no.*

Me separo el móvil del oído y le digo a Óscar que me voy a comer con ellas. Él me levanta el pulgar.

—Zorri, ¿estás ahí? ¿Te vienes? —pregunta Olga.

—Me apunto.

—*Quedamos a las dos y media en la puerta. Ya verás el modelito que llevo. Te vas a caer de espaldas* —dice muy pizpireta. Desde que le regalé el dinero se ha vuelto muy pija de repente. Bueno, *chonipija*.

Cuelgo y me estiro en la cama todo lo larga que soy. Qué gusto...

—Me ducho y quedo con los chicos para tomar unas cervezas, ¿vale? —dice Óscar desde el marco de la puerta del baño. Solo lleva unos *boxers* y, como me quedo embobada mirándolo, tardo más de lo normal en contestarle.

¿Cómo se puede ser tan guapo? Debería estar prohibido, joder.

Cierro los ojos y sueño con él. Me sobresalto cuando siento un beso en mi mejilla. Me he quedado dormida. Una notita a mi lado dice que me quiere y que les dé un beso a las chicas de su parte. Compruebo el móvil y veo que ya llego tarde.

Salto de la cama y decido el modelito que me pondré hoy. Opto por un vestido *vintage* drapeado azul con lunares blancos. Zapatos *stiletos* de marca y bolso a juego. Me hago un moño recatado y poco maquillaje, solo *eyeliner*, rímel, rubor y labios rojos. No me da tiempo a ducharme, así que me lavo las axilas con prisa y me baño en perfume. Me miro un segundo en el espejo y admiro mis ojos azules, enormes y preciosos.

Al ser sábado, La Latina está a reventar. Me alegro de haberme comprado el piso aquí, me encanta ver gente y barullo. También ayudó a que Óscar quisiera venirse a vivir conmigo tras renunciar al piso de sus padres, que aún conserva intacto. Nos pasamos a comprobar que la muñeca vestida de flamenca siga encima de la televisión al menos una vez a la semana.

Sonrío al pensar en la basura que deberíamos tirar de ese piso cuando recuerdo lo que me pasó anoche y me paro en mitad de la calle. ¿Estará observándome ahora mismo? Recorro la Plaza de la Cebada con la vista y me doy cuenta de que podría ser cualquiera. Hasta el perro que está cagando al lado de una farola. Todos podrían ser ella...

Levanto la mano y pido un taxi, temblando, le doy la dirección, cierro los ojos y me obligo a tranquilizarme. «Estás bien, no pasa nada», me digo una y otra vez controlando la respiración.

Llego a la puerta del restaurante y compruebo que con las prisas he llegado un poco antes de la hora. Pienso en ir entrando para pedir una copa de vino cuando levanto la vista y la veo de nuevo en la acera de enfrente. Otra vez con lo que parece un café en la mano.

¡Qué cojones quiere de mí!

Su cara es una máscara inmóvil, no me transmite nada... La verdad que es un poco raro, porque siempre aparecía sin avisar para atacarme inmediatamente, no se andaba con tonterías.

Reúno el valor suficiente tomando aire y decido ir en su busca, acercarme a ver qué narices hace persiguiéndome. Como quiero que sea una conversación civilizada, sin tiramientos de pelo ni ahogamientos en el sobaco, sonrío para que vea que voy de buena fe. La cabrona ni pestañea cuando estoy a dos palmos de ella y podría tocarle la arrugada cara si quisiera. Lo único que hace es alargarme el café para llevar, que cojo de forma automática. Siento que está caliente y que su aroma es delicioso.

—¿Qué quieres, Muerte? ¿Por qué me estás siguiendo? —le pregunto muy bajito. No quiero que nos oiga ninguno de los transeúntes que pasan a nuestro lado.

Pone cara de susto, se da la vuelta, choca con un viejo y empieza a correr de forma muy ridícula, se levanta el abrigo de pieles con ambas manos, encorvada y con los zapatos de tacón doblados hacia dentro. Empuja a quien se cruza en su camino y desaparece de mi vista en la primera esquina.

Bueno, ha ido mejor de lo que me esperaba.

Observo el café un segundo y lo tiro en la primera papelera. Seguro que me quiere envenenar o algo, vete tú a saber.

Espero a las chicas sentada en nuestra mesa. Doy sorbitos al vino pensando que aquí hay gato encerrado, algo está pasando y soy incapaz de verlo. ¿Es que ha llegado mi hora y me estoy muriendo sin saberlo? ¿Me echa de menos la pobre mujer, pero le da vergüenza reconocérmelo? No, ni de coña, la Muerte no sabe lo que es eso.

—¡Andrea! —exclama Jenny tirándose literalmente encima de mí. Me da besos y achuchones como si no hubiera mañana.

Consigo liberarme y veo que Olga y Miriam están detrás partiéndose el culo. Se sientan y me sorprendo de lo mucho que han cambiado desde que las vi por primera vez. Olga está increíble, como siempre. Gasta dinero en cuidarse, eso está claro, y mezcla diseñadores sin ton ni son también. Jenny se ha cortado su

rubia melena, lo que deja que sus facciones se añien aún más. Está preciosa, de una salud envidiable desde que ha dejado la prostitución y sale con un informático que la adora y venera. Miriam lleva más de seis meses con un médico del hospital donde trabajaba. Ahora solo realiza voluntariados unas pocas horas a la semana, el resto del tiempo estudia y acude a cursos para mejorar. Ella no ha invertido mucho dinero en su aspecto físico, pero sí en su profesión y en saber disfrutar del tiempo libre.

—¿Cuándo nos vas a presentar a tu ligue? —pregunto a Olga. Sabemos que se ve con un chico, pero no quiere decirnos quién es.

Con un movimiento de melena que casi consigue tirar las copas me increpa, tras abrir sus ojos verdes de par en par.

—Cuando me ponga un anillo en este dedo moreno que veis —dice mostrándome una manicura impecable.

—Como mi amiga marrón se case antes que yo, me voy a enfadar —dice Jenny empujando a Miriam, que le saca la lengua.

Todas nos reímos, lo que hace que la mitad de la sala se dé la vuelta para mirarnos. Si es que... no se nos puede sacar de casa. Sí, tendremos dinero, pero lo que es clase...

—La primera que se tiene que casar es ella —dice Miriam señalándome.

Me atraganto con un poco de vino y me seco con una servilleta. Ni de coña, no quiero volver a pasar por eso después de lo que viví con Alfonso.

—No me pienso casar, os lo aseguro —respondo muy seria. Sé que ellas no me entienden y tampoco se lo puedo explicar, pero estoy segura de que si pudiera, me comprenderían a la perfección.

—A ver, chocho —dice nuestra amiga marrón—, Óscar está cañón. De hecho, es el tío más buenorro que he conocido en mi puta vida. Como no te cases con él, lo hago yo.

Nos descojonamos mientras me levanto para simular que la estoy ahogando con una servilleta. Después de eso, nos llaman la atención, nos piden que nos comportemos, y comemos echándonos miraditas mientras nos atragantamos por la risa con la carísima comida fusión que nos sirven.

Llego a casa achispada. Me quito el vestido y espero a Óscar en ropa interior

de encaje negro y con los taconazos puestos. Mi idea es que me encuentre en la cama dispuesta a todo, pero el vino se me sube demasiado a la cabeza y pierdo la consciencia.

Sueño cosas un poco extrañas, quizás por la intoxicación etílica, pero de repente siento como si algo quisiera arrancarme de mi cuerpo. Es una sensación brutal de caída al vacío. Me despierto bañada en sudor dando patadas espasmódicas en un intento por tocar el suelo.

Ya es de noche y Óscar aún no ha vuelto. Mi pelo está empapado y mi corazón va a mil. Me meto en la ducha temblando y pienso que quizás tenga fiebre. Me enjabono con un delicioso aroma a coco, mi preferido, y me voy al salón para despejarme un poco. Veo que tengo varias llamadas perdidas de Óscar y un mensaje que me informa que se ha liado más de lo que pensaba, pero que está por llegar. Suspiro. Lo echo de menos.

Me encuentra durmiendo en el sofá. Siento que me coge entre sus fuertes brazos y me lleva a la cama. Pierdo de nuevo la consciencia con un «Te quiero» susurrado en mi oído.

Y empieza la pesadilla de nuevo. Siento mucho calor, como si estuviera bajo un sol abrasador. Necesito beber agua, pero creo que no tengo a mano, así que me meto en una especie de piscina natural. No encuentro consuelo porque el agua está prácticamente hirviendo. Oigo música, vislumbro siluetas que se mueven muy lejos, pero algo me impide llegar hasta ellas. Y de nuevo esa sensación de que algo o alguien tira de mí hacia abajo. Caigo con una sensación de vértigo horrorosa y cuando creo que estoy llegando a donde quiera que sea que voy, me despiertan.

—Nena, estás ardiendo —dice Óscar pegado a mí.

Se levanta de la cama y enciende la luz. A pesar de que mi piel está muy caliente, tengo frío, mucho frío. Coge un termómetro de la mesita y me lo pone bajo el brazo. Me besa la frente con delicadeza y me acaricia el pelo.

—Creo que tienes fiebre —me susurra. Suspira, se sienta a mi lado y me besa despacio la mejilla, los ojos, los labios...

No puedo moverme, mi cuerpo solo tiritita. Me castañean los dientes, pero aun así le digo lo mucho que lo quiero. Comprueba el termómetro. 36.5. No tengo

fiebre.

—¿Me traes agua? —consigo decir.

Se levanta y observo su maravilloso trasero alejarse. Aún con este cuerpo maltrecho que tengo esta noche, sigo sintiendo mariposas en el estómago cuando lo miro.

Bebo como si no hubiera mañana y me arropo.

—Voy a la cocina y busco un paracetamol. Ahora vengo, nena.

Sonrío porque me encanta que me llame «nena» con esa voz tan sexi, cuando miro hacia la ventana y la veo. Doy un bote en la cama y me llevo las manos a la cabeza. Casi me mata del susto.

¡Me cago en mis muertos!

Se lleva un dedo a sus apergaminados labios, me pide que guarde silencio y me enseña una lata de Redbull. No se acerca, no me habla. Me enseña la lata y la inclina sobre su boca, como si estuviera bebiendo. La deja en el suelo y me señala. Señala la lata y me señala a mí. Nunca fui muy buena en el juego de las películas, pero creo que quiere que me beba el Redbull. Sí, hombre, con la taurina que lleva eso...

Niego con la cabeza y ella resopla. Hace como que me agarra del cuello y aprieta, pone los ojos en blanco y desaparece.

Óscar llega justo después. Un segundo más y la habría visto haciendo el mongolo.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —pregunta abrazándome.

«Sí, ya son tres las apariciones que sufro y no sé si son reales o mi cabeza empieza a estar como la de mamuchi... Por cierto, mañana me toca visita», pienso refunfuñando.

Tenemos que hacer la rigurosa visita al psiquiátrico, donde está la madre de la verdadera Andrea. Siempre nos pide su famosa tarta de corazones de vaca, en plan Hannibal Lecter. Yo me niego a tocar sangre y trozos de cadáveres, así que le pasé el testigo al pobre de Óscar.

—Mañana tenemos que ir a ver a mamuchi, recuérdamelo —le digo aspirando su olor. Su piel es la cosa más maravillosa que he tocado nunca. Suave, con ese tono tostadito que dan ganas de darle un mordisco.

—Joder, es verdad. Vale, le tendré que preparar la tarta. Menos mal que el carnicero de la esquina abre los domingos —comenta tras darme besitos por el cuello—. Creo que ya estás mejor, no hace falta que te tomes nada.

Dios, qué asco. Tendré que ventilar la cocina todo el día para que no huela a carne cruda y sangre...

—¿Y ese Redbull? ¿Qué hace ahí? —me pregunta incorporándose de la cama.

Capítulo 4 La reunión

Edimburgo, 1788

Tras movernos con elegancia por la sala, demasiado juntos para mi gusto, decidimos sentarnos de nuevo para así poder terminar nuestra copa de vino. El calor invade mi piel, me abrasa por haber estado tan cerca de él, de sus fuertes y seguras manos que guiaron cada uno de nuestros movimientos.

Decido tomar la palabra y averiguar de una vez por todas por qué me ha reunido precisamente aquí y ahora, alegando que este encuentro no podía postergarse ni un siglo más.

—Explícame lo que es tan urgente como para sacarme de mis dominios —le digo levantando el mentón. No me pasan por alto sus pupilas dilatándose al ritmo de mi brillante cabello tan negro como el ébano, que agito con un movimiento de cabeza. Sé que le atraigo, no lo puede esconder.

Su semblante cambia, sus ojos felinos me atraviesan y se ajusta el traje. Cuando me quiero dar cuenta, tengo que obligarme a respirar de nuevo porque no sé cómo ha conseguido que su imagen me haga contener el aliento más tiempo del necesario.

—Hace un tiempo se tuvo que tapiar una parte de esta maravillosa ciudad. Muchos murieron por un brote de peste que no supiste contener a tiempo. El equilibrio se rompió... —empieza a decir atacándome con fiereza. Y debo reconocer que esta faceta suya tan seria me atrae demasiado.

—Eso no es cierto —lo interrumpo inclinándome hacia delante—. El equilibrio no se rompió. A veces hay que dejar que la naturaleza cumpla su función.

—¿La naturaleza?

—Esta ciudad está amurallada. Hay gente que nace y muere aquí sin salir de sus muros. La población aumenta, ya no había sitio para más. Era necesario y lo sabes —me defiendo con rapidez. Y es cierto lo que acabo de decir, Edimburgo está infectada de muchas cosas, y lo primero y más preocupante es que hay cientos de personas.

—Y como consecuencia de eso una de mis calles preferidas ha sido tapiada. ¡Ya no puedo ir a comprar los mejores trajes de la ciudad! —grita perdiendo las formas, dando un puñetazo en la mesa. Varios clientes del establecimiento se giran para mirarnos. Me sorprende su carácter, muy fuerte pero bien escondido entre palabras zalameras.

—Hay mejores sastres, no exageres... —comento para quitarle hierro al asunto. Me muerdo el labio un segundo porque es cierto que las tiendas de Mary King's Close eran dignas de ser tenidas en cuenta.

—Y para colmo nadie quería cruzar el maldito puente que han construido, y vas tú y dejas morir a la primera que lo iba a hacer. Tengo amigos comerciantes que necesitan con urgencia mover mercancías de un lado a otro de la ciudad, y ahora sus trabajadores no quieren atravesar el condenado South Bridge porque dicen que está maldito, que todo el que lo cruce morirá —me recrimina de nuevo. Parece que todo lo hago mal.

—Vamos a ver... —digo moviendo las manos para pedir calma. Sin poder evitarlo, suelto una risita traviesa porque reconozco que esto sí que lo he hecho a propósito—. Me ha parecido muy divertido matarla, es verdad.

—¿Y eso? —me pregunta frunciendo el ceño.

—Pues porque todos decían eso, que estaba maldito. Pero para demostrar que no, decidieron que la anciana más longeva de la ciudad lo hiciera y así hacer ver que si ella lo cruzaba sin que le pasara nada... pues que todos podrían hacerlo. Así que me la he cargado justo antes de que lo atravesara delante de toda la ciudad. Me ha parecido muy gracioso —digo con una sonrisa enorme en mis labios—. Y también es una lección. Ningún humano está por encima de la muerte.

—Y al final han decidido que fuera su cadáver quien pasara de un lado a otro —maldice con un tono de resentimiento en la voz. Vale, no le ha parecido

gracioso.

—No tengo la culpa de que sean una panda de retrasados mentales. Ahora nadie quiere poner un pie en el puente —comento mientras pido con la mano otra copa.

—He hecho tratos que ahora no puedo cumplir por culpa de la muerte de la anciana —dice llegando por fin al grano. Por eso me ha convocado, porque le he tocado las narices y quiere sangre, en este caso la mía.

—No tengo nada que ver con tus tratos —contesto con soltura. No será mi sangre la que se derrame.

—En este caso, sí, y vas a resarcirme, te guste o no —dice encendiéndose un puro. Sus labios lo acarician, juega con él, lo mueve, lo agita entre sus dedos. Y cuando me quiero dar cuenta, mis entrañas me arden por algo que no quiero reconocer.

—Creo que no eres consciente de con quién estás hablando —le explico levantando más y más la voz—. Me parece que te estás...

—Te han espiado, y lo que he obtenido hace que estés a mi merced, querida mía —me interrumpe con elegancia—. Si no quieres perder tu puesto, tendrás que ayudarme, te guste o no.

De la rabia aprieto la copa entre mis manos hasta que se convierte en cristalitos tintados de sangre que se derraman por la mesa. El dolor me ayuda a calmarme y, por un instante, me regodeo en esa sensación.

—Eres un malnacido.

—No, mi *amol*. Ni tú ni yo hemos nacido... Escoge otro insulto, sé que puedes —me responde con chulería—. Me habían contado que eras inteligente, pero empiezo a cuestionármelo, la verdad.

—Y tú deberías escoger otro acento, el cubano te convierte en un pedante —digo levantándome de la silla con toda la dignidad que puedo teniendo, con la palma de la mano llena de cristales incrustados y sangrando profusamente.

—Espera, querida, no he terminado contigo —dice sujetándome con rapidez de la mano que cura al instante.

—No tenías por qué hacerlo, yo también puedo sanarme —consigo decir tras sentir otra vez su contacto. Me paraliza, me enajena y cuando me quiero dar

cuenta, ya estoy de nuevo sentada frente a él sin poder romper el contacto visual.

—Devolviste la vida a una persona cuando ya estaba muerta... y eso no se hace —me recuerda con tranquilidad—. Además, debía ir al Infierno, a mi casa.

—Me suplicó —le intento explicar bajando la mirada. La recuerdo como si hubiera sido ayer. En realidad pasó hace varios siglos, pero esa chica consiguió enternecer mi gélido corazón.

—Sí, a mí me suplican a diario y no por eso hago lo que me piden. Deja tu puesto y vete con el de arriba si vas a ser una monjita de la caridad.

Por un segundo olvido que tengo al Diablo frente a mí y recuerdo a esa pobre chica: asesinada por su marido con sus hijos delante para que lo vieran. Me suplicó que la devolviera a la vida para vengarse, para poder acabar con la vida de su esposo. Y lo cierto es que me pareció una muy buena idea. Así que lo hice. La mala suerte fue que la pillaron con el cuchillo en la mano. La condenaron y juzgaron en la plaza del pueblo delante de todos los aldeanos, y cuando vino a mí por segunda vez, ya no pude hacer nada más por ella. Su cuerpo había quedado calcinado y reducido a cenizas.

—Si hubieras hecho un trato con ella, no hubiera pasado nada, ya tú sabe... —dice sacándome de mis recuerdos—. Pero la devolviste a la vida sin condiciones, sin poner su alma en juego, y eso no se puede hacer. Y que sepas que voy a dejar pasar por alto lo que hiciste hace poco con Maggie Dickinson. Ese caso se convertirá en una leyenda de Escocia, ya lo verás.

Resoplo porque el maldito cabrón parece que lo sabe todo de mí. Al menos lo de Maggie salió bien y, aunque acabaron con su ella ahorcándola, actué rápido y la devolví a la vida cuando la estaban llevando en su ataúd para enterrarla.

—De acuerdo, reconozco que las mujeres despechadas o maltratadas por sus maridos son mi debilidad. Qué narices quieres de mí —asiento al fin sabiendo que esos traspiés en mi larga carrera pueden suponerme mucho si este cabronazo se chiva a la jueza.

Me sonrío con una malicia que borraría de la faz de la tierra con un buen guantazo si no fuera por ese rostro tan condenadamente atractivo. Por supuesto que el Diablo es así, malvado y retorcido, sibilino y peligroso. Y no sé cómo al final he caído en sus redes, poco a poco, sin darme cuenta.

—Bien, me alegro de que al fin te des cuenta de que te tengo a mi merced... —dice inclinándose hacia atrás y estirando el cuello—. Hay una chica a la que necesito que traigas de nuevo a la vida.

Parpadeo varias veces para entender lo que me está pidiendo.

—Sabes que por mis dominios pasan nada más morir y desde ahí los mando al Cielo o al Infierno. Si ya ha sido enviada...

—No, mi *amol*, no me has entendido. Ahorita mismo te está esperando. Ha muerto justo antes de que nos encontráramos —me explica tocándose las sienes con algo parecido a la desesperación.

—Vale. Y quieres que lo haga sin un trato de por medio... —digo para entender hasta dónde quiere llegar.

—Exacto. Ya lo has hecho dos veces, no creo que una tercera te suponga demasiada dificultad —me reta clavando sus negros ojos en los míos.

—No... —empiezo a decir jugueteando con la servilleta. Mi plato de solomillo se está quedando frío, así que cojo el tenedor y el cuchillo y empiezo a cortarlo con parsimonia—. Pero si la jueza se entera, tendré problemas...

—Si no lo haces, se enterará de las dos que ya has hecho, eso te lo puedo asegurar —responde con rapidez para imitarme al meterse un gran trozo de carne poco hecha en la boca. Su forma de masticarlo me dice que tiene prisa, que me necesita y que esto es importante. Ha intentado conquistarme para después atacarme con decisión.

—Vale. Lo haré. Lo único que necesito saber es por qué.

Carraspea y sonrío de medio lado.

—No lo necesitas, pero satisfaré tus deseos. Es un trato que he hecho con su padre. No te puedo dar más detalles.

Asiento y una parte de mí lo comprende. Es nuestro trabajo, nuestro cometido para toda la eternidad. No podemos ir contando nuestros tejemanejes, eso nos haría parecer débiles y mostraríamos las cartas bajo la manga al enemigo.

—Que así sea, pues —digo levantándome con elegancia. Me acerco hasta él y le tiendo la mano para que me la bese. No me hace esperar, como todo un caballero la sujeta con delicadeza y posa sus calientes labios en ella mientras me

fulmina con la mirada.

—Encantado, mi *amol*. Espero que esta cena se repita en más ocasiones. Me he quedado con ganas del postre —susurra guiñándome un ojo.

Y me quedo sin palabras. Mi mente me traiciona y me lo imagino encima de mí poseyéndome con furia y rabia. Así que inclino la cabeza y desaparezco por la puerta sin querer mirar atrás.

Capítulo 5

Luchando contra lo inevitable

Tras una intensa mañana con mamuchi, en la que tanto Óscar como yo interpretamos a la perfección el papel de hija y yerno, decidimos darnos unos caprichitos textiles.

En la calle Fuencarral encontramos diferentes tiendas, donde tengo que reprimir el impulso asesino de sacarle los ojos a las pervertidas dependientas que intentan entrar en el probador con Óscar para ver cómo le queda el tiro del pantalón. ¡Un tiro les metía yo entre ceja y ceja!

Y el muy bendito, solo pendiente de mí, me dedica miraditas mientras dos guarronas se relamen seguramente imaginándolo desnudo al sugerirle un jersey que por el precio que tiene ya puede irse solito a la lavadora y plancharse después.

A las dos de la tarde ya estoy que echo chispas porque adoro a Óscar, pero que sea tan jodidamente atractivo a veces me saca de mis casillas. Todas se lo comen con los ojos allá donde vamos y, aunque no quiero comportarme como la típica celosa, no me quiero ni imaginar qué harán cuando no voy a su lado de la mano. Si conmigo poco les falta para tirarle el sujetador a la cara, seguro que cuando va solo o con sus amigos se desnudan y se ofrecen a él como si fuese un dios necesitado de sacrificios carnales.

Entramos en la última tienda porque aún no ha encontrado unos pantalones vaqueros de su agrado. Lo intento convencer para que se compre unos chinos, un traje... algo distinto, pero se niega. Le gusta vestir bien, pero ir informal. Le encantan los vaqueros, y para qué nos vamos a engañar, a mí me vuelve loca cómo le quedan.

Empieza a moverse por la tienda con soltura y con esa elegancia natural que

Dios le ha dado cuando ya veo a la primera arpía poniendo sus ojos en él. Suspiro y desisto porque paso de presenciar otro momento así. Si está conmigo, es porque quiere; no hay más.

Me siento en un fabuloso sillón y cierro los ojos. El estómago empieza a protestar, así que me como un caramelo y disfruto de la música que suena. Y cuando estoy pensando dónde podríamos ir a tomar algo, un objeto volador me da en todo el careto. Alguien me ha tirado un cinturón.

Abro los ojos y la veo. Escondida dentro de un perchero, entre unos pantalones beige y un abrigo tres cuartos. Me hace señas para que me acerque, indicándome que no haga ruido.

Miro a Óscar para comprobar que no nos esté viendo y sonrío un segundo. Por la forma en que gesticula seguro que se está comportando como un gilipollas con la dependienta. Estoy convencida de que ella se le ha insinuado y él se ha puesto más borde que una esquina. Vamos, si lo conoceré yo, que tuve que sufrirlo hasta hace poco ese carácter tan agrio que tiene cuando quiere.

Como a la Muerte le encanta ser el centro de atención y no soporta que se la ignore, me da con un zapato de hombre en toda la cara, con etiqueta incluida.

—¡Joder! —susurro tocándome la nariz—. ¿Estás loca? ¿Qué quieres?

Se pone un dedo en la boca, indicándome que guarde silencio. Hace señas para que me acerque y cuando estoy a dos palmos de su cara, se esconde. Muevo los abrigos y no está, ha desaparecido de nuevo. En su lugar veo otra lata de bebida estimulante.

—¿Qué haces?

Salto hacia atrás cuando Óscar aparece de la nada.

—Jolín, qué susto me has dado... —le digo colocándome un mechón castaño detrás de la oreja.

—¿Otra vez esa bebida? Sabes que esa mierda no es buena, ¿verdad?

Dejo la lata en el suelo y suspiro. Estoy cabreada, acojonada y con los nervios a flor de piel, así que paso de contestarle una *bordería* y lo abrazo, lo que me hace sentir mejor al instante.

—Llevas dos días un poco rara, ¿algo va mal? —me pregunta sujetándome de los brazos, lo que me obliga a que lo mire a los ojos.

Debería contárselo, explicarle que la loca ha vuelto para torturarme con distintas bebidas estimulantes. Quizás lo próximo que me ofrezca sea una bolsita de cocaína, con ella nunca se sabe. Pero decirlo en voz alta sería convertirlo en algo real y aún no estoy preparada.

Así que hago de tripas corazón, sonrío y le guiño un ojo cuando veo que lleva tres bolsas cargadas hasta arriba.

—Parece que la morena te ha puesto ojitos para que le compres la tienda entera.

Frunce el ceño como solo él sabe hacer y me da un cachete en el culo. Me secuestra entre sus brazos y me besa con pasión.

—Solo tengo ojos para una castaña que por lo visto le está dando a la taurina cuando me despisto —me susurra en el oído con esa voz tan macarra que pone cuando quiere.

Me permito mirar alrededor y ver que las féminas trabajadoras del establecimiento me están matando ahora mismo de mil maneras distintas solo con sus pupilas.

Salimos a la calle y justo cuando le voy a proponer ir a un restaurante marroquí buenísimo que está muy cerca, su móvil suena.

—Dime, Enrique... No, hoy no puedo. Joder, tío, sabes que me pilla fatal... —gruñe un poco y me aprieta la mano—. Paso, llama a Juan, que sabes que le viene bien la pasta... Bueno, en un rato te digo algo.

Cuelga y me besa distraído. Entrecierra sus atractivos ojos castaños y aprovecho para tocarle la cicatriz. Para mi mano y me la besa.

—¿Por qué nunca me dejas tocarte esa cicatriz? —le pregunto molesta. Me paro en mitad de la calle y pongo los brazos en jarras.

—Porque no, nena, no te pongas pesada... Oye, una cosa. Mañana sería el cumpleaños de Andrea. No sé si deberíamos celebrarlo, pero ahora en tu carnet de identidad figura que eres ella. Además, debes fingir por las chicas. No vas a tener más remedio que hacerlo y te adelanto que te están preparando una fiesta sorpresa.

Me quedo noqueada. Sé que mañana es el cumpleaños de ella, también tengo ojos en la cara para leer mi carnet de identidad. Joder, vaya marronazo más

desagradable.

—Lo celebraré si las chicas me obligan a ello, pero no quiero nada especial entre tú yo, me da mal rollo.

—De acuerdo —contesta frunciendo el ceño y me da un beso en los labios—. Me ha llamado Enrique.

—Ya, lo he oído —contesto molesta por ver como intenta cambiar de tema.

—Dice que necesita una persona de apoyo en un evento; que es un diplomático y que no se fía de nadie más.

Dejo las bolsas en el suelo y lo miro fijamente.

—Si quieres ir, no tienes que pedirme permiso. Es tu trabajo, si te apetece...

Se pasa las manos por el cabello, lo que me permite admirar un segundo sus musculados brazos.

—Me lo está pidiendo como un favor. Sé que es domingo y que estamos juntos, pero creo que le voy a decir que sí. Vete a casa, yo me tengo que ir ya.

Me pido un taxi un poco bastante enfadada. Cuando tengo hambre, no razono, me llega demasiada sangre a la cabeza. Lo he dejado en plena Gran Vía con las bolsas. Que se apañe... Vale, no debería molestarme, pero estoy ovulando y en esos días no se juega conmigo.

Cuando llego a mi calle, me compro una ensalada campera sin huevo y me la como en la terraza de mi piso, rumiando las cosas hirientes que le diré cuando llegue esta madrugada. ¡No tenemos que trabajar todo el día! Tenemos dinero suficiente para vivir holgadamente con trabajillos esporádicos, no es necesario que curemos un domingo por la noche, ¡por el amor de Dios! Es más, le di una generosa cantidad de dinero hace poco para sus caprichos.

Y encima mañana tendré que interpretar el papel del siglo porque las chicas seguro que me han montado un fiestón a lo grande.

Me sirvo una copa de vino tinto y canturreo por la casa para alejar las malas vibras. Después de esa copichuela le sigue otra y otra más, y cuando me quiero dar cuenta, estoy llamándolo al móvil para decirle lo mucho que lo quiero.

—*Nena, estoy currando...*

—Sí, hijo, ya lo sssé.

Un silencio solo roto por un ataque de hipo desde mi lado de la línea.

—*¿Estás borracha?* —me pregunta bajito. Puedo escuchar el ruido de fondo, como si estuviera en un local.

—No, solo un poco piripi —respondo con dificultad. Dejo caer mi pesada cabeza en la almohada y cierro los ojos—. No tardesss, muñeco...

Lo escucho hablar, pero mis labios están sellados. Tengo sueño.

Y otra vez el calor asfixiante. La música. Sombras bailando. Sed. Caída libre. Creo que mi cuerpo se agarra a las sábanas intentando buscar a Óscar para que me despierte de una vez, pero estoy sola. Y caigo hasta que mi ser se separa de mi cuerpo.

Floto y vuelo sin saber dónde estoy. Toco suelo al fin y me incorporo con dificultad. Joder, menuda cogorza que debo llevar... Sé que es un sueño, pero la sensación de realidad me recuerda demasiado al lugar al que me llevaba la Muerte cada vez que moría.

Miro alrededor inquieta. Estoy en una especie de pasillo. El suelo es de arena fina. Me agacho y cojo un poco en la mano. Es brillante y blanca, muy suave al tacto. Me encanta que esté descalza porque así puedo sentirla en las plantas de los pies. El techo está altísimo, casi no llego a verlo, pero parece que es una gruta porque se ven algunas estalactitas colgando de él. Avanzo un poco y me seco el sudor de la frente. Hace muchísimo calor...

Camino lo que parece una eternidad cuando veo que el túnel acaba. Me acerco a la salida y escucho música. Agudizo el oído, parece que es salsa. Cuando llego, tengo que cerrar los ojos por la luz. Hay una gran sala donde una claridad intensa lo baña todo, lo que impide que nada quede en la sombra. Gente bailando, charlando animada, bañándose en unas piscinas que parecen de un resort, incluso algunos se dan el lote y se meten mano delante de los demás.

Quiero avanzar, pero me doy cuenta de que voy en pijama. Una camiseta blanca de seda y unos pantaloncitos largos del mismo tejido. Los que veo desde el final del pasillo están casi todos en biquini o camiseta y pantalón corto. Me da un poco de vergüenza que me vean así, pero como es un sueño me arriesgo, total, no es la primera vez que me asalta la pesadilla de estar en mitad de la calle desnuda o sin zapatos.

Bajo un montón de escalones para llegar hasta la grandiosa sala. Mi pelo está

empapado en sudor, se me pega a la nuca de una manera un poco desagradable. Me intento hacer una coleta y me acerco a una pequeña multitud que baila en perfecta sincronización.

Me fijo en que hay gente de todas las edades. Veo una banqueta y me acerco hasta ella. Nada más sentarme, un camarero me ofrece un cóctel que lleva en una bandeja. No le pregunto qué lleva o si contiene alcohol, sonrío y lo cojo pensando que ojalá tuviera esta clase de sueños más a menudo.

Está delicioso y refrescante, justo lo que necesitaba.

—Hola, preciosa, ¿te apetece que nos marquemos un baile? —me pregunta un cuarentón en traje de chaqueta. Me tiende una mano que yo rechazo.

—No, gracias. Solo quiero observar y relajarme —le contesto dando otro sorbito a mi bebida de coco y piña.

—Como tú quieras. Por cierto, nunca te he visto por aquí. ¿Estás de paso o te quedas? —quiere saber sentándose a mi lado.

Me lo quedo mirando con cara de boba, pensando que a veces los sueños pueden llegar a ser confusos y absurdos. Me encojo de hombros y miro bailar a las parejas, que se contonean en un baile sensual.

El hombre se levanta y se va a por una rubia resultona. Miro un poco más y me parece ver a algún actor americano de los cincuenta. También sonrío cuando se cruza un profesor de matemáticas que siempre me suspendía. Va mirando al suelo y refunfuñando. Justo como lo recuerdo de esos años.

Y cuando me he terminado mi combinado y voy a pedir otro, una mano me sujeta del hombro.

—¿Pilar? ¿Eres tú? —me pregunta una mujer de unos cincuenta años. Va con un vaporoso vestido de flores y unas gafas de culo de botella.

Asiento algo aturdida por lo que llevara la bebida que me acabo de meter para el cuerpo.

—Sígueme, te estamos esperando para empezar con el juicio.

Suelto una carcajada y me levanto. Mi subconsciente es la hostia. Mezcla temas sin ningún tipo de filtro.

Sigo a la mujercilla atravesando la sala. Algunos chicos me guiñan el ojo o me sonrían con descaró. Las mujeres me ignoran por completo, algo muy típico

entre nosotras: hacer el vacío a la nueva y preciosa chica del grupo.

Salimos y entramos en otro pasillo. La iluminación se va perdiendo a medida que avanzamos. Por suerte la música se filtra hasta aquí, así que voy moviendo un poco las caderas siguiendo el ritmo de la salsa. De repente pienso que me gustaría despertar para tocarle el paquete a Óscar, eso si ha llegado ya a casa. Supongo que cuando se acerque, su delicioso olor me obligará a abrir los ojos y salir de mi subconsciente.

Llegamos ante unas majestuosas puertas doradas que la mujercilla abre con visible dificultad. Le ofrecería mi ayuda, pero qué le vamos a hacer, me he vuelto vaga hasta en sueños.

Y cuando se abren ante mí, veo a un sesentón sentado en un gran trono dorado, a juego con las puertas.

—¡Bienvenida al Infierno, mamita! —me recibe sonriendo con los brazos abiertos y un fuerte acento cubano.

Capítulo 6

Soñando despierta

MI boca se abre hasta lo imposible cuando una bolsa de basura negra con dos agujeros por ojos y uno por boca me ataca de repente. No me ha dado tiempo a fijarme en el cubano sesentón cuando el maldito plástico me agrede y me envuelve, intentando asfixiarme.

—¡Socorro! ¡Me ahogo! —intento decir con evidente dificultad mientras se me enrolla en la garganta y se aprieta contra mi piel.

«Joder, si esto es un sueño, ¿por qué no me despierto de una puñetera vez?», pienso desesperada.

—No estás soñando, mi *amol*, estás en el Infierno —dice el cubano—. Andrea, cielo, deja de luchar para que podamos empezar con el juicio.

La presión desaparece y la bolsa se aleja.

«¿Ha dicho *Andrea*? ¿El intento de disfraz de Halloween por una madre soltera trabajadora es ella?», pienso al sujetarme el cuello y comprobar que todo sigue en su sitio.

Una silla aparece de repente en mi espalda, lo que me obliga a tomar asiento.

El viejo se sienta en su trono, la versión más cutre de Andrea flota a su lado y la mujercilla con las gafas de culo de botella desenrolla un pergamino y se dispone a leer.

—Por la presente, y con todos los afectados aquí reunidos, comenzamos el juicio de Andrea contra Pilar. Andrea denuncia que su cuerpo ha sido sustraído sin su consentimiento por, según palabras textuales, la robacuerpos y robanovios. La afectada exige que su cuerpo le sea devuelto de inmediato y compensada por todos los daños que le haya podido ocasionar este incidente.

Parpadeo confundida, alelada, esperando despertarme de una puñetera vez.

¿Pero qué cojones es esto? Sé que tengo una mente algo imaginativa, pero creo que me he tomado un tripi antes de dormirme sin saberlo porque esto se está pasando de castaño oscuro.

La mujercilla me mira a través de sus ridículas gafas y me pregunta:

—¿Algo que declarar?

Me intento levantar de la silla para salir corriendo de esta extraña habitación, pero el culo se me ha quedado pegado.

—Mamita, hasta que no se dicte sentencia no podemos movernos de aquí. Llevamos esperándote dos días, no te vas a ir sin resolver este asunto —me explica el cubano.

—Es mi sueño, estoy durmiendo en mi cama. En cuanto me despierte, se acabó; no me toquéis las narices.

La bolsa empieza a hacer ruidos extraños, como cuando soplas un globo. Creo que se está riendo, pero no lo podría asegurar.

—Sabía que eras estúpida, pero no sabía hasta qué punto —dice la bolsa con una voz estridente algo amortiguada por el plástico. Resulta bastante cómico porque el agujero que tiene por boca se mueve mientras habla, como si fuera un dibujo animado—. Me has robado mi cuerpo, te has atrevido a cambiarlo, con lo mucho que me costó que fuera *cool*, y lo peor de todo... ¡Me has robado a mi churri! Te odio. Piensas que es un sueño, pero te equivocas. Aquí y ahora se decide nuestro futuro, y te aseguro que recuperaré lo que me has quitado.

Me estoy empezando a cagar encima... Trago saliva con dificultad y me abanico con la mano.

—¿Algo más que añadir? —me pregunta la mujercilla.

Me encojo de hombros sin saber qué decir. Es cierto que llevo su cuerpo, me tiro a su exnovio, me quité los labios y tetas de Carmen de Mairena... No sé qué puedo decir en mi defensa...

—Pues por la presente declaro a Pilar...

Sé que iba a decir culpable, lo estaba vocalizando cuando las puertas se abren de par en par y alguien grita:

—¡Alto ahí!

Todos en la sala nos giramos a ver quién es y, para mi sorpresa, no sé para la

de los demás, veo a la Muerte entrar en la sala con una toga que le queda como cuatro tallas grande, con una peluca blanca empolvada y, cómo no, un puro en sus arrugados dedos.

—¡Malnacido! ¡Sabía que serías capaz de todo para volver a ver este cuerpo serrano! —dice la Muerte tocándose las tetas.

—¿Pero de qué estás hablando, jevita? Esto no tiene nada que ver contigo — se defiende el atacado.

Tengo que reconocer que me alegro de ver a la loca. Es la primera vez que me pasa y ese sentimiento me acojona más que todo lo que estoy viviendo. Supongo que será porque es la única «cosa» conocida en la sala.

—Muerte, ¡Muerte! —intento llamar su atención un momento para hablar con ella.

Me ignora adrede, lo noto. La llamo en varias ocasiones, pero ella no hace más que echar miraditas de odio titánico hacia el cubano. El susodicho le responde tirándole besitos acaramelados.

—Cada siglo estás más linda —dice el afectado.

—Y tú cada vez más mongolino —responde ella para hacerle un corte de manga—. Vengo a defender a Pilar en calidad de abogada en esta patraña de juicio.

—¡Y una mierda que te comas! —suelta la bolsa de basura.

—Tú, cállate, putón desorejado. Qué pesada eres, Andreíta... Te tuve cinco segundos conmigo en mis dominios y te mandé aquí echando leches. ¡No te soporta ni tu madre! —dice la Muerte acercándose a la bolsa.

—¡No metas a mi madre en esto, bruja! —responde «el disfraz» alejándose de ella.

El viejo se levanta pidiendo paz. Intenta tocar a la Muerte, pero ella le saca las uñas y vuelve a mi lado.

—¡Quita bicho! —le dice al cubano.

Me pone una seca y fría mano en el hombro y pide hablar conmigo en privado. Todos salen por la puerta, incluida Andrea.

En cuanto estamos solas, me pega un sopapo que casi hace que se me dé vuelta la cabeza en plan niña del exorcista.

—¡Serás *retardez!* ¿Qué crees que intentaba hacer estos días? Te daba esas mierdas para que no te durmieras —me explica echándome todo el humo en los ojos.

—Y yo cómo voy a saber que lo que iba a pasar... ¿En qué momento iba a sospechar esto? —me quejo intentando levantarme de la silla sin éxito.

—Ni lo intentes —me comenta dando vueltas a mi alrededor—. De aquí no te mueves hasta que se dicte sentencia. A ver, mongui... Si no hubieras cerrado tus hediondos ojos de cloaca, no estaríamos aquí. No podía explicarte esto en el mundo de los vivos, va en contra de la ley. Para que te pongas en antecedentes: el cubano depravado ha reclamado tu alma en un viaje astral que te ha traído hasta aquí, el Infierno. Está claro que no cumplí las reglas a rajatabla cuando te di el cuerpo de la guarrona.

—Pero...

—¡No me interrumpas! —me grita levantándome la mano—. Verás, cuando alguien muere, viene a mis dominios, veo su alma y decido su futuro. En algunos casos está bastante claro, como la jodida Teresa de Calcuta, que se va al Cielo con un petardo en el culo. Lo mismo pasa con los asesinos, violadores... y los suicidas, como es el caso de Andrea. Esos vienen aquí de inmediato. Para las personas corrientes y molientes es más complicado. Normalmente pasan un pequeño periodo aquí hasta que se reencarnan en un recién concebido y vuelven al mundo real.

Sé que si la interrumpo me va a pegar, pero tengo que hacerlo.

—No entiendo nada... ¿Esto es el Infierno? Pero si parece el Cielo, con todos esos mojitos y música.

Se sujeta el entrecejo con dos dedos y suspira.

—Qué complicado es explicarle lo más simple del mundo a los retrasados mentales... —se queja—. ¿Tú has visto lo que hay ahí fuera? La mayoría se reencarnará, solo hacen tiempo hasta que su alma encuentre un feto afín, pero los verdaderos malnacidos se quedarán para siempre aquí. Sus almas están tan infectadas de maldad que nuestras leyes deciden que es contraproducente que regresen. Parece el paraíso hasta que te dicen que jamás saldrás de él. ¿Te imaginas unas vacaciones eternas en Benidorm? Sí, es para pegarse un tiro...

Cuando te di el cuerpo de Andrea, pensé que el alelado de mi exmarido lo dejaría correr, que no le importaría tener un alma sin su imagen espectral, es decir, el cuerpo que tú llevas.

Parpadeo varias veces. ¿Exmarido?

—¿Te casaste con el Diablo? —Realmente le pega, por lo mal hablada que es y eso.

Me suelta un bofetón que casi me saca los ojos y sonrío.

—Sí, me casé con él.

—Dios... otra vez empieza la pesadilla —comento más para mí misma que otra cosa.

—No lo nombres, ya te he explicado que no vendrá —dice rascándose el sobaco—. Esta tela es lo más incómodo que me he puesto nunca. Y encima el tanga se me está metiendo por el ojete.

Veo que introduce su mano por debajo de la toga y empieza a tirar del tanga hasta que lo rompe y lo tira al suelo. Es de encaje negro. Minúsculo. Normal que le molestara.

—A tomar por culo con el tanga. Pues eso, que el de arriba nunca nos hace caso, deja que arreglemos nuestros problemillas entre nosotros.

Cierro los ojos para intentar poner en orden mis ideas. ¿De verdad estoy en el Infierno? ¿Qué culpa tengo yo de que la Muerte sea un desastre y no haga bien los tratos?

—Deja el comedero de cabeza diarreico, tenemos que darnos prisa —dice tirándome del pelo—. A ver, está claro que no debí haberte metido en el cuerpo de una suicida porque jamás podrá reencarnarse y, por lo tanto, necesita su último cuerpo, el cuerpo con el que murió.

Asiento pensando que estoy bien jodida. ¡Cómo se me ocurrió hacer un trato con la loca! ¡Tendría que haberlo sospechado el primer día cuando la vi sacándose los mocos!

—En teoría, está prohibido quitarle el cuerpo a esas personas porque entonces lo que les queda es pasar la eternidad dentro de una bolsa de basura, como es el caso de Andrea —continúa sentándose a mi lado—. Pero te reconozco que no soporto las infidelidades, y me pareció perfecto uniros a Óscar

y a ti, dos víctimas de engaños amorosos.

«Vaya, qué profunda se ha vuelto de repente», pienso un segundo.

—No te me pongas moñas que no es el momento —dice tirándose un pedo—. Era el cuerpo de Andrea o el de una gitana rumana llamada Alina, no había más disponibles. Tenía que tomar una decisión rápida y opté por la mejor. También te reconozco que no pensaba que pudieras ganar el trato que hicimos, así que no llegué a plantearme esta situación.

—Vale, voy a obviar durante un segundo todo esto porque eres un desastre. ¿Qué opciones tengo? ¿Puedo denunciarte a ti y que la responsabilidad sea tuya?

Me estoy cabreando, pero debo mantener el control y no asesinarla ahora mismo con mis prestadas manos.

—Oye, oye, que la que intentó hacerse la listilla conmigo fuiste tú —se defiende recolocándose la peluca empolvada—. Vale, la cagué, pero no pienso pedirte disculpas, mi legendario puesto me lo impide. Tu opción más viable es que pida un aplazamiento y vuelvas. No duermas nunca más hasta que seas una vieja pelleja. No podrán reclamarte de otra forma. Sí, definitivamente tu solución es el insomnio.

Me mira fijamente con absoluta convicción. ¡Será gilipollas!

—Oye, como me vuelvas a insultar en tus asquerosos pensamientos, te degüello.

—A ver, querida Muerte... —Busco las palabras adecuadas para explicarme—. Es imposible mantenerme despierta durante años. Me volvería loca, y mi cuerpo no lo soportaría. No, esa opción queda descartada.

—De acuerdo, veo que no tienes fuerza de voluntad. Pues también le puedes devolver el cuerpo y a ti te reencarnamos en un bebé. No recordarás nada de esta vida, no te preocupes.

—¿Estás de coña? Lo que me estás ofreciendo es la muerte, ¡no es ninguna solución, joder!

Empiezo a hiperventilar. No puedo morir así, sin más. No es justo.

—Si no quieres huir del juicio y no quieres otro cuerpo... Nuestras opciones se reducen.

—¿A cuáles? —pregunto desesperada.

—No tengo ni la más remota idea —dice tan tranquila la desgraciada—. ¡Oye! Que la primera vez que te pegaron con un testículo en la cabeza ya estabas más muerta que un palo. Me diste un poco de penita y te devolví a la vida, pero no tenía ninguna obligación de hacerlo. Igual que cuando te ahogaste en esa piscina para neonatos. No tengo la culpa de que seas una kamikaze. Te ofrecí el trato cuando ya no podía devolverte por hacer el mongui en el baño. Tu cuerpo estaba más espachurrado que una acelga, había pocas opciones. Además, quería tu alma y me la jugaste. Si hubieras perdido el trato, no estarías en esta situación...

—Estaría en una peor, limpiándote el culo y depilándote esos pelos negros que tienes que parecen esarpas —contesto cabreadísima.

—Pero bueno... parece que la mosquita muerta se está espabilando. Me gusta, así nos lo pasaremos mejor cuando estemos juntitas en mis dominios.

—¿Disculpa?

Se frota los ojos y me sonrío.

—Sí, la tercera opción es que le devuelvas el cuerpo y te quedes conmigo a jugar a las muñecas podridas toda la eternidad. Pero esa opción me la quería guardar para cuando siguiéramos con el juicio.

—Ni de coña. Prefiero reencarnarme, la verdad. ¡Pero como ultimísima opción! Me gusta la vida que estoy viviendo, no quiero morir aún. Además, el trato que hicimos debería seguir siendo válido, que tú lo hicieses mal no es mi problema.

Se levanta y da vueltas a mi alrededor.

—En un mundo justo eso sería así, por desgracia, no lo es. Estás jodida.

Se calla y se sienta. Las puertas se abren y los tres personajes entran y se colocan en sus respectivos lugares. La mujer toma la palabra, reclamando a mi abogada una decisión por nuestra parte.

—Pilar no quiere devolverle el cuerpo a Andrea —explica la Muerte tan tranquila. Me tapo la cara con las manos. Esto es un verdadero desastre, menuda abogada de mierda que me ha tocado.

La bolsa se empieza a revolucionar. El cubano pide tranquilidad mientras coge el tanga de la Muerte y empieza a olerlo.

—No di mi consentimiento para que me quitaran mi cuerpo. ¡Es mío! Me da igual si ella se queda sin cuerpo, que me devuelva el que lleva y que se reencarne —dice Andrea. Le quita bastante seriedad al asunto que sea una bolsa de basura, pero parece que está muy cabreada.

—Mamita, no te alteres. No hagas caso porque quieren meter guapería. El cuerpo debe ser devuelto a Andrea y Pilar se reencarnará —dice el cubano al resto.

—¡Como no me voy a alterar, cubanín! Soy el hazmerreír de este sitio. ¡Hasta Hiltin se burla de mí! No puedo pasarme toda la eternidad en este asqueroso saco de plástico. Exijo justicia.

«Así que nuestro difunto esposo sigue dando guerra», pienso entre divertida y acojonada. No me quiero reencarnar, eso es como morir.

Y de repente se me ocurre una solución algo complicada, pero que quizás pudiera funcionar.

—¿Puedo defenderme yo sola, por favor? —pregunto a la mujercilla de gafas. Ella asiente, así que respiro hondo—. Me declaro inocente de todos los cargos, ya que en el trato que hice y gané con la Muerte en ningún momento se me expuso esta posible situación. La que cometió negligencia fue ella, no yo, por lo tanto no debo ser castigada por ello. Sin embargo, soy plenamente consciente de que un cuerpo no puede dividirse en dos, es imposible.

—No, es más complicado que todo eso. Cuando tu alma entra en un cuerpo, ya no se puede separar hasta que te vuelves a reencarnar en otro. Cuando vas al Cielo o al Infierno para toda la eternidad, necesitas tu último cuerpo —me explica la Muerte mientras se mete un dedo en la nariz—. No debí quitarle el cuerpo a Andrea, ya que su alma ha quedado desnuda. Vamos, que bajo ese plástico habita un alma más negra que el envoltorio que la viste.

—¡Pero qué ataque más gratuito! —grita la bolsa—. ¿Se puede saber yo qué te he hecho a ti? Ay, madre mía, que me sofoco...

—Quejarte. En un sitio que yo me conozco, se hacen cosas malas a los chivatos como tú...

—No me ameneses... —creo que dice Andrea, tampoco se le entiende mucho.

—Pilar y yo éramos amigas hasta que tuviste que entrometerte. Ahora piensa que soy un desastre, y eso no te lo perdono —concluye la Muerte cruzándose de piernas de una forma muy poco elegante.

—No somos amigas —aclaro.

—¡Basta! No estamos en el patio de recreo —dice la mujercilla que hace de jueza, por lo que parece.

Todos nos quedamos en silencio lamiendo nuestras heridas. «Ahora o nunca», pienso agotada mentalmente.

—Me habéis interrumpido, pero quiero proponer algo que solucione esta situación tan escabrosa... —paro y tomo aire un segundo—. Andrea y yo queremos el mismo cuerpo. Ambas somos víctimas de una injusticia provocada por la Muerte. Por ello, merecemos una compensación.

El cubano se empieza a reír a pleno pulmón.

—¿Y qué es lo siguiente? ¿Ir regalando ahorita oro a los muertos?

—No, lo mejor es lo que tú haces, viejo pellejo. Subir la calefacción para que las tetugonas te restrieguen la mercancía por el paquete flácido que tienes —ataca la Muerte levantándose de la silla.

—*Amol*, ya tú sabe que solo tengo ojos para ti, *jeva* mía.

—Y una polla como una olla.

—¡Basta! ¡Dejadme continuar! —digo intentando terminar con esto de una vez—. Se me ha ocurrido que yo puedo llevar el cuerpo de Andrea en esta vida y cuando llegue mi hora, se lo devuelvo y yo me reencarno en otro. Total, ¿qué son sesenta años más en comparación con toda la eternidad? Solo tendría que estar en esa bolsa relativamente poco tiempo. Además, seguro que le podemos encontrar otra más mona.

—Lo siento, pero eso es imposible. Andrea murió en su veintena y su alma así lo confirma. Si aceptáramos eso, se le devolvería un cuerpo de vieja a un alma joven. Y sería imposible conectarlas de nuevo. Es ahora o nunca, antes de que su cuerpo cumpla un año más. La decisión debe ser tomada hoy —aclaro la gafotas.

«Mierda, es verdad. Quedan horas para su cumpleaños...»

—¿Y si se queda con mi anterior cuerpo? —pregunto a la desesperada—. Sé

que estará en un estado lamentable, pero a lo mejor se podría recomponer para ser habitado por ella. Al fin y al cabo es solo su *imagen* lo que se necesita, no es el verdadero cuerpo.

—Ya se lo hemos propuesto como solución, pero ella se niega —explica la mujercilla—. No podemos obligarla si no quiere.

Me quedo mirando a la bolsa con cara de gilipollas. ¿En serio prefiere estar dentro de un plástico que en mi anterior cuerpo?

—No quiero tu gordo y celulítico cuerpo. Me niego —dice la bolsa.

—¿Estás de coña? ¿Has montado todo este circo porque no quieres un cuerpo perfectamente aceptable? —le pregunto cabreada.

—¡Y una mierda aceptable! Me lo han enseñado y es asqueroso. Me costó mucho dinero y esfuerzo conseguir un físico impresionante y ahora no pienso pasarme la eternidad siendo una foca.

—¿Disculpa? *Foca* se lo vas a llamar a tu puta...

—¡Silencio! —grita la gafotas—. Pilar, una pregunta: ¿por qué no quieres reencarnarte? Sé sincera, esto es importante.

Mi vida, mis recuerdos... todo eso cuenta. El miedo a lo desconocido también. Pero algo grita en mi mente, prevalece sobre todo lo demás: Óscar. No quiero reencarnarme porque lo perdería. Tendría que decir adiós a lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Por él. Por Óscar —respondo con la voz entrecortada.

—¡Vete a tomar por culo! Óscar siempre me ha querido a mí, que te quede claro —me dice la bolsa—. Solo estás con él porque llevas mi cuerpo, no te confundas.

Voy a contestarle una *bordería* subidita de tono cuando la mujercilla se limpia las gafas con el vestido y anuncia que ha tomado una decisión.

—Viendo las circunstancias no me queda otra opción que ofreceros una alternativa diferente. Además, al menos Pilar ya conoce los tratos que solemos hacer en estos casos.

Todos guardamos silencio. La jueza parece que ha tomado una decisión.

—Un cuerpo y dos almas... algo imposible. Ambas inocentes del malentendido. Dos cuerpos disponibles, pero solo uno deseado. Y un hombre de

por medio...

—¡Déjate de gilipolleces y dilo ya! No soporto este intríngulis —grita la Muerte comiéndose unas palomitas que han salido de la nada.

La señora se ajusta las gafas lanzándole una mirada a mi *abogada* que hace que la susodicha simule una cremallera cerrada en la boca.

—Según mi opinión, ambas estáis muertas —dice mirándonos a las dos—. Lo de Andrea está claro, pero para mí Pilar ya debería haberse reencarnado desde que la atropelló la bicicleta.

Doy un respingo en la silla. Esto no pinta nada bien...

—Y a grandes males, grandes remedios —continúa la mujer.

—¡Un momento! Creo que sé por dónde vas y te recuerdo que mi puesto me permite hacer tratos para conseguir almas —dice la Muerte levantándose—. Lo único que hice mal fue quitarle el cuerpo a esta arpía sabiendo...

—No es que lo hicieras mal, es que eso está prohibido y lo sabes —contraataca la gafotas.

—Mi mujercita lo hizo para crearme problemas. Para llamar mi atención —comenta el cubano.

—¡Y una mierda! —contesta la Muerte—. Lo hice porque aquí la amiga venía muy subidita y decidí bajarle los humos metiéndola en plástico maloliente.

—¡Silencio! —grita la jueza—. Ya he tomado una decisión. Se ha cometido una irregularidad épica, por lo tanto lo justo es que ambas vuelvan a la vida.

—¡Sí! —grita la bolsa.

—Aún no he acabado. Andrea solo puede volver en su verdadero cuerpo, así que Pilar deberá morir para entrar en uno nuevo, y aclaro: en uno en el que su alma se reencarne inmediatamente para que no haya problemas. Tienen un mes para comprobar a quién ama realmente Óscar. Cuando el tiempo se acabe, se verá a quién ha escogido.

Termina quitándose las gafas y las limpia cuidadosamente.

Me he quedado sin respiración. No puede ser. Esto no puede estar pasándome de nuevo. Por la hija de puta de la loca, porque no tiene otro nombre, voy a tener que pasar otra vez por un nuevo cuerpo, disimular...

—¿Alguien tiene algo que decir? —pregunta la jueza.

Yo tendría mil preguntas, pero no puedo separar los labios. Una parte de mí me dice que no pasa nada, que es una pesadilla y que despertaré en los brazos de Óscar. Otra me dice que estoy bien jodida.

—Tengo varias preguntas, ya que parece que todos me tomáis por el pito del sereno —comenta la Muerte haciéndose la digna—. ¿Quién matará a Pilar cuando despierte? ¿Recordará el juicio cuando lo haga, o no se esperará que alguien o algo le vaya a dar por culo? ¿Óscar sabrá de qué trata el juego? ¿Es que aquí no hay servicio de catering?

—Mi *amol*, ya tú sabe que puedes pedir lo que quieras —añade el Diablo.

—No me llames así, que me dan arcadas. A ver, quiero respuestas, ya que me ofrezco como la madrina de Pilar en este juego.

—¡Ni de coña! Te quiero bien lejos esta vez —aclaro histérica.

La jueza pide silencio.

—Ambas tendréis padrinos. El Diablo será el de Andrea y la Muerte acompañará a Pilar. Con respecto a las preguntas, Pilar no recordará nada cuando despierte y será la Muerte quien la mate. Se les dan los cuerpos y empieza el juego. Como Óscar ya conoce tu existencia —dice la jueza mirando a la Muerte—, lo único que se le puede decir es que Andrea ha conseguido volver a la vida en su cuerpo y que por ello a Pilar se le ha dado otro. No puede saber nada más. A las ocho de la noche del día treinta solo quedará viva, y con el cuerpo que lleve en ese momento, la que él haya escogido. La otra volverá aquí. Si es Pilar, veremos cómo se ha portado y si merece el Cielo, la reencarnación o el Infierno. Si es Andrea, se quedará en el Infierno por haberse suicidado.

—No quiero matar a Pilarica, es mi amiga... —comenta la Muerte intentado sin éxito cogerme de la mano. Yo me separo de ella todo lo que puedo.

—Es lo menos que puedes hacer visto el lío que has montado —dice la jueza.

La malnacida me mira con ojitos de cordero degollado y me pregunta con voz de niña pequeña de película de miedo china:

—¿Cómo quieres que te mate?

Me dan ganas de arrancarle los ojos, pero como eso no serviría de nada lo sopeso un segundo y me pongo a gritar.

—¡Me quiero despertar de una puñetera vez!
Todo se vuelve negro.

Capítulo 7

Rompiendo las reglas

En mis dominios, 1788

Reaparezco en mi trono y con un ligero movimiento de la mano mi vestimenta se transforma para ponerme algo más cómodo y seductor. Siempre me ha gustado llevar poca ropa, así que opto por un vestido de seda natural negro con caída que marca y acentúa mis curvas sin ajustarse demasiado.

Tengo que concentrarme en encontrar el alma de esta chica entre todas las que acaban de morir, que son miles en todo el mundo cada segundo. La encuentro al instante, perdida en la nada, esperando a que se decida su destino. Brilla mucho, así que debería mandarla al de arriba. Pero no puedo porque tengo que devolverla a la tierra, de forma que unifico a sus semejantes y las envío de inmediato al Cielo. Para poder dedicarme a ella, en cuanto la traiga junto a mí, busco a todas las almas opacas, sin luz interior, y se las envío al cubano para que se queden en el Infierno una temporada.

Bien, ya he cumplido con mi trabajo rutinario por hoy.

Hago aparecer en mi mano derecha una guadaña y me pongo una capucha negra para que me tape la cara. He descubierto que me divierte sobremanera ver sus expresiones de pánico cuando me ven de esta guisa.

Chasqueo los dedos y aparece ante mí. Se la ve perdida, desorientada. No sabe dónde está, no sabe qué ha pasado. Antes de que se gire y me vea, aprovecho para ponerme en antecedentes y leo su alma, sus recuerdos. Su vida entera pasa ante mis ojos, sus aspiraciones y deseos más ocultos, sus miedos primitivos, sus anhelos incumplidos. Unas partes se me revelan veladas, no soy capaz de verlo todo, pero lo paso por alto porque en ocasiones ocurre cuando han estado inconscientes o muy enfermos. Y, por lo visto, esta chica ha muerto

por suerte de forma rápida, apenas ha sufrido dolor, pero claramente ha pasado sus últimos días en un duermevela enfermizo.

Cuando por fin consigue verme, se queda paralizada por el miedo. Me sorprende su rostro, de inmensos ojos verdes y pálida tez, ruborizadas mejillas y labios gruesos. Su cuerpo es delicado, de cintura estrecha pero generosos pechos. Su pelo rubio cae por su espalda como si se tratara de una cascada de hilos dorados. Es una de las mujeres más atractivas que he visto desde hace mucho tiempo. Y su alma, pura y clara, me dice que es de clase alta, bien educada y con todos los lujos que esta época y lugar pueden permitirse y, a pesar de eso, ha tratado de hacer el bien y ayudar a los más necesitados. Debería mandarla al Cielo inmediatamente, pero por lo visto le va a tocar sufrir un poco más en el mundo de los vivos...

—¿Dónde estoy? —me pregunta temblando de pies a cabeza. Se abraza a sí misma, y pesados lagrimones descienden por sus esculpidos pómulos.

Suspiro al darme cuenta de que esta jovencita es de las puras, de las que hay que tratar con delicadeza, de esas con las que tengo que tener cuidado para que no se me traumaticen demasiado.

—Estás en mis dominios —explico lentamente. Me echo la capucha hacia atrás y hago desaparecer la guadaña. No quiero que se desmaye antes de mandarla de nuevo con su seguramente compungido padre.

Asiente y se tapa el rostro con las manos. Unas manos que desde aquí puedo ver son finas, de piel inmaculada. Vamos, que no han trabajado duro en su vida.

—No entiendo nada... ¿Cómo he llegado hasta aquí? —quiere saber acercándose al trono. La pobre es tan inocente que no se ha dado cuenta de que ha muerto. Decido hacerlo rápido para que no me dé dolor de cabeza tanta bondad.

—No te inquietes, no voy a hacerte daño —le aseguro para que deje de llorar como una Magdalena. Empieza a preguntar por su padre, así que la interrumpo con rapidez—. Estabas enferma y has muerto... ¡Pero vas a volver con tu padre! —grito cuando empieza a hiperventilar.

Tengo que levantarme e ir hasta ella. Le tiendo un pañuelo que hago aparecer entre mis dedos y le doy una torpe palmadita en la espalda. Me parece que esta

chica se ha criado entre algodones...

—¿Dónde está mi padre? —me pregunta retorciéndose el vestido.

—Tu padre está bien... —contesto aburrída—. Escúchame. Te vas a despertar en tu cama sin recordar nada de lo que estás viviendo ahora mismo. Abrirás los ojos ya recuperada, limpia de esa enfermedad que te estaba consumiendo. Tendrás una segunda oportunidad, así que no la desperdicies —le explico despacio mientras ella asiente en silencio—. Y sigue así para que cuando vuelvas a morir te pueda enviar derechita al Cielo, ¿de acuerdo?

Tengo la sensación de que estoy hablando con un infante de menos de nueve años. He tenido a niños más espabilados que ella, la verdad.

Chasqueo los dedos para que desaparezca rápido antes de que tenga que presenciar un segundo más esa cara quejicosa y lastimera.

En cuanto estoy sola de nuevo suspiro y hago aparecer un diván para tumbarme a esperar a que lleguen más muertos mientras lucho por no pensar en cierto cubano prepotente.

Capítulo 8

Volviendo al mundo real

—Buenos días, mi amor —me saluda Óscar regalándome suaves besos en el cuello—. Anoche llegué un poco tarde, perdóname.

—No pasa nada... —consigo decir adormilada. Me estiro en la cama y bostezo. Madre mía, la cogorza que me cogí anoche, me duele todo el cuerpo.

Se levanta y va al baño. Me restriego los ojos con fuerza y me incorporo. Creo que soñé cosas rarísimas, menos mal que no recuerdo nada. Solo una sensación de agobio. Seguro que tuvo algo que ver con la Muerte. A ver si se cansa de perseguirme de una maldita vez.

—Nena, recuerda que te tienes que preparar. Estas me dijeron que pasarían a buscarte sobre la una, y son menos cuarto.

Salto de la cama pensando que cada día estamos más dormilones. Mierda, no sé qué ponerme. Abro el armario a la desesperada y cojo lo primero que encuentro. Unos pantalones pitillo negros con tachuelas, tacones rojos, camiseta roquera y la chupa de cuero. Me visto en un segundo y me miro en el espejo. Perfecto. Sonrío pensando que hace dos años jamás me hubiera puesto algo tan atrevido. Yo era más de básicos de Zara o vestidos de marca que me compraba en las rebajas.

Me desvisto como un rayo y me meto en la ducha mientras Óscar se lava los dientes.

—No te va a dar tiempo —dice con la boca llena de pasta de dientes.

—Es que huelo como una mona —le contesto mientras me enjabono deprisa.

Salgo desnuda hacia la habitación, pero Óscar me atrapa al vuelo y me mete mano con ímpetu. Me dejo hacer mientras lo beso, saboreando sus labios. Me acerco y noto que algo crece dentro de sus calzoncillos. Ronroneo con ganas de

más. A la mierda las chicas, que me esperen.

—No nos da tiempo... —me susurra mientras me aprieta un pecho.

—Que sí.

—Lo que tú quieras, nena... —responde con esa cara de malote que hace que se me carbonicen las bragas.

Y de repente, suena el telefonillo.

Maldecimos y nos separamos. Me visto y me maquillo casi sin respirar. Antes muerta que sencilla. Cuando estoy retocándome el rímel, aparecen Las Tres Marías por la puerta con una botella de champán.

—¡Chichi! ¡Felicidades!

Fuerzo una sonrisa que no me sube hasta la mirada y las beso. Han venido con boas de plumas rosas y con gafas de colorines. Está claro que nos vamos de fiesta.

Cojo el bolso, hago un puchero y le lanzo un beso con la mano a Óscar. Me están secuestrando contra mi voluntad, arrastrándome hasta la puerta de entrada.

—¡Pásatelo bien, nena! —me grita desde el salón guiñándome un ojo.

Dos horas después, estamos en una especie de sala que parece un *after* para la gente con pasta. El champán caro corre por nuestras venas mientras bailamos como locas. Al principio me resistía, sobre todo por el hecho de que es el cumpleaños de una muerta lo que estamos celebrando, pero me he soltado la melena y voy dando saltos, empujando a los estirados que nos comen con los ojos y tirando besos a las chicas. Son mi pequeña familia, mis hermanas.

—¡Por Andrea! —grita la versión más borracha de Olga—. ¡Por que cumpla muchos más!

Brindamos y chocamos nuestras copas. Le siguen unos chupitos de tequila que me terminan de rematar. Y en una de estas vueltas locas que voy dando mientras bailo me parece ver a la Muerte apoyada en la barra.

Me quedo fría y el pedo se me baja de repente.

¡Es que no me puede dejar ni un segundo en paz!

Parpadeo y pienso que quizás es la moña que llevo encima que me está provocando alucinaciones. Consigo atrapar a Jenny y llamo su atención.

—Quiero que mires a la barra y me digas si ves a una vieja con un abrigo de

piel —le escupo en el oído.

Asiente y parpadea, primero con un ojo y después con el otro... Madre la que lleva esta también. Mira y me dice que sí con la cabeza.

—No *esssstá* en la barra, *esssstá* bailando —me informa sujetándose a mi brazo para no caerse al suelo.

Miro yo también y la veo contoneándose como un esquizofrénico. Resulta rocambolesco. Los que están a su alrededor ponen caras raras y se alejan. Pongo los ojos en blanco y voy a buscarla, a ver qué coño quiere.

Llego hasta ella y, antes de que pueda decir nada, me coge de un brazo con fuerza y me lleva hasta los lavabos, que por suerte están vacíos.

—¿Qué haces persiguiéndome? ¿Quieres hacer el favor de dejarme en paz? —le suelto sin más apoyándome en el lavabo.

—Yo también me alegro de verte —me contesta sonriendo—. Quiero que sepas que esto me duele más a mí que a ti.

Y se saca del abrigo un machete más largo que su brazo.

Me echo hacia atrás e intento salir huyendo, pero de una patada cierra la puerta y me empuja contra el retrete.

—Bueno, para qué nos vamos a engañar. Seguro que te duele más a ti.

Levanta el machete mientras grito. Por desgracia, la música está tan alta que mi llamada de auxilio no ha salido de estas cuatro paredes.

—Te quiero —dice dándome la primera puñalada en el pecho—, pero te mato.

Me asesta cuatro heridas mortales. Si he de ser sincera, no me duele tanto como esperaba, creo que me dolió más caer desde un décimo. No me puedo mover. No consigo hablar, solo respiro con dificultad e intento por todos los medios cagarme en sus muertos, pero los insultos se ahogan en mi garganta.

Me arrastro despacio hasta el suelo y siento que me desangro. Ella se guarda el machete y me sujeta la cabeza.

—Shhhh —dice mientras me acuna—. Ya está, ya está.

—Vete a la mierda... —escupo con rabia esas palabras acompañado de un vómito sanguinolento.

—Ay... la mala de la Muerte... —continúa con sus gilipolleces, ahora

entonando como si estuviera hablando a un bebé—. Que te ha hecho pupita. Shhhhh. Ya está, ya está...

Y con el último aliento del cuerpo, levanto el brazo y le meto un puñetazo en el ojo.

Siento que me suelta y desaparece. Estoy nadando en sangre. Ni el segundo día de la regla lo supera, que siempre decía que parecía la matanza del cerdo. Cierro los ojos y pienso en Óscar, en que al final no le pude dar un último beso en condiciones.

—¡No! ¡Andrea! —oigo que grita Jenny a mi lado.

Siento cómo me lloran, escucho que llaman a una ambulancia y me despido mentalmente de ellas porque de esta no salgo.

Adiós, mundo cruel.

Capítulo 9

De vuelta al Infierno

Abro los ojos y siento que floto. Es una sensación nueva, nunca, ni en los dominios de la Muerte, la había sentido. Intento mirarme las manos, pero no están. Creo que no tengo cuerpo. ¡Mierda, no tengo cuerpo!

Y los recuerdos del Infierno y el juicio me asaltan; entiendo por qué la malnacida me ha metido cuatro puñaladas entre pecho y espalda.

Floto en el vacío hasta que llego a la sala donde se celebró el juicio. Estoy sola. Quiero sentarme en una silla, pero no consigo «tocar» el asiento. Levito más acojonada que nunca en mi vida hasta que las puertas doradas se abren y entran los personajes de mi peor pesadilla: el Diablo cubano, la bolsa de basura, la jueza con las gafas de culo de botella más ridículas que he visto en mi vida y la Muerte.

Se colocan en sus respectivos sitios y la jueza pide silencio.

—Muy bien, tal y como ordené, Pilar ya ha salido del cuerpo de Andrea.

La Muerte se acerca a mí y juega a pasar su arrugada mano a través de mí. Cada vez que me atraviesa siento cosquillas, así que le pido muy amablemente que se esté quietecita y que más tarde arreglaré cuentas con ella. Eso de las puñaladas a traición no se me va a olvidar así como así.

—Ahora mismo tu cuerpo está en coma —le explica la jueza a la bolsa—. Te asestaron cuatro puñaladas, y tú debes decir que fue un hombre enmascarado. Por supuesto, no puedes contar la verdad. A nadie. Debes fingir que siempre has sido tú la que habitaba ese cuerpo, a excepción de Óscar, al que solo le puedes contar que tu amor por él era tan grande que te dimos una segunda oportunidad al aprovechar el incidente de las puñaladas mortales. Y que, como necesitabas tu cuerpo, a Pilar se le ha dado otro. Nada sobre el juego, por supuesto.

La bolsa asiente y yo me cabreo.

—Sí, claro, si dice eso, ya tiene media partida ganada —me quejo haciendo esfuerzos sobrehumanos para conseguir que mi voz salga de la nada.

—Tú, tranquila, querida, me voy a asegurar de que vuelvas siendo un cañonazo de tía. Nada que ver con esta enclenque —dice la Muerte señalando al disfraz—. A ver si te piensas que lo del machete fue casualidad. Quería dejarle unas buenas y horripilantes cicatrices.

La bolsa se revoluciona y llega a dos centímetros de la loca, a pesar de que el cubano intenta sin éxito detenerla.

—¡Eres una perraca! —grita el disfraz—. Conseguiré a Óscar y después te pienso dar por culo.

—¿Ah, sí? No me digas...

Agarra la bolsa con fuerza y se la mete dentro de la toga, más concretamente se la restriega por el potorro.

—¿Te gusta, eh, guarrona? —Se ríe mientras la arruga y se la pasa por sus bajos con ímpetu.

—Ay, mamita linda, déjame volver a olerte ahí abajo —suplica el cubano acercándose a ellas.

La Muerte tira la bolsa a un lado y le propina una patada en los huevos al Diablo.

—Como te acerques más, saco el cuchillo jamonero y te convierto en filetes.

El pobre se arrastra por el suelo gimiendo.

—Ya tú sabe que esto duele, mi *amol*.

La jueza da un golpe en el suelo que hace que toda la habitación retumbe.

—Centrémonos, no tenemos mucho tiempo —ordena ajustándose sus gafas—. Pilar —dice mirándome—, tú volverás en otro cuerpo y deberás fingir que sigues siendo la otra persona, no lo olvides. —Resoplo cabreada. Otra vez a empezar de nuevo. Qué puto coñazo—. Interpretarás tu papel e intentarás en esos treinta días que Óscar se decida por ti, así que tienes mi permiso para confesarle que sigues siendo tú dentro de otro cuerpo. Pero nada del juego que nos traemos entre manos.

Asiento como puedo, pensando que quizás hubiera sido mejor reencarnarme

en un bebé rechoncho y feliz de la vida y a tomar por culo.

—Perfecto. ¿Algo que añadir? —pregunta la mujercilla.

Todos nos miramos. La bolsa se recompone como puede y creo que intenta hacerme un corte de mangas, cosa imposible porque no tiene brazos. El cubano sigue sujetándose sus doloridas pelotas. La Muerte se levanta de la silla y pide la palabra.

—Ya que asesiné a mi Pilar, obligada, en contra de mi voluntad, exijo ser yo quien elija su definitivo cuerpo.

Todos nos ponemos en pie, gritando. Bueno, yo levitando. Cada uno se niega por un motivo en concreto. El cubano opina que su *mujercita* mete un poco la pata en esas cuestiones, Andrea defiende que lo aprovechará para hacer trampas, la jueza que no se fía ni un pelo y yo, por supuesto, me niego en rotundo. No es necesario que explique los distintos motivos.

Ella se hace la ofendida y digna a más no poder, abre los ojos como platos, se abanica como si le estuviéramos dando un disgusto y finge que suelta una lagrimita traicionera. Ninguno le creemos, por supuesto.

—Es que no tenéis consideración, lo hago con toda mi buena intención... —dice acongojada.

El único que cede al chantaje es el cubano. Se nota que el pobre sigue sintiendo algo por «la cosa». Intenta acercarse a ella, pero no lo consigue. Como respuesta, la loca le tira su dorada silla a la cabeza, así, sin preliminares.

—Mi *amol...* —se queja con tranquilidad mientras la esquiva casi sin despeinarse su pelo de *dandy*.

Ni se inmuta. Supongo que si ya han estado casados, la conocerá mejor que nadie.

—De acuerdo, Muerte. Podrás escoger el definitivo cuerpo de Pilar —accede la retrasada de las gafas. ¿Cómo le permite decidir sobre mi cuerpo de nuevo?

La Muerte da saltitos de alegría y veo mi momento para tener una conversación a solas. Pido muy amablemente que se vayan a tomar por culo un rato y me dejen con la demente.

—Ji, ji, ji... Esto me recuerda a los viejos tiempos, ¿verdad, querida?

Si tuviera boca y saliva la escupiría. Hago un esfuerzo de dimensiones

titánicas para tranquilizarme. Debo estar serena y pedirle un cuerpo normal, con una vida normal...

—Estoy pensando que esta vez te voy a meter en un travelo —comenta dándose golpecitos en la sien, como si pensase. ¡Como si ese cerebro mustio no fuera más pequeño que una pasa seca!

—¡Muerte! ¡Te lo pido por favor!

—De verdad, qué poca gracia tienes... Estaba de coña. —Se acerca y me susurra, a pesar de estar solas—. Tengo un as en la manga. He desplegado un operativo para cargarme a una *top model* y darte su cuerpo.

—Ya sabes que no quiero que mates a nadie... —le recuerdo aburrida de esta situación antes de empezar.

—¡Joder! Tendré que llamar a Botones, el orangután, y decirle que nuestro primer plan se ha anulado. Vale, como soy una mujer previsora, ya tengo a la candidata perfecta. No es Claudia Schiffer, pero es una monada de niña, ya verás...

Me acerco levitando a la degenerada exmujer de Satanás y le suplico con cada poro de mi cuerpo gaseoso que esta vez no la cague.

—Es importante, por favor. Tenemos que ganar —le pido.

—¡Y tanto que vamos a ganar! Si la soplagaitas esa se piensa que se va a llevar a tu hombre, es que no me conoce. Además, conozco algunos secretitos de ella que... —se calla de repente porque los demás entran de nuevo.

—El juego empieza —anuncia la jueza.

—¡Un momento! —interrumpe la Muerte—. ¿Es que no vas a poner normas absurdas a la par que divertidas para que nos descojonemos un rato?

Suspiro porque no tengo manos para asfixiarla.

—Ya he dicho que no pueden hablar del juego y que deben interpretar su papel —se defiende la mujercilla ajustándose las gafas.

—Yo hablo de que les prohíbas comer chocolate, tirarse pedos, comerse las uñas, ponerse ropa interior, tocarse la pepitilla cuando les pique, no sé, ese tipo de cosas.

—No es necesario, ya bastante tienen con lo suyo —decide la jueza.

—Mira que eres blanda. Yo a uno, hace cien años, le prohibí pestañear y no

hacía más que aparecerme y soplarle en los ojos. Al final, tuvo que pegarse celo en las pestañas. —Se ríe. Esta mujer no tiene límites.

—No nos interesan tus sutiles torturas. Aquí estamos tratando algo serio — dice la jueza—. A ver, bolsa con ojos, ¿aceptas el juego? —Andrea asiente—. Tú, nebulosa extraña, ¿aceptas el juego?

Me lo pienso un segundo porque podría reencarnarme y no recordar nada de todo esto. Creo que saldría ganando, excepto por Óscar. Por él merece la pena luchar.

—Acepto.

De repente se apagan las luces y empiezo a girar como si estuviera dentro de un huracán.

Capítulo 10

Cuando todo comienza a desmoronarse

París, 1789

Deambulo por callejuelas ignorando los penetrantes rayos de sol que consiguen colarse entre los magníficos edificios. Sorteó carruajes y carretas mientras arrugo la nariz al ver tanta pobreza y hambruna. Se nota que el rey ha descuidado a su pueblo, lo que ha provocado que se respire en el ambiente una especie de ira mezclada con desesperación. Por suerte me alejo todo lo que puedo de los vagabundos y niños mendigos para que no ensucien mi nuevo y maravilloso vestido en tono gris pálido que estreno hoy. Porque, a pesar de poder hacer aparecer a mi antojo cualquier vestimenta que pase por mi cabeza, he descubierto con el paso de los años que siento un extraño regocijo al vestirme con prendas confeccionadas por la mano de un profesional. Será porque no hay nada que me distraiga más que observar el devenir humano en su esencia vestida con auténtica ropa hecha por ellos.

Atravieso unos cuantos puestos ambulantes y decido buscar una taberna para saborear un buen café. De repente las calles se estrechan hasta llegar a un callejón sin salida. Parece que solo las ratas se atreven a entrar en este lugar porque si hace unos minutos el bullicio me absorbía, ahora el silencio retumba en los sucios ladrillos de las paredes. Estoy considerando la idea de aparecerme en el Sena y desde ahí pasear hasta un hotel que ya conozco, cuando escucho un murmullo a mis espaldas.

Me giro y veo a dos oficiales del palacio, uniformados y claramente borrachos. Son jóvenes, pero nada apuestos. Apestan a tabaco y a sudor.

—Pero qué tenemos aquí... —dice arrastrando las palabras uno de ellos —. Una preciosidad perdida...

El otro le da un codazo y se asegura de que no haya nadie cerca. Se lleva la mano a su entrepierna y se lame los labios con asquerosa lascivia. Me empiezan a arrinconar mientras yo aprovecho para comprobar mi manicura. Menudo par de imbéciles. Eso sí, como se atrevan a mancharme el vestido, aunque sea con su sucio aliento, les espera el peor de los finales seguido de la esclavitud eterna.

—Caballeros —digo con falsa inocencia, sacando un abanico de la manga para taparme las fosas nasales y no soportar su hediondo olor—, les advierto que se están haciendo una idea algo equivocada de esta situación. Así que les pido que se vayan por donde han venido si no quieren...

Uno de ellos se lanza sobre mí y no me deja terminar mi sutil amenaza. No llega a tocarme porque lo lanzo sobre la pared y escucho con deleite su columna vertebral partirse en dos. Pierde el conocimiento al instante, por suerte, porque así no tengo que escuchar sus quejidos lastimeros. El otro se queda con la boca abierta y sale corriendo por donde ha venido.

Me acerco hasta el herido y lo escucho gemir muy bajito. Me dan ganas de apretar su delicada cabecita con mis tacones cuando alguien viene a buscarme. Me pilla levantándome la falda para no mancharme con su sangre.

—No, mi *amol*, eso no está bien —me regaña el Diablo acercándose lentamente con las manos en los bolsillos.

—Tenía intenciones de violarme, apalearme y después tirarme al río para que me comieran los peces, así que creo que le estoy dando un final bastante benévolo —me defiendo decidiendo al fin no aplastarle la cabeza y que se las apañe con la columna rota cuando consiga despertarse—. Lo que me pides es más cruel aún, así que te voy a hacer caso.

—Chica lista, eso es lo que quería que hicieras. Los maltratadores de mujeres se merecen el peor de los castigos —dice al llegar a mi lado y me besa la mano con elegancia—. No consigo entender cómo se puede querer hacer daño a algo tan lindo como tú.

Me ruborizo sin querer, y cuando siento arder mi cuerpo por dentro, decido que desde luego necesito algo fresco que llevarme a los labios.

—Ya no te debo nada, así que no vengas a exigirme más cosas —digo para enfriar el ambiente mientras recupero mi mano. Mano que tenía firmemente

cogida entre sus ardientes dedos y que se negaba a soltar.

—Qué mal pensada que eres... he venido para verte, eso es todo mi cielo — susurra en mi oído. Y, sin verlo venir, me agarra por la cintura y me lleva hasta su pecho. Me abraza con fuerza, como si tuviera miedo de que pudiera escaparme de un momento a otro—. Desde que te vi hace casi un año no he podido dejar de pensar en ti. En tu cuello, en tus ojos... En tu lindo cabello.

Me dejo envolver en su perfume, en su calor, me dejo mecer a su merced. Es hipnótico. Su aliento me promete cosas impensables hasta ahora. Cosas como decir adiós a la soledad perpetua, cosas como que nuestra existencia puede ser algo más que un cometido rutinario y tedioso. Y son esa suerte de promesas las que hacen que me dé pánico continuar así, esperando algo que nunca llega, sin saberlo, deseando llenar el vacío que, década tras década, se ha ido instaurando en mi interior. Parece que hasta un ser como la Muerte necesita a alguien a su lado.

—Por favor... —suplico en algo parecido al trance. De repente me doy cuenta de lo que está pasando y lo empujo, lo que lo deja con las ganas de ese beso que ha estado a punto de darme.

A mi lado, escucho los gemidos del oficial. El Diablo me observa, me reta con la mirada. Por suerte no podemos leernos la mente porque no sé lo que podría encontrar en la mía ahora mismo. ¿Es deseo? ¿Quizás necesidad de compañía? ¿Aburrimento tal vez? ¿O es la mera curiosidad de estar con alguien similar a mí?

—Mi *amol*, no te niegues la oportunidad... —me susurra tendiéndome de nuevo la mano. Y como si me hubiera drogado con opio me voy a acercar lentamente cuando el herido me saca de la ensoñación en la que estoy metida. Ya está gritando cosas incoherentes como que no puede mover las piernas. Bueno, quizá no sean tan incoherentes. Se merece lo que le he hecho, pero nunca me ha gustado ver el sufrimiento y el dolor en las personas, así que lo remato con el tacón antes de coger de nuevo la mano del Diablo.

—En el fondo eres una sentimental —me dice arrastrando deliciosamente las palabras justo antes de besarme.

Capítulo 11

Día uno. Dime quién soy

Me despierto y abro los ojos despacio. Me siento mareada y débil. Llevo un gotero en un brazo. Estoy en un hospital.

Y de repente me acuerdo de todo y me incorporo con tanta rapidez que la cabeza me da vueltas y me pitan los oídos. Me tumbo y observo lo que puedo ver de mi nuevo cuerpo. Mis brazos, por no decir bracitos, son delgados y tiernos. Sí, esa es la palabra. Mis manos están inmaculadas, pequeñas, con las uñas mordidas. Bueno, eso tiene fácil solución. Me levanto el camisón un poco y me doy cuenta de que soy delgada, con unas piernas blanquitas y sin rastro de celulitis, aunque sí que tengo un poco de vello rubio apenas imperceptible. La pedicura es inexistente, solo unos pies pequeños y monos con el esmalte rosa chicle mal dado y ya resquebrajado.

Vale, venga, ahora me tengo que mirar la cara...

Me levanto despacio y maldigo porque soy bajita. No paso del metro sesenta. ¡Mierda! Con lo alto que es Óscar, que mide más de metro ochenta y cinco. Bueno, no es lo peor que me puede pasar, no parece que mis extremidades estén afectadas de enanismo, solo soy bajita. Unos taconazos y arreglado.

Me toco el culo y las tetas rápido. Mi culo es pequeño y respingón, duro. Mis tetas son iguales.

Llego con dificultad al aseo, arrastrando el gotero, y enciendo la luz. El corazón me va a mil, ansiosa por ver mi nuevo rostro. Me acerco al espejo y sonrío. Soy una monada, tal y como me prometió la Muerte. Piel perfecta con unas graciosas pecas salpicadas en una fina nariz. Labios gruesos, hidratados. Dientes blancos y perfectamente alineados. Ojos color miel con motas doradas e increíbles pestañas. Me toco la melena, cobriza clara, suave, espesa y ondulada.

Ni una arruga, ni una muestra de flacidez. Y me sorprendo al darme cuenta de que no llevo ni una pizca de maquillaje. Soy guapa. Se podría decir que soy una de esas chicas monas que no son explosivas pero sí resultonas. Mi mirada me transmite calidez e inocencia.

Me gusta.

Y estoy flotando de felicidad cuando miro a una banqueta a mi lado y veo un uniforme de colegio y una mochila.

¡Me cago en la puta! Ya decía yo que no tenía ni una arruguita de expresión...

Abro la mochila y le doy la vuelta para que todo caiga al suelo. Bolígrafos mordisqueados, klínex usados y arrugados, una agenda, varios cuadernos, libros de texto... Lo desecho todo a un lado hasta encontrar lo que estoy buscando: su móvil y su monedero.

Es un iPhone 6 con una carcasa de Hello Kitty rosa y blanca. Como no tiene contraseña, ojeo sus contactos: «Mamá», «Papá», «Lidia», «Profe de Lengua», «Isra del campamento»... Joder...

Y abro su monedero. La pobre solo lleva cinco euros en monedas y el carnet de identidad.

Con manos temblorosas, me informo de que ahora me llamo África Fernández Gutiérrez, tengo diecisiete años... ¡Diecisiete años!, y vivo en Torrelodones.

Me agarro el pecho sospechando que me va a dar un puto ataque al corazón. No, la psicópata no me podía meter en el cuerpo de una veinteañera guapa con posibles y soltera. Disponible y forrada. No, cómo iba a ponérmelo tan fácil.

Por el contrario, estoy encerrada en el cuerpo de una adolescente que seguramente sigue teniendo himen porque estoy viendo el escudo del colegio del Opus al que tendré que ir mañana si no me doy a la fuga antes, claro.

Con esa idea clara en la mente, me pongo la faldita gris de tablas y el polo y jersey a juego. Calcetines blancos... no, por Dios... y zapatos negros que parecen de mi bisabuela. Eso sí, de Geox.

Agarro la mochila como escudo protector y me quejo al instante de lo pesada que es. Normal que cuando llegamos a los treinta estamos todos con bonos del

fisioterapeuta, nos destrozamos la espalda sin saberlo desde los seis años.

Me arranco el gotero y me saco la vía pensando que tendré que robar a alguien para poder pillar un taxi.

Salgo de la habitación y recorro un pasillo lleno de zombis hospitalizados, que arrastran las zapatillas de estar por casa con el gotero a cuestas y con el culo casi al aire por culpa del camión abierto que nos ponen al ingresar.

Y cuando creo que veo la salida, alguien me empuja y sigue andando. Casi no lo reconozco por la diferencia de altura. Por eso y porque me he tenido que agachar para atarme otra vez los cordones. Casi no me doy cuenta de quién es, pero su «Perdona» con prisas y su perfume me activan al segundo. Es él.

Me doy la vuelta y lo veo entrar corriendo a una de las habitaciones. Me coloco la mochila en la espalda y lo sigo, intentando decirle que estoy aquí, que no se preocupe. Pero me doy cuenta de que no me busca a mí, que ya no me reconoce. Se ha chocado conmigo y ni se ha inmutado. Así que paro en mitad del pasillo y avanzo despacio, más aún cuando escucho gritos de mi antigua voz a lo lejos.

Llego hasta el quicio de la puerta y me asomo un poquito para ver qué está pasando. Óscar está abrazando a Andrea con sumo cuidado, ya que tiene todo el torso tapado con vendas y gasas un poco manchadas de sangre. Me acurruco para que no me vean y un profundo dolor y sentimiento de pérdida se acumulan en mi interior. Lo he perdido. Igual que a mis padres, igual que a Alfonso...

—Mi amor, ¿qué te ha pasado? —escucho que le susurra Óscar y le regala besitos por la cara. Mi rostro hasta hace pocas horas.

Ella le sonrío y lo abraza con dificultad.

—Ay, churri, qué mal lo he pasado... —gimotea.

Veo que él retrocede un poco y la observa frunciendo el ceño. Pero parece que niega con la cabeza y se acerca de nuevo.

—Dime cómo era el cabronazo que te ha hecho esto.

Ella hace un intento por levantarse y le quita importancia con la mano.

—No te preocupes, ya ha pasado.

Se abrazan y me retiro un poco porque siento pasos tras mi espalda. Son mis tres examigas con una caja de bombones y un gigantesco ramo de rosas.

Disimulo un poco al mirar mis cordones hasta que entran en la habitación.

—¡Chichi! ¡Qué horror! —escucho que grita Jenny—. Desapareciste en el baño con esa mujer y como no salías, nos preocupamos. Menos mal que te encontramos pronto...

Se pone a llorar y me asomo de nuevo para ver cómo la consuela Miriam.

—¿Qué mujer? —pregunta Óscar muy serio.

—Nada, una chica —miente Andrea muy resuelta—. Cuando salió, entró un tío encapuchado y me apuñaló.

—¿Sin decirte nada? —vuelve a preguntar él.

Andrea asiente y se levanta. Sus amigas la ayudan para ir hasta el baño. Cuando Óscar se queda solo, decido que es el momento para llamarlo y contarle la verdad. Voy a hacerle señas desde la puerta cuando siento que me agarran por detrás.

—A ver, señorita, ¿acaso te hemos dicho que puede salir de la habitación? Tus padres están buscándote como locos. Vamos. —La enfermera me agarra del brazo y tira de mí, lo que me aleja de Óscar.

—Espera, un momento...

Nada, no hay manera. Me lleva de vuelta a mi habitación y me encuentro cara a cara con mis nuevos papis.

—Afri, ¿dónde te habías metido? —me pregunta mi madre. Es pelirroja, ojos verdes, unos cuarenta y muchos—. Vamos, que tenemos que ir a hablar con el doctor.

Solo veo a mi padre de refilón, que empuja mi pesada mochila detrás de mí. En lo único que pienso es en escapar y encontrar a Óscar, lo malo es que no tengo *cash* disponible... A ver, tendría que robarle la cartera a alguien, aunque a lo mejor podría hablar con Andrea para que nos repartiésemos el dinero... Esa opción descartadísima, porque creo que soy su nueva mayor enemiga.

Llegamos a una consulta y me hacen desnudarme de cintura para arriba. Me ponen cables, comprueban mis latidos, mi respiración...

—Veamos —dice el doctor cruzando compulsivamente los dedos—. Ya les avisé desde hace tiempo que esto iba a suceder por los antecedentes que ha tenido.

—¿Puede ser más claro? —pregunta mi madre con el pañuelo preparado.

—Ha sufrido un microinfarto.

Mi madre solloza y mi padre se lleva las manos a la cabeza.

—Eso es la herencia de tu familia —le comenta muy bajito a mi madre, como si eso fuera a hacerle sentir mejor a la pobre mujer. Ella como respuesta le pega una minipatada por debajo de la mesa.

—Cuando la trajo la ambulancia desde el colegio, mostraba unos síntomas agudos, pero ahora mismo está perfecta, su cuerpo ha remontado muy positivamente. Sin duda está fuera de peligro, así que nada, reposo y buenos alimentos —concluye el doctor—. Te mando unas pruebas y revisiones para controlarte —me dice sonriente.

—No puede despacharnos sin más —dice mi padre muy serio—. Necesitamos saber qué podemos hacer para evitar que no le vuelva a suceder.

—Ya saben que nació con una anomalía en el corazón. Hasta ahora se ha ido controlando, pero con el ataque de hoy quizás podríamos considerar la opción de operar.

Sentada frente a ellos con más cables que Robocop, observo las expresiones de mis «progenitores». Ambas son de preocupación, pero el ceño de mi padre sigue fruncido. Es moreno, calvo, bien vestido y claramente estirado. A ver cómo me las apaña para meterle la mano en la cartera...

—Perfecto, pediré cita para que la vean cuanto antes —comenta mi nuevo padre levantándose y le da la mano al doctor—. Vamos —nos ordena a las dos—, es tarde y mañana hay que madrugar.

Salimos y les pido ir al baño un segundo. Tengo que encontrar la habitación donde está Andrea, así que busco una ventana por la que salir, pero los dos están claramente discutiendo fuera, lo que me cierra el paso. Miro mi cara de agobio y frustración en el espejo y salgo derrotada. Joder... qué hago yo ahora...

Llegamos hasta Torrelodones en silencio. Mi padre conduciendo, mi madre de copiloto y yo ignorada por completo en el asiento de atrás. Es una mierda tener de nuevo diecisiete años. Nadie te toma en serio y no te hacen ni puto caso. Casi prefería ser un putón, por lo menos tenía más libertad de movimientos. Eso y una tarjeta con crédito casi ilimitado.

Llegamos a casa. Ya son las diez de la noche, así que todo está oscuro. Es la típica urbanización de clase media alta de la sierra de Madrid. Vallas de piedra con pinos. Calles oscuras y desiertas. Ni un alma en los alrededores... Suspiro y pienso en lo a gustito que estaría ahora mismo en mi piso de La Latina con Óscar a mi lado. Dios, Óscar... Ahora seguro que está mimando a la puta de Andrea.

Abren la puerta de la parcela y un pastor alemán se acerca deprisa. Está por llegar a mi lado cuando se le eriza el pelo y gruñe, enseñándome los dientes. Me echo hacia atrás acojonada, pero mi padre sale en mi defensa.

—¿Qué narices le pasa a este perro? ¡Lobo, para dentro ahora mismo!

El perro obedece a las malas, mostrándome los colmillos mientras entro en la parcela. No es que sea muy cariñosa, pero me agarro del brazo de mi madre para utilizarla de escudo del perro nazi.

—Afri, las tareas y a la cama, que mañana tienes instituto —me dice como si le fuera a hacer caso. «Claro, claro, en cuanto estés dormida salto por la ventana», pienso al tiempo que asiento con la cabeza.

Llego hasta mi cuarto acompañada de mi madre. La pobre está tristonera, qué le vamos a hacer. Me deja en la puerta y me da un beso en el pelo. Susurra un «Hasta mañana» mientras se aleja.

Vale, enciendo la luz y me encuentro con que Afri era la típica adolescente moñas. Pósters de los tíos más cafres de moda entre las adolescentes, *tickets* de entradas a conciertos, fotos con sus amigas haciendo el gili y sacando morros...

Rebusco entre los cajones a ver si hay dinerillo por algún lado, pero nada, ni un puto céntimo. Abro el armario y me pongo unos vaqueros rotos por todos lados, excepto por el culo, una sudadera de New York gris con capucha y unas Converse usadas y pintadas a boli. Vamos, que parezco una *teenager* mendiga del Upper East Side.

Me cuelgo la mochila al hombro porque esta chiquilla no tiene ni un triste bolso de Blanco (vamos, un básico), y me dispongo a calcular la distancia desde la primera planta al suelo cuando me tiran de la mochila hacia atrás.

Caigo de culo y veo unas bragas roídas a la maldita Muerte por debajo de su vestido.

—Vamos, *monguer*, levanta de ahí que parece que me quieres comer el

chocho.

Me apoyo en la cama para levantarme y cierro la ventana con fuerza.

—¿Ahora qué quieres? —le pregunto enfadada.

Se sienta en la cama, se enciende un puro y me echa todo el humo en la cara.

—Querida anormal, he venido a ayudarte, ¿a qué si no? Por cierto, de nada.

Tiro la mochila a un lado y le robo el puro para aplastarlo en el suelo con las Converse.

—No pienso darte las gracias, si es lo que estás esperando.

—¡Pero hija de mi vida! ¡Si eres un bollito de canela! Por cierto —añade encendiéndose otro puro que llevaba escondido en el escote—, como me toques el puro te hago comer vómito, el mío, para ser más específicos.

—¡Como se te ocurre darme este cuerpo! ¡Soy menor de edad! ¡Óscar ya tiene treinta y tres! ¡No pienso volver a sufrir con las malditas hormonas otra vez! —Sollozo dando una patada a la mochila.

—Tranqui, tronqui, que está todo controlado. Todo hombre lleva dentro un perverso en potencia, Óscar también. No hay cosa más morbosa para un hombretón como él que hacérselo a una niña inocente como tú. Te aviso, si tienes himen, perfecto; y si no, te lo coso yo en un momentito. A ver, vamos a hacerte rápidamente la prueba del pañuelo con esto...

Le quito la esquina de la sábana blanca que intentaba utilizar para hacerme el rito gitano y la agarro con fuerza del abrigo de piel.

—Sácame de aquí como sea... Dame otro cuerpo —le exijo.

Se revuelve y abre la boca para contestarme, pero de repente veo que se mete en el armario, agacha la cabeza y esconde los zapatos para dentro. Visto desde fuera parece una bola de pelo marrón.

La puerta se abre y aparece mi padre.

—¡Se puede saber qué son esos ruidos! Sabes que mi despacho está abajo, así que a la cama —me ordena casi sin mirarme. Está saliendo cuando se da la vuelta y olfatea el ambiente—. Un momento, aquí huele a tabaco...

Pufff, con la policía hemos topado...

—No, papá, es que tenía la ventana abierta y había unos chicos fumando fuera —miento poniendo cara de gilipollas. No hay quien se trague esa mierda

de excusa.

—Cielo, perdóname por gritarte —dice cambiando de tema—. Estoy muy liado con el trabajo, ya lo sabes, y lo de tu enfermedad me preocupa tanto que...

—No te preocupes, todo saldrá bien —lo interrumpo con rapidez porque no tengo tiempo para estas conversaciones.

Se acerca, me da un beso en la sien y se marcha tras decirme que me quiere.

Saco a la Muerte de su ridículo escondite y me vuelvo a poner la mochila.

—Andando. Sácame de aquí —le digo abriendo de nuevo la ventana.

—¿Pero tú te piensas que soy Pollas Pan? Llama a Campanilla, a ver si te echa un polvo...

Como es una perraca y no me quiere ayudar, decido huir por mis propios medios. Salgo al alféizar de la ventana y me deslizo por la cañería hasta llegar al suelo. Hasta aquí todo perfecto. Lo jodido viene cuando llega el perro nazi y empieza a morderme una zapatilla. Siempre me han gustado los perros, pero a este le metía una patada...

Mientras lucho con Lobo por mi zapatilla veo que la Muerte se descojona en silencio asomada a la ventana.

—¿No decías que eras mi madrina? —le recuerdo mientras lucho por mi vida—. ¡Ayúdame! —grito muy bajito, a ver si vuelve a salir el calvo a echarme la peta.

En respuesta la mujer se arremanga los bajos del abrigo, me tira los zapatos de tacón a los ojos y pega un salto al vacío. Joder, menuda hostia se va a meter... Durante una fracción de segundo pienso que caerá como los gatos, de pie, pero el guantazo que se mete contra el suelo es digno de ver, sobre todo para mí, que le tengo ganas desde hace muchísimo tiempo.

—¡Me cago en *tos* mis muertos! —se queja levantándose. Recoge los zapatos y le hace aspavientos al perro con sus afiladas manos—. ¡Ale! ¡A pastar!

El perro la huele un segundo, mete la cola entre las piernas y se va lloriqueando.

—Seguro que hueles a maldad... —comento intentando saltar ahora la valla de la entrada.

—Lo que huelo es a *hippie* flauta, que hace meses que no me ducho. Este

perro es un pijo —me dice trepando por la valla.

Entre quejas y lamentos, conseguimos escapar.

—Vale, ¿ahora qué? Porque no tengo un duro.

Se ríe y me guiña un ojo.

—Sacaré mi varita mágica y te buscaré una calabaza voladora —dice sacando un destornillador.

Se acerca a uno de los coches que está en la acera, mete el destornillador por la ventanilla, la baja un poco y con una varilla que tenía escondida en las bragas abre el seguro desde fuera.

Entra y hace un puente sin inmutarse, tarareando la canción de Rocky. El motor se pone en marcha a los pocos segundos.

—Andando, princesa, que tenemos que encontrar al *buenorro*.

—¿Vas a conducir tú? —le pregunto sin tener muy claro el plan. Yo tengo carnet, bueno, tenía. Ahora tendré que volver a estudiar y sacármelo de nuevo. Eso si consigo que Óscar me elija, claro.

—No, si quieres llamamos al perro y que nos lleve él, no te jode. Monta, que tengo ganas de marcha.

Me pongo el cinturón temblando, pensando que nos vamos a matar. Mete primera, revoluciona el motor peligrosamente y hace ruedas. Seguro que despertamos a todos los vecinos, incluyendo al dueño del coche.

—¡Vamos! —grito de los nervios—. Esta noche acabo en un reformatorio, ya verás.

Se ríe, se quita la peluca negra que lleva últimamente, bastante discreta para lo que es ella, por cierto, y nos ponemos en marcha.

—Póntela, no la lleses en la mano que se me despeina —me ordena bajando la ventanilla para sacar su calva cabeza por la ventanilla.

—¿Por qué no tienes pelo? —le pregunto tirando la peluca al asiento de atrás. No me pongo ese cultivo de piojos ni loca.

—Porque era lo que más le gustaba de mí al cerdo de mi exmarido. Mi larga y frondosa melena. Todas las mañanas me rasuro con las uñas —me explica poniendo la música a todo trapo al entrar en la autopista.

Asiento en silencio porque soy incapaz de pronunciar palabra. Voy a morir

esta noche. Va dando bandazos, se cambia de carril sin mirar, a casi ciento ochenta por hora, con el motor a punto de estallar y, cada dos por tres, mete frenazos para no comerse al de delante.

—¡Acelera, tortuga! —le grita a uno mientras le adelanta por la derecha.

—Para en el arcén y déjame conducir a mí, por favor —le suplico tras dejar las uñas en el cinturón de seguridad.

—Ni de coña... ¡A ti te han dado el carnet en una tómbola! —le grita a otro—. ¡Mamarracho! —lo insulta cuando el hombre le saca el dedo por la ventanilla.

Y cuando voy a tirar del freno de mano aun sabiendo que nos vamos a meter una buena hostia, escuchamos y vemos a la policía detrás de nosotros. Nos hacen señas para que paremos en el arcén.

—Joder... —me quejo tapándome la cara con mis pequeñas manos.

—No te preocupes, que les voy a dar esquinazo.

—¡Ni se te ocurra! —Veo que va a acelerar de nuevo, así que aprovecho que ya estamos en el arcén para tirar del freno de mano.

Ella me lanza una mirada de odio e intenta quitarlo.

—¡Eres *monguer*! ¡Tenemos que salir de aquí!

—Prefiero que te multen a que nos matemos y...

Me callo porque dos policías uniformados ya nos están alumbrando con una linterna. La Muerte baja la ventanilla, calva como una seta, con los labios rojos corridos y con su típica mirada de loca. Los policías deben estar flipando.

—Señora —comienza uno de ellos—, iba a una velocidad superior a la permitida. Además, su conducción es temeraria. Déjeme el carnet de conducir y los papeles del coche.

Vuelvo a esconderme detrás de mis diminutas manos. Seguro que ella se esfuma y a mí me arrestan.

—No necesitan ver mi identificación —dice ella imitando la voz de un robot y moviendo suavemente la mano.

Los policías se miran entre ellos.

—Señora, ¿ha bebido?

Evidentemente nos arrestan. Estoy muy cabreada porque tenía que ir al

hospital para encontrar a Óscar y contárselo todo.

Nos llevan a una comisaría pequeña en Torrelodones. Toman mis datos y llaman a mis padres. Mientras se encaminan, esperamos sentadas en un banco de madera. Ella comiéndose las uñas y yo tocándome compulsivamente el pelo.

—Guapetón... —dice la Muerte a uno de los policías cuando pasa por nuestro lado. La muy desvergonzada le ha intentado tocar el culo.

—Señora, no se lo voy a decir más, o se comporta o la meto en el calabozo —le advierte el chico ya por tercera vez.

Ella le guiña un ojo y se pone la peluca al revés.

—¿Podrías meterme otra cosa?

Nada, ni puto caso. Ya hace más de media hora que paso de ella, si deciden encadenarla en los sótanos, no pienso volver a pedirle que cierre la boca.

El pobre chiquillo resopla y se va murmurando algo como «Vieja verde».

—Venga, que nos piramos —me susurra al oído.

Se levanta y pide ir al servicio. Se hace la encorvada y casi ciega, exigiendo que la acompañe yo. Tiene la desfachatez de explicar que no se fía de nadie más para que le sequen los bajos.

Nos dejan ir de inmediato y sin escolta. Normal, si fuera yo le hubiera abierto las puertas de par en par con la condición de que no volviese.

Una vez en los baños, se encarama como un mono en la ventana. Con sus afiladas uñas hace un gran agujero en el cristal y, tras dejar que caiga en la calle hasta romperse en mil pedazos, mete su cuerpecillo escuálido por el hueco y salta al otro lado.

Me quedo sola, decidiendo qué hacer. Mierda, no lo sé. Escucho pasos por el pasillo y veo una silueta que se queda esperando en la puerta entreabierta. «Ahora o nunca», pienso mientras me acerco a la ventana. Los bordes están un poco afilados, así que pongo sumo cuidado en no cercenarme las manos al pasar.

Me asomo y la veo recostada en el césped. Su peluca ha caído a dos metros, así que se está restregando la calva en la hierba.

—Oh... qué *gustito*... —está susurrando.

Salto y casi no le aplasto la cabeza de puro milagro. Me voy a incorporar cuando me obliga a tumbarme a su lado.

—Simba, mira las estrellas, los grandes reyes del pasado nos observan desde ellas... —empieza a decir clavándome las uñas en el brazo con voz de travelo trasnochado.

—Vete a la mierda —digo levantándome—. Deja ya de decir gilipolleces, esto es importante.

Me mira con cara de pena y hace un puchero.

—Yo solo quiero ser tu amiga... No eres divertida —termina de decir mirándome con odio.

—Para ti la diversión es sinónimo de locura y degeneración.

Se levanta haciéndose la digna. Inclina sus enclenques piernas para recoger su peluca, que ya empieza a verse bastante deteriorada con el tute que le está metiendo, y se la guarda en el bolsillo.

—No sé de lo que me hablas.

Me intenta escupir y desaparece.

A tomar por culo. Me abandona. Y todo porque no le sigo el juego. Claro, para ella es un juego. Para mí es mi vida, sin más.

Miro alrededor y lo veo todo negro. Negrura total. Deben ser las doce de la noche. Estoy sola, soy menor, me acabo de cargar una ventana de una comisaría y solo llevo cinco euros en el bolsillo. Como solo puede ir a peor, decido caminar antes de que algún policía me eche de menos.

Por suerte no me persiguen. Creo que se han hecho los remolones para no tener que soportar a la Muerte. Consigo llegar a una parada de autobús que me lleva a Plaza Castilla. Mientras espero, el móvil de la niña empieza a sonar. Pone «Mamá».

Tras esperar media hora colgando una y otra vez, llega el autobús. Hay poca gente y, aunque nunca he sido demasiado miedica, algunos de los hombres me miran de una forma un poco rara. Es extraño, pero me siento tan indefensa como cuando tenía quince años. En Plaza Castilla encuentro otro que me lleva al Gregorio Marañón, donde espero esté Óscar. Llego agradeciendo que al menos África tuviera el bono de transportes. Sin él, no sé cómo lo hubiera conseguido.

Me cuelo por urgencias y llego hasta la habitación de mi archienemiga. No me encuentro con enfermeros que me impiden el paso, así que me asomo por la

puerta entreabierta. La luz está apagada, solo la tenue luz de la televisión encendida me permite ver que Óscar está dormido en un sillón. Así, relajado y despeinado está para comérselo...

Voy entrando de puntillas rezando para que Andrea no se despierte. Llego hasta su cama y entreveo mi ex maravillosa melena castaña sobre la almohada. Su respiración llega hasta mis oídos, acompasada y profunda. Perfecto, la tía está dormida. Y, con sumo cuidado, llego hasta él. Me tengo que controlar para no subirme en su regazo y acurrucarme, no acariciarle la mejilla rasposa por la barba que siempre lleva de tres días, no tocar esa cicatriz prohibida y no besar esos labios. Reprimo un sollozo y lo zarandeo suavemente.

Me suelta un manotazo, aún dormido, y se acomoda en el otro lado del respaldo.

—Óscar... Despierta —susurro con miedo a que la que se despierte sea Andrea.

Y, de repente, escucho pasos por el pasillo. Son varias enfermeras. Corro a esconderme en el baño de la habitación cuando las oigo comentar que le tienen que hacer la cura a Andrea.

Llegan y encienden la luz de la habitación. Me escondo un poco más detrás de la puerta del aseo. Desde mi perspectiva, veo los pies de la cama y tengo la mejor de las vistas: Óscar desperezándose con esa elegancia natural que emana por cada uno de sus poros.

—Andrea, por favor. Despierta —escucho a una de las enfermeras.

Veo que Óscar se levanta y se acerca a la cama.

—Cielo, tienen que hacerte la cura...

Se oye un movimiento brusco de sábanas y veo sus perfectos pies con la manicura que me hice hace unos pocos días. Dios, me encanta ese color rosa palo de la nueva gama de esmaltes de Chanel. «Pilar, que te desconcentras», me reprendo mentalmente.

—¡Necesito dormir! —dice con voz de pito—. Que me curen más tarde, ahora no me apetece...

Una de las enfermeras sale de la habitación refunfuñando y la otra parece que se queda y prepara los materiales en una mesa móvil de metal.

—Incorpórate y levántate el camisón —le ordena la mujer.

A continuación hay chillidos, quejidos, gasas que se quitan con esparadrapo incluido, veo una tira de tela llena de sangre... Cierro los ojos y respiro profundamente para no desmayarme. ¿Desde cuándo soy tan sensible a la visión de la sangre? Quizás desde que estuve nadando en ella en el suelo de una discoteca...

Unos interminables minutos después en los que Andrea suelta lindezas por su boca del tipo «Cuidado con eso, inútil» o «Como me quede cicatriz, os pienso denunciar», la pobre trabajadora sale de la habitación con cara de cansancio y hastío. Por mi parte me he sentado en el suelo intentando leer las tonterías que la niña escribió en sus Converse.

—Pilar, como te sigas comportando así me largo, te lo aviso —escucho a Óscar de repente. Agudizo el oído porque esto me interesa—. No sé qué cojones te pasa, estás muy rara.

Un segundo de silencio. Se calla como una puta. Veo que aún no le ha contado la verdad.

—Ya veo que no sabes lo que me pasa. Si no hubieras hecho algunas, cosas no estaríamos ahora así... Anda, ayúdame a levantarme *pichurri*, que tengo que salir a fumar —dice ella altiva.

—¿Qué intentas decir? ¿*Pichurri*? ¿Desde cuándo me llamas así? ¿Desde cuándo quieres fumar? —continúa Óscar. Desde aquí solo le puedo ver las piernas, esas increíbles piernas tan largas y duras...

—Desde que me da la gana —contesta ella—. Si no me quieres ayudar, no lo hagas, quédate ahí mirándome como un pánfilo.

—¿Estás de coña? ¿En serio quieres salir a fumar con cuatro puñaladas en el pecho?

—Te he dicho mil veces que no eres mi padre. Ya que tú has hecho lo que has querido, yo también puedo hacerlo, ¿verdad?

«Si tuviera unas palomitas ahora mismo...», pienso con una maligna sonrisa en mi juvenil boca. Me parece que ya sé por qué Óscar me trataba así al principio, a esta no hay quien la aguante.

—No, Pilar, tú nunca me has dicho que no soy tu padre. Jamás.

«La que se va a liar», pienso agarrándome las rodillas.

—¡Deja de llamarme Pilar! —le grita.

—¿Cómo quieres que te llame?

Se hace el silencio, pero dura poco.

—Apaga la luz, tengo sueño —dice ella recostándose otra vez.

Se nota a leguas que ella está enfadadísima por lo mío con él. Claro, lo noto yo que conozco la verdad.

No puedo verle la cara a Óscar, pero seguro que tiene el ceño fruncido. Hace lo que se le ha ordenado y todo vuelve a la supuesta calma. La tensión se respira en el ambiente hasta que se vuelve a escuchar el acompasado y profundo sueño de mi enemiga. Me levanto para salir cuando la luz del baño se enciende y Óscar entra como una flecha hasta el espejo.

Yo me quedo detrás de la puerta abierta, esperando a que se dé la vuelta y me vea.

Y tras unos segundos de tensión máxima en los que casi ni pestañeo, gira y me ve. Parece que se queda blanco, pero cuando me doy cuenta de que va a gritar me acerco a su lado y le tapo la boca con mi pequeñita mano. A su lado me siento como una hormiguita al lado de un gigante. Soy tan bajita y él tan alto... Tengo que estar en puntillas para llegar a su boca con mis diminutos dedos.

Le suelto un poco para indicar que esté en silencio. Disfruto un segundo por tenerlo tan cerca, inundo mis fosas nasales de su maravilloso aroma y siento el calor emanando de su cuerpo.

Voy a decirle que soy yo, que he vuelto por él... cuando sus labios se humedecen y me lanzo a besarlos por instinto, por necesidad. Ahora mis labios son distintos, así que me sorprende un nuevo beso, diferente pero igual de emocionante que el primero que nos dimos. Mi corazón repiquetea y mi respiración se agita. Intento abrirme a él, buscando su lengua con desesperación, pero él me retira en silencio y con cara de absoluto asombro. Me sujeta con fuerza del brazo y me lleva fuera de la habitación.

—¿Se puede saber qué haces, niña? —me susurra, inclinándose hacia mí y me suelta bruscamente al final del pasillo.

Sí, tendría que haberle contado la verdad antes de besarlos, eso está claro.

Me aclaro la garganta, cerrada por la llegada del más desconsolador llanto.

—Óscar, soy yo...

Se retira un poco y me mira de medio lado, revolviéndose el pelo.

—¿Quién eres?

—Soy yo... —le respondo acercándome de nuevo a él. Necesito tocarlo, sujetarle la mano con fuerza para no sentirme tan sola. Pero no me atrevo a hacerlo porque me mira como nunca antes lo había hecho. Primero era su Andrea, el amor de su vida, y después fui Pilar. Pero ya no veo el reconocimiento de su amor en su mirada. Vuelvo a ser una maldita desconocida.

—Oye, niña, no sé por qué estabas escondida en el baño ni por qué me has besado, pero lárgate.

Me llevo las manos a la cabeza y doy una patada en el suelo de frustración.

—Joder, Óscar, soy yo, ¡tu Pilar! —me acerco de nuevo sin importarme su reacción—. La Muerte me mató y en el Infierno se decidió que Andrea, la verdadera, volviera a la vida en su cuerpo. Y a mí me han dado este.

Me señalo, malhumorada por tener que vestir estos harapientos trapitos que ni me marcan el culo ni me sacan un poco de delantera. Parezco una *groupie* de Justin Bieber.

Parpadea varias veces y me mira. Mira hacia la habitación y me vuelve a mirar, tocándose la barbilla con fuerza.

—¿Por eso ella está tan rara? —me pregunta señalando la puerta abierta.

—No es que esté rara, es que es Andrea. Ha vuelto...

—¿Me estás diciendo que Andrea ha vuelto?

Cierro los ojos y maldigo internamente. El verdadero amor de su vida ha regresado, ¿qué papel tengo yo ahora? Me gustaría contarle la verdad, explicarle que ella ha sido egoísta al crear esta horrorosa situación, que yo lo quiero más, que soy mejor que ella..., pero todo eso muere en mis labios antes de salir. Debe ser él quien decida a quién ama realmente.

—Sí, es ella...

Me deja con la palabra en la boca y corre hacia la habitación. Enciende la luz y escucho cómo la despierta.

Con lágrimas en los ojos, me acerco a la entrada y lo veo sonriendo, atento y

cuidadoso con mi enemiga.

—¿Andrea? Eres tú, ¿verdad?

La susodicha abre los ojos. Esos malditos y preciosos ojos azules que hasta unas horas atrás lucía yo. Se ve que está algo desorientada, pero cuando Óscar le pregunta varias veces más, ella sonrío aliviada y se abrazan.

Desde la puerta observo un reencuentro precioso; los amantes separados por la muerte que vuelven a unirse... Personalmente me dan ganas de vomitar. Cierro los ojos con fuerza cuando le escucho decir lo mucho que la había echado de menos. Arrastro mis piernas hasta la salida del hospital y salgo más perdida que nunca, pensando que quizás debería haber escogido la opción de reencarnarme en un bebé rechoncho.

Solo cuando estoy entrando en un autobús de vuelta a Torrelodones caigo en la cuenta de que me he dejado olvidada la mochila en el baño... ¡Mierda!

No sé cómo consigo que los autobuseros me dejen llegar hasta mi casa sin pagar. Supongo que mi aspecto, unido a mi llantina, los convence, me doy pena hasta a mí. Trepo la verja, achucho al hitleriano pastor alemán para que no me muerda y subo por el desagüe hasta la ventana de mi habitación. Cuando compruebo el reloj de la mesilla de noche, son casi las tres de la mañana. Me desnudo y suspiro al verme las braguitas blancas de algodón con corazones. En la cama deseo que todo vuelva a la *normalidad*, pero en el último atisbo de lucidez antes de caer rendida al cansancio pienso que ya no conozco el verdadero sentido de esa absurda palabra.

Capítulo 12

París en plena toma de la Bastilla

Los gritos y alaridos de la muchedumbre agitada en las calles llegan hasta nuestra cama en el hotel. Parece que va a pasar algo grande, algo importante para esta bella ciudad tanto tiempo abandonada, pero a pesar de que el trabajo se me va a acumular cuando vuelva a mis dominios, me siento incapaz de separarme ni un milímetro de él, de su aroma tan personal, de sus hábiles dedos invadiendo cada uno de mis poros para calcinarlos de placer.

—Mamita, no te vayas... —se queja cuando siente que me muevo para estirar las piernas.

Me incorporo y lo veo a la luz de la luna. Espléndido, la imagen de la masculinidad solo para mí. Pero, por suerte o por desgracia, la lucidez siempre me llega, incluso cuando intento ahogarla en cantidades ingentes de lujuria desenfrenada.

—He de volver, creo que los muertos ya están haciendo cola para entrar a la sala del trono —argumento intentando darle un toque de credibilidad y seguridad a mi cansada voz.

—No aún, este es nuestro momento —dice intentando secuestrarme de nuevo entre las sábanas.

Me voy acercando a su lado cuando un cañón retumba como si hubiera caído al lado de nuestro hotel. Eso me hace ver que nuestra relación es y será esto. Un calentón bien resuelto y nada más. Es imposible que la Muerte y el Diablo sean algo más. Iría en contra de la naturaleza. Perderíamos el equilibrio que tanto nos cuesta mantener.

—No —suelto enfadada de repente. Me levanto desnuda y hago aparecer con un grácil movimiento de muñeca un casto vestido negro acorde con mi estado de

ánimo. ¿Por qué he de renunciar a tanto por mi puesto? ¿Por qué se me creó con estas necesidades de afecto y compañía si no puedo satisfacerlas? Cada hombre que he creído amar a lo largo del tiempo se ha desvanecido ante mis ojos, envejeciendo, muriendo a una temprana edad sin que yo pudiera evitarlo. Y cuando parece que he decidido que ese es mi destino y no hay nada más que hacer, aparece el maldito Diablo para romperme los esquemas, para poner patas arriba mi ya inestable seguridad.

Lo observo un segundo antes de desaparecer. Ese pelo brillante revuelto por la pasión, los arañazos en los brazos que piden más y esos ojos pícaros que me prometen cosas cuando ambos sabemos que son imposibles... Ni siquiera me molesto en despedirme. Desaparezco justo cuando escucho gritos en la calle de que la Bastilla ha caído.

Regreso a mis dominios y me siento con fastidio en el trono. Cierro los ojos un momento y suspiro al ver a todos los que acaban de morir. A la mayoría los envío directamente al Infierno, pero hay uno que necesito traer ante mí.

Chasqueo los dedos y aquí está. Es un hombre regordete y simplón de más de cuarenta años. Inmediatamente leo en su cabeza llena de números que se dedicaba a la contabilidad de importantes empresas marítimas. Conocedor del mundo occidental, se me presenta aquí y ahora con humildad y sencillez, sin temor alguno.

—Querido, date la vuelta y preséntate ante mí —lo saludo provocando que dé un respingo y por fin me vea.

—Mi señora... —murmura inclinándose levemente. Se nota que se ha movido en ambientes refinados. Sonríó al verlo tan elegantemente vestido con su peluca empolvada.

Está desorientado, perdido, sin ser consciente de su situación. Incluso hay muchos que piensan que están soñando, y parece que este hombrecillo se muestra tan tranquilo porque está convencido de que, en poco tiempo, despertará en su tranquila habitación y seguirá con su rutina diaria: desayuno copioso y trabajo duro rodeado de papeles y números. Lo que no sabe es que un fallo en el corazón mientras dormía lo ha traído ante mí prematuramente. Y por eso debo ser yo, la Muerte, quien se lo diga.

Estoy pensando en mandarlo al Cielo rápidamente cuando me llama la atención su chaqueta con unos magníficos botones. Parece que están hechos de conchas marinas o quizás sean perlas preciosas del Pacífico. Son magníficos, nunca había visto algo igual. Y los quiero. Los necesito. Soy como una hurraca, necesito poseer cosas brillantes y bonitas.

—Caballero, ¿podría regalarme su chaqueta? Me he quedado embelesada admirando sus botones —le pido amablemente.

Veo que frunce el ceño y los intenta esconder inconscientemente con sus manitas regordetas y sudorosas.

—Pero mi señora, esta chaqueta es una de mis mejores posesiones. No podría regalársela ni aunque quisiera —me replica con educación, pero sin ceder ni un milímetro—. Me la regaló una dama.

Leo en su mente que su único amor llevaba esos botones engarzados en un vestido el día de su muerte. Agonizando, se los legó, dejó en la tierra lo único que él podría conservar de ella, su recuerdo más auténtico. Y como hoy no es el mejor día para presenciar el amor entre mortales, ya que parece que es lo único que se me niega, decido no dejarlo pasar.

—¿Ah, sí? No me diga... —respondo empezando a enfadarme. Ya me he imaginado esos botones incorporados en un vestido azul marino que tengo. Y como todos mis enemigos saben, lo que quiero lo consigo cueste lo que cueste.

Sonrío. Este hombrecillo no sabe dónde está, desconoce mi identidad y mis actuales intenciones.

—No los necesitará en el lugar al que se dirige.

Y como si despertara, por fin, abre los ojos y empieza a temblar.

Capítulo 13

Día dos. Miércoles. El instituto

Antes de salir el sol, algo me despierta. Mejor dicho, mi querida nueva madre me tira un cojín a la cabeza y comienza a gritar como una loca.

—¡Se puede saber dónde te habías metido! ¡Nos has tenido en vela toda la noche buscándote! ¡Y recién salida del hospital! ¿Es que quieres que me muera de un disgusto?

Me froto los ojos con fuerza y me seco la baba de la boca.

—Perdona, es que...

—¡Ni perdona ni perdono! ¡Nos llamó la policía para que fuéramos a buscarte a la comisaría, cuando llegamos, no estabas, no sabían dónde te habías metido! ¡Después me dijeron que has escapado por un agujero del baño! ¡Te llamo al móvil y me cuelgas! ¡Y cuando volvemos, me asomo a tu habitación, te veo tan pancha, durmiendo a pierna suelta!

Se pone roja como un tomate y empieza a no vocalizar demasiado bien. Por un momento, me asusto porque creo que le va a dar un chungo.

—Si no te maté anoche, fue porque tu padre no me dejó despertarte porque acabas de salir del hospital. Porque estás enferma del corazón, que si no, no sé lo que te hubiera hecho.

—Mamá, déjame que te lo explique —digo con la voz gangosa, aún sin haberme despertado del todo aún.

—¡No quiero que me expliques nada! ¡Estás castigada un mes sin salir de estas cuatro paredes!

Sale, tras dar un portazo, gritando que me levante de una vez que voy a llegar tarde al instituto.

Madre mía... ¿Pero no estaba castigada sin salir? Estos padres y sus

contradicciones...

Me visto con unos *leggings* negros, manoletinas y jersey horrendo. No hay nada en el armario de la niña que me guste. Bajo a buscar un café cuando mi madre me increpa en el pasillo.

—¿Se puede saber adónde vas así?

Me miro y estoy a punto de darle la razón. Sí, definitivamente me tiene que llevar a renovar el armario porque no hay por dónde cogerlo.

—¡Ponte el uniforme ahora mismo y prepara la mochila!

¡El uniforme! Se me había olvidado.

Entro de nuevo arrastrando los pies y salgo como una mojígata de los años sesenta. Me faltan las trenzas y el flequillo mal cortado. Llego hasta la cocina de muy mal humor porque no hay derecho en este mundo. ¡No tengo ni un puñetero corrector de ojeras en el baño! Yo, sin maquillar, no pienso salir a la calle. Anoche no me di cuenta porque aún me estaba habituando a la nueva situación y eso, pero me acabo de mirar en el espejo y parezco un zombi hambriento.

Me lanzo a la cafetera con ansias, pero mi queridísima madre se me adelanta.

—Ahí tienes tu desayuno —dice señalando un Cola Cao humeante y una palmera de chocolate.

¿En serio? ¿Un Cola Cao?

—Necesito un café —murmuro cogiendo una taza.

—¿Qué has dicho?

—Que tengo mucho sueño y necesito un café —respondo más alto.

Por suerte estamos solas en la cocina. Seguro que el majo de mi padre ya está trabajando en su despacho desde las cinco de la mañana.

—El café ralentiza el crecimiento y crea adicción. Además, le viene fatal a tu corazón. Lo que me faltaba, que te vuelvas una adicta —me dice quitando la cafetera de mi vista y sorbiendo su delicioso café recién hecho.

Yo la mato... Me entran ganas de arrancarle la taza de las manos y tirarme el contenido por el cuerpo, en plan baño de caféina estimulante. O decirle que ella es solo un poquito más alta que yo, igual que mi padre. Vamos, que ya puedo rezar para crecer dos centímetros más como mucho. No creo que por empezar a tomar café ahora vaya a menguar...

Resoplo cual adolescente malcriada y doy un mordisco a la palmera con cara de asco. Por las mañanas no me entra nada, tengo el estómago cerrado.

—Como me des esto para desayunar todos los días, voy a acabar como una morsa —digo cada vez más enfadada.

Levanta las cejas y me mira con la típica cara de perdonavidas «Made in mamá».

—Como sigas así, te llevo al psicólogo, a ver si ahora te vuelves anoréxica.

Pongo los ojos en blanco ante tal sarta de estupideces matutinas. Menuda exageración de mujer que me ha tocado.

—África, por cierto, ¿dónde está tu mochila? —me pregunta enfadada.

Intento inventar rápidamente una excusa creíble y que me permita salir de mi habitación dentro de un mes y no dentro de un año, pero la falta de cafeína me lo impide.

—Pues... se me ha perdido.

Aprieta los labios y suelta la taza en la encimera.

—¿Es que no tienes ni una pizca de consideración hacia mí?

Ahora viene el chantaje emocional... Le voy a contestar que no tiene nada que ver con ella, que ya soy mayor, concretamente treinta y cuatro años, para hacer con la mierda de mi mochila lo que me salga del higo, pero como debo interpretar mi papel, bajo la mirada y miento.

—Anoche salí un momento y me la robaron unos chicos.

—¡Quieres dejar de mentirme de una vez! ¡Sé que quedaste con Hugo! ¡La policía me dijo que te encontraron en la autopista, y al único que conoces y tiene coche es a él!

¿Quién es Hugo? ¿Mi noviete adolescente? Por cierto, ¿no les dijeron quién me acompañaba? Seguro que se avergonzaban hasta ellos y prefirieron no tener que contarlo.

Me quedo callada esperando que suelte espuma por la boca o que se haga el harakiri con el cuchillo de la mantequilla, en plan madre deshonrada. Pero no, sale y da un portazo tras indicarme que me espera en el coche.

Aprovecho su salida para tomarme lo que le quedaba de café. Me siento reconfortada al segundo de ingerir la deliciosa bebida. Escucho pitidos en la

puerta y salgo corriendo preguntándome en qué momento debería escaparme de nuevo. ¿Antes de entrar en el instituto o cuando haya visto las instalaciones?

El camino es incómodo. Lo único que me anima un poco es la luz del sol, ya fuerte a principios de la primavera. El paisaje es precioso, y rodeada de naturaleza floreada me siento con fuerzas para intentar cambiar las cosas de una vez por todas. Respiro profundamente pensando que mi reencarnación será rápida e indolora porque esta vida me va a durar poco más de un mes.

Entramos de nuevo en la civilización parando el coche en seco. El instituto San Ignacio de Loyola me saluda hostilmente. Me cago en todo... no quiero entrar ahí.

—Te pasaré a buscar a las siete. Recuerda que hoy tienes gimnasia rítmica — me informa al girar la cara y mirar al infinito. Vale, me he portado mal, pero tampoco es necesario que se comporte como una autista conmigo.

Ni me molesto en contestarle. Salgo del coche mirando a los lados, buscando alguna parada de autobús, cuando caigo en la cuenta de que no tengo la cartera. ¡Mierda! Y cuando decido que haré autostop si hace falta, alguien se me cuelga del brazo sin previo aviso.

—¡Afri! Vamos, que te tengo que contar una cosa —dice una chica bastante más grande que yo. Va con el mismo uniforme, pero somos como el día y la noche. Yo soy mona y pequeña, ella es gigante y fea. Sí, pobrecita, pero es más fea que un pie.

Me arrastra sin remedio hasta la entrada. Miro hacia atrás y veo que una horda de *teenagers* se aproxima, lo que me impide la huida. Cierro los ojos y me dejo llevar por Hagrid hasta el baño de las chicas.

Le he puesto el mote con todo el dolor de mi corazón, pero no podía ser más acertado. Es morena, peluda hasta decir basta y con más granos que una paella. La pobre criatura no debe mirarse mucho al espejo por si le estalla en los ojos. Creo que tiene más pelos en las cejas que yo en toda la melena.

—Afri, te voy a contar una cosa, pero me tienes que prometer que no se la vas a contar a nadie —me dice acercándose mucho. Esta niña no debe conocer eso del espacio vital.

Asiento distraída pensando que no le vendría mal una sesión de láser en las

mejillas.

—Ayer Nacho me mandó un WhatsApp preguntándome si quería ir al cine con él este sábado. —Se pone a dar saltitos a mi lado y a morderse sus gruesos y desagradables labios.

Me tengo que tragar la lengua para no preguntarle si ese tal Nacho es de la misma especie que ella, más que nada por si se le ocurre comérselo. Pero entonces recuerdo mi adolescencia, casi tan fea y tan peluda como ella. No me gustaba hacerme fotos y dedicaba mi vida a estudiar porque no tenía relaciones sociales de ningún tipo. Alguna amiga y poco más, para los chicos era invisible en la mayoría de las ocasiones, excepto en las que decidían verme para reírse de mí.

Mi corazoncito se apiada de esta niña inocente. Y decido que hasta que no vea con mis ojos a ese chico no le puedo aconsejar nada. Vamos, que si es un engendro le daré el visto bueno, si es mínimamente aceptable le haré la sutil sugerencia de que no se fíe.

—¡Vamos! —dice zarandeándome—. Dime algo... ¿Qué hago? ¿Qué me pongo?

«Un saco de patatas que te tape hasta las cejas», pienso un segundo.

El timbre me salva de sugerirle que al menos se depile el bigote.

—Se nos ha hecho tarde —susurra empujándome otra vez.

Me lleva hasta una capilla donde creo que nos van a dar misa. ¿En serio?

Nos sentamos en unos bancos y miro alrededor. Los chavales están sentados y en silencio. Me parece raro hasta que me doy cuenta de que todos, sin excepción, utilizan el móvil a escondidas. Se lanzan miraditas entre ellos y se sonríen. Qué monos...

Y aparece el cura. Nos obligan a levantarnos y a sentarnos muchas veces durante la ceremonia, y cuando disimulo un gran bostezo, veo a la Muerte disfrazada de niño monaguillo. Se ha puesto una peluca a lo pelo tazón, una toga marrón como si fuera un monje y se ha pegado unos pelillos en el bigote. Bueno, quizás sean suyos, desde la distancia no lo puedo asegurar. Mientras el cura habla, ella se pone detrás simulando que le está dando por culo con una vela gigante. Escandalizada miro a mis compañeros, que no dan crédito. A uno se le

escapa una carcajada hasta que la sala al completo se descojona abiertamente. No veo a ningún profesor, solo nos custodia el pobre hombre que se mira la sotana un segundo, quizás pensando que se ha manchado o se le ha abierto.

Como la Muerte sigue con sus gilipolleces y cada vez el ruido que provocan los chicos es mayor, al cura no le queda más remedio que poner orden.

—¡Silencio! Estamos en la casa del Señor.

Todos nos quedamos expectantes un momento, mientras el hombre mira detrás de él. La loca aprovecha para esconderse debajo del altar.

Aprovecho la distracción para salir al pasillo y despejarme un poco. Se oye tumulto a mis espaldas. Todos los estudiantes salen en tropel de la capilla. En sus caras se nota que el día de hoy será recordado por años venideros. El día en el que un niño-viejo raro se burló del cura del cole. Ya me los imagino con cuarenta años rememorando la anécdota entre ellos con una caña y un cigarro. Y calvos y gordos también me los imagino, no sé por qué.

Mi nueva amiga Hagrid me atrapa de nuevo y me empuja hasta otro pasillo donde solo veo chicas. Y de ahí a una clase de Historia, otra de Matemáticas, Lengua, Inglés...

Después de comer, nos dejan salir a la calle para despejarnos un poco. Nos unimos a otras compañeras de clase e intercambiamos chicles y comentarios absurdos. Llevo todo el día pensando en mi siguiente movimiento, pero estoy bloqueada. Y de repente llega una de ellas corriendo como una loca.

—¡Dios mío! ¡Acabo de ver al chico más guapo del mundo! —consigue decir casi sin respiración. Después se acerca y abre aún más, si cabe, los ojos—. No te lo vas a creer, Afri, pero me ha preguntado por ti.

Se me para el corazón porque eso solo puede significar que ha venido Óscar.

Y todas se agarran entre sí y hacen ruiditos extraños cuando aparece con el casco de la moto en la mano y mi mochila en la otra.

Las niñas hacen un corrillo a nuestro alrededor, lo observan como si estuvieran contemplando a un dios griego. Él se siente intimidado ante tanta hormona flotando, así que lo cojo de la mano y lo llevo hasta la esquina, donde podemos hablar a solas.

Me siento tan ridícula, tan pequeña con el uniforme de colegio... Y él sigue

igual de atractivo, con su aura de superioridad que ahora más que nunca siento cuando estoy a su lado. Cruzamos la calle y nos escondemos de las miradas curiosas de las niñas.

Nos quedamos observándonos en silencio. Finalmente él se apoya en un coche y me da la mochila.

—Te dejaste esto en el hospital.

—Ya veo que has investigado dónde encontrarme —comento cogiéndola de un asa.

—Anoche desapareciste de repente, cuando volví ya te habías ido.

—Sí, me entraron las prisas cuando os vi tan acaramelados —respondo mirándome los cordones de los zapatos.

Y no dice nada, no lo rebate. El silencio se acumula hasta que me resulta difícil respirar porque parece que no tiene nada más que decirme.

—Te echo de menos... —se me escapa. Pretendía ser un pensamiento, pero lo acabo diciendo en voz alta, susurrado a media voz pero perfectamente audible para él.

—Pilar... —suspira—. Esto es más complicado de lo que yo pensaba. Lo siento mucho.

Dejo la mochila en el suelo y mis ojos se humedecen. ¿Qué quiere decir con «Lo siento»? ¿«Lo siento, pero quiero estar con ella»? ¿«Lo siento, sé que la situación es complicada»?

—¿Qué quieres decir?

Me acerco un poco. Él huye de mi contacto. Me quedo helada, fría, inerte.

—Necesité medio año para asimilar que había muerto, eso lo entiendes, ¿verdad?

—Entonces tengo que pensar que solo volviste a por mí cuando te diste cuenta de que ella ya no estaba. Que debo entender que soy el segundo plato.

Me tengo que morder la lengua. Ella nunca estuvo con él de forma sincera, tuvo muchos años para hacerlo y siempre encontraba una excusa mejor para estar con todos menos con él.

—Pues no lo entiendo —continúo—. Se suponía que la habías olvidado y que me querías. Se suponía que íbamos a estar siempre juntos. —Empiezo a

llorar y dejo de hablar porque no puedo. Mi garganta se cierra en un gemido gutural que me es imposible controlar.

Y entonces me abraza. Me acuna entre sus fuertes brazos y puedo, al fin, volver a sentirlo.

—No sabes cómo lo siento. Perdóname, mi vida. No eres el segundo plato, no quiero que pienses eso. El caso es que ella ha vuelto por mí. ¿Cómo quieres que la abandone de nuevo? —me pregunta suavemente, casi en silencio. Pasa con suavidad los pulgares por mis mejillas para secar mis lágrimas.

Empiezo a vislumbrar la raíz del problema, algo en lo que hasta ahora no había caído. Él siempre hace lo correcto. Se siente obligado a estar con ella porque en el fondo se siente responsable de lo que le ocurrió. El inconveniente es que no le puedo contar toda la verdad, desenmascarar las verdaderas y superficiales intenciones de Andrea.

Sujeto sus manos y las dejo posadas en mi rostro. Me pongo de puntillas y lo beso porque no sé cuándo volveré a tener esta maravillosa oportunidad. Y de nuevo me asaltan los nervios de la primera vez, más ahora siendo algo que parece prohibido.

Pensaba que me correspondería, pero se aparta suavemente.

—Joder... no me lo pongas más difícil —me susurra—. Ay, Dios... —Se revuelve el pelo y se le escapa esa sonrisa de medio lado que le da un aire demasiado macarra—. Pilar, ¿te das cuenta de que tienes diecisiete años y yo voy a cumplir los treinta y cuatro?

—No digas tonterías, en este cuerpo aún soy menor de edad, pero sabes que en realidad tengo la misma edad mental que tú. Sé que desde fuera parece algo raro, pero nosotros sabemos...

—Desde fuera parece que soy un puto perverso, joder.

Se despeina su increíble mata de pelo castaño y se cruza de brazos, apoyándose de nuevo en el coche.

—Pilar, son demasiados años. Ni siquiera llego a creerme que estás ahí, escondida dentro del cuerpo de esta niña.

Me dan ganas de tirarle la mochila a la cabezota esa que tiene de mente cuadrículada.

—¡Deja de poner excusas absurdas! —le grito empezando a cabrearme—. Has venido a despedirte, es eso, ¿verdad? Has venido a decirme que te quedas con ella.

Baja la mirada y se niega a contestar.

—No lo entiendes. Tú no la conoces —contesta al fin.

—Creo que empiezo a conocerla, y si te digo la verdad, no me gusta. No me gusta lo que hace contigo, ni cómo te trata.

—No lo entiendes. Tú eres fuerte. Me has demostrado que saldrás de todo lo que se te ponga por delante —explica mirándome con fiereza—. Ella no es así, siempre he tenido que cuidarla. Y ahora... ahora todo ha cambiado. Es mi responsabilidad. No puedo abandonarla.

—¿Así que lo nuestro se acaba porque ella es tu responsabilidad?

Doy una patada a la mochila y me alejo unos metros para respirar.

—Lo siento, de veras. No sabes cuánto me está costando asimilar todo esto.

Me da de nuevo la mochila y se aleja.

Lo veo marcharse con una profunda ansiedad en el pecho. Me cuesta un poco respirar. Así que ya está, ya ha tomado su decisión.

Recojo los pedazos de mi destrozado corazón y decido que necesito una buena borrachera, pero sin la edad necesaria y sin dinero hasta eso ya no me puedo permitir. ¡Joder! ¡Vaya mierda de vida de adolescente! Me siento en un bordillo pensando que cuando pasamos la pubertad sobrevivimos porque ignoramos verdaderamente todas las libertades que vendrán después, es un paso natural. Pero hacerlo al contrario es una putada con mayúsculas.

Meto la cabeza entre las piernas, taciturna, deseando que pase el maldito mes para olvidarme de toda esta vida. No hay nada que quiera recordar. Nada, excepto él, al que ahora mismo empiezo a odiar, solo un poquito. Vale, a quién quiero engañar, no podría odiarlo ni aunque me lo propusiera con todas mis fuerzas.

—¡Atontada! ¿Qué haces?

Maldigo porque reconocería esa voz antes que la mía propia.

Levanto la cabeza y veo que viene hacia mí disfrazada de mujer de la limpieza. Lleva un uniforme gris, la peluca descolocada y una fregona en la

mano.

Ni me molesto en levantarme, no tengo ganas ni de respirar.

—A ver, mingo, ¿se puede saber qué haces aquí tirada como una colilla usada? —me pregunta apoyándose en el mango de la fregona.

—¿Se puede saber qué haces así vestida? —pregunto yo para no tener que contarle mi vergonzoso encontronazo con Óscar.

Se quita la peluca y se abanica con ella.

—Llevo todo el santo día limpiando retretes. Me han cogido por banda en un pasillo y se han pensado que era una tal Mónica, que venía a sustituir a no sé quién.

Incluso con mi mal humor no puedo evitar reírme de lo lindo. Menudo par de inútiles estamos hechas. Yo en clase haciendo el mono y ella limpiando, en vez de crear un plan genial para ganar el maldito juego.

Me levanto y le quito la fregona de entre sus escuálidas manos.

—¡Se acabó! —Me acerco y la sujeto con fuerza por el uniforme—. Hasta ahora las circunstancias nos han desbordado, pero eso es cosa del pasado. Ya hemos desperdiciado dos días, no vamos a dejar pasar ni uno más.

—¡De puta madre! ¿Qué vamos a hacer? —quiere saber mientras se saca un moco.

Me retiro asqueada intentando pensar cuando veo que se acerca Hagrid.

—¡Me cago en la...! ¡Qué cosa más horrorosa! —grita la Muerte antes de que la pobre chica cruce la calle para llegar hasta nosotras—. Le voy a hacer el favor de su corta y cruel vida.

Y se acerca hasta ella y la sujeta con fuerza justo en el centro de la carretera.

—Espera, que no te va a doler nada. Hazme caso, es por tu bien... —le está diciendo con la clara intención de que las atropelle un coche. La chica se revuelve, intentando soltarse—. ¡Las leyes de la naturaleza fallan de vez en cuando, pero ya estoy yo aquí para solucionarlo!

El coche se aproxima cada vez más y empieza a pitar.

—¡Señora! ¡Que viene un coche! —grita Hagrid histérica.

Pongo los ojos en blanco y me acerco hasta ellas. Con mano firme las separo y le pido disculpas con un gesto al conductor, que ha acabado parando el coche

justo antes de pasar por encima de ellas.

Empujo a un lado a la Muerte mientras pido a Hagrid que vuelva al instituto sin mí. Se hace un poco la remolona porque quiere detalles sobre quién es ese chico tan guapo y mayor que ha venido a buscarme, pero consigo quitarme la lapa de encima cuando empiezo a gritarle que me deje en paz. Sale corriendo informándome que me llamará luego. Me despido con la mano resoplando y recordándome mentalmente que no se me ocurra descolgar el móvil.

—¿Es que la dejas suelta? —se queja mi acompañante poniendo una mueca de fastidio.

—Déjala en paz, la pobre no tiene la culpa de ser tan fea —digo alisándome la falda gris de tablas.

—De eso no, pero de salir de su cueva y mostrarse al mundo sí.

Me dan ganas de abofetearla, más que nada porque ella no es que esté guapa precisamente.

—¡Oye! Que yo estoy fea adrede y lo mío me cuesta —dice leyéndome el pensamiento—. Tengo que hacerlo para que los moscones no me atosiguen todo el día.

—Claro...

Y aunque supuestamente íbamos a idear un plan que nos encumbrara a la victoria, acabamos en un portal escondidas bebiéndonos a morro un brik tras otro de sangría de un chino. A las siete y diez, mi móvil suena.

—¡Mierrda! Será Hhhhagrid —maldigo sin pronunciar muy bien. Me he dado cuenta demasiado tarde que este cuerpo tan pequeñito no tolera muy bien el alcohol.

—Dile que se pase y nos haga un espectáculo circense —comenta la Muerte tambaleándose encima del bordillo de la acera.

Suelto una carcajada y compruebo el móvil. Es mi madre. Me ha llamado y me ha dejado tres mensajes preguntándome dónde estoy.

Me levanto y todo me da vueltas. Cojo la mochila con dificultad y detecto que mi aliento me delata casi más que mi inestable equilibrio.

—Bueno, loqui, me larrgo. Mamá me está esperando.

—Vale, mongo, yo me piro con Botones a seguir con la fiesta.

Cada una nos vamos en una dirección. Llego hasta el coche intentando que no se me note que llevo el pedo del siglo. Abro la puerta de atrás y me siento con mucha ceremonia, ralentizando mis movimientos y controlando un ataque de hipo.

—¿Se puede saber por qué no has ido a gimnasia rítmica? Me ha llamado tu profesora —me dice mirándome desde el espejo retrovisor.

—Mamá, no me rayesss.

Refunfuña y arranca sin decir nada más, cosa que agradezco. Cierro los ojos y lucho por no vomitar ni decir ninguna estupidez que desenmascare mi estado de intoxicación etílica.

Llegamos y salgo como puedo, me choco con todo a mi paso. Le lanzo una patada karateka al perro antes de que se me acerque y subo a mi cuarto balanceándome por la escalera. Cierro la puerta y me tiro en la cama, donde espero dormir la mona hasta mañana. Empiezo a perder la consciencia cuando escucho a mi madre de pega llorando. Le está contando a mi falso padre que he llegado borracha y que he faltado a clase. Y que le han contando otras madres que me he intentado morrear con un tío mucho más mayor. Después de todo eso, solloza algo como «La estamos perdiendo» y «Ya no sé qué más hacer».

Mira que se ponen dramáticos los padres cuando quieren. Como si ellos no hubieran tenido treinta y cuatro años...

Capítulo 14

Día tres. Jueves

Amanezco con la resaca del siglo. A las ocho de la mañana tiro el despertador a tomar por culo y me vuelvo a meter entre las sábanas, pero mi querida madre se toma la molestia de asegurarse que me levante y me vista. Maldigo y refunfuño mientras me coloco de nuevo el uniforme gris. En el baño me miro en el espejo y me sorprende que mi mal cuerpo no haya afectado a mi rostro. Parece que estoy somnolienta, no intoxicada.

Bajo y rechazo el desayuno. Me tomaría un café, pero tendré que esperar hasta que se vaya mi falsa progenitora, a ver si tengo suerte y no insiste para llevarme en su coche. Nada, no hay manera, si no se encarga de trasladarme personalmente se considerará una mala madre.

Resoplo y suspiro conteniendo las náuseas mientras parece que mi madre coge las curvas de una forma más brusca de lo habitual. Mientras miro por la ventana del coche me doy cuenta de que me estoy portando fatal con esta pobre gente. Su hija ha muerto y no lo saben. La pobre niña estará ya reencarnada, sin acordarse ni de ellos ni de su anterior vida.

Me siento culpable por ser tan egoísta, pero no puedo perder el tiempo disimulando algo que no soy, algo que ya ha desaparecido. Me niego a vivir el tiempo que me queda como una adolescente inútil que no puede salir de casa o que tiene que ir todos los días al instituto. Joder, ya lo sufrí en su momento, no tengo por qué hacerlo de nuevo.

Y, con esos pensamientos vagando por mi *resacosa* mente, llegamos a mi destino. Me bajo del coche sin despedirme. No es que sea una maleducada, es que no soy capaz de articular palabra sin un chute de cafeína en las venas.

—Hoy trabajo hasta tarde y tu padre ha tenido que salir por trabajo, no

volverá hasta el martes de la semana que viene —me informa sujetando el volante con las dos manos, como toda madre debe hacer—. En cuanto salgas del instituto, te vas derechita a casa, no quiero tener que ponerte más castigos de los que ya tienes.

Resoplo sin ganas de disimular mi cara de hastío y hago un ruido parecido al asentimiento. Pues muy bien...

En cuanto pierdo de vista el coche, me voy directa a un bar que está a dos manzanas. Allí me pido un café con leche calentito y juro que casi lloro de la emoción cuando le doy el primer sorbito. Casi me lo tiro por encima cuando aparece lo que ya empiezo a considerar como mi sombra.

—Buenos días —escucho sobre mi nuca.

Me giro en la banqueta de la barra y la veo con el abrigo de pieles.

—Joder, qué susto me has dado, ya pensaba que era Hagrid...

Se retoca los labios con un pintalabios rojo y me sonrío, arrugando todo el rostro. Más que retocarse lo que hace es empeorarse con saña porque se manchurrea las comisuras de los labios bruscamente.

—La he dejado en su cabaña —bromea sentándose a mi lado. Aprovecha para levantarme la falda de tablas y palmearme los muslos—. Así está mejor, muestra esa carne prieta que tienes.

Cierro los ojos y espero hasta que se me pasa un poco el dolor de cabeza. Con cada sorbo de café, me voy encontrando mejor. Cuando los abro, pillo a varios señores mirándome con descaro. ¡Qué asco! Parece que la Muerte también se da cuenta y aprovecha para dar el cante, como siempre.

—¡Mira para otro lado, enfermo mental! —le grita al que está más cerca. Todos, sin excepción, bajan la mirada y disimulan—. Menudos pervertidos... ya decía yo que no me podía poner estas enaguas, es que los vuelve locos. Me siguen como moscas a la miel.

Y se levanta el vestido negro raído que lleva y me enseña unas bragas comidas por la mierda, el tiempo y el uso. Se hace la digna, me roba la taza y se termina el delicioso elixir. Me dan ganas de darle un sopapo, pero las consecuencias serían desastrosas y, sobre todo, humillantes para mí.

—A ver, ayer decías que tenías un plan —dice relamiéndose y tirando la taza

con fuerza dentro la barra. No le da al camarero de puro milagro y se estrella contra el suelo, por lo que se rompe en mil pedazos.

—¡Señora! ¡Ya me está pagando la taza! —le grita el pobre hombre.

Saca diez euros de uno de los bolsillos del abrigo y lo deja en la barra.

—Vámonos, aquí no hay más que chusma. —Me agarra del brazo y salimos. Se enciende un puro y me echa todo el humo en la cara, supongo que será para no perder la costumbre—. Decías que tenías un plan.

Toso y me alejo un poco.

—No, no tengo nada, decía que teníamos que hacer algo para empezar a cambiar las cosas.

Caminamos y nos sentamos en el banco de un parque para niños, no sin antes parar en un chino y comprarnos unas pipas. Entre pensamientos absurdos y comentarios poco sutiles por parte de ella del tipo «Pago a Botones para que se la folle mientras Óscar mira», levanto la mirada de mis manos pringosas de sal y veo que tenemos una especie de alfombra de cáscaras de pipa a nuestro alrededor. Empiezan a llegar palomas y reprimo un escalofrío. Les tengo un poco de pánico desde que nos atacaron a Alfonso y a mí hace ya demasiado tiempo. Parece que he vivido diez vidas desde entonces.

—Mira, mis amigas —comenta sonriendo. Silba y una decena de ellas empieza a posarse en su cuerpo. Cuando me quiero dar cuenta, la tienen totalmente oculta. Solo se ven dos puntos negros que me observan entre el característico plumaje gris ciudad de las pestes voladoras.

Me levanto y estiro las piernas. No estoy muy cómoda al lado de una estatua viviente de palomas asquerosas.

—Es un disfraz muy útil cuando tienes que espiar a alguien —dice con su voz amortiguada por las aves. No sé ni cómo consigue pronunciar sin que se le metan las plumas en la boca.

—Sí, pasas totalmente desapercibida...

Compruebo mi móvil y veo que ya es media mañana y que Hagrid me ha llamado varias veces. También lo ha hecho Óscar. Reconocería esa combinación de dígitos toda mi vida, y parece que él se guardó mi nuevo número cuando recogió mi mochila. Sonrío como una tonta, sin importarme que la loca esté

asustando a un par de niños con su disfraz de palomas vivientes.

Me alejo un poco y lo llamo. Dos tonos y contesta.

—*Pilar* —me saluda con ese tono de voz tan sexi. Tengo que controlar las ganas de llorar que me invaden de repente.

—Hola, Óscar, he visto que me has llamado —consigo decir después de aclararme la voz y recomponerme un poco.

—*Sí... te he llamado esta mañana porque quería saber qué tal estabas. Siento mucho haberme ido de repente ayer. Entiende que esta situación también es muy complicada para mí.*

La tristeza se borra en un segundo porque llega mi amiga la ira.

—Todo eso ya me lo dijiste ayer. Deja de disculparte argumentando la dificultad de todo esto, no es necesario. No eres tú el que ha muerto como doscientas veces ni te has tenido que acostumbrar a vivir en tres cuerpos distintos. ¡Sé que esto es una mierda! ¡A mí me lo vas a contar! —acabo gritándole y dando una patada a una papelera.

Me obligo a tranquilizarme y a respirar con normalidad.

—*¿Me has llamado para gritarme?* —pregunta serio.

—No, te he llamado porque te quiero, porque te echo de menos, porque te necesito, porque quiero... —No sé qué más puedo decirle sin parecer una auténtica gilipollas. ¿Cuántas veces me tiene que rechazar? ¿En cuántos idiomas me tiene que decir que quiere estar con Andrea?

—*Pilar...* —empieza a decir con voz cansada.

—Sí, lo sé —le corto—. Es complicado.

Y cuelgo.

Tiro el móvil al suelo con rabia cuando una mano me toca el hombro. Me giro y es ella de nuevo. Ella con sus doscientas palomas encima cagándose en su abrigo de piel.

—Lo estás engatusando de puta madre, jodida anormal. Pareces un mono en plena pubertad. Mira —dice señalando un árbol—, ¿por qué no trepas y te tiras de cabeza desde arriba? A ver si así se te aclaran las ideas.

—¿Qué quieres que haga? Solo se disculpa y me dice que es difícil, pero no hace nada. ¡Nada!

Cojo la mochila y empiezo a andar todo lo que mis piernecitas me permiten. Siento que me sigue. Se escucha un revoloteo que provoca que me proteja la cabeza y vuelve a pararme en seco, sujetándome con fuerza del brazo.

—Toma el móvil, no sé cómo no se te ha roto después de la hostia que le has metido.

—Gracias —digo con una presión en el pecho cada vez más fuerte.

—Sé que tus hormonas te dominan, pero como siempre digo, no doy puntada sin hilo. Si hubieras estado más atenta a tu nueva vida, te habrías dado cuenta de que la semana que viene es tu cumpleaños...

Abro la mochila y compruebo mi carnet de identidad. Es verdad. La semana que viene seré mayor de edad. La semana que viene seré libre. Definitivamente la semana que viene me piro de casa.

Si no tuviera tantas palomas alrededor, le daría hasta un abrazo. Salgo corriendo hacia la parada de autobús más cercana desoyendo las voces de la Muerte que me pide que la espere. No, esto prefiero hacerlo sola.

Después de llegar al hospital comiéndome las uñas compulsivamente, consigo entrar en el pasillo donde está Andrea sin que me impidan el paso. Su puerta está entreabierta y escucho voces. Me acerco despacio esperando encontrar a Óscar. Me asomo con cuidado y no lo veo. Pero sí que aprecio los pies de Andrea y a un celador que me suena mucho...

—Andreíta, ya sé que tú eres así, pero no puedes ser tan borde con él —dice el trabajador con un sospechoso acento cubano.

Me escondo un poco más para escuchar.

—Es que no me deja hacer nada, está un poco pesado —se queja—. Tengo que fumar a escondidas, sabes que necesito cambiar de hospital para que me vuelvan a operar los pechos y disimular las cicatrices, pero él opina que eso no es necesario. ¡Cómo no va a ser necesario que me quiten estas asquerosas marcas de mi piel! —grita histérica.

Me permito sonreír. Empiezo a perdonar a la Muerte por las puñaladas que me dio.

—Mamita linda, no te alteres. El estrés afecta a tu cutis y no querrás que te salgan arruguitas de expresión.

—No, claro que no...

Pongo los ojos en blanco y suspiro. Menudo padrino que le ha tocado también a esta.

Escucho pasos y me muevo. Empiezo a andar por el pasillo disimuladamente y veo que el cubano ha salido de la habitación. Decido que entraré y me enfrentaré a ella, aprovecharé que está sola para decirle cuatro verdades como puños, cuando me llaman al móvil y tengo que salir de allí cagando leches.

Llego a mi nueva casa sintiéndome un poco culpable, para qué nos vamos a engañar. Me ha llamado una compañera del trabajo de mi madre para decirme que a mi querida progenitora le había dado un ataque de histeria cuando la habían llamado del colegio para informarle que hoy también había faltado a clase.

Entro en casa y la encuentro sentada en el sofá con una tila en las manos.

—He tenido que cogermelo el día libre —me comenta con los ojos enrojecidos.

Suelto la mochila y me siento a su lado.

—Mamá, perdóname.

—Ahora mismo estoy luchando contra un ictus —dice dando sorbitos a la infusión.

Madre mía, qué exagerada...

—Perdóname —digo de nuevo tocándole la rodilla.

—No necesitas mi perdón, necesitas comportarte como es debido —contesta ella. No sé por qué, pero las madres siempre tienen una respuesta para todo. Eso y que todo mal proviene de no comer verduras y andar descalza.

Suspiro y decido empezar a ser la persona que quiero ser. Sí, tengo que disimular, pero eso no significa tener que estar todo el día comportándome como una niña malcriada.

—Mamá, ya sé que piensas que soy una descerebrada, pero no es verdad. Mi vida es difícil, como la de todos, y a veces tengo que hacer cosas que implican saltarse un poco las normas, pero eso no significa que vaya a terminar en la cárcel o prostituyéndome en una esquina. No hace falta que seas tan exagerada, ya sé cuidarme yo sola. Puedes estar tranquila.

Deja la taza en una mesita baja y me contempla en silencio. Creo que mis palabras nos han acercado un poco.

—A tu cuarto castigada. No quiero que salgas de ahí en tres meses.

Pues no, a la mierda el intento de mediación. La semana que viene pondré mi plan en marcha, pero mientras tanto tendré que aguantarme un poco y ser la hija modelo que debo ser para que a esta pobre mujer no le dé un infarto cerebral por estrés *madril*.

Paso la tarde en mi cuchitril seleccionando ropa. Estoy metiendo en una bolsa lo poco que me llevaré, casi todo lo dejaré para que lo donen o lo quemem. Lo único que guardo son pantalones vaqueros pitillo, bastante monos, que la niña tenía escondidos con la etiqueta, dos pares de zapatillas neutras y algunas camisetas que no están muy mal. El resto es bazofia.

Después bajo a cenar en silencio, sin dirigir ni una mirada a mi madre, más que nada porque ella desaparece de la cocina en cuanto me coloca la sopa, y me meto en la cama pensando en mi plan, que se crea poco a poco en mi cabecita hasta que pierdo la consciencia.

Capítulo 15

Cayendo en la trampa

Madrid, 1790

Aparezco en la Plaza Mayor a las diez de la noche. Estamos en agosto, se nota en el olor el sofocante calor que emana desde el suelo aún a estas horas. Aun así, inspiro con fuerza y sonrío a pesar de sentirme tan sola. Madrid es una de mis ciudades preferidas, será su ambiente especial, su halo de magia o la alegría de la gente. Algo siempre me obliga a venir aquí cuando el vacío de mi interior amenaza con ahogarme.

Me siento en una de sus animadas terrazas y me abanico con fuerza. Recojo mi abundante melena en una larga trenza y frunzo el ceño al tocarme la nuca húmeda por el calor. Un caballero pasa ante mí y por un segundo contengo la respiración. Se parecía un poco a alguien de quien no quiero saber nada, será eso o que últimamente todos me recuerdan a él. Si lleva un perfume parecido, su galante forma de caminar... o quizás es el deseo de volver a verlo lo que me empieza a provocar alucinaciones.

Antes de que vengan a atenderme, siento su aliento en mi nuca. Me pongo rígida, las manos empiezan a temblarme. Ya empieza a ser una especie de ritual: cuando me aparezco en la tierra de los mortales, viene a visitarme. Y reconozco que lo hago cuando no soporto ni un segundo más la soledad, esperando que se cumpla el deseo de contemplarlo, aunque sea una vez más.

—Cada año estás más bella —me susurra al oído—. Ya había olvidado tu olor, mamita linda.

Lo odio y lo deseo a partes iguales. Me dan ganas de salir corriendo o de tirarme a sus brazos. Y me detesto por sentirme así. Pero creo que es lo que me da vida, lo que hace que aún siga latiendo mi templado corazón. Así que decido

dejarme llevar por el momento, por una situación que reconozco llevo meses deseando, soñando a escondidas para que se hiciera realidad. Una vez más. Sentirlo junto a mí, tocar su piel, pasar mis delicados dedos entre sus mechones mientras me hace gritar de placer. Junto las piernas en un acto involuntario que él no pasa por alto, sabe que es la señal para atacar.

Coge mi rostro entre sus manos y me besa con pasión, con un toque de necesidad visceral que, en cierta manera, me enamora. Le correspondo agarrándolo del pecho hasta clavar mis largas uñas en su piel, lo que mancha de sangre su blanca e impoluta camisa blanca. Pero no se queja, parece que le gusta.

—Mi *amol*, si no paras, te poseeré aquí mismo delante de todos estos mortales —me amenaza al oído mientras me muerde el lóbulo de la oreja.

Me separo y veo que todos los que están a nuestro alrededor no nos quitan ojo. Ni siquiera se molestan en disimular. Suspiro, ya que tampoco podemos ir llamando demasiado la atención, y me vuelvo a sentar abanicándome con fuerza. Él me imita y se sienta a mi lado. Pone su mano en mi rodilla y me guiña un ojo en un gesto que hace que se me derrita el corazón. Es él, no tengo dudas, quien mejor me puede llegar a conocer, entender, consolar e incluso amar.

Y eso se hace tangible cuando se arrodilla frente a mí, coge mi mano con delicadeza y desliza un anillo en mi dedo tembloroso.

—Desde que te conocí, no he podido dejar de pensar en ti ni un solo segundo —confiesa mirándome desde el suelo—. Eres la mujer de mi vida eterna, y necesito que pases todo ese tiempo y más junto a mí si no quieres que pierda la poca cabeza que tengo y desencadene el Apocalipsis antes de lo acordado.

Si tuviera lágrimas, lloraría. Pero como no las tengo, lo abrazo con fuerza y nos tiramos al suelo. Rodamos por las duras piedras, nos chocamos con las sillas de los demás, mientras reímos como locos y nos besamos con auténtica pasión. Nos terminan llamando la atención y decidimos ir a celebrarlo en privado en un hotel, y como si de un chiste de mal gusto se tratase, se escuchan gritos desde la ventana. Un gran incendio asola la plaza.

Parece que nuestros pies en el plano de los mortales solo provocan desgracias.

Capítulo 16

Día cuatro. Viernes

Me levanto descansada y con la mente tranquila. Con un plan, todo parece más fácil. Sonrío y me visto con parsimonia. En el baño me hago dos trenzas y me lavo los dientes tranquilamente pensando que seré una buena hija, al menos hasta el martes, cuando llegue mi mayoría de edad.

Y en la cocina me tomo el Cola Cao sin cara de asco, intentando no desear cafeína como una yonqui sin su dosis.

Mi madre me ha dado un escueto «Buenos días» sin mirarme, al que yo he respondido de igual forma.

En el coche no intercambiamos ni una palabra, pero cuando me voy a bajar para entrar en el instituto, me llama.

—África, han llamado los abuelos —me dice desde el volante muy seria—. La abuela se ha caído otra vez, así que voy a tener que irme esta tarde para ver qué tal están.

Me quedo en blanco, no sé qué solían hacer en estos casos.

—Estaré en el pueblo todo el fin de semana. Como tu padre está trabajando fuera, hemos decidido que te quedes aquí. Pero no estarás sola, he hablado con la madre de Manuela. Ella se quedará contigo en casa. ¿De acuerdo?

Asiento preguntándome quién coño es Manuela.

—No quiero tonterías, te lo aviso. No voy a poder estar pendiente desde el pueblo, pero sabes que me enteraré. Te he dejado comida suficiente en la nevera.

—Vale, gracias.

Parece que no tiene nada más que decirme cuando me sonrío un poco.

—Cariño, te quiero. Pórtate bien, ¿vale? Estoy muy preocupada por tu salud, así que no me des más sustos.

Sonrío y se lo prometo. Se despide tras decirme que tenga cuidado, que cierre puertas y ventanas... El típico manual del superviviente en caso de ataque zombi, básicamente.

Me despido con la mano mientras el coche se aleja y cuando he decidido portarme bien, alguien me da un cachete en el culo. Me doy la vuelta esperando que sea Óscar cuando me sorprende un adolescente rubio de ojos azules. Es mono. Joven pero mono. Lleva el uniforme un poco destartado, sospecho que adrede, con el polo fuera de los pantalones. Porta la mochila al hombro como si fuera un perdonavidas y me mira con una chulería que me recuerda un poco a otro espécimen mayor que él. Es una versión de Óscar más joven y no tan atractiva. Sería imposible encontrar a dos como él. Pero tiene esa aura de chico malo que a nosotras nos vuelve locas.

—Afri... —me saluda.

No me ha gustado ni un pelo que me haya tocado el culo así y espero que no fueran novios porque no me apetece nada tener que besarlo.

—Hola.

Se acerca y hago la cobra a tiempo de tener que comerme sus babas. Me alejo pensando en mi madre, en el disgusto que le voy a dar como se entere que este niño me intenta meter mano delante de algunas madres cotillas que ya me están mirando con ojos acusadores.

Me doy la vuelta y camino con paso decidido al instituto, buscando esconderme en algún baño hasta que el pajillero desista en su empeño. Pero no, él me atrapa antes de llegar.

—¿Qué te pasa? ¿Es porque no te he llamado esta semana? —me pregunta.

—Pues sí —miento—. Estoy enfadada por eso, déjame en paz.

Me alejo cuando me grita:

—¡Pues he oído que tú también has estado con otro!

No me doy la vuelta y sigo andando hasta que Hagrid me encuentra. Me asusto, como siempre que la veo, pero me alegro por tenerla cerca para que me guíe por el instituto.

Entramos en la capilla. Parece que todos los días tenemos misa...

—Oye, tía, ya te vale —me susurra con gesto enfadado, lo que en su caso

significa que se le juntan tanto las cejas que parece un paleta peludo.

—Relaja el gesto —contesto muy bajito—. Es por tu bien.

Me empuja suavemente casi echándome del banco para después tirar con fuerza de mí hacia su cuerpo rechoncho.

—Cuando termine el padre don Luis, nos vamos al baño y me lo cuentas todo —me ordena agarrándome del brazo.

Asiento y suspiro.

Después de la misa, cumple lo prometido y me arrastra sin remedio hasta el aseo de las chicas.

—¿Qué te pasa? —pregunta cruzándose de brazos—. ¿Quién era ese tío? ¿Qué pasa con Hugo, a ver? Tía, Hugo es el chico más guapo del insti y está loquito por tus huesos.

—Que sepas que Hugo está con otras, me lo ha dado a entender hace un rato —aclaro apoyándome en el lavabo para ponerme vaselina de Hello Kitty. El único cosmético que he encontrado en mi cuarto.

—¿Qué me estás contando? ¡Qué fuerte!

La miro y me hace gracia ver su expresión. Si le dijera que los vampiros existen, no podría asombrarse más de lo que ya está.

—Paso de Hugo, es un creído.

Me retoco las trenzas y me aliso la falda.

—No, porfi, plis. Si pasas de él, Nacho ya no va a querer nada conmigo, tía.

«Y entonces, ¿por eso tengo que liarme con alguien que no me gusta? ¿Para que tú mojes también?», pienso molesta. Qué típico de los adolescentes...

Como sé que no tiene sentido seguir argumentando nada, recojo la mochila del suelo y le pido que vayamos ya a morir por aburrimiento a alguna clase.

Vamos por el pasillo cuando aclaro una de mis muchas dudas existenciales.

—Por cierto, mi madre me ha dicho que pasamos el finde *juntis*. ¡Qué *diver*!

Vale, Hagrid en realidad es Manuela.

Tras una tediosa mañana y tarde aprendiendo cosas que en realidad de poco nos servirán para el futuro que nos depara, en mi caso bastante fatídico, Manuela se me acopla para pasar ya la noche juntas. Su madre le ha llevado una maleta al aparcamiento de la escuela. Muy planeado todo. He aprovechado para

comprobar que su madre será mi espía y que se fía bien poco de mí, me mira de arriba abajo como si fuera una buscona y una mala influencia para su hija. Lo que no entiendo es cómo su propia madre le permite salir de casa con esos calcetines o con el pelo tan enredado. Sí, tú mírame mal por ser mona, que yo te estoy fulminando con la mirada por ser tan delicadamente cruel con tu propia hija. Sobre todo porque la madre es normal. Físicamente no se parecen en nada. Supongo que Hagrid habrá salido al padre o al perro. Espero que sea al padre, pero tendría mucho más sentido un episodio zoofílico de accidentados resultados.

Llegamos a casa y compruebo que Manuela ha estado aquí antes porque se mueve como pez en el agua. Estoy subiendo a mi habitación para ponerme el pijama cuando suena el móvil. Es él.

—*Hola, nena, ¿qué tal estás?* —me pregunta con su varonil voz.

Me tumbo en la cama y sonrío.

—No tan bien como tú.

—*Ayer me colgaste, y ya sabes que no me gusta cuando lo haces. De hecho —añade con ese toque pícaro que me vuelve loca—, sabes que me cabrea bastante.*

—Por eso lo hago, porque sabes que me encanta verte enfadado. —Quiero picarle un poco. Me muerdo el labio tocándome el pelo distraída.

—*No es tan divertido cuando no te puedo castigar* —comenta siguiéndome el juego.

—Sí, puedes, pero no quieres. Hay una diferencia.

Y ahí está de nuevo esa sensación de malestar subiéndome por las piernas. Supongo que también será porque Alfonso me hizo daño al engañarme con mi mejor amiga. Ese dolor, mucho mayor con Óscar al darme cuenta de que está con Andrea, me está matando lentamente. Y al final, lo pago con él. Sé que no es el culpable de todo esto, pero que la haya escogido a ella sin aparentemente pensárselo dos veces me cabrea cada vez más.

Y viene el silencio. Ese silencio contenido que dice más cosas que palabras vacías. Solo escucho su respiración y, sin poder evitarlo, pienso en sus labios, en su cuello, en su piel.

—Te dejo, tengo cosas que hacer —me despido cuando no soporto ni un segundo más estar tan lejos de él.

—*Nunca me gustó que me tocaras la cicatriz de mi ceja porque ella me la hizo una vez cuando me tiró una botella de cerveza* —dice lentamente—. *Estaba tan colocada que no sabía ni lo que hacía. Al día siguiente, no se acordaba de nada.*

Carraspeo para contener las lágrimas. No quiero que me escuche llorar.

—*Hoy se ha operado el pecho. Dice que lo quiere más grande otra vez y que, de paso, se quitará las cicatrices de las puñaladas. Me ha pedido que me quite también mi cicatriz.*

Contengo la respiración cuando escucho cómo expulsa el humo. Parece que está fumando de nuevo.

—*¿Sigues ahí?* —susurra.

—Sí, estoy aquí —contesto con dificultad, con un ardor en la garganta cada vez mayor.

—*Dice que no le gusta. Que le recuerda el daño que me hizo y que, además, no me queda bien.* —Se ríe. Pero no es agradable, suena a alguien que ha sufrido demasiado y que sabe que aún le queda mucho por sufrir.

Me incorporo y dejo que mis lágrimas salgan. Me las seco con suavidad con el dorso de la mano y cierro los ojos.

—Creo que te hace más interesante, pero haz lo que quieras.

Y otra vez ese silencio, en el que me muero por suplicarle que vuelva, que me rescate de la realidad para volver a ser felices de nuevo. Pero ya no puedo decirle eso, ya no me corresponde pedirle nada que él no quiera darme.

—*¿Qué haces?* —me pregunta cambiando de tema.

—Estoy tirada en la cama —contesto agradecida por destensar el ambiente—. Mis padres no están, así que ha venido una compañera de clase para hacerme compañía.

Suspira y escucho ese ruidito tan suyo que hace cuando estira los músculos.

—*Me encantaría ser yo quien te calentase la cama* —comenta con anhelo.

—No me gusta que juegues conmigo, Óscar, no es justo.

Y cuelgo. Sin más. Otra vez. Contengo las ganas de estampar el móvil contra

la pared y ponerme a gritar. No quiero ser su juguete, que me llame cuando se aburre de ella o cuando necesita desahogarse. No quiero empezar a ser «esa chica» en su vida porque ya sé lo que pasa con ellas, que son las amantes, las segundas. De las pocas cosas que sé de mí misma es que no he nacido para ser una de esas «la otra». Siempre he querido todo o nada. Sin medias tintas. Sin saberlo tiene en sus manos el destino de ambas, y creo que no es justo para ninguna de nosotras que empiece a querer tenernos a las dos.

Me desnudo y me meto en la ducha temblando de la rabia. Ni siquiera me alegra ver que no tengo ni un gramo de grasa en el cuerpo y que mis tetas aún no saben lo que es la gravedad.

Me pongo el pijama agradeciendo que Manuela me dé mi espacio cuando aparece más pintada que una puerta y con un conjunto que le marca michelines en partes del cuerpo que ni sabía que podían existir. Definitivamente su pobre madre la matriculó en un colegio con uniforme para salvar su dignidad.

—¿Qué haces en pijama? —me pregunta bruscamente—. Hemos quedado con los chicos.

—¿Qué? ¿Hemos? Yo no he quedado con nadie —le respondo tranquilamente.

—¡Afri! Le he mandado un mensaje a Nacho, y Hugo se viene también.

Miro mi pijama de conejitos rosas y decido que me voy a meter en la cama inmediatamente. Paso de guateque juvenil con la que tengo encima.

—Ni de coña. Entretenles tú, yo me voy a dormir.

Se pone a gritar cosas incoherentes y a zarandearme, tirarme de los brazos, empujarme para que me cambie de ropa... Tras una intensa lucha veo que estoy con un peto vaquero desgastado, las Converse y un moño deshecho en la cabeza. Saca un estuche de pinturas, seguramente de los chinos, y empieza a mancharme la cara. Cuando termina, me sorprende que, a pesar de haberme maquillado exactamente como a ella, yo estoy bastante guapa, en plan granjera sexi.

Voy a la cocina a ver si mis padres tienen escondida una triste botella de vino fresquita cuando se escucha el timbre. Manuela da saltitos de alegría y corre a abrir. Desde el pasillo la veo tontear con el tal Nacho, que es bastante mono. Demasiado mono. El muy cabrón está aquí por uno de estos dos motivos, no hay

más: o se la quiere chingar pensando que al ser tan fea será facilona, o ha venido para reírse de ella. Y la pobre ni siquiera lo sospecha.

Detrás del cabronazo entra Hugo, más tieso que un palo, creyéndose el amo del mundo *teenager*. Se abre paso y llega hasta mí con los labios por delante. Y una vez más me aparto a tiempo. Hace como que no se ha dado cuenta y saca unas latas de cerveza. Por fin algo interesante que ver.

Media hora después estamos en el salón con la música puesta y bebiendo como si no hubiese mañana. En mi caso, casi es verídico. No separo los labios de la *yonquilata* para no dejarle el camino libre. Se ríen de tonterías del instituto, comentan gilipolleces y yo solo pienso en irme a la cama y en pararle las manos al pulpo que tengo al lado. Y cuando me estoy levantando para huir a mi habitación, suena de nuevo el timbre.

Nos miramos sorprendidos y Hugo se adelanta para abrir, en plan macho alfa.

Aprovecho para ir a la cocina y beber un poco de agua. La cerveza se me está subiendo a la cabeza.

—¿Y tú quién coño eres? —escucho que dice Hugo.

Y el vaso de agua se me cae al suelo cuando escucho su voz.

Corro hasta la puerta y lo veo. Le saca más de una cabeza al chaval y creo que cada vez que nos volvemos a encontrar está más guapo, algo que parece casi imposible. Lleva unos vaqueros que le marcan eso que todas miramos cuando nadie nos ve y una camiseta negra con el cuello en forma de pico. Está para comérselo.

Llego en plena discusión.

—¿Qué pasa? ¿Estáis de fiesta? —pregunta Óscar apoyándose en el marco de la puerta, eclipsando la entrada más bien.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Eres madero? —le contesta el niño más chulo que un ocho.

—Mira, niñato... solo he venido a hablar con Pi... con África —rectifica sacando pecho al estirarse.

Y yo, secándome la baba, disfruto con la pelea de gallitos.

—África es mi chica, no tienes que hablar nada con ella —dice Hugo

cogiéndome del brazo para apretarme contra él.

En un gesto casi imperceptible veo cómo se le hincha la vena del cuello a Óscar. La mandíbula se le tensa y aprieta los nudillos.

—Ella no es de nadie, imbécil.

Me separo como puedo y me pongo entre los dos.

—Hugo, Óscar es un amigo, no hace falta que te pongas así. —Estoy entre los dos, pero al ser tan pequeñita no soy capaz ni de cortar su campo de visión. Ambos se miran a los ojos con fijación y fiereza.

—Ya, un amigo al que te vas morreando cuando yo no estoy. Seguro que es el tío mayor con el que te vieron el otro día.

—No soy mayor, es que tú eres un crío —aclara Óscar entrando en el recibidor.

Demasiada testosterona en el ambiente...

—Nadie te ha invitado —dice el niño—, así que ya te estás largando.

Como parece que esto va a acabar como el rosario de la aurora, decido poner fin a la discusión. Agarro a Óscar del brazo y lo saco de casa tras hacer oídos sordos a lo que me recrimina Hugo.

Me sujeto con fuerza a sus pectorales cuando pasamos al lado del perro, pero para mi sorpresa Óscar se agacha para acariciarlo, lo que amansa a la fiera.

—Buen chico, eso es...

Lo llevo hasta la parte de atrás de la casa, donde el otro día vi una hamaca con pinta de ser bastante cómoda. El tiempo acompaña, y una suave brisa mueve los abetos y los pinos.

Llegamos hasta ese rinconcito y nos sentamos, uno al lado del otro, cogidos de la mano en silencio. Me acaricia con suavidad la muñeca, pasando una y otra vez sus dedos por mi suave y blanca piel. Es un gesto tan íntimo que me dan ganas de llorar. Reprimo un sollozo y me alejo de su contacto. Que aparezca de repente lo hace aún más difícil. Puedo asumir y afrontar que no quiera estar conmigo, pero lo que cada vez se me hace más cuesta arriba es este doble juego, esta incertidumbre.

—No juegues más, por favor —le suplico secándome las primeras lágrimas.

Suspira y se levanta.

—No estoy jugando. Es...

Me levanto y lo miro, lo que lo obliga a que me devuelva la mirada. Parece un gigante, pero no voy a empuñecer a su lado. Ya no. Soy Pilar, no una niña con trenzas.

—Si vuelves a decir que esto es complicado, te retiro la palabra definitivamente —lo amenazo señalándolo con el dedo. Dedo que él coge y besa delicadamente—. No, no hagas eso para luego volver con ella.

Me sujeta por la cintura con sus grandes manos y se agacha para besarme, pero cuando sus labios rozan los míos, aprovecho para sacar los dientes y morderlo. Se retira unos centímetros, pero como lo vuelve a intentar levanto la mano y le doy un guantazo. No demasiado fuerte, lo suficiente para ser una declaración de principios.

—Vaya, para ser tan pequeña tienes fuerza —comenta tocándose la mejilla y frunciendo ese ceño suyo tan sexi.

No entiendo qué es lo que se le pasa por la cabeza. ¿Dónde está Andrea? ¿Por qué me busca cuando ya ha decidido estar con ella?

—Seré pequeña, pero no dejo de ser fuerte —le contesto poniendo los brazos en jarras.

Se acerca de nuevo sin aparente miedo a que le pegue. Me coge en volandas y huele mi pelo, revuelto en un moño deshecho en la coronilla.

—Eres la persona más fuerte que he conocido en mi vida —me susurra mordiéndome el lóbulo de la oreja—. Por eso te admiro.

Y me suelta sin más, momento en que aprovecho para recomponerme un poco. Me voy a subir uno de los tirantes del peto cuando él lo hace por mí, acariciando mi hombro en el movimiento.

—Aunque estés en otro cuerpo, te sigo viendo. Es extraño, pero cuando pienso en ti ya no te pongo cara, solo pienso en... ti. Tú eres más que esto —dice señalándome—, y eras más que el cuerpo de Andrea. Eres tu forma de hablar, ese gesto tan gracioso que haces con la nariz cuando sonríes, esa manera de mirarme...

Me arrastra de nuevo a la hamaca y me obliga a tumbarme a su lado. Y así, mirando las estrellas, uno al lado del otro, me atrevo a preguntarle lo que más

miedo me da saber:

—¿La quieres?

No parpadea, sigue observando el cielo en silencio unos minutos más hasta que se incorpora.

—Es tarde, tengo que irme.

No me atrevo a moverme hasta que veo con el corazón en un puño cómo se aleja en la oscuridad, escucho con lágrimas brotando de mis ojos cómo abre la puerta de la verja y cómo, segundos después, arranca la moto y se aleja de nuevo. «Mi amor, si te vas a marchar, hazlo ya, no me tortures así», pienso cerrando los ojos.

Me despierto al rato tiritando. Aunque es primavera, aún hace frío de madrugada. Vuelvo a casa pensando en meterme en la cama y taparme con una manta bien grande cuando Manuela me increpa en las escaleras.

—Ya se han ido —me informa recriminándome algo con sus ojillos de cerdito.

Murmuro un «Perfecto» y sigo mi camino, pero ella me persigue escaleras arriba.

—Hugo está supercabreado, ya te vale. Y claro, como Nacho es su mejor amigo, se ha puesto de su lado y se ha tenido que ir también.

Entramos en mi habitación y tengo que morderme la lengua para no decirle cuatro cositas. Como que ese tal Nacho no quiere estar con ella, que parece que solo la utiliza para acercarse más a Hugo, para seguirle el juego o para pasar el rato, vete tú a saber por qué hacen lo que hacen los chavales. Ya no son solo suposiciones, esta tarde, mientras huía del pulpo de Hugo pude ver con mis propios ojos que ese chico huye literalmente de ella, de su contacto e incluso de una conversación con Manuela. Y la pobre ni siquiera se da cuenta.

Me desnudo en silencio y me meto en la cama ante la atenta mirada de mi amiga. Parece que tiene ganas de marcha porque sigue con el horroroso conjunto y con una cerveza en la mano.

La ignoro y me tapo hasta las cejas tras apagar la luz desde la cama.

—Voy a ver un rato la teletienda —me informa y, tras cerrar la puerta, me deja a solas con mis pensamientos.

Me estoy quedando dormida cuando me suena el móvil. Es él. De nuevo. Me incorporo y compruebo que son las cuatro de la madrugada. Contesto somnolienta y agotada en más de un sentido.

—¿Óscar? —pregunto en un hilo de voz.

—*Antes me has hecho una pregunta de la que ni siquiera yo conozco la respuesta* —responde en un susurro—. *Me pides que decida cuando parece que no tengo opciones... Joder, Pilar, antes de que llegaras, mi vida era difícil, pero al menos no tenía que decidir nada. Estaba enamorado de ella y sufría por ello. Sí, sufría, pero decidía hacerlo y seguía adelante. Ahora todo ha cambiado.*

Me siento en la cama y me intento calmar jugando con un mechón de pelo entre mis dedos.

—Parece que te lamentas por el cambio.

Resopla y maldice, algo tan típico de él que me hace sonreír, a pesar de sentir una terrible opresión en el pecho.

—*Hace mucho tiempo asumí que Andrea jamás me haría feliz. Hace tanto de eso...* —Lo escucho encender un cigarro y expulsar el humo—. *Pero ella era el amor de mi vida. Y decidí que jamás estaría con nadie más. Viviría solo, regodeándome en las heridas y disfrutando de los pocos momentos que me quisiera regalar. Con eso me bastaba, no necesitaba nada más. Pero de repente llegaste tú. Te abrí mi corazón porque pensaba que eras ella que había cambiado y que, por fin, nos queríamos igual.*

—Lo siento, ya sabes que nunca quise engañarte —me disculpo.

—*Tranquila, al fin he comprendido que tú eres una víctima más de esta situación.*

Tengo que controlarme para no gritarle que me considero la principal víctima, pero no es momento para egocentrismos, así que asiento con un murmullo y me vuelvo a tumbar en la cama, disfrutando de tenerlo al menos al otro lado del teléfono.

—*Así que cuando creo que por fin podemos ser felices, me dices que Andrea ha muerto y que, en realidad, eres otra persona. ¿Sabes cuánto me costó asimilar todo eso?* —me pregunta con un dolor en su voz que me deja conmovida.

—Lo siento.

—*Tardé seis malditos meses en entenderlo, asumir que ella se había ido. Decidí seguir solo y guardarle luto. Me sentía en la obligación de hacerlo. Pero cada día que pasaba te echaba más y más de menos. Tu risa, ser tan cariñosa, tan graciosa sin tú proponértelo... Eras tú a quien necesitaba. Dejé de relacionarte con ella cuando me di cuenta de que me había enamorado de ti porque lo que más añoraba eran cosas que descubrí contigo. Pilar, no te imaginas lo solo que me siento sin ti.*

Me sujeto el pecho y cierro los ojos con fuerza, siento las primeras lágrimas de felicidad caer lentamente por mis juveniles mejillas. Quiero decirle que empecemos de nuevo, que lo intentemos una vez más, que lo quiero con toda mi alma...

—*Pero todo ha cambiado. Todo cambió el día que ella volvió* —añade justo cuando le iba a recitar toda una sonata de amor. Se me congela la respiración.

—¿Qué quieres decir? —suelto en un suspiro.

—*Que ella es el amor de mi vida y le debo eso, mi vida. Ha vuelto por mí, no puedo abandonarla* —me explica con un tinte de algo parecido a la desesperación—. *Estoy intentando ser lo más sincero y justo contigo porque no quiero hacerte daño.*

—Así que ya está, definitivamente la quieres a ella —consigo decir.

—*Pilar... No me lo pongas más difícil, por favor* —me suplica.

—¿Yo te lo estoy poniendo difícil? ¿En serio?

La pena que siento está mutando peligrosamente a algo más intenso que la ira, lo siento en cada uno de mis poros.

—*Estos dos últimos meses contigo han sido los mejores de mi vida, es lo único que puedo decirte. Y viviría mil vidas junto a ti sin dudarlo, pero ella ha vuelto y me necesita. Si alguna vez necesitas algo, no dudes en pedírmelo, estaré aquí para ayudarte en todo lo que pueda.* —Me parece escuchar un sollozo, pero no estoy segura si proviene de él o de mí—. *Lo he estado pensando y, en cuanto cumplas la mayoría de edad, te haré un ingreso en tu cuenta de todo el dinero que me regalaste cuando vivíamos juntos. Venderé la moto y también te daré ese dinero. Te vendrá bien para empezar de cero y poder ser libre para hacer tu*

vida. Tranquila, tengo todos tus datos y la cuenta bancaria. Espero que no te moleste que haya estado investigando un poco.

No puedo explicarle que de nada me servirá el dinero una vez que haya muerto, en menos de un mes, para ser más exactos, así que le agradezco mentalmente el gesto.

—Parece una despedida —susurro agarrando la manta con fuerza.

—*Lo es.*

—No te quites la cicatriz, al menos haz eso por mí —le pido con un hilo de voz.

Y, por extraño que parezca, es él quien me cuelga primero esta vez. La última vez que hablaremos. La última vez que escucharé su voz.

Me levanto y sopeso la posibilidad de tirarme por la ventana y acabar de una maldita vez, pero me doy cuenta de que si lo hago, no podré reencarnarme y olvidarme de todo. Olvidarme de él. Empezar de nuevo y quizás ser feliz en otra vida. No, no me voy a suicidar. Andrea no se merece que se lo ponga tan jodidamente fácil.

Así que bajo hasta la cocina, cojo otra cerveza y me uno a Manuela en el salón. Amanecemos borrachas y solas tiradas en el suelo durmiendo a pierna suelta.

Capítulo 17

Día cinco. Sábado

Abro los ojos y farfullo una maldición. Me duele hasta la punta del pelo de mi juvenil cuerpo.

Me arrastro hasta la cocina para preparar café cuando escucho que Manuela ha vuelto de entre los muertos, y no puedo evitar sonreír cuando la oigo quejarse de las cervicales como si fuera una octogenaria con la cadera operada.

Al rato estamos en la cocina desayunando como Dios manda: café, tostadas de tomate con aceite y un pelín de sal y varios kiwis. Bueno, eso es lo que estoy tomando yo, Manuela casi me arranca la mano de un mordisco cuando le he intentado cambiar la palmera de chocolate por una manzana.

—Tienes que empezar a cuidarte, que los años no pasan en balde... —le estoy explicando cuando suena el timbre.

Nos miramos extrañadas y me levanto a abrir la puerta. Me dan ganas de cerrarla de inmediato cuando veo quién es.

—¡Pilarica! —me saluda con energía la Muerte mientras veo que le está haciendo algo raro al perro.

Salgo a la entrada y me fijo en que le está acariciando los huevos a Lobo.

Pego un grito que se debe escuchar hasta en mi antiguo piso en La Latina.

—¡Deja de masturbar al perro! ¡Joder, qué asco!

El perro se asusta y se aleja ladrándome. Creo que nunca nos haremos amigos.

—No estaba masturbándolo, le estaba dando un masaje en las pelotas para que se relajase un rato —me explica con total tranquilidad—. Es que me he dado cuenta de que nos quiere morder porque sufre mucho estrés.

Le iba a decir algo sobre las tonterías que hace, pero ni lo intento. He

aprendido que con ella es mejor pasar y callar, porque cuanto más luchas contra ella, más se crece.

Pasamos al recibidor y veo que Manuela la reconoce y se levanta de la silla de la cocina como si hubiera visto a un fantasma.

—Afri, ¿qué hace aquí esta mujer? —me pregunta con restos de chocolate en la papada.

Veo que la Muerte abre la boca para contestarle, así que me adelanto para evitar otro desastre.

—Es mi tía. Pero no se lo comentes a tu madre. Mi madre y ella se llevan mal, y no le gusta cuando viene a verme.

La Muerte asiente y me guiña un ojo. Perfecto, no disimules...

—Es que su madre me tiene envidia, ¿sabes, Hagrid? —dice acercándose a ella y se cuelga de su brazo, a pesar de que la pobre de Manuela lo intenta evitar—. Siempre le he levantado los novios, por eso me *odiaaaaa* —termina diciendo echándole todo su putrefacto aliento directo a las fosas nasales de la niña.

Veo cómo mi nueva amiga reprime una arcada y se intenta soltar, pero la Muerte le sujeta el brazo más y más fuerte mientras la mira fijamente con los ojos de loca que tiene.

—Señora... —gimotea Hagrid—. Me está haciendo daño...

Tengo que intervenir y soltarlas. Ya regañaré a la Muerte más tarde, ahora no puedo, que tengo un público asustado.

—Vamos, querida —me insta la loca ajustándose el abrigo de piel—, tenemos cosas que hacer.

—¿Afri? Hoy había hecho planes —me dice Manuela—. He traído el disco duro con todas las temporadas de *Jane the Virgin*. Me prometiste hace un mes que haríamos un maratón con palomitas... —se queja y me hace un puchero.

Voy a inventarme una excusa cuando la Muerte se me adelanta:

—A ver, orco de Mordor, a ver cómo te explico la situación...

—Déjala en paz. Venga, ven conmigo —le pido cuando veo que Manuela se va a poner a llorar, con la terrible consecuencia de que se me inunde la cocina.

—Vuelve a tu cueva y no salgas por el bien de la humanidad —dice la Muerte sin hacerme el menor caso.

La pobre se lleva las manos a la cara y se mete llorando en el baño. Intento que salga pidiéndole perdón, prometiéndole que me quedará a ver la serie esa con ella, prometiéndole que haré palomitas y las bañaré en chocolate caliente... Nada, se ha encerrado en el baño y se niega a salir. Dice que no saldrá hasta que la mujer se vaya porque le da miedo y es muy rara. «Eso no hace falta que lo jures», pienso suspirando sentada en el pasillo con la puerta del baño cerrada a mis espaldas.

—Venga, larguémonos de este antro —me dice la Muerte abriendo la puerta de la calle.

—Tengo que vestirme primero —le explico despacio—. Además, no voy a dejar así a Manuela.

—No te preocupes, en su cuerpo tiene reservas para soportar una era glacial, no le va a pasar nada.

Me levanto pensando que un poco de razón sí que tiene y subo a mi habitación para vestirme. Escojo unos pantalones pitillo negros, manoletinas y un jersey ligero. Aunque por la ventana veo un sol radiante, no me fío, la brisa aún es fresquita y más aquí, casi en la Sierra de Madrid.

En el baño de mis padres me termino de arreglar, disfrutando con el perfume de Jean Paul Gaultier de mi madre y con una bolsa de cosméticos que encuentro en un cajón. Se los cogeré prestados... no creo que se dé cuenta... Así que alargo mis pestañas con rímel, me doy rubor y color cereza en los labios, ideal con mi tono de piel.

Vuelvo a sentirme persona cuando me miro en el espejo. El maquillaje me da unos pocos años más, aunque mi tersa piel no engaña, se nota que mi juventud aún predomina. No como cuando llegas a los treinta que si sonríes ya se te marcan las patas de gallo.

Bajo las escaleras más contenta y presiento que hoy será un buen día, a pesar de mis circunstancias.

Salimos de casa y paseamos un poco por la urbanización. Nos cruzamos con un grupo de ciclistas y con algunas madres que hacen ejercicio con los niños en sus carros último modelo. Caminamos en silencio casi quince minutos, tiempo en el que intento mantener la mente tranquila y serena, sin autocompadecerme ni

pensar que soy un desastre en mi intento por conquistar y recuperar a Óscar.

—Sí, te reconozco que eres un puto desastre —comenta la Muerte tras leerme la mente y sentándose en un banco frente a un mirador. Yo también me siento y me tapo la cara con las manos.

—No puedo hacer nada más, desde que se enteró de que Andrea había vuelto, lo perdí. Perdí el juego antes de empezar.

Me da unas torpes palmaditas en la espada y se enciende un puro.

—Dicen que todo tiene solución, excepto la muerte, y mira por dónde hasta tú has salido airosa de eso. —Me la quedo mirando alucinada. Es la primera vez que es agradable conmigo sin segundas intenciones ni gilipolleces de por medio—. Pero no te vayas a emocionar, lo que nos traemos entre manos es bastante difícil.

Subo las piernas, las doblo encima del banco y me abrazo las rodillas.

—Dime la verdad, cuando acepté el trato en el Infierno, ¿sabías que iba a pasar esto? —le pregunto.

—No, querida monguer. No soy capaz de ver el futuro y menos mal porque estaría más majareta de lo que estoy ahora —contesta sonriendo y le da una larga calada al puro.

—Pues entonces hemos perdido —digo rindiéndome.

Se gira y me mete un sopapo en toda la cara con la mano abierta.

—Pudiste haberte quitado los anillos antes... —me quejo sujetándome la mejilla dolorida.

—No quiero volver a oír eso de que te rindes. El juego no ha hecho más que empezar. Escúchame con atención —me pide clavándome las uñas en el brazo—. No te vayas a pensar que ayer estuve de parranda, no, no. Ayer me pasé todo el día espiándolos para estudiar su *modus operandi*.

—Espero que no utilizaras tu disfraz de palomas...

—No me distraigas, que me pierdo. Pues eso, Andrea pasó por el quirófano y Óscar estuvo más pendiente de ti que de ella, por lo que pude escuchar. Veamos —dice entrelazando los dedos de forma maquiavélica—. Andrea ha dejado el trabajo que tú conseguiste en el bufete de ese tal Adrián y parece que se va a pasar el resto de su aburrida vida limándose las uñas y oliéndose los pedos. Sin

embargo, Óscar trabaja todos los días, ¿verdad? —me pregunta con sus alocados ojillos.

—Al menos eso es lo que hacía hasta ahora —respondo pensativa.

—Siguen en el pisito que te compraste en La Latina, y se pasa el día sin hacer nada, no se mueve ni para cagar. Creo que debe llevar un pañal de viejo...

Y se me enciende la lucecita en la cabeza. Sí, definitivamente necesito hacerlo, ya no solo para ganar el juego, sino por mí, por conocer de verdad a la persona que me ha robado al amor de mi vida.

—Muerte... —la llamo tocándole la manga del abrigo un segundo. Está mirando al cielo con los ojos demasiado abiertos—. ¡Muerte!

—¡Joder! Estaba pensando en las ventajas que tendría si utilizara también esos pañales —me explica quitándose la peluca para rascarse la calva.

—Necesito infiltrarme en esa casa. Necesito conocer a Andrea, ver quién es en realidad. Ella no ha visto mi nueva cara, así que en principio no habría problemas.

Me mira asintiendo muy seria. No tengo ni idea de lo que está pensando.

—Y así podremos boicotear su relación de mierda —añade entrecerrando los ojos.

—Vale —digo irguiendo la espalda—. ¿Cómo lo hacemos?

—Te harás pasar por la chica de la limpieza, ayer la escuché decir que estaba pensando en contratar a alguien... Ahora mismo poseo a una mujer por la calle y subo a ofrecerle los servicios domésticos de mi empresa... ¡Estarás con ella por las mañanas para romperle los tangas y echarle sal en su azucarero! —termina gritando enloquecida mientras me zarandea.

Me libero de su abrazo mortal y lo considero unos segundos. No es mala idea, pero tampoco confío mucho en que eso vaya a boicotear su relación. Yo solo quiero conocerla, en realidad lo necesito pensando en el final, cuando pierda y me aleje de él. Necesito ver con qué clase de persona se quedará, si es verdad que ella merece su amor más que yo.

La Muerte me lee el pensamiento y levanta la mano para darme otra bofetada.

—Alejándola a ella conseguirás acercarte a él. Volverá a ti cuando hayamos

acabado con Andreíta.

Me levanto y empiezo a pasear alrededor del banco. Siempre me ha ayudado andar cuando tengo que pensar o tomar una decisión.

—La idea no es mala, pero tiene sus inconvenientes...

—¿Cómo cuáles? —me pregunta muy subidita cruzando las piernas de la forma menos glamurosa posible. De hecho, en el gesto se le han visto las medias raídas y rotas a la altura de las ingles.

—Primero, no sé limpiar, nunca lo he hecho —enumero ayudándome con los dedos—, no me considero capaz de boicotear, como tú dices, su relación de esa forma y, tercero, Óscar sí me conoce y como me pille, la habremos cagado del todo.

—Mira, a él ya no lo tienes. ¿Se te ocurre algo mejor?

Niego con la cabeza y me siento de nuevo a su lado. Sé que debería estar pensando en ideas malignas para fastidiarle la vida a Andrea, pero lo único que se me pasa por la cabeza es que no sé ni cómo se pasa la mopa.

—Tranquila, mongui mungui, no tendrás tiempo para limpiar, ya verás.

Giro la cabeza mientras pasa un perro a nuestro lado y cuando vuelvo a mirar, ha desaparecido. La Muerte se ha ido sin explicarme los pormenores del plan.

Me quedo un rato sin moverme, pensando, pero como tampoco lo tengo muy claro, decido que debería volver a casa y sacar a Manuela de su encarcelamiento autoimpuesto.

Pasamos la tarde viendo la serie esa, de una chica que se queda embarazada siendo virgen, comiendo palomitas y bebiendo chocolate caliente, la bebida preferida de Hagrid. A media tarde, me llama mi madre para preguntarme qué tal estoy, cómo estoy comiendo, si estoy bien... Una perorata sobre las puertas cerradas por la noche, nada de chicos, nada de alcohol... «Sí, mamá, estoy siendo una niña buena...».

Nos acostamos en mi habitación de madrugada hablando de chicos y demás tonterías. Para ser más exactos, Manuela se tira dos horas a relatar lo guapo que es Nacho y las miradas, pestañeos y demás gestos que él le hace a lo largo del día que demuestran que en realidad está profundamente enamorado de ella, pero

que lo disimula porque la respeta. O algo así. Perdí el hilo del monólogo cuando me estaba explicando con detalle por qué él se sienta al otro lado del comedor, justo en un punto estratégico donde la puede observar sin ser visto. Que no le habla en todo el día y huye de ella en los pasillos porque así demuestra que en realidad la desea con locura. Sí, de demencia juvenil total.

Agradezco mentalmente a los dioses cuando la escucho roncar como si hubiéramos jugado a Jumanji y hubiera entrado un rinoceronte en la habitación.

Después de ponerme papel higiénico en los oídos consigo conciliar el sueño y, poco a poco, pierdo la consciencia.

Capítulo 18

Día seis. Domingo

Desde que me levanto le doy vueltas al tema de la infiltración en casa de los tortolitos. No sé si seré capaz o si servirá de algo tanto esfuerzo. Al menos Manuela me deja tranquila desde bien pronto, porque ha quedado con sus primas para comer. Y cuando estoy tirada en el sofá con el estómago lleno gracias a un plato de lasaña casera de mi nueva madre, mi móvil empieza a sonar. En la pantalla aparece «Marta». Descuelgo sin pensar.

—¡Afri! —dice una chica desde el otro lado—. *Me ha dicho Manu que estás sola en casa, así que si quieres nos pasamos un rato y vemos una peli.*

Creo que es una de las compañeras de clase. No me apetece nada, pero mi madre no llegará hasta la noche y no me viene bien estar tanto tiempo sola pensando en mi patética y desafortunada vida.

—Vale —digo arrepintiéndome al segundo siguiente. ¿En qué estaré pensando?

Varias horas más tarde aparecen tres chicas con las que voy al instituto cargadas con bolsas de patatas fritas y refrescos. Entramos en el salón y se acomodan rápido.

—Cuenta, ¿qué ha pasado con Hugo? —me pregunta una de ellas. Es rubia y mona, la típica animadora si estuviéramos en una película americana.

Suspiro y me meto una patata en la boca.

—Nada, que es un gilipollas —contesto distraída.

Todas se miran entre sí alucinando y lanzándose miraditas cómplices.

—¿Estás loca? ¿Es por el hombre ese que vino el otro día? —me pregunta otra que tal baila.

—Mónica, tú lo viste —dice la rubia—. Ese tío está cañón. Es un poco

viejales, pero está buenísimo. Parece modelo.

Sonrío recordando que cuando tenía la edad de estas pobres ignorantes de la vida también veía a los treintañeros como viejos y aburridos. Inconscientemente pensaba que no había vida más allá de los veinte, que pasando esa frontera, que por otro lado nunca llegaría, mi vida real habría acabado. Eso y que estaría casada con un viejo y con cuatro churumbeles. En realidad no era capaz de visualizarme tan «mayor».

Me levanto argumentando que tengo que ir al baño y aprovecho para refrescarme la cara y las manos. No pensé que tendría que volver a soportar una segunda adolescencia, aunque para ser sinceros las cartas me han sido, al menos en lo físico, más favorables que la primera vez. Me miro en el espejo y sonrío al ver mis preciosos ojos casi dorados. Mis labios gruesos y mis pómulos esculpidos. Me recuerdo a la niña que tuvieron Edward y Bella en la última película de la saga *Crepúsculo*. «Dios, qué friqui me estoy volviendo, serán las hormonas *teenagers* atacando mi cerebelo», pienso volviendo al salón.

Cuando me siento, las pillo cotilleando de lo lindo.

—¡Pero si es más fea que un pie! —dice la animadora—. Y va el otro día y me cuenta que Nacho va detrás de ella. ¡De ella!

Las otras dos se descojonan de lo lindo. Yo me quedo con cara de póquer sospechando por dónde van los tiros.

—Es que es patética —dice otra—. A mí empezó a contarme no se qué, de que si él la perseguía por los pasillos cuando nadie los veía, que si le lanzaba miraditas cuando estaban en misa...

—¡Ya! ¡Y eso que no sabe que está conmigo! —suelta la animadora—. Esta mañana he quedado un rato con él y me ha estado contando que anoche lo estuvo acosando aquí, ¿verdad? —pregunta mirándome.

De repente siento todos sus malignos ojos maquillados taladrándome.

—Anoche vinieron Hugo y Nacho, sí —consigo contestar un poco perdida.

—¡Y Nacho me ha contado que también estuvo el tío ese! Qué calladito te lo tienes...

Voy a contestar cuando la tercera, que hasta ahora ha estado callada, se pronuncia:

—Pues a mí el otro día Manu me estuvo diciendo que se iba a comprar un vestido escotado para la fiesta de verano. ¡Escotado!

Todas se vuelven a reír y yo cada vez me siento más incómoda. Vale, la llamo «Hagrid» cuando no está, pero no me gusta que se burlen así de ella.

Me desconecto lo que puedo de la conversación para no cabrearme más, pero llega la gota que colma el vaso cuando una de ellas se pone un mechón de pelo en el labio y la imita.

—Se acabó —salto harta de tanta maldad gratuita—. Manu es nuestra amiga, la pobre no tiene la culpa de ser así.

—Pero si tú eres la primera que se aprovecha de ella —me recrimina la animadora—. La utilizas de coartada con tu madre para quedar con Hugo porque sabes que es de la única que se fía porque su madre y la tuya son amigas.

Me quedo callada sin saber qué decir. Vale, yo también me he burlado de ella con la Muerte, pero parece que es distinto cuando es otro quien lo hace. Así que me invento una migraña horrorosa y las echo de casa. Todas me preguntan varias veces lo que es una migraña antes de irse con cara de rabiosas. Como se nota que aún están en la flor de la vida...

Me pongo el pijama y me meto en la cama enfadada y sintiéndome culpable por haberme reído de ella, la pobre no tiene la culpa de ser una niña lobo.

Me despierta un beso en la frente de mi madre, que me arropa como si estuviéramos en Invernalía en plena nevada y se despide con un «Te quiero».

Capítulo 19

Día siete. Lunes

Me visto despacio, concentrada en la tarea de que mis calcetines queden al mismo nivel y que mi falda a tablas no se vea arrugada. Todo para no pensar en lo mucho que lo extraño, para no sentir esa opresión en el pecho que me ahoga cada vez más. ¿Cómo se puede explicar aquello que supera las palabras? ¿Decir que lo quiero es suficiente? Lo quiero. Siquiera pensarlo le resta profundidad. Es más bien una sensación de necesidad visceral, sentir su calor, su tacto. Escuchar su voz, aunque sea de mal humor y quejándose de alguna de esas cosas que tanta gracia me hacía. Como cuando usaba su cepillo de dientes por despiste o me ponía sus sudaderas para sentirme más cerca de él. Siempre murmuraba que se las manchaba de maquillaje mientras yo me acurrucaba dentro de una de ellas.

¿Se puede necesitar tanto a alguien en tan solo unos pocos meses?

Ahora sé que con Alfonso estaba enamorada de la idea del amor y equivocadamente lo proyectaba en él. Lo idealizaba para crear mi mundo perfecto y lo adornaba de esas cosas que ahora ya no tienen importancia para mí, como una cena perfecta o un ramo de rosas. No, el amor es algo mucho más complejo que todo eso. El amor es ser feliz solo por tener a esa persona al lado, da igual dónde estés o qué te regale.

Además, con Alfonso me anulé para vivir a través de él, de sus necesidades e inquietudes. Después de la muerte de mis padres, me quedé vacía y cuando lo conocí sentí que volvía a tener a alguien de nuevo. Pensé que jamás volvería a sentirme desamparada... y me equivoqué. Después me enamoré de Óscar y lo volví a perder cuando le conté la verdad. Y en los seis meses que pasé sola me reencontré conmigo misma. Descubrí que no necesitaba a nadie para ser feliz. Me encantó esa sensación y gracias a eso ahora sé que no «necesito» a Óscar, no

es dependencia, es amor.

Ahora lo sé, ahora que ya no puedo tenerlo, ahora que todo está perdido.

—¡Cielo! —grita mi madre desde la cocina, lo que me saca de mis oscuros y pésimos pensamientos—. Baja a desayunar, que llegas tarde.

Suspiro y termino de peinarme en el baño. Mis ojos parecen que han perdido un poco su brillo, incluso mi cabello se muestra más lacio y apagado. Será la depresión en ciernes, que empieza a mostrar la cara.

Tras un desayuno extracalórico y unas carantoñas de mi madre, nos vamos al instituto. Me bajo de su coche con la mente en otro lugar, en otra persona, así que no la escucho cuando me explica el motivo por el que no podrá recogerme hoy. Murmuro algo inconexo y camino hacia la puerta del instituto. El timbre ha sonado ya, y veo cómo los chicos se dirigen a la capilla resignados. Voy a seguirlos cuando Manuela me arrastra hacia los baños.

Me va pegando en la cara con su coleta de caballo sujeta en un coletero que me dan ganas de quemarlo de lo feo que es. Todos es ruido, movimientos de falda y maldiciones hasta que nos encerramos en el aseo de las chicas.

—¡Ya te vale, tía! —me increpa sin dejarme coger aire—. Están superenfadadas contigo por echarlas de tu casa ayer.

—Y a mí qué me importa —contesto poniéndome chulita.

—¿Estás loca? Mañana es tu cumple, y como no vengan a tu fiesta, seremos las repudiadas —me explica con auténtico terror en sus ojillos de rata.

Pego un manotazo en el lavabo que hace que se me salten las lágrimas del dolor y la señalo con el dedo.

—Eres tú la que quiere tener amigas, ¿verdad? —le pregunto—. Pues ya te voy adelantando que esas son nuestras peores enemigas —le explico seriamente incluyéndome para no marginarla del todo—. No son de fiar, en serio.

—¿Pero qué me estás contando?

—No puedo entrar en detalles, lo único que te puedo decir es que no pienso celebrar ninguna fiesta mañana y si lo hiciese, ellas serían las últimas en ser invitadas.

Me mira como quien mira a un loco y enmudece lo que queda de mañana. Por la tarde sigue igual, medio escondiéndose por los pasillos y

empequeñeciendo en el comedor, donde nos sentamos las dos solas en un rincón. Casi se pone a llorar cuando las tres niñas nos miran con cara de asco desde su mesa rodeada de chicos, entre ellos Nacho y el tonto de Hugo.

Me dan ganas de mandarlas a todas a tomar por culo, pero por educación lo único que hago es devolverles el gesto con mi mirada de asesina en serie tipo *Carrie*. El inconveniente de toda esta situación es que la pobre de Hagrid lleva angustiada todo el día, pero es lo mejor para ella, por mucho que ahora mismo sea incapaz de verlo.

Por la tarde vuelvo a casa en autobús, sintiéndome triste y sola. Así que cuando llego, lo primero que hago es ponerme el pijama y lo segundo esconderme entre las sábanas de corazoncitos rosas de mi cama.

Capítulo 20

La boda

Roma, 1791

Peino mi larga y frondosa melena negra con mis dedos afilados. Sonrío ante el espejo, pero hago una mueca de desagrado cuando mis ojos me devuelven una mirada de preocupación. Parece que ellos saben algo que yo desconozco, profundos ojos del color del ébano más brillante, que han presenciado las más trágicas historias de amor a lo largo del tiempo.

Maldita sea, es el Diablo.

¿Estoy haciendo una locura?

Desecho esos temores de mi mente y suelto una carcajada desde el estómago, lo que provoca que vibre mi garganta. ¿Qué pensará el de arriba de nuestra inminente boda? Seguro que se está riendo de lo lindo.

—Mi *amol*, es la hora —susurra a través de la cortina roja de seda que nos separa en la habitación.

Me pellizco las mejillas con intensidad para que aparezca un rubor que no conseguiría de forma natural y me guiño un ojo cuando me levanto y observo mi trasero, respingón y turgente, como a él le gusta.

Con mis tacones retumbando sobre el suelo de mármol atravieso la suave y liviana cortina y lo veo. Está deslumbrante. Todo de negro, vestido a la moda. Se inclina para hacerme una reverencia y me besa la mano con pasión.

—Me has hecho el hombre más feliz, mi *amol*.

Sonrío. Cojo su mano y me dejo llevar. Le pellizco el culo en varias ocasiones, a las que le sigue un reproche cariñoso por su parte y un cachete en mi culo a modo de lección.

Bajamos las escalinatas del hotel donde hemos pasado la noche y nos

detenemos en uno de sus jardines. Él lo ha decorado todo especialmente para la ocasión. Un millón de rosas rojas invaden cada rincón, cada estatua, cada pedazo de hierba está oculta por esas maravillosas flores, mis preferidas.

Aún no ha amanecido, el sol amenaza con salir de un momento a otro en el horizonte, llenando el cielo de un naranja muy especial. Cientos de velas enmarcan la estancia, un pequeño altar de columnas blancas, que parece arder con el centelleo de las pequeñas llamas, me provoca un gemido. Lo controlo, no quiero parecer de esas que se emocionan por estas cosas.

Tengo que andar con cuidado para no tropezarme con las rosas y río a pleno pulmón al ver a un sacerdote maniatado y amordazado en medio del altar. Se intenta soltar, leo en su mente que quiere escapar de esta locura de ceremonia, pero con un movimiento sutil por parte de mi futuro esposo se calla, deja de hacer ese ruido molesto y se queda quieto. Solo su mirada nos dice que no quiere hacer esto.

Con otro elegante movimiento, todas las ataduras del cura desaparecen y justo cuando va a abrir la boca para decir algo, el Diablo lo interrumpe.

—No te inquietes, hermano, solo será un momento. Lo único que deseamos es que alguien sea testigo de nuestra boda y que, a través del santo sacramento, el de arriba sea testigo de que los malos son más divertidos que los santurrones como él.

Me tengo que doblar en dos para aguantar el ataque de risa que amenaza con romper este halo de magia.

—No pienso celebrar este casamiento, mis señores, me lo impiden las leyes divinas y humanas —explica acelerado intentando escapar. El Diablo lo inmoviliza y las cuerdas vuelven a atrapar su tembloroso cuerpo.

—¿Es que se lo has contado? ¿Le has dicho quiénes somos? —pregunto intrigada mientras lo beso con delicadeza en los labios.

—Claro, mi *amol*, ya tú sabe que quiero que el pendejo de arriba sienta celos al ver con qué hermosura me he casado. Y como dicen que tienen línea directa con Él... Pero no te inquietes, *jevita* mía, en cuanto termine la ceremonia, lo degüello.

Asiento con tranquilidad y el cura empieza a gritar.

—¿Cómo que *lo degüello*? ¿Qué es eso de que *lo degüello*? ¡Desapareced de mi vista, almas impías! —empieza a decir alterado.

Sus gritos me están fastidiando el momento, así que chasqueo los dedos y le impido hablar. Intenta que las palabras salgan a través de su garganta en vano y se retuerce implorando clemencia. Mira tú a quién le has ido a pedir ayuda, precisamente tú, que estás del otro bando... pequeño humano ingenuo...

—Mi *amolsito* lindo, desde que te vi quedé prendado de tu belleza y luz, ¿quieres pasar la eternidad conmigo hasta que el fin de los tiempos nos separe? —me susurra con una rodilla en el suelo y sus manos sujetando con delicadeza las mías.

—Sí, quiero —respondo emocionada. Si tuviera el don de las lágrimas, coronaría este momento con dos o tres de ellas, tampoco hay que pasarse.

—Por el poder que me otorga ser el Diablo, yo nos declaro marido y mujer. Puedes besarme hasta quedarte sin aliento —proclama mi hombre levantándose con elegancia para cogerme entre sus brazos.

Nuestros cuerpos se entrelazan sin pudor, mis manos buscan su trasero y sus fuertes brazos ardientes mientras él me susurra promesas de un futuro perfecto, idílico. Y no puedo más que sentirme feliz, un sentimiento nuevo para mí.

—¿Puedo matarlo ya o debería comprobar con sus propios ojos que el matrimonio se ha consumado? —me pregunta. Ambos dejamos de besuquearnos y miramos al cura. Sus ojos se abren más, si es posible, y su cara se desfigura. Reprimo una risita pícaro y me encojo de hombros—. Tienes razón, las cosas hay que hacerlas bien... —decide cogiendo la cuerda, lo que hace que el hombre nos siga a la habitación del hotel tras ver la expresión de mi cara—. Le borraré la memoria y lo devolveré a la entrada de la iglesia, donde lo secuestré.

Le guiño el ojo y lo abrazo.

—Te quiero —suelto sin darme cuenta. Aunque me horroriza lo que acabo de decir, no me da mucho tiempo a reaccionar porque se me queda mirando un segundo con algo en la mirada que no soy capaz de descifrar y me besa con pasión.

—Y yo a ti, mi *amol*.

Y, desde ese momento, existo solo para él. Para los encuentros íntimos que

nos permiten nuestros respectivos puestos. Su aliento en mi nuca, su mirada, esos ojos negros tan oscuros que ya empiezan a albergar recuerdos juntos...

Cada semana nos encontramos en un lugar distinto del mundo. Europa nos queda pequeña, así que jugamos a escandalizar a los mortales en la India, China, el Tíbet e incluso en el Amazonas, donde buscamos a las tribus perdidas. Con él todo cobra sentido, como si hubiera estado ciega durante siglos hasta que encontré mis gafas perdidas.

Y en este estado de euforia constante, hay momentos en los que creo que es la lucidez la que me avisa de que quizás no dure para siempre. En esos instantes, me odio por ser tan pesimista, pero, quién sabe, él y yo hemos visto nacer y morir amores que se han hecho leyenda, y todo puede pasar, ¿no es así?

Capítulo 21

Día ocho. Martes

En cuanto abro un ojo, sonrío porque hoy «cumpló» dieciocho años. Es la segunda vez que los cumpliré, y creo que en esta ocasión me hace mucha más ilusión, ya que cuando ocurrió en mi primer cuerpo, me daba un poco igual eso de entrar en discotecas o poder fumar y beber alcohol. Sí, qué le vamos a hacer, era una rata de biblioteca mojigata y culona. Pero esta vez, por lo menos, podré ser libre de verdad, concretamente veintidós días, después el cubano me reclamará en el Infierno y a tomar por culo.

—¡Felicidades, cariño! —canta mi madre entrando en la habitación con una palmera de chocolate de las suyas con una vela encendida encima—. Hoy es uno de tus cumpleaños más especiales porque, a partir de hoy, eres una persona adulta.

Asiento con baba de recién despertada en el labio y una maraña de pelos cual nido coronando mi cabecita.

—Tu padre llega esta tarde de su viaje de negocios, así que esta noche salimos a cenar para celebrarlo, ¿qué te parece? —me pregunta sentándose a mi lado y me da un sonoro beso en la mejilla.

—Gracias, mamá —consigo decir con la boca pastosa.

Me acerca la vela y me sonrío como solo una madre sabe hacer, momento en el cual se me encoge un poco el corazón porque su hija ya será un feto recién concebido en algún lugar del mundo. Y mi verdadera madre a saber dónde está. Por un lado me la imagino junto a mi padre en el Cielo, por siempre unidos y felices. Pero la verdad es que tampoco era una santa, no era mala, pero tenía sus cosillas, como todos. Así que seguro lleva reencarnada en otro cuerpo desde hace muchos años y me la he cruzado por la calle sin sospecharlo.

—Piensa en tu deseo más especial —me pide sacándome de mis ensoñaciones.

Cierro los ojos y sé qué quiero pedir. Me da miedo hacerlo, no vaya a ser que no se cumpla, pero aún así lo hago. «Óscar». Es lo único que se me pasa por la mente. A él, es lo que quiero.

Después de eso paso una mañana tranquila con Manuela, que me pisa los talones literalmente. Insiste en celebrar una fiesta por mi cumpleaños, algo a lo que yo me niego en rotundo, y mucho más si el verdadero motivo de hacerlo es reconciliarme con esas arpías con la lengua más afilada que una que yo me sé.

Es cuando salgo por la puerta del instituto cuando empiezan a cambiar las cosas. Primero recibo un mensaje de Óscar en el móvil en el que me explica que me acaba de hacer una donación de cien mil euros en mi cuenta bancaria. No me dice más. Es exactamente la suma que yo le regalé. Me la devuelve de forma íntegra. Debería alegrarme porque vuelvo a tener dinero para hacer y deshacer a mi antojo, pero me entristece, ya que parece que es lo último que me «debía». Ya puede irse en paz, incluso sacarme de sus pensamientos si así lo desea.

Ni siquiera me da tiempo a contestarle con un escueto «gracias», ya que lo segundo es que aparece la Muerte sin avisar mientras leía el mensaje, lo que me da un susto de mil demonios que hace que se me pare el corazón varios segundos. Es en serio, ha dejado de latir en mi pecho. Menos mal que, por lo menos, ya se ha ido Manuela a su casa, porque le tiene un miedo...

—¡Felicidades, monguer! —grita justo a mi lado—. ¡Porque es una chica muy muerta, porque es una chica muy muerta...! —canta cada vez más alto.

—¡Para!

—Es para recordarte que estamos en un puto duelo a muerte. ¡Atontada de los cojones! —dice tirando de mí hasta un banco. Nos sentamos y me clava las uñas en la pierna, justo por debajo de la falda—. Me parece que estás relajando la raja demasiado.

—¿Pero qué dices? —Le pego un manotazo y me levanto—. Estoy atada de pies y manos, al menos hasta ahora. Y encima él ya me ha dejado claro que quiere estar con ella.

—A ver, gilipuertas. A ver si aprendes de una vez por todas que los hombres

no saben ni qué coño quieren para desayunar. Los hombres son como niños pequeños, se comen lo que se les pone en el plato, punto. Y si dejas que el plato sea Andrea, vamos apañadas. ¡Apaga y vámonos! —grita tirándome un mechero a los ojos.

—¿Pero a ti qué te pasa hoy? ¿Por qué me atacas así?

Se levanta y se ajusta el abrigo con mucha ceremonia.

—Hoy he tenido un encontronazo con mi exmarido. El muy anormal me ha restregado por la cara que va a ganar.

Asiento entendiendo su mal humor, aunque dudo mucho de que el pobre Diablo la haya estado chinchando.

—¡No te fíes de su cara de chocho podrido ni de sus palabritas asquerosamente dulces! —dice leyéndome el pensamiento—. ¿Conoces el refrán de saber más por viejo que por diablo? Pues en su caso sabe por los dos motivos, así que cuidadito con él, que ya sé cómo se las gasta el pendejo.

—Lo que tú digas, es inútil discutir contigo. ¿Seguimos con el plan entonces?

Se enciende un puro y sonrío con malicia. Los ojos le brillan especialmente cuando está planeando alguna maldad, si la conoceré ya...

Y entonces se sienta a mi lado y me relata con pelos y señales los pasos que he de seguir desde mañana bien temprano. En varias ocasiones me niego en rotundo a hacer alguna de las cosas que me propone, pero tras dos horas de charla cojo el autobús con un plan bien formado en la cabeza.

En cuanto llego a casa, me preparo para cenar con mis falsos padres. Sobre las nueve, estamos en un restaurante indio muy cerca de Alonso Martínez. Todo está riquísimo, y me relajo y disfruto de su compañía, aprovechando que aún los tengo de buen humor. Otro gallo cantará mañana...

Me meto en la cama cansada y expectante, pero no de una forma positiva u optimista, no, más bien en plan «La voy a cagar» o «Me van a pillar».

El sueño me encuentra sin yo buscarlo y, de repente, me encuentro de nuevo en los brazos de él, respirando bocanadas de alivio y felicidad.

Capítulo 22

Día nueve. Miércoles

Me despierto sobresaltada. Hoy ha llegado el día en el que tengo que empezar a mover el culo para cambiar las cosas. Para ganar el maldito juego. Para darle su merecido a Andrea y poder recuperar a Óscar. Puff... qué pereza más grande me entra...

Salto de la cama y me visto con el uniforme que ayer me dio la Muerte. Me lo pongo temblando, pensando en el patatús que le va a dar a mi madre cuando se entere.

Bajo las escaleras despacio, repasando mentalmente el plan, lo que debo decir, lo que no tengo que decir ni de coña... Un nudo en el pecho me dice que esto está mal, que les haré daño, pero no tengo más opciones. Es esto o rendirme.

En cuanto entro en la cocina, mi madre escupe el café.

—¿Se puede saber por qué vas así vestida? —me pregunta poniendo los brazos en jarras.

Me miro con mi modelito de azafata anticuado. Respiro e intento interpretar bien mi papel.

—¿Dónde está papá? —pregunto para romper el hielo—. Tengo algo que contaros y prefiero que estéis los dos para no tener que repetir.

Deja la taza con la boca abierta y se acerca hasta sujetarme por los hombros. Incluso me parece que me clava un poco las uñas.

—¿Se puede saber qué te pasa, cielo? Llevas así desde que te dio el ataque. No te reconozco.

Mi corazón empieza a latir más deprisa y empiezo a ponerme nerviosa. ¿Cómo se engaña a una madre? Es imposible, nos conocen mejor que nosotros

mismos.

—Es que estoy creciendo, mamá, y madurando. Por eso quería hablar con vosotros.

—Tu padre está en la oficina, hasta la noche no llegará —responde escueta y seca. Se está cabreando. La tensión empieza a invadir el ambiente.

—De acuerdo. Pues no tengo más remedio que contártelo a ti sola. —Tomo aire y me siento a su lado, en una banqueta de la cocina. Me retoco con los dedos el moño repeinado que me he hecho a la altura de la nuca e intento sonreír—. Hoy voy a empezar a trabajar en el aeropuerto. En realidad son unas prácticas remuneradas para ser azafata de tierra. Voy a dejar el instituto por ahora, pero eso no significa que lo abandone definitivamente.

Me mira sin pestañear y cuando acabo de hablar, coge con tranquilidad un plato de la encimera y lo estalla contra el suelo. En silencio, se levanta y hace lo mismo con un vaso sucio del fregadero.

—¿Te has vuelto loca? ¿Vas a dejar el instituto? —me pregunta en un tono demasiado bajo, demasiado tranquilo para estar con una jarra en la mano a punto de ser gratuitamente destruida.

—Mamá...

—¡Ni mamá ni leches! —me interrumpe estampando la jarra contra la pared—. ¡Sube ahora mismo a tu cuarto y ponte el uniforme!

No me había planteado realmente esta situación. Pensé que se pondría a llorar e intentaría hacerme chantaje emocional, no esta actitud pasivo-agresiva tan intimidante. Si no fuera porque el tiempo se me echa encima, haría sin dudar lo que me ordena, más que nada porque me da miedo y por ahorrarle un disgusto, pero no puedo permitirme perder más el tiempo.

—No. Lo siento, pero me voy. Ya soy mayor de edad, no puedes obligarme a nada —contesto intentando parecer fuerte y segura cuando en realidad me están temblando hasta los mofletes.

Observo cómo el color de su cara va mutando de rosado a blanco, después rojo pimentón y, por último, amarillo enfermizo. Se sienta y se abanica con un trapo de cocina. Solloza y resopla mientras yo me miro los zapatos de tacón más feos que he llevado en mi vida. Es de esos que parecen ortopédicos, a pesar de

tener tacón. Si es que... no sé cómo dejo que la Muerte me escoja la ropa, con el claro mal gusto que tiene ella para todo.

—Me vas a matar de un disgusto —susurra con el trapo tapándole la cara.

La que resopla ahora soy yo. Todo el día con miedo a lo que hago para ahorrarle un disgusto. Se acabó.

—Pues espero que no te termine matando.

Me doy la vuelta y sujeto con fuerza la bolsa con el otro disfraz, rezando para que no me haga un placaje por la espalda en plan madre comando.

Por suerte consigo atravesar el umbral sin más contratiempos. Solo escucho unos gritos sin sentido, sollozos desgarradores y parte de la vajilla que se estrella contra el suelo.

Cojo el autobús temblando entre eufórica por haber escapado y acojonada por las represalias cuando vuelva, si es que vuelvo, porque lo mismo le da un parraque y me acusan de homicidio *madril*. Ya me imagino a los de *CSI* dilucidando los motivos por los cuales mi madre se ha hecho el harakiri con una taza rota sujetando con los dientes mi uniforme del colegio.

Llego a Atocha sin más contratiempos. Allí me cambio de ropa en un baño de la estación y evito mirarme al espejo porque si lo hago, jamás saldré de estas cuatro paredes. Viviré como una mendiga en el baño suplicando que alguien me traiga algo bonito que ponerme.

Y después de convencerme a mí misma que esto es necesario, que es por mi futuro, salgo como un esperpento andante con un mono de trabajo gris cloaca con las mangas naranjas butanero de camino a mi antiguo hogar. En el metro, bajo la mirada avergonzada por mi vestimenta y llego hasta el portal de mi expiso, supercabreada con la cabrona de la Muerte. A ver, ¿por qué narices tengo que hacerle caso? ¿En qué momento o situación esto ha sido una buena idea?

Antes de que se me pase el momento absurdo que estoy viviendo, llamo al telefonillo. «Solo puedes ir hacia delante», me repito mentalmente omitiendo que el naranja butanero me está deslumbrando con el día tan soleado que hace.

—¿Sí? —contesta una voz chillona.

Respiro hondo antes de contestar.

—Soy del servicio de limpieza —contesto entre abochornada y cagada de

miedo. No quiero encontrarme de nuevo frente a ella, no me apetece ver la cara de la persona que me ha destrozado mi segunda vida.

La puerta se abre y entro esperando que la loca lleve razón y que Óscar esté ya trabajando lejos de aquí.

Llego hasta el descansillo arrastrando la bolsa y con el corazón a mil por hora. Me planto frente a la puerta, mi querida puerta que abría todos los días para encontrarme con él, para acurrucarme a su lado y para... «¡Para!». Me doy un guantazo imaginario y vuelvo a la realidad. Justo cuando la puerta se abre doy un respingo hacia atrás del susto.

Es ella y ha vuelto para quedarse. Su pelo amarillo pollo reluce con fuerza y *chonismo* por igual, la maldita se ha operado de nuevo los labios, mis ex preciosos labios vuelven a tener forma de morcilla hinchada, y qué decir de sus tetas... Creo que hasta se las ha puesto más grandes. ¡Será desgraciada! ¡Con lo guapa que la había dejado! Para rematar lleva un cigarro extralargo en sus delicados dedos. Cierro los ojos para no ver su horrenda manicura, con uñas postizas y demasiado largas para mi gusto.

—¡Hola! —me saluda muy simpática—. No sabes las ganas que tenía de que llegaras.

Se acerca y me planta dos sonoros besos. Tengo que hacer una fuerza descomunal para cambiar mi cara de asco por una forzada sonrisa cuando vuelve a mirarme.

—Ya veo que vienes cambiada —dice mirando mi atuendo. Arruga el ceño y me enseña los dientes en algo parecido a una sonrisa impostada. Sí, ya sé que parece que me he escapado de *Prision Break* por las alcantarillas cual rata destetada.

Asiento y entro en el piso. Huele a cenicero rancio. Se nota que no ha limpiado desde que me robó mi vida y encima tengo que ver un calzoncillo de Óscar nada más entrar, doblado encima de una silla.

—Bienvenida a mi casa —dice mientras entramos. Me dan ganas de estrangularla por la espalda, pero me contengo—. Es un piso pequeñito pero muy mono, ya verás. Además, lo mejor es su localización.

«¿Ah, sí? ¿No me digas?», pienso con ganas de explicarle los distintos

motivos que me llevaron a escogerlo.

Nos quedamos paradas en medio del salón mirándonos, y el ambiente empieza a ser algo incómodo. Tengo que hablar de inmediato o sospechará que pasa algo raro.

—Sí, muchas gracias por contratar nuestro servicio —suelto de golpe colocándome de nuevo la bolsa en el hombro.

—Tu jefa fue muy agradable, y para qué te voy a engañar, me acaban de operar y no puedo hacer esfuerzos, así que la ayuda me viene genial —me explica apagando el cigarrillo en un cenicero encima de mi sofá nuevo. Se sienta cruzando sus largas piernas y me señala la cocina—. Puedes empezar por ahí. — Y dicho eso enciende la tele y se pone a mirar su móvil.

«Vale, he pillado la indirecta, que me ponga a trabajar como una esclava y te deje en paz».

Le doy un escueto «Gracias» y me voy derechita a la cocina para llevarme las manos a la cabeza. Todo está hecho un desastre. La pila llena de platos sucios, tazas con infusiones a medio beber por la encimera, restos de comida esparcidos por todos lados... Abro la nevera y casi me da un patatús cuando lo único que encuentro es comida basura y preparados sustitutivos de dieta. Por curiosidad, miro en los armarios. Nada. No hay nada digno de ser comido. Esta mujer es un desastre con mayúsculas, y que lo diga yo es preocupante porque no soy lo que se dice un ama de casa ejemplar. Y si pienso en Óscar... me tiene totalmente desubicada. Cuando vivíamos juntos, era bastante apañado, no entiendo este caos.

—¿Está todo bien? —grita desde el salón Andrea.

Como me he quedado sin palabras y sin saber qué hacer, decido ir hasta ella. La encuentro repantingada en el sofá limándose las uñas.

—¿Por... por dónde quiere que empiece? —pregunto cagándome en la Muerte de las narices. ¿Cómo quiere que boicotee su relación si voy a tener que estar limpiando mierda hasta el final de mis días, que ahora mismo agradezco sean pocos?

Se incorpora y me mira con cara de pocos amigos.

—Pues no sé... En la cocina hay que limpiarlo y recogerlo todo. Y después

vete al baño. Es que no sé lo que soléis hacer. No entiendo qué quieres que te explique.

Me estoy dando la vuelta con ganas de estamparle una tostada con moho en la cara cuando me llama.

—Por cierto, no me has dicho cómo te llamas.

—Me llamo María —balbuceo tras desechar mentalmente los nombres de Pilar, Andrea y África. No sé ni cómo recuerdo cómo me tengo que atar los cordones de los zapatos con tanto cacao mental que sufro últimamente.

—Muy bien. María, después de limpiarlo todo, necesito que planches toda la ropa que está encima de la cama, ¿vale?

Asiento embobada observando cómo se reajusta la finísima bata de seda que lleva sin, acabo de comprobar, nada debajo. Tiene vendadas las tetas. Y ha perdido por lo menos cuatro kilos. Se le notan todas las costillas y su plano vientre ahora parece que lo tiene metido para dentro.

Carraspea y me voy de vuelta a la cocina de inmediato. Me arremango y empiezo a pensar cosas para fastidiar a la Muerte la próxima vez que la vea. Mientras lleno una bolsa enorme de basura con desperdicios varios pienso en tirarle la peluca a tomar por culo, en quemarle su eterno abrigo de piel con queroseno y un mechero e incluso sonrío al pensar en empujarla a unas vías con el tren acercándose, claro está.

Cuando me quiero dar cuenta, la cocina empieza a recordarme viejos tiempos, cuando era yo quien mimaba sus encimeras de granito y regaba las plantitas de la ventana. Me asomo y veo que están más mustias que mis esperanzas. Y, sin saber por qué, me entran unas ganas terribles de llorar. Pero no una lagrima traicionera. No. Llorar como una mocosa con un pañuelo de tela dramáticamente bordado de flores. Hago un puchero mientras intento controlarme cuando una asquerosa cucaracha cruza la encimera y se esconde detrás de un bote sucio.

Pego un grito y busco algo con lo que matarla.

—¿Pasa algo? —escucho que me pregunta la pesada desde el salón.

—¡No! Una cucaracha —respondo mientras encuentro uno de mis paños de cocina monísimos que compré en una tienda de decoración bastante cara. Ahora

están con mierda reseca en los bordes.

—¡Qué raro! ¡Mátala!

«No, lo raro es que no tenga el tamaño de un perro con todo lo que le dejas aquí para comer», pienso mientras muevo el bote a ver si así sale de la oscuridad.

Cuando la tengo a tiro, reprimo un escalofrío al ver sus asquerosas antenas moviéndose en mi dirección. Odio a las cucarachas. Son los bichos más repulsivos del mundo. Así que le asesto un golpe mortal con mi paño. Y lo que pasa me deja literalmente paralizada. La cabrona de la cucaracha me sujeta el paño con sus dos patas delanteras y me lo lanza, lo que me atiza en toda la cara.

Y el tiempo se detiene. El paño cae al suelo. La cucaracha se me queda mirando fijamente. Mi boca se queda abierta lo que parece una eternidad. No me puedo mover. Me da miedo que la cucaracha me ataque. Seguro que ha estado alimentándose de proteínas sintetizadas de Óscar durante días, almacenando fuerza dentro de su negro caparazón. Y cuando creo que me estoy volviendo majara, va y me habla.

—¡Anormal! —me dice con una vocecilla eléctrica.

Parpadeo y me muerdo el interior de los carrillos hasta que la boca se me llena con el sabor metálico de la sangre. No, no estoy soñando. Quiero pestañear, pero no puedo porque si la dejo de mirar, la perderé de vista, dará un salto y se me meterá por el oído hasta llegar a mi masa encefálica...

—¡Deja de flipar! —me dice acercándose hasta el borde la encimera—. Soy yo.

—¿Mi peor pesadilla? —consigo murmurar.

—Sí. Soy la Muerte, mongola de los huevos.

Y empiezo a ver puntitos blancos, los oídos empiezan a pitarme y cuando me quiero dar cuenta, se apaga la luz en el mundo.

Siento que alguien me da palmaditas en la mejilla. Repetidas veces y cada vez más fuertes.

—María... ¡María! —grita Andrea a dos centímetros de mi cara.

Abro los ojos y veo que estoy tirada en el suelo de la cocina con migas pegadas en el pelo. Andrea está arrodillada a mi lado con cara de susto. Intento

incorporarme, pero ella me lo impide.

—Espera, aún no puedes levantarte —me ordena muy seria. Me sujeta por los pies y me levanta las piernas—. Respira... No te preocupes, a mí me pasa muchas veces.

Hago lo que me pide, me relajo y empiezo a sentir que vuelvo a entrar en calor. Me sonrío y me ayuda a ponerme en pie. Me abraza y me acaricia el pelo un segundo.

—¡Qué susto me has dado! Estaba tan tranquila cuando he escuchado un golpe —me explica sujetándome la mano. Tiene los dedos helados. A ver si ahora va a ser un vampiro...

Pongo un poco de distancia entre las dos porque la situación está empezando a incomodarme.

—Gracias, ya estoy bien. Es que me dan pánico las cucarachas.

—Vamos, ven conmigo.

Me arrastra hasta el sofá y me obliga a sentarme. Me ordena que me quede quietecita y vuelve a los pocos minutos con una taza humeante.

—Tómate esto. Ya verás cómo te anima.

Me acerca la taza llena de una sustancia desconocida. No pienso tomarme nada que provenga de esta tía. A saber lo que es, conociéndola puede ser hasta heroína convertida en infusión.

—No me gustan las infusiones, me dan arcadas —le explico devolviéndole la taza.

Me levanto y le informo que seguiré limpiando, si no le importa. Creo que me he puesto un poco borde porque hace un ruidito y se vuelve a sentar en el sofá.

Vuelvo a la cocina dispuesta a encontrar a la maldita Muerte. Ya le vale. Esta vez casi me mata del susto la condenada. Rebusco por los cajones y estantes hasta que la encuentro chupando una galleta mustia en una esquina oscura de uno de los armarios.

—¿Qué narices estás haciendo? ¡Lárgate de aquí! —le susurro.

Viene hasta mí y salta. Se queda pegada con sus asquerosas patas a una de las mangas de mi uniforme. Agito el brazo con fuerza para deshacerme de ella,

pero no hay manera. Va trepando hasta llegar a mi hombro. La cogería con la mano para aplastarla, pero me da tanto asco que soy incapaz de hacer nada. Solo doy saltitos y gimoteo en silencio.

—Estate quieta, *mongueller* —dice desde mi hombro—. He venido camuflada para estar contigo y ayudarte.

—Pues muchas gracias por la intención, pero estás haciendo de todo menos ayudarme.

Me toca con una de sus patitas en el cuello y juro que el escalofrío de repulsión que me da desde la rabadilla hasta la nuca casi me descoyunta las cervicales.

—¡No me toques! —grito olvidando que Andrea está cruzando el pasillo.

—Tranqui, que nos van a pillar.

Intento calmarme y suspiro.

—Mira, contigo encima no puedo ni respirar. O te bajas o me largo.

Me toca de nuevo con su patita y casi me quedo tetrapléjica del movimiento de cuello que hago. Pega un saltito y se va de nuevo a la encimera.

—Mejor así —balbuceo tocándome la nuca. De aquí al fisio.

—Mira que eres remilgada. Y yo que he venido así para darte una sorpresa... —me dice al tiempo que mueve las antenas.

—La próxima vez conviértete en hormiga o en mariquita.

—Déjate de estupideces. Coge la bolsa de basura y vamos a la calle, que tienes que subir unas cosas que he dejado preparadas en un cubo.

Sin previo aviso salta hasta el bolsillo izquierdo de mi uniforme y se mete dentro. Se acurruca y siento a través de la tela cómo se mueve, lo que me hace cosquillas en el pecho. Saca las antenas y las mueve.

Me muerdo el labio inferior y me juro a mí misma que si consigo aguantar con ella ahí dentro sin desmayarme de nuevo seré más fuerte. Le digo a Andrea que voy a empezar a bajar bolsas de basura y salgo a la calle. En el primer cubo encuentro una bolsa de la compra, que cojo según las indicaciones de la cucaracha. En el descansillo miro lo que hay en el interior: unas braguitas de encaje rojas, un tanga de hombre, un paquete de tabaco, una botella de tequila casi vacía, un perfume de mujer, una corbata, unas medias rotas, un pintalabios

rosa y una bolsita transparente con unos polvos blancos dentro.

—¿Qué es eso? —pregunto a mi bolsillo sujetando la bolsita con dos dedos.

—¿Tu qué crees? Es una bolsa de coca, anormal.

La suelto y cae al suelo. No se abre y se desparrama el contenido de puro milagro. Lo recojo todo desoyendo los insultos que salen de mi uniforme y vuelvo a subir al piso con la bolsa escondida. En cuanto entro, la meto al fondo de uno de los armarios de la cocina más altos. Me tengo que subir a una silla para llegar.

—Perfecto —dice la cucaracha—. Ahora deja la cocina como una patena. Nos vemos en el baño. Y tráete la bolsa.

Dicho eso salta al suelo y sale por el pasillo. Espero que Andrea no la descubra. ¡Qué diablos! Que la espachurre con su zapato, a ver si así aprende a no ser tan asquerosa.

Después de una hora en la que sudo la gota gorda, frotando y restregando, termino por fin. Los azulejos brillan, se podría comer una sopa en el suelo y los muebles han vuelto a recuperar su tradicional esplendor. En un arranque de locura, hasta he sacado brillo a los cristales de las ventanas para que no se diga.

Me permito beber un triste vaso de agua apoyada en el fregadero para recuperar el aliento cuando Andrea entra.

—¡María! ¡Esto es una maravilla! —me felicita dando palmaditas y pequeños saltitos—. Jolín, me he hecho daño en los puntos —se queja tocándose el pecho.

Me seco el sudor de la frente y le agradezco el cumplido mientras le explico que ahora me toca el baño.

—De eso nada, tendrás que descansar un poco, digo yo... —dice muy pizpireta.

—Es que está pagando por horas... —le explico para sacármela de encima. Tengo una cita con la cucaracha en el baño y no pienso retrasarme, no vaya a ser que decida vengarse. Ya me la imagino queriendo dormir conmigo en mi cama.

—Sí, pero por eso no te preocupes. Y más después de haberte desmayado. Quita, quita, no quiero tener otro disgusto.

«Eso lo podrías haber pensado antes de tenerme una hora restregando el

suelo», pienso molesta.

Me agarra del brazo y me arrastra hasta el salón. Me obliga a que me siente en una silla con un refresco fresquito que me trae del frigorífico. Ella se sirve otro en un vaso con hielo. Ambas bebemos de un trago y nos secamos los labios con el dorso de la mano. Nos quedamos mirándonos y se echa a reír.

—¿Sabes? Pareces una muñequita. No deberías trabajar en esto, debe ser muy duro.

Voy a contestarle que hay cosas más duras en la vida, como, por ejemplo, los antebrazos del novio que me ha robado..., pero no, mejor me hago la tonta e inocente.

—Es lo que hay, qué le vamos a hacer. Necesito el dinero —comento distraída percatándome de que ha quitado la foto que colgué, encima de la televisión, de Óscar y yo juntos, apenas hace un mes.

—Ya... la vida es así, ¿verdad? —dice sonriéndome un segundo—. Bueno, me voy un rato. Luego vuelvo, ¿vale?

En cuanto sale por la puerta, corro hasta la cocina y recupero los objetos que harán que los tortolitos discutan. Primero dejo el sujetador dentro de un bolsillo de unos de los muchos pantalones vaqueros de Óscar. Rocío perfume de mujer en varias de sus mejores camisetas, casi todas compradas conmigo... y el tanga en el bolsillo de una de las chaquetas que más se pone. Cuando creo que la cucaracha mira para otro lado, me permito por un segundo aspirar el olor que desprende la prenda: huele a él.

—Mira que eres retrasada... —escucho que dice la cuca. «Jo, qué pesada...».

Me recompongo y escondo en el armario la corbata, que claramente no es de Óscar porque él las odia y solo lleva las estrictamente necesarias para algún evento por temas de trabajo. Espero que la encuentre y se cabree con ella. Que piense que tiene un amante... Qué malvada soy...

Después pongo debajo de la cama la botella de tequila y la bolsita de coca, a ver si lo encuentra primero él y se mosquea. Las medias rotas las meto dentro de un cesto de ropa sucia y dejo para el final el pintalabios, lo que más me apetece... Me deleito cubriendo mis carnosos labios de color rosa chicle y

después al dejar mi huella mientras beso ligeramente dentro del cuello de cada camisa. Las vuelvo a rociar del perfume de mujer para así acrecentar más las dudas que espero empiecen a surgir entre ellos.

En cuanto termino, corro al baño para limpiarlo lo antes posible y, tras aguantarme las lágrimas cada vez que veo el neceser de él con todas sus cosas dentro, consigo terminar y dejar el aseo como debe ser, oliendo a limpio y brillando.

—Date prisa, creo que se acerca el mal... —dice la cuca saltando encima de mí para reptar hasta mi hombro.

—¿El mal?

—Sí, gilipuertas, creo que viene el cubano cabrón. Lo huelo desde aquí. ¡Venga, mueve el culo y vámonos antes de que lleguen! —me grita histérica en mi oído. Miro el montón de ropa que me queda por planchar, pero justo cuando le voy a decir que no se preocupe porque el Diablo no me ha visto con este cuerpo, ella me lee el pensamiento y se me adelanta—. ¡Eres *monguer*! ¡Es el puto Diablo! ¡Puede ver tu maldita alma, aunque te bañes en mierda de vaca! Y a mí me conoce como si me hubiera parido el maldito hijo de perra engominado. ¡Tenemos que largarnos echando leches!

Pego un brinco, recojo todas mis cosas sin tiempo para respirar y le dejo una nota escrita mal y rápido a Andrea diciéndole que me he tenido que ir, pero que mañana vuelvo a la misma hora para terminar la plancha. Justo cuando estoy saliendo por la puerta escucho que suben por las escaleras.

—¡Sube al siguiente piso! ¡Vamos! —me ordena la cuca desde el bolsillo de mi uniforme.

Adelanto los escalones de dos en dos agradeciendo mentalmente que este cuerpo aún sea joven porque si llego a hacer esto con el cuerpo de Andrea, me quedo sin pulmones en el primer descansillo.

Cuando creo que los tres pisos de diferencia que he puesto de por medio son suficientes para que no le llegue el sutil aroma de la Muerte al Diablo, me siento en el suelo y respiro agitadamente sujetando la bolsa con mis cosas.

—Ya está —balbuceo cogiendo grandes bocanadas de aire—, creo que los hemos despistado.

La cucaracha sale de mi bolsillo y salta hasta el suelo.

—Mañana nos vemos, *mongui*, no llegues tarde.

Y dicho eso sale corriendo como un bicho cualquiera, que en el fondo es lo que es, hasta perderse dentro de un pequeño saliente en la pared. A saber dónde irá y las cosas que verá la loca de los huevos.

Cierro los ojos, agotada, pensando que el día no ha hecho más que empezar. Compruebo mi móvil, es la una y media y ya estoy que no puedo ni pestañear. Mi moral baja aún más cuando veo que tengo como mil llamadas perdidas de mi madre, de mi padre, de Manuela, del colegio... Puff, qué pereza...

Como no hay nadie a la vista, me cambio de ropa de nuevo y vuelvo a ponerme el feo pero más discreto traje de chaqueta de azafata de los ochenta desfasada. Aún tengo que volver a casa y ver la cara de mi madre...

Llego hambrienta, para qué nos vamos a engañar. Solo pienso en la deliciosa lasaña que me había prometido prepararme mi madre anoche, cuando entro en casa. Me dirijo a la cocina, donde casi me choco de bruces con mi padre. Se gira y veo que mi madre está con él. Huelga decir que no tienen precisamente una sonrisa en la cara y es precisamente eso, la cara, lo que me cruza de un guantazo mi padre postizo sin previo aviso.

De la impresión ni reacciono, me quedo con expresión de total asombro observándolos a los dos. Ni me molesto en fingir que me ha dolido. No. Me he llevado ya tantas hostias de la Muerte que se puede decir que estoy más que acostumbrada. Pero por la cara que ponen ellos, podría jurar que es la primera vez que ponen la mano encima a su hija. Y parece que ahora no saben lo que tienen que hacer.

El silencio incómodo en todo su esplendor inunda la cocina hasta que decido tomar cartas en el asunto para zanjarlo de inmediato. Me da mucha pena, pero en el fondo me lo han puesto bastante fácil. Me doy la vuelta, fingiendo indignación máxima, y subo a mi cuarto cagando leches. Me recluiré aquí hasta que la situación se haga insostenible y cuando ya no pueda más, iré a despedirme de la vida a un hotel de lujo con el dinero que me ha dado Óscar.

Me pongo el pijama y me meto en la cama buscando echarme la siesta más larga de la historia. Omito el hambre que me atenaza las entrañas con un chicle y

caigo rendida en un sueño profundo.

Sobre las nueve, me despierta mi madre con la cena. Dice que tenemos que hablar y que estoy castigada, pero que no me va a matar por inanición. Le doy las gracias y le pido si me puede dejar sola.

Después de engullir la lasaña, vuelvo a quedarme frita pensando en lo que tengo que hacer mañana.

Capítulo 23

Día diez. Jueves

Repito el procedimiento de ayer y, cuando bajo las escaleras, la estampa es la misma. Pero ahora la diferencia es que también está mi padre. Lo primero que hace es disculparse por pegarme ayer, cosa que agradezco, la verdad. Después me pongo un poco chula explicándoles que ya soy mayor de edad, pero ellos me suplican que no abandone el instituto. Como ya llego tarde, les prometo que me lo pensaré y que por la noche lo hablaremos.

Consigo salir de casa, ya de buena mañana, con la cabeza como un bombo.

En Atocha vuelvo a ponerme el uniforme de limpieza y salgo corriendo porque creo que voy a llegar tarde. Y como voy sin mirar ni dónde piso, me tropiezo con un hombre y los dos nos caemos al suelo.

—¡Joder! ¡Me cago en *to*! —maldigo recogiendo mi bolsa y todos los objetos que se me han esparcido por el suelo por llevar la cremallera abierta.

—No te preocupes, yo te ayudo —dice el hombre.

Y cuando escucho su voz, me quedo helada, petrificada. Es él. Es el maldito cabrón que convirtió mi vida en un infierno. ¡Es Alfonso! Me quedo mirándolo embobada mientras recoge todas mis cosas y las guarda de nuevo en la bolsa, abierta en mi regazo y sujeta por mis inertes brazos. Compruebo que sigue igual en todos los sentidos. Físicamente ha perdido algo de peso, pero nada importante y, cómo no, se hace el perfecto *gentlemen* para aparentar lo que no es.

—Cielo, ¿estás bien? —le pregunta mi ex mejor amiga ayudándolo a levantarse del suelo.

Ella sigue igual de gorda culona. Y rezo porque cada día le engorde centímetro a centímetro el trasero hasta que le explote.

—Niña, ¿te has hecho daño? —me pregunta el miserable. «No, ya me lo

hiciste tú», pienso enfadada. Y es que encima tienen que verme con este traje tan horrendo. Vale, no me reconocen, no saben que soy Pilar, pero eso a mí me da igual. Me siento como si estuviera desnuda delante de mil personas y con una intensa luz enfocándome.

Hace el amago de cogerme de la mano para ayudarme, pero yo me retiro y huyo de su contacto como si tuviera la lepra.

—Tranquila, solo quiero ayudarte —dice ajustándose la corbata.

—Pues empieza por ayudarte a ti mismo, ¡gilipollas! —suelto sin pensar. Sigo tan cabreada con él que le daría otra patada en los huevos. Y a ella le arrancaría los ojos con las uñas.

—¡Se puede saber qué te pasa? —salta ella para defenderlo.

Me dan ganas de agarrarla por los pelos, pero me contengo. No sería propio de mí.

—Nada, que tengo un mal día. Por cierto, tú eres Alfonso Muñoz, ¿verdad? —pregunto recolocándome el uniforme—. Es que he oído que tu propuesta de ley antitabaco te salió rana al final, ¿no es así?

«¡Toma! ¡Por creído e infiel!», pienso más animada.

—Y por cierto —continúo creciéndome por segundos—, era conocida de Pilar del gimnasio y que sepáis que estará maldiciendo los cuernos que le has puesto con esta foca amorfa de aquí al lado. ¡Tened cuidado! —grito mientras me voy alejando al ser consciente de que no tendría que haber dicho eso—. ¡Da mala suerte traicionar a los muertos!

Echo una última mirada atrás para ver que se han quedado más quietos que dos estatuas e igual de pálidos que ellas. Y sonrío al darme cuenta de que inconscientemente se han soltado de la mano. ¡Que les den! Se lo tienen merecido por ser escoria.

Y de repente paro en seco al darme cuenta de que he metido la pata hasta el fondo. ¡Yo no he pisado un gimnasio en ninguna de mis vidas!

Dejo de darle vueltas porque ya se las darán ellos y llego hasta mi antiguo piso en La Latina, de buen humor, aunque se me pasa en cuanto me doy cuenta de que mi vida es una mierda y durará exactamente veinte días.

En cuanto llego a la puerta del piso Andrea, me arrastra dentro con prisas.

—¡Qué disgusto más grande tengo, María! —me dice con cara de loca, abanicándose las domingas mientras comprueba su manicura.

Dejo la bolsa en el recibidor y la sigo hasta la habitación.

—¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo? —pregunto esperando que «los regalitos» hayan surtido el efecto deseado.

Me lleva hasta el armario y va sacando las camisas de Óscar que besé ayer.

—¡Mira! ¡Huele! —me ordena envistiéndome con una de rayas azules—. ¡Qué disgusto más grande!

Me muestra las marcas de pintalabios temblando de la rabia y empieza a sacarlas todas fuera del armario y a tirarlas encima de la cama.

—Estaba preparándole una maleta y lo he visto todo. ¡Todo! —grita tirándome el sujetador de encaje rojo a la cara—. Se fue hace dos días a un viaje de negocios y me ha llamado esta mañana para que le prepare una maleta y que se la envíe porque estará por lo menos cinco días más y se llevó lo puesto. Y claro, como nunca toco sus cosas, no me había dado cuenta hasta ahora. ¡Toda su maldita ropa apesta a furcia barata!

Contengo la risa porque aquí no hay más furcia que ella.

—No te preocupes, será un malentendido... —digo para seguir en el papel. Así que quizás no he visto a Óscar porque está fuera... Interesante. Y ahora tiene sentido la suciedad y el desorden. La muy guarra no sabe cuidarse ella solita ni dos días.

—No, María, no es un malentendido. Yo... —empieza a hablar y le falla la voz—. Creo que sé con quién se está viendo, aunque él me lo niega constantemente.

Me acerco más a ella porque esto me interesa.

—¿Con quién?

—Verás, es una tía con la que estuvo poco tiempo. Él tuvo que escoger y, por supuesto, me eligió a mí —aclara llevándose dramáticamente las manos al corazón, si es que lo tiene—. Pero creo que la muy arpía lo intenta engañar para quitármelo de nuevo.

Pestañeo repetidas veces sin saber qué decir. Es algo enrevesado, pero desde su perspectiva «razón» no le falta.

—¿Qué vas a hacer? —quiero saber para estar preparada, más que por otra cosa.

—¿Yo? ¿Hacer? —Me mira como si hubiera dicho la mayor tontería del mundo y se ríe—. Yo no tengo que hacer nada, María. Él me adora, me idolatra. Siempre lo ha hecho, siempre ha estado pendiente de mí, hiciera lo que hiciese, y te reconozco que a veces no me he portado demasiado bien con él.

Sin darme cuenta, aprieto los puños. Asiento y sonrío con dificultad, algo que ella entiende como un gesto para que siga hablando.

—No estoy preocupada por si él me deja. Jamás me abandonaría y más después de lo que le dije...

—¿Qué le dijiste? —consigo murmurar.

Se sienta en la cama y me obliga a hacer lo mismo. Me coge una mano y lucho por no soltarme, así que aguanto su frío contacto a duras penas.

—Bueno, digamos que yo me fui de viaje un tiempo. Pues cuando volví le expliqué que lo había hecho solo por él y que si no estaba conmigo...

—¿Sí?...

—Pues que si no estaba conmigo, me volvería a ir de viaje... para siempre —termina diciendo. Se toquetea la oxigenada melena y me sonrío. Pero sus ojos me dicen otra cosa. Sabe que ha jugado sucio al haber amenazado a Óscar con volver a suicidarse si no la escogía a ella. Por ello su sonrisa no le llega hasta la mirada. Lo ha engañado, y ahora ambas lo sabemos.

—Ya veo —balbuceo con ganas de asesinarla con mis propias manos.

—En fin —salta levantándose como un resorte—, la otra intenta llevárselo y va baboseando mis sobras, por lo que parece —comenta dejando caer otra camiseta a la cama—. Lava todo esto y prepáralo para mandarle una maleta llena, no quiero que mi *puchirrín* esté sin ropa.

Reprimo un escalofrío al escucharla llamarlo por ese mote tan ridículo. Óscar se merece que le pongan otros apelativos más varoniles, como «pichabrava» o «machote», por ejemplo.

Después de dos horas de preparar la ropa, me asomo debajo de la cama para recoger un calcetín caído y veo la bolsa de coca y el tequila. No, no, no... Si Andrea lo ve, sospechará. Así que corro por la habitación recogiendo la corbata,

la droga, el alcohol... todo lo que la incrimina a ella, al menos hasta que vuelva él.

Dejo la maleta en el salón, donde Andrea está viendo tranquilamente la televisión.

—Muchas gracias, María, me estás siendo de gran ayuda —dice llamándome a su lado con un gesto. Aprovecha para encenderse un cigarrillo y, por lo que puedo oler, se está tomando una manzanilla bien cargada de anís—. Recoge tus cosas. He quedado con unas amigas y tengo que prepararme.

Asiento, cojo la bolsa y me despido. Salgo al descansillo y pateo una maceta, con planta incluida. Todo por no darle a ella con una sartén en la cabeza. ¡Será zorra! Mi pobre Óscar ha vivido toda su vida bajo su yugo de chantajes y maltratos varios. Mi pobrecillo... Debajo de esa apariencia de malote tiene que tener más paciencia que un santo. Aunque si lo pienso bien, conmigo salta a la primera casi siempre... Desecho ese pensamiento porque no me gustarían las conclusiones a las que me llevaría y vuelvo a casa, donde me espera otra lucha con la que tengo que lidiar.

Juntos, mis padres y yo, llegamos a un acuerdo. Yo podré seguir haciendo mis «prácticas remuneradas en el aeropuerto» si accedo a presentarme a los exámenes finales en junio y apruebo todos, por supuesto. Acepto de inmediato porque para qué nos vamos a engañar, no creo que vaya a llegar al verano viviendo en este cuerpo. No, la muy zorra de Andrea ya se ha encargado de que eso no pueda ocurrir.

Me pongo mi pijama de corazones y me acurruco entre las sábanas dándole vueltas al tema de Andrea. ¿Cómo se puede ser tan mala persona? Y, tras dilucidar como tres horas, llego a la horrible conclusión de que no lo quiere. Hasta ahora era doloroso pensar que él estaba con ella, que la había escogido. Pero en el fondo pensaba que Óscar ya era feliz. Ahora sé que no es así y, por extraño que parezca, me duele incluso más. Jamás será feliz con Andrea, será un desgraciado hasta el final de sus días y yo me siento incapaz de salvarlo de sí mismo y de esa bruja. Porque... ¿seré capaz de hacerlo?

Capítulo 24

Día once. Viernes

Me levanto con ganas de acabar con ella. Es uno de esos días en los que parece que te puedes comer el mundo, que puede ser el día en el que conseguirás tus objetivos. Así que me ducho cantando y desafinando de lo lindo, desayuno la palmera de chocolate y el Cola Cao sin poner pegas, porque no creo que en menos de veinte días pueda engordar demasiado como para tener cuidado con las calorías, y salgo de casa con la conciencia tranquila por saber que mis padres postizos ya no están sufriendo tanto como ayer.

Son el menor de mis problemas, pero no me pasa por alto las miraditas que se echan entre ellos y las que me lanza mi madre cuando cree que no me doy cuenta. Sospecha, creo que en el fondo sabe que algo está pasando, pero que es tan inverosímil e imposible que su mente lo rechaza sin realmente dar con la tecla adecuada: que su hija ha muerto y yo he ocupado su cuerpo. No, pensará que me estoy drogando o que le estoy dando al vino.

Llego hasta La Latina pendiente de no encontrarme de nuevo con Alfonso y casi me siento en casa cuando Andrea me abre la puerta. Digo «casi» porque en mi casa ella sería persona no grata, vamos, que si se le ocurriera aparecer, la sacaría a palos. Sí, su presencia me molesta y más su imagen en mi sofá, en mi cama o en mi mente con Óscar, eso me pone frenética.

—¡María! —me saluda desde la puerta—. Pasa, que están unas amigas —me invita llevándome hasta la cocina.

Hago un ruidito con la garganta y muestro mi sonrisa más falsa mientras me pongo a tirar toda la mierda que ya invade de nuevo la encimera. Pero ¿cuánta basura es capaz de generar esta mujer en veinticuatro horas?

Escucho jaleo y me asomo. Vaya, ahí están mis antiguas amigas. Sonrío

cuando veo que Olga está tan loca como siempre, gritando mientras enseña un anillo. ¡Un anillo! ¡Al final se nos casa!

Me tengo que controlar para no ir corriendo a felicitarla y achucharla entre mis, ahora, diminutos brazos de bebé. Me escondo en la esquina y observo con envidia cómo todas corren a vitorearla, la besan, la abrazan... Hasta eso me ha quitado Andrea, lo que había llegado a considerar mi mejor grupo de amigas, una especie de familia. Ya no puedo acercarme a ellas, ahora soy invisible.

—¡Esto se merece un homenaje! —grita Andrea y saca algo de su bolso.

Las demás se quedan en silencio observándola. Desde mi perspectiva, no llego a ver qué ha sacado, pero la cara de las demás lo dice todo.

—No, tía, eso ya no nos va —lo rechaza Jenny y le da incluso la espalda.

—Pero ¿qué dices? Es una ocasión especial, no pasa nada —argumenta Andrea.

—Que no, joder, ya estamos limpias de esa mierda —salta Olga—. Además, ¿tienes guardada heroína en tu bolso por si se te presenta una ocasión especial?

Andrea no contesta, y el ambiente se enrarece por segundos. Todas recogen sus bolsos y empiezan a moverse hacia la salida, es decir, justo donde estoy yo. Vuelvo disimuladamente a la cocina y hago como que estoy pasando la bayeta por los azulejos. Escucho cómo se despiden de ella, incluso cómo le piden que no vuelva a meterse esa mierda en las venas, que no recaiga.

—No exageréis. La tengo para darme un homenaje, nada más —dice quitándole importancia.

Ellas refunfuñan y se van murmurando cosas que no creo que le guste escuchar a Andrea. Todas y cada una de esas cosas son verdades como puños. Si yo les pudiera contar..., seguro que se ponían de mi parte. Cómo las echo de menos...

Me asomo por la ventana para verlas y me quedo patidifusa cuando reconozco al que parece el prometido de Olga, ya que se baja de un coche para recogerla y le da un beso con lengua delante de las otras dos. ¡Es Adrián! ¡Mi último jefe! ¡El que me tiraba los trastos!

Contengo las ganas de sacar la cabeza por la ventana y gritar algún improperio cuando Andrea me pilla cotilleando.

—¿Qué haces?

Doy un brinco y me doy la vuelta.

—Nada, es que he escuchado que una de tus amigas se casa y creo que el que está con ella es su prometido. Es bastante guapo... —añado para desviar la atención de mi persona.

—A ver... —me empuja y se asoma por la ventana—. Sí, no está nada mal. Pero tendrías que ver a mi Óscar, él sí que es guapo.

«Sería tan fácil empujarla y subirle los pies para que cayera al vacío...», pienso un segundo. ¿A mí me vas a decir lo jodidamente atractivo que es Óscar? ¿En serio?

—¿Y sabes cómo se conocieron? —pregunto realmente interesada. Interesada en asesinarla con el cuchillo de la mantequilla.

—Pues yo antes trabajaba en una oficina, y él era mi jefe. Por lo que me ha contado ella, un día vino a buscarme al trabajo y se lo encontró en la puerta de la calle. Se pusieron a hablar, una cosa llevó a la otra... —me explica más perdida que un ciego en un desierto.

Pues parece que Adrián juega a varias bandas porque cuando estaba conociéndola a ella, también intentaba ligar conmigo. ¿Adrián sabrá que éramos amigas? Supongo que sí, seguramente Olga se lo dijo. Decido que, no sé cómo ni cuándo, tengo que hablar con Olga y ponerle sobre aviso porque creo que no juzgué bien a mi exjefe. Me da que no es de fiar.

Vuelve al salón a empinar el codo, seguramente, y yo me tiro un buen rato limpiando y tirando mierda. Cuando tengo toda una bolsa llena a reventar, le digo que voy a bajarla a la basura. Me da su aprobación moviendo distraídamente la mano mientras cambia canales y bajo los peldaños cada vez más deprimida. Esto no está sirviendo para nada. Los cubos de basura están un poco lejos, así que tardo un poquito en volver. Vale, me he sentado a vagar un rato en un banco, no lo voy a negar.

Cuando vuelvo, el portal está abierto y subo tranquila remoloneando todo lo que puedo y más. Llamo con los nudillos y, tras esperar un poco, me abre una Andrea despeinada y fatigada.

—¡Entra! —me grita cerrando la puerta con fuerza. Va al salón y empieza a

recoger como una histérica para tirar en una bolsa de basura todos los ceniceros a reventar y las tazas con infusiones que ya empezaban a invadir el sofá. Sí, mi querido sofá.

—Perdona, he tardado un poco más porque...

—¡Olvídate de eso! Rápido, recoge tu uniforme y tus cosas y vete, que no quiero que te vea mi novio.

Me pongo en alerta al segundo.

—Pero ¿no decías que estaba de viaje por trabajo? —pregunto buscando como una loca mis cosas.

—Me acaba de llamar, ha vuelto antes de tiempo. Y no quiero que te vea así porque le comenté la idea de la chica de la limpieza y se enfadó muchísimo. No le gusta que desconocidos toquen sus cosas, además, dice que soy demasiado vaga. Si te encuentra así vestida, me va a pillar —se lamenta tirándolo todo por los aires.

«A mí sí que me va a pillar», pienso al borde de un ataque al corazón mientras desentierro montones de ropa sin éxito.

Y la cerradura suena...

Las dos nos quedamos petrificadas. Ya no me da tiempo ni a esconderme en el baño. Abre la puerta y se asusta al vernos con la cara desencajada. A las dos. Primero la mira a ella, y en su mirada veo que algo que no le encaja, pero cuando me mira más de dos segundos y me reconoce noto cómo traga saliva y palidece un poco.

—¡Óscar! —corre a saludarlo Andrea. Se tira a sus brazos y lo empieza a besuquear.

Se nota que él no sabe ni cómo reaccionar. Ya lo hace Andrea por los tres.

—Mira, te presento a María —le dice tirando de su mano para que se acerque a mí. Y juro que no me desmayo porque el universo no quiere. Sus ojos, recorriéndome entera, sus masculinas manos que sueltan las de Andrea, su olor, que me atraviesa y se intensifica a medida que se acerca... Y esa mirada de cabreo que me carboniza las bragas, para qué nos vamos a engañar.

—Encantado..., María —susurra arrastrando cada sílaba, con esa voz rota y profunda. Frunce el ceño y chasquea la lengua. La vena de su cuello aún no se ha

hinchado, pero le queda poco.

—Es la chica que nos ha hecho limpieza general —corre a explicarle Andrea—. Vamos, que estará unos días más y se irá. Es que este piso estaba muy mal cuidado y tenía mucha suciedad. ¡Mira toda la basura que había!

Asiento sin quitarle la mirada de encima a él. Al que hasta hace poco era parte de mí, mi compañero y mejor amigo. Aún lo sigue siendo, aunque se niegue en reconocerlo y ponga distancia entre nosotros. Quizás ya no me quiera tanto, o es posible que nunca me quisiera tanto como yo a él, pero no me puede negar que aún hay algo, y ese algo yo lo llamo ahora mismo: «Estoy cachonda».

—Ya te puedes ir —me ordena Andrea con cara de loca.

Estoy dándome la vuelta cuando él habla.

—Espera un momento...

Trago saliva, Andrea también. Nos mira un segundo muy serio, cruza sus fuertes brazos y se me acerca. Tengo que levantar la cara para mirarlo de lo alto que es a mi lado.

—Te ayudo con las bolsas porque pesan mucho —me sugiere con un tono de voz que no admite réplicas.

Salgo al descansillo sin respiración. Todo el plan a la mierda.

—¿Se puede saber qué coño haces aquí? —me susurra cargado con tres bolsas, tras cerrar de un portazo.

—Yo...

—¿Qué le has dicho? ¿Qué te ha dicho ella? —continúa mientras bajamos corriendo las escaleras.

Salimos a la calle. Me sujeta con fuerza por el brazo y me lleva a la esquina, desde donde Andrea no nos puede ver por la ventana. Suelta enfadado las bolsas en el suelo y se revuelve el pelo a manotazos.

—He venido porque necesitaba verla...

—¿A quién? ¿A Andrea? —Y su voz suena algo extrañada. Seguro que ya iba sospechando acertadamente que él es el motivo. Pero no pienso rebajarme tanto, por mucho que lo quiera. No le pienso reconocer que hago todas estas tonterías por él.

—Claro, ¿por quién si no? —contesto resuelta, lo que obliga a mi corazón a

volver a latir con normalidad—. Óscar, he llevado su cuerpo un tiempo, me hice pasar por ella... Tienes que entender que necesitaba ver cómo es en realidad.

—Pues ya lo has visto —suelta con bordería—. No me quiero ni imaginar lo que hará cuando se entere que en realidad eras tú.

—Tranquilo, me he hecho pasar por la chica de la limpieza. Te aseguro que no sospecha nada.

Y la tensión se instala entre nosotros. Parece que cuando hay demasiadas cosas que decir, es mejor guardar silencio porque así me siento yo ahora mismo. Quiero enterrarme en su regazo y llorar por lo injusto que es, sincerarme y contarle el malentendido de hace un rato, compartir con él las cosas que me pasan en mi vida en el día a día, tal y como hacíamos antes. Pero para llegar a eso, él tendría que dejarla y eso es algo que no hará. Por muchas corbatas que esconda, él jamás la abandonará.

—Bueno —digo sintiendo un vacío inmenso en mi interior—. Mejor me voy.

—Espera —dice cogiéndome de la muñeca un momento. Se ve frágil y diminuta encerrada dentro de sus fuertes manos—. Es mejor que no vuelvas por aquí porque, antes o después, se dará cuenta. Aunque parezca mentira, es bastante inteligente.

Y de repente suena su móvil. No necesito preguntarle quién es, su cara me lo dice todo.

—Volveré en un rato —dice tras suspirar hondamente y descolgar el teléfono—. Acabo de dejar a María en el metro, voy a comprar la cena —miente con soltura.

Cuelga y se guarda en móvil en el bolsillo trasero de su vaquero. Dios, cómo le quedan los pantalones al mamón...

—¿Quién era ese chico del otro día que estaba en tu casa? —insiste cruzándose de brazos.

—Ya te lo he dicho. Es un chico que estoy conociendo.

Y en cuanto lo digo, miro al suelo para que no sepa leer en mis ojos cuánto lo echo de menos.

—Ya veo... —murmura gruñendo bajito. No puedo evitar sonreír una milésima de segundo. Me parece que le molesta y eso me encanta.

Miro las bolsas. Tengo que ir a tirarlas. Las cojo con mis diminutas manos ante su atenta mirada y le guiño un ojo desenfadada para aliviar la tensión que hay entre nosotros.

—Que te vaya muy bien —me despido intentando sonreír, cuando en realidad mi corazón se está partiendo en pedacitos tan minúsculos que será imposible volver a encontrar todas las piezas.

Me doy la vuelta para irme lejos sin mirar atrás. La absoluta certeza de que no hay solución me atraviesa y me rompe en dos. Apenas puedo levantar del suelo las bolsas, pero aprieto los labios y empiezo a caminar con los brazos en tensión. No he dado cuatro pasos cuando siento que está detrás de mí. Giro un poco la cabeza y veo su camiseta negra pegada a mi espalda.

—No me gusta que veas a otros —me susurra como si estuviera confesándome algo—. No quiero que estés con nadie que no sea yo.

Dejo caer las bolsas y le contesto sin darme la vuelta, de espaldas a él.

—Lo nuestro es imposible.

Maldice y me coge por la cintura, rodeándome el cuerpo desde atrás. Se inclina para aspirar el olor de mi pelo, despeinado en un moño alto y me acaricia el cuello un segundo antes de dejarme un suave beso en el nacimiento del pelo.

—No te lo vas a creer, pero sigues oliendo a ti en este cuerpo... —me dice abrazándome con fuerza, como si fuera a desaparecer. Sin darme cuenta, cojo sus manos, que quedan apoyadas en mi estómago—. Andrea ya no huele así porque ya no eres tú.

Una lágrima traicionera recorre mi mejilla hasta caer en su brazo. Le siguen otras más tímidas y cuando me quiero dar cuenta, estoy temblando y sollozando pegada a él. Con todo el dolor de mi corazón, lo obligo a que me suelte, necesito espacio y aclarar mis ideas. Cuando noto su contacto, me enajeno y me vuelvo débil. Y eso es algo que ya no tengo el privilegio de poder permitirme.

Me doy la vuelta y me seco las lágrimas con rabia.

—No. Tú ya has hecho tu elección sin consultarme. La elegiste a ella y me abandonaste a mí, así que lo que haga o no haga en mi vida ya no es asunto tuyo. Conoceré a ese chico y a mil más si me apetece.

—No digas eso...

Hay mucho sufrimiento detrás de sus castaños ojos.

—Y estaré con todos los que pueda —continúo enfadándome a cada palabra—. Porque si no puedo estar contigo, buscaré en todos ellos algo que me recuerde a ti.

—Cállate, por favor —me suplica con los ojos enrojecidos.

—Y espero que llegue el día en el que tenga que dejar de buscarte en los brazos de otro. Espero olvidarte una noche sin más y enamorarme de nuevo. Y poder ser feliz. Porque quizás tú te hayas abandonado a las circunstancias, pero yo no pienso hacerlo. Buscaré mi felicidad hasta con mi último aliento y si no puede ser contigo..., será con otro.

Doy un manotazo a su mano, que intentaba sujetarme de nuevo, y echo a caminar con paso firme calle abajo, por lo que abandono la ropa junto a él. Me queda poco tiempo de vida, pero eso no significa que vaya a renunciar a mí misma porque si lo hago... ¿qué quedará de mí? ¿Qué será de Pilar, la primera, mi yo auténtico? Es cierto que he cambiado mucho desde que conocí a la Muerte, pero si acabo olvidando quién soy en realidad, me perderé a mí misma, y eso es algo que no pienso dejar que ocurra.

Y, sin darme cuenta, estoy corriendo a pleno pulmón con el viento azotándome el pelo, ya suelto y libre. Mis lágrimas se van secando poco a poco, hasta que paro en un parquecito. Mi estómago ruge de hambre. Me compraría algo, pero me he dejado el bolso en casa de Andrea. Me miro y veo que no tengo nada más que la ropa que llevo puesta. Y por primera vez en mucho tiempo me siento más sola y perdida que nunca. Ese vacío que sentí cuando mis padres murieron. Me quedé sin respiración. La amargura inundó, igual que ahora, cada uno de mis poros, y la desolación me nubló la mente.

Me siento en un banco y lloro hasta terminar agotada. Noto que la gente que pasa a mi lado siente la necesidad de preguntarme si estoy bien, pero una mirada de odio les basta para alejarse y dejarme sola. Pierdo la noción del tiempo mirando fijamente una hoja del suelo con la mente en blanco.

Y cuando me quiero dar cuenta, ya está anocheciendo. Debería levantarme y volver a casa, pedir un momento a alguien el móvil y llamar a mi casa postiza para que mis falsos padres vengan a buscarme. Pero el simple hecho de ponerme

en pie me resulta imposible. No me veo capaz de mover ni un solo dedo. Me gustaría poder cerrar los ojos y dormir para siempre.

Y cuando pienso que lo voy a hacer a ver qué pasa, una paloma me pega en plena cara con sus sucias alas.

—¡A ver, qué haces ahí tirada! —dice una estatua andante de palomas—. Mueve el culo, que se te va a quedar celulítico.

Decido ignorarla porque ya me da todo igual.

Se sienta a mi lado mientras las pestes voladoras me picotean los brazos. Reprimo un escalofrío y no me muevo porque es lo que he decidido hacer: no hacer nada.

—Hoy he estado ocupada, por eso no he podido estar contigo —me explica—. He estado en el Infierno procurando que la jueza cambiara las normas a tu favor...

Noto que está intentando llamar mi atención, pero es que me da igual. Como si se caga en mi pelo. Todo me da igual.

—Le he explicado que la soplaita de Andreíta cara de muertita ha hecho chantaje a Óscar para que la escoja a ella —continúa relatando mientras sigo mirando fijamente la hoja del suelo—. A ver, mingo, ¿me estás escuchando?

Ni me molesto en contestarle. Parpadeo y relajo mis músculos. Quizás podría estar en esta posición los días que me quedan.

Y de repente siento un guantazo tan fuerte que me tira del banco. Casi me como la hoja del suelo.

—¡O espabilas o te espabilo a hostias! —me amenaza, lo que provoca, con sus gritos, que las palomas huyan asustadas. Durante unos segundos, todo son revoloteo de alas y ella soltando improperios—. ¡Me cago en *to!* Yo aquí intentando salvarte el culo y tú haciendo el mingo en un banco. ¿Cuántas veces he de decirte que tenemos que ganar? ¡Como sigas vagueando así, el maldito cabrón del cubano nos ganará!

Claro, eso es lo que a ella le importa. No soy más que un peón en sus manos, utilizado a su antojo para divertirse con su exmarido. ¿Qué somos si no es eso? Simples marionetas movidas a su antojo.

Se tranquiliza mientras yo me levanto. Aprovecha para encenderse un puro y

cruza las piernas enseñándome unos largos y frondosos pelos en la entrepierna.

—La jueza me ha dicho que...

—No me interesa —la corto—. No quiero saber nada más de este maldito juego. Hemos perdido. Asúmelo y búscate a otra a la que hacer la vida imposible, yo me rindo.

Se levanta de un salto y me intenta increpar, pero la bloqueo antes de que pueda abrir la boca.

—Pégame, insúltame, mátame... ¡Hazme lo que quieras, pero me rindo! ¿Me has oído? —grito a dos centímetros de su cara—. ¡Me rindo! ¡Desaparece de mi vista! ¡Lárgate!

Me quedo sin resuello, y es posible que me hayan escuchado gritar hasta en el mismo Infierno.

Nos miramos fijamente unos segundos. Y creo que es la primera vez que veo que se queda sin palabras. Su expresión va cambiando y transformándose en algo parecido a la resignación. Es capaz de leer la mente y seguro que con lo que acaba de ver pasando por mi cabeza le he dejado bien claro cuáles son mis intenciones.

—Siempre pensé que eras una luchadora —me dice con tranquilidad—. He vivido durante milenios para comprobar que las personas aún son capaces de sorprenderme.

Y, dicho eso, desaparece.

Me hago un ovillo en el banco, abrazo mi cuerpo y cierro los ojos, esperando que llegue mi final más temprano que tarde para sufrir lo menos posible.

Capítulo 25

Día doce. Sábado

Desperto helada de frío. Abro un ojo sin recordar dónde estoy, hasta que me veo envuelta en una especie de caseta hecha con cartones y los dolorosos recuerdos de ayer me atraviesan el cuerpo como cien puñales al rojo vivo. Me intento incorporar y retiro el eterno abrigo de piel de la Muerte de mis piernas. Me pica la cabeza y cuando me llevo las manos a la nuca, siento algo extraño. Me palpo y, con una expresión de asco y estupor invadiendo mi rostro, me quito la peluca negra que lleva últimamente. Corro a comprobar de inmediato que no, gracias al universo, sigo llevando mi ropa interior y no sus roídas bragas sucias.

Me levanto, salgo del refugio improvisado y cierro los ojos por la luz. Cuando los abro, la veo, más calva que el culo de un bebé y en ropa interior agachada en el suelo a unos cuantos pasos de mí, encendiendo lo que parece que es una hoguera improvisada, alimentada con briks de leche de la basura, ramitas y hojas secas de los árboles. Al menos ha conseguido que arda, lo que ya es un milagro.

Me froto los ojos con fuerza y estiro mis diminutos brazos cuando se gira y me saluda.

—Buenos días, atontada. Estoy preparando el desayuno típico de los *homeless*: cerveza caliente con pan duro. Si no te apetece la birra, también tengo calimocho.

Me acerco a ella y me cruzo de brazos.

—Ayer te dejé muy claro que quiero estar sola, vamos, que me dejes en paz.

Se levanta de un salto y empieza a gesticular exageradamente con los brazos.

—Perdone, usted, señoritinga del tres al cuarto, por haberla abrigado del frío y acogido en mi regazo para que ningún perverso se la metiera por detrás sin

verla venir.

—¿En tu regazo? —pregunto oliéndome la ropa y me aparto por el intenso olor a viejo que desprende el vestido.

—Claro, tenía que abrazarte para que las dos entráramos dentro de mi abrigo de piel —explica tocándose las tetas caídas que tiene. Son dos colgajos de piel seca.

Me sacudo el polvo que llevo encima, intento domar como puedo mi salvaje melena cobriza y me voy con paso firme al otro lado del parque, donde poder estar sola.

—¡Eh! ¡Tú! ¿Dónde te crees que vas? —me grita poniéndose la peluca del revés y se coloca rápidamente el abrigo.

Echo a correr sin mirar atrás, excepto en contadas ocasiones en las que desearía no haberlo hecho porque la imagen es aterradora. Parece el robot de *Terminator* persiguiéndome. Para ir de vieja tiene fondo porque cuando me arden los pulmones y paro, ella aprovecha para tirarse encima de mí y echarme su putrefacto aliento directamente a las fosas nasales.

—No te servirá de nada huir —me susurra al oído—. Te perseguiré hasta el final del mundo, si es necesario, para ganar al cubano cabrón.

—¡Vale ya! ¡No puedo respirar! —grito empujándola a un lado. Me levanto y grito de pura frustración—. ¡¿Es que no entiendes que es imposible ganar?! Óscar ya ha hecho su elección. Jamás la abandonaré. ¡Jamás!

Y empieza a sonreírme como si supiera algo que yo no sé.

—¿Y qué me dices si te cuento que tengo un plan? —me pregunta levantándose aparatosamente del suelo—. ¡Ay, qué dolor más grande! —se queja tocándose las lumbares.

—No te sigo.

—Ayer intenté explicártelo, pero como estabas en fase zombi pensé que lo mejor era dejarlo para otro momento. —Me arrastra hasta un banco y se enciende un puro—. Perdona, es que esto es *momento cigarro* —me dice después de darle una larga calada—. Ayer estuve desayunando con Botones en un hotel que te encantaría. Por supuesto mi amigo iba disfrazado de peluche gigante, y tuve que reservar una sala especial...

—¡Al grano!

—Sí, disculpa *retardez*. Fui a quejarme al Infierno al escuchar por boca de la zorrilla de Andrea que le había hecho semejante chantaje a Óscar. Eso de que si la deja, se desnuda la muy putilla...

—¡Lo sé, me lo dijo a mí! Continúa —le ordeno cada vez más cabreada con el mundo en general y con la loca de los huevos en particular.

—Pues la jueza me mandó a tomar por culo.

Me quedo patidifusa. Vale, estamos en el punto de partida.

La Muerte me lee el pensamiento y se adelanta para explicármelo.

—De eso nada, monada peluda... He creado un plan genial que hará que ganes el juego.

—No puede ser, no puede ser tan fácil... —comento alucinada. Parece que tengo una última oportunidad para salvarme.

—Pues sí, así que ya sabes lo que tienes que hacer.

Asiento como una tonta cuando me doy cuenta de que no tengo ni idea.

—Ayer observé desde lejos que los celos lo matan —se adelanta ella—. Mantente cerca de Andrea para no perderlo de vista y restriégale por la cara que eres libre y que estás más que disponible. Ya verás como cae en tus redes... Mientras, yo termino de prepararlo todo para poner en marcha la estrategia que nos encumbrará a la victoria.

Me levanto con un rayo de esperanza brillando de nuevo en mi corazón, a pesar de que no termina de convencerme eso del plan, a saber qué se le ha ocurrido a la degenerada esta...

Y cuando estoy pensando que no me parece buena idea, un guantazo me cruza la cara sin verlo venir. «Esta mujer tiene las manos demasiado largas», pienso llevándome los dedos a la zona dañada.

—¡Deja de pensar, jodida monguer! —me grita con la mano en alto—. Así que ya estás espabilando, que te encuentro muy mustia —me dice empujándome calle abajo—. Te vas derechita a casa de Andrea a por tu bolso y llamas a tus padres para decirles que estás bien.

Empiezo a alejarme de ella, caminando lo más rápido que me permiten mis piernecitas.

—¡Mucha suerte, gilipueñas! —se despide a lo lejos gritando a pleno pulmón.

Llego al piso de Andrea y llamo esperando que no esté Óscar. Seguramente la Muerte no me habría mandado aquí y ahora si no tuviera la certeza de que tengo vía libre. La puerta se abre sin escuchar nada desde el telefonillo. Subo y me asomo con cuidado al interior del piso. De repente Andrea se acerca y me abre la puerta.

—¿Qué tal, María? —me saluda sin muchas ganas y se va derechita a sentarse en el sofá—. Supuse que volverías para recoger tu bolso y para seguir trabajando, claro —comenta distraída mirándose las uñas.

—Sí, es que con las prisas me lo dejé —digo mientras lo busco por la casa.

—No te molestes, ya no está aquí. Te habría llamado para decírtelo, pero como también te dejaste el móvil...

Su gélida mirada me atraviesa de arriba abajo. Se levanta y se va acercando lentamente.

—Qué casualidad, ¿no? Cotilleando entre tus números encontré el de Óscar. ¿Por qué has estado hablando con mi novio a mis espaldas? —me pregunta a un palmo de distancia. Si me quisiera pegar un puñetazo, no tendría que acercarse más.

—No... no te entiendo —susurro caminando hacia atrás.

—Ya somos dos. No entiendo cómo has estado hablando con Óscar, no sé de qué lo conoces. Tienes llamadas de hace días y, supuestamente, lo viste ayer por primera vez —dice subiendo poco a poco su chillona voz y se acerca al tiempo que yo me voy alejando.

Mi mente empieza a ir a mil por hora, intentando inventarme alguna excusa que me salve, pero con el dolor de cabeza que tengo por dormir en la calle no podría ni sumar dos más dos. Así que mis labios se quedan sellados, pegados como si mi saliva se hubiera convertido en Super Glue.

—Y cuando volvió de *comprar la cena* —continúa dejando bien claro que sabe que estuvo conmigo—, le pregunté de qué te conocía... ¿A que no adivinas qué me dijo?

Niego con la cabeza y llamo pidiendo auxilio mental a la Muerte. Que venga

y que le ponga los sobacos en la cara.

—¡No supo qué contestarme! —grita histérica. Y después de ese grito parece que se obliga a calmarse, lo cual me da aún más miedo—. Él nunca me ha mentido, nunca me ha ocultado nada. ¡Jamás! Así que eso solo puede significar... que eres Pilar.

Da un último paso que nos acerca demasiado. Desde aquí me llega su sutil perfume de Dior, incluso puedo ver el tic en su ojo.

—No intentes negármelo, está claro como el agua —me susurra muy bajito—. Te hiciste pasar por la chica de la limpieza para meterte en nuestra relación. No lo niegues, ya he encontrado la bolsa con la coca y el alcohol. Supongo que intentabas conseguir que Óscar me dejara. Y no me equivoco si adivino que las marcas de labios en sus camisas y el perfume también han sido obra tuya, ¿verdad?

Creo que si se abre la tierra y me engulle ahora mismo hasta lo agradecería. Pero como ya no tengo nada que perder saco las uñas, ya que como se dice, hay que morir matando, ¿no?

—Pues sí —afirmo estirándome, a pesar de seguir siendo más bajita que ella—, soy Pilar. Y sí, todas esas cosas son mías, no te lo voy a negar. Pero lo que tú tampoco me puedes negar ya es que le has hecho chantaje a Óscar para que se quede contigo.

Se echa hacia atrás cuando me escucha decir eso. Incluso arruga un poco el semblante. Ante su muestra de flaqueza, me crezco y ahora soy yo la que camina paso a paso en su busca mientras huye de mí.

—¿Cómo puedes ser tan rastrera? —pregunto cerrando las manos en dos puños—. ¿Cómo puedes jugar con su vida de ese modo?

—¡Él me quiere! —me grita a la desesperada.

—¡Eso no lo sabes! —contesto igualando su tono—. Ni tú, ni yo, ni él. Amenazando con suicidarte has impedido que sepamos lo que él quiere de verdad, ¿es que no te das cuenta? ¿Es que no te importa conocer de verdad cuáles son sus sentimientos hacia ti?

Se va desplomando poco a poco hasta que cae en el sofá como un muñeco desmadejado. Se recompone lo justo y necesario para encenderse un cigarrillo.

—Yo sé que él me quiere. Tú no lo entiendes. No sabes lo que hemos vivido juntos —me confiesa temblando un poco—. Sé que no me he portado bien con él, pero ya sabe que soy así...

Me siento a su lado con ganas de darle un sopapo por cretina.

—¿Y por eso te da igual lo que él quiere? No te importa que sea un infeliz el resto de su vida, lo único que te importa en esta vida eres tú, ¿verdad? Aunque lo vayas destrozando poco a poco por el camino.

Levanta la cabeza y me mira fijamente.

—¿Es que piensas que tú lo puedes hacer feliz? ¿Es eso? —me pregunta sonriendo con un toque de ironía y una pizca de maldad—. No le llegas ni a la altura de los zapatos, pequeña. Y yo tampoco, que conste. No lo merecemos ninguna de las dos, y para que ganes tú, prefiero ganar yo, qué quieres que te diga.

—¡Pero eso no es justo! —grito dando un puñetazo al sofá—. Tú desperdiciaste cientos de oportunidades de estar con él y, al final, te suicidaste. Lo siento, pero hay trenes que solo pasan una vez. Sería muy egoísta de tu parte retenerlo a tu lado con una amenaza por celda para él.

Se levanta y apaga el cigarrillo en el suelo con sus zapatillas rosa de estar por casa.

—Es mi última oportunidad y te aseguro que no pienso desperdiciarla —me dice levantando una mano en dirección a la salida—. Y ahora largo. No hace falta que te diga que no quiero volver a verte y, por supuesto, no quiero que lo vuelvas a ver a él. Si me entero de que lo haces, te aseguro que él lo pagará por ti.

Trago saliva con fuerza y me levanto con ganas de matarla. ¿Cómo que lo pagará él por mí?

—No se te ocurra amenazarme, y menos con hacerle daño a él —farfullo ya en la puerta.

—No es una amenaza, Pilar, es un hecho. Como te acerques a él, en tu conciencia quedará lo mucho que sufrirá por tu culpa. Por cierto, se llevó tu bolso. Supongo que lo habrá dejado allá donde os hayáis visto a escondidas, como dos delincuentes.

Y será el haber dormido mal o que aún no me he tomado mi muy necesario café. Quizás el haber pasado la noche junto a la Muerte o simplemente que le tengo ganas desde hace mucho, pero cuando me quiero dar cuenta ya le he asestado el primer puñetazo en el ojo.

Se recompone rápido y me lanza una patada al estómago. La encajo lo mejor que puedo, me lanzo encima de ella y le tiro de los pelos amarillo pollo. Las puntas se me van rompiendo entre los dedos de lo quemado que lo tiene. Ambas caemos al suelo y rodamos arañándonos la cara.

—¡Te mataré! —me grita en el oído mientras siento que me está arrancando la piel a tiras de la cara.

—¡Y una mierda! —le contesto tirando más fuerte de su seca y zarrapastrosa melena.

Creo que intenta sacarme un ojo con un dedo, pero rápidamente yo se lo impido al levantar mi rodilla y clavársela en la boca del estómago. Seguimos así un rato hasta que alguien me agarra por la cintura y me aleja de ella.

Como no, es él, que siempre vuelve cuando más lo necesitamos.

Me limpio la sangre seca del labio y de la nariz, y vuelvo a la carga cuando veo que ella se está levantando, pero Óscar me sujeta en pleno salto ninja.

—¡Se puede saber qué estáis haciendo! Parecéis dos gatas en celo, joder — maldice poniéndose literalmente entre las dos. Su cuerpo de dios griego nos impide volver a la carga. Nos mira a ambas con expresión seria—. Estáis como unas putas regaderas.

Entonces Andrea se lleva las manos al pecho y gimotea como una subnormal.

—Mis heridas... creo que se me han abierto los puntos —se queja la muy puta. Yo no he dicho ni «mu», a pesar de sentir que el ojo se me va a poner del color de las berenjenas, pero ella tiene que hacerse la damisela en peligro para reclamar la atención del tontainas de Óscar.

Y como no me suelo equivocar, Óscar se gira por completo hacia ella y se la lleva dentro. Doy una patada de frustración al marco de la puerta y bajo las escaleras pensando en el puente más cercano para tirarme, cuando alguien me sujeta por la muñeca.

—He ido a casa de tus padres, pero como no estabas lo he vuelto a traer — me dice dándome el bolso—. Por lo que veo, ya se ha destapado el pastel — comenta sonriendo de medio lado al mismo tiempo que se alborota el pelo.

Lo observo mientras asiento. Lleva barba de más de tres días y las ojeras le están creciendo. No parece estar muy bien. Y ahora que me fijo se le empieza a notar cada vez más la clavícula, lo que significa que está perdiendo peso.

—Mantén la cordura, tú, Pilar. Que al menos uno de los tres lo haga porque si no, no sé cómo va a acabar esto —me pide con una expresión de absoluta desolación en su atractivo rostro. Esta situación lo está matando poco a poco, puedo ver cómo se está consumiendo sin remedio.

—Lo siento, pero no lo he podido evitar. Me he enterado de que te hace chantaje para que te mantengas a su lado y... bueno, ya has visto cómo hemos acabado—. Me aliso con las manos el uniforme maltrecho y me hago una trenza medio deshecha de medio lado.

Su mirada triste sigue cada uno de los movimientos de mis finos dedos hasta que se acerca y me coge de la mano con suavidad.

—Nunca cambies, prométeme al menos eso —me susurra bajando la mirada. Me alejo de su contacto y frunzo el ceño.

—No puedes ceder ante sus amenazas —digo enfadándome de nuevo—. Si no quieres estar conmigo, no lo estés, pero tampoco estés con ella si no es eso lo que quieres.

Suspira y cierra los ojos.

—Ya no me acuerdo de cuándo fue la última vez que hice algo así... —se lamenta. Pero abre los ojos y sonrío—. Miento, sí que me acuerdo. Cuando te fui a buscar para que lo intentáramos de nuevo hace poco más de dos meses. Ese fue el último momento en el que me sentí libre de tomar las riendas de mi vida sin importarme nada más.

—Pues vuelve a hacerlo, nada te lo impide. —Me acerco a él y reprimo las ganas que tengo de abrazarlo.

Y su mirada se endurece. En dos parpadeos, su semblante se oscurece y vuelve a ser el chico malo que conocí hace mucho tiempo. Ahora sé que es la máscara que utiliza para que los demás no puedan acercarse demasiado y hacerle

daño.

—Todo ha cambiado, al menos por ahora —farfulla.

—¿Vas a dejar a Andrea? ¿Te lo planteas al menos? —le pregunto suavemente. Tampoco quiero presionarlo demasiado y que termine explotando.

Aprieta mis manos y cierra de nuevo los ojos. Tarda un poco en contestar, pero cuando lo hace parece que su voz sale desde un dolor muy profundo, tan bien escondido que nunca, hasta ahora, he podido verlo.

—No puedo.

Y como ya no tengo nada que perder, me pongo de puntillas y lo beso. Primero es un casto roce en los labios, pero después me los humedezco y los abro, buscando su lengua. Intento retenerlo a mi lado, recordarle lo que sentía cuando estaba conmigo, cuando me besaba... Con delicadeza pero firmemente me separa, lo que levanta un inmenso muro entre nosotros.

—No hagas eso, Pilar. No quiero haceros daño a ninguna de las dos.

Y se va. Da media vuelta y sube las escaleras que lo llevarán junto a ella. Junto a ese demonio con piel de princesa con las tetas operadas, con dos salchichas por labios y con bastante menos pelo que hace media hora escasa, lo último gracias a mí.

Salgo a la calle y pillo el primer taxi que encuentro. Pago con la tarjeta de débito que ya debe tener todo el dinero que Óscar cargó en mi cuenta y vuelvo a casa de mis padres. Tras dos horas de regañina por desaparecer y pasar la noche fuera, caigo rendida en la cama con ganas de que esta pesadilla termine de una vez por todas.

Capítulo 26

Cuando todo se desmorona

Berlín, 1933

Me acurruco entre las mantas y me estiro para desperezarme. Se escuchan gritos en la calle, gente que vitorea el nombre de alguien. No me interesa en absoluto qué es lo que está pasando, así que con un perezoso movimiento de mi dedo escondido entre las sábanas hago que las pesadas cortinas de terciopelo negro se corran para impedir que la luz y el sonido me molesten.

—Esto parece tu cueva —comenta mi marido sentándose en la cama para buscar un puro que dejó anoche en su mesita.

Ignoro que lleva unos días raro, distante, sin pedirme que nos encontremos en el plano mortal. Al final he sido yo la que le ha pedido una cita porque llevábamos sin vernos más de un mes.

—Parece que hoy la gente no trabaja —digo para destensar el ambiente. Y cuando el humo llega hasta mi nariz la arrugo un segundo, pero después le quito el puro de entre sus ardientes dedos y le doy una calada profunda. La garganta me arde un momento e intento no toser, después hago corazones con el humo que van a parar a su atractivo rostro aún somnoliento.

—¿Desde cuándo fumas, mi *amol*? —quiere saber incorporándose aún más y deja al descubierto su fornido pecho.

—No fumo, solo quería probarlo —me defiendo molesta por tener que dar explicaciones.

Me quita el puro con suavidad y me acaricia la mejilla.

—No me gusta que fumes, no es femenino.

Ve la expresión de mi rostro y se levanta inmediatamente para darse una ducha. Escapa de una discusión que está provocando él.

Desaparece y escucho el sonido del agua cayendo sobre su espalda. En otros tiempos, habría ido junto a él, nos habríamos enjabonado y jugado a cientos de cosas entre risas y gritos. Pero ya no me atrevo. Creo que no sería bienvenida. Reprimo una mueca de disgusto y me visto con un chasquido de mis finos dedos. No me apetece jugar a ser humana. Maldita sea, soy la Muerte.

Pestaño y estoy en la calle. Las personas se cruzan conmigo con prisas, vitorean un nombre, hacen un gesto con el brazo cuando se reconocen en su acelerado paso y no puedo más que distraerme con los cientos de papeles tirados que invaden la calzada. Las paredes de los establecimientos también están repletas del mismo símbolo. Aquí ha pasado algo. Durante un segundo, mi curiosidad me hace querer saber más, pero decido ignorar los tejemanejes de los humanos y me voy derecha a una tienda de licores donde sirven el mejor *whisky*.

Me siento en una silla y me sirvo un buen lingotazo. Me lo trago sin pensar y dejo que el dulce veneno me quemé la garganta.

¿Qué es lo que nos está pasando? ¿Por qué siento que ya no me mira como hace cien años?

Juego con mi melena mientras sopeso las opciones. ¿Abordo el tema directamente? ¿Me hago la dura a ver si así espabila? ¿O bien interpreto el papel de damisela herida y ultrajada por no recibir las atenciones de su esposo? No, no se lo tragaría... es demasiado listo.

—Me encanta cuando te tocas así tu delicada cascada de hilos brillantes. Eclipsas a las estrellas más aldiénes del firmamento —me susurra al oído mi marido. Dejo el mechón de pelo caer sobre mi espalda y me pongo rígida.

—No hay quien te entienda —suelto molesta viendo cómo se sienta frente a mí y se sirve una copa—. Me haces sentir que estoy de más, pero tampoco me dejas un momento de soledad.

Se atusa el bigote con suavidad y alevosía porque sabe que me vuelve loca ese gesto. Me hace cosquillas ahí abajo con esa mata de pelo. El malnacido conoce mis puntos débiles y lo está haciendo para desconcentrarme.

—Lo que necesitas es que te recuerden quién es tu papacito.

Mis piernas se juntan involuntariamente y trago saliva.

—¿Por qué estás tan raro? ¿Por qué has dejado que pase tanto tiempo desde

nuestra última cita? —quiero saber antes de que me rapte y me viole en una esquina. Bueno, violación no sería precisamente.

—He estado liado, mi *amol*, ya tú sabe que el Infierno es un maldito infierno de vez en cuando.

Frunzo el ceño porque sé que me acaba de mentir. Lo conozco bien. Me oculta algo.

Me levanto muy digna e ignoro que lo deseo más que nada en esta existencia absurda. Lo daría todo por él y me duele que me oculte cosas. A mí. A su esposa.

—Cuando quieras compartir esos *problemas* conmigo, házmelo saber. Mientras tanto, no quiero verte.

Antes de que le dé tiempo a decir nada, desaparezco y vuelvo a mis dominios. Hago que mis ropajes cambien por algo más cómodo y llamo de nuevo a mi presencia al hombre que se niega a darme los malditos botones de los huevos. Los quiero, me he encaprichado con ellos, y el maldito se niega. Y claro, no puedo quitarle nada que él no quiera darme. Lleva años y años siendo mi esclavo, y no hay manera. Le he dicho que lo dejaré ir al Cielo si me los da, le he prometido la vida eterna junto a las mejores personas que existieron a lo largo de la historia a cambio de esos malditos y maravillosos botones.

Nada, que no lo engaño.

—¡Botones! —grito porque así es como lo llamo—. Preséntate ante tu señora.

Me reclino en el trono y lo espero toqueteándome el pelo. Lo suelto de golpe cuando recuerdo a mi marido. El muy pesado no hace más que alabar mi melena, pero si lo pienso bien, hace años que no se fija en otra cosa.

Botones entra apresurado y se inclina ante mí con una reverencia.

—Mi señora —dice educado, cortés y servil. El malnacido me saca de quicio. No he conocido a un mortal tan cabezota como él.

—Quiero esos botones, Botones —digo enfadada. Este juego se ha alargado demasiado. Llevo demasiado tiempo deseando estrenar esa levita y el muy canalla no quiere irse a tomar por culo sin sus preciosos botones. Quizás estoy haciendo pagar a quien no debo la frustración que siento, cada vez mayor, con el tema de mi matrimonio y mi demasiado guapo marido.

—Mi señora, se lo he dicho ya más de mil veces —empieza a decir con tranquilidad.

—¡Y más de quinientas mil! —grito enfurecida—. ¡Quiero esos botones!

Casi me caigo del trono. Me recompongo, hago aparecer en mi mano una copa y se la tiro a la cara sin miramientos. Se protege con sus manitas rechonchas y se queda quieto, como una estatua.

—Mi respuesta, una vez más, es no —dice muy serio. Levanta la mirada y me la mantiene durante unos segundos—. Jamás le daré estos botones. Son míos.

Me dan ganas de arrancarle la cabeza, de apalearlo..., pero nada de eso serviría. Entonces, ya derrotada, utilizo mi última baza. Sé que su amorcito está en el Infierno. De la visión de sus recuerdos, encontré el rostro de su amada y cuando me la crucé en los dominios de mi marido, solté una carcajada siniestra que provocó que todos los presentes temblaran.

—Tu amor verdadero está cerca y podría llevarte junto a ella para que paséis el resto de la eternidad juntos —susurro acariciándome las manos con lentitud—. Lo único que tienes que darme a cambio son esos botones.

Veo que su expresión cambia, pasa de la sorpresa a la alegría en medio segundo, y después algo indescifrable le cruza por el semblante.

—Muchas gracias por la propuesta, mi señora. Pero no deseo estar junto a ella...

La boca se me abre involuntariamente y dejo la mandíbula en esa posición demasiado tiempo para mi gusto.

—No entiendo nada —consigo balbucear mientras se retuerce la chaqueta nervioso.

—Ella nunca me amó. Me detestaba. Se burlaba de mí. No deseo estar junto a ella porque me hace daño su presencia —explica al fin.

—¿Pero entonces...?

—Pero aun así la amo, mi gran dama de la oscuridad. Aun así, mi corazón le pertenecerá por siempre jamás.

Debería estar conmovida, pero es otro sentimiento el que se cruza en mi camino.

—Eres el mayor estúpido que he tenido el disgusto de conocer. ¡Maldito

mono idiota! ¡No eres más que un gordo orangután simplón y obeso que no hace más que darme dolores de cabeza!

Lo apunto con una de mis uñas afiladas y lo convierto en un orangután con su mismo traje de chaqueta y una pajarita a juego. Se mira las manos, ahora peludas y gigantes, y gimotea.

—¡Hasta que no me des esos malditos botones serás un mono gordo y feo!
—grito enfadada—. ¡Desaparece de mi vista!

El malnacido se va, pero antes de hacerlo me lanza una mirada que me deja congelada por un instante. Esos ojos me están diciendo muchas cosas que no me gustan y, por un momento, creo que he infravalorado a este pobre contable. Pero lo hecho, hecho está.

Capítulo 27

Día trece. Domingo

Me despierto sobrecogida por todo lo que sucedió ayer. En el baño compruebo que efectivamente mi ojo derecho está hinchado, además de que mi cara está en dos tonalidades gracias a las uñas de Andrea. Grandes arañazos surcan mi rostro desde la frente hasta el mentón dando la impresión de que soy una cebra trasnochada.

—Me cago en la puta de los cojones —maldigo extendiéndome crema hidratante hasta en el carnet de identidad.

Desayuno en silencio escuchando la regañina parental segunda parte. Es que no se dan por vencidos en su empeño de tocarme las narices. A veces me dan ganas de contarles la verdad y presentarme de nuevo. «Encantada, soy Pilar, y a penas os saco diez años. Así que cuando me contéis mentiras del tipo: si practicas sexo, se te caerán las tetas, que sepáis que me río de lo lindo». No, mejor asiento mientras bebo el maldito Cola Cao y mato a mordiscos la supercalórica palmera. Deberían preocuparse menos por lo que hago y más por el hecho de que me están condenando a sufrir diabetes.

—¿Se puede saber qué te pasa? Antes no eras así —se queja mi madre cruzándose de brazos.

«Claro, lo raro sería que la pobre niña fuera igual que yo», pienso limpiándome los restos del desayuno del pijama mientras llevo la taza chocolatada al lavavajillas.

—¡No ignores a tu madre! —me recrimina mi padre levantándose de golpe de su silla—. ¿Es que te estás aprovechando? ¿Estás utilizando tu enfermedad para hacer lo que quieras? Pues si piensas eso, estás muy equivocada. Y espero que no vuelvas a pelearte con nadie. Mírate la cara, la tienes hecha un Cristo.

Asiento y les digo que tengo que irme a dormir. Me duele todo el cuerpo. Así que me paso horas tirada en la cama con ganas de anudar un pantalón de pijama tras otro y crear una soga ultralarga que me sirva para colgarme desde la ventana. Evidentemente no lo hago porque no me fío de mi nula capacidad para hacer nudos asesinos. Lo máximo que podría conseguir sería romperme la crisma y pasarme el resto de los días que me quedan postrada en una cama intentando matarme con una pajita de plástico.

Cierro los ojos y lo veo. Huyendo de mis labios, alejándose para estar con ella, dándome la espalda, diciéndome que no quiere estar conmigo. ¿Qué coño ha pasado entre nosotros? Existía una conexión, yo lo sé y él también, o al menos eso creía hasta hace poco. Ahora mismo pienso que el pobre está tan harto de ambas que si pudiera, desaparecería del mapa y adiós, muy buenas. Nos dejaría a las dos plantadas y buscaría a una chica normal, mona y simpática que no tuviera de sombra a la mismísima Muerte o al Diablo convertido en cubano sesentón.

Me toco el pelo compulsivamente con la cabeza a mil por hora y, de repente, la habitación me asfixia. Tengo que salir de aquí, así que me pongo un vestido rosa acampanado con un jersey blanco perlado y unas sandalias de cuero. Todo en silencio para que no se enteren mis carceleros. Como no puedo ir al baño, ya que levantaría sospechas, me hago una trenza sin poder mirarme en un espejo y rezo para que mi ojo no esté empeorando por segundos. Escapo por la ventana con el bolso en el hombro y, tras aterrizar como puedo sin partirme las piernas, ahuyento al perro con tímidas patadas lanzadas al aire. Salto la valla y espero el autobús. Necesito pillarme una buena cogorza, es lo único que tengo claro.

Compruebo en el móvil que apenas son las seis de la tarde. Abril en pleno auge ya trae suaves brisas que adelantan el verano y, mientras espero lo que parece una eternidad, decido acercarme a la parada de taxis, ya que vuelvo a tener dinero disponible gracias a Óscar.

Me acerco corriendo. Solo queda uno libre. Entro sin aliento, dejo el bolso a mi lado y cierro la cremallera para que no se me pierda nada.

—Buenas tardes —saludo retocándome el pelo—. Al centro, por favor. Déjeme en Gran Vía.

Veo que el hombre asiente y arranca el motor. Nos movemos. Borro como doscientas llamadas de Manuela y otros tantos mensajes. Pobrecita, no entiende por qué ya no quiero verla. No es que no me agrade su compañía, es que siento que la barrera de edad que nos separa es infranqueable. Si tengo que volver a escuchar «las miraditas que le echa» el jodido Nacho, me vuelvo la tapa de los sesos.

Estamos llegando al centro cuando el taxi entra de repente en un *parking* subterráneo. La barrera de protección de cristal que lleva me impide tocarle el hombro, pero me acerco hasta que sale vaho entre los agujeritos que tengo para hablar.

—Oiga, ¿adónde vamos?

Mi cara de estupefacción debe ser impactante cuando «el taxista» se gira y compruebo que me he montado en un coche con el Diablo cubano.

—Mamita, ahora mismo te lo explico todo —me dice sonriendo.

Salto hacia atrás de nuevo en mi asiento e intento abrir la puerta para rodar sobre el asfalto, pero la puerta está bloqueada. Acelera y va bajando uno a uno los pisos del *parking*. Está vacío, no hay ni un coche. No se ve un alma.

—¡Muerte! —empiezo a gritar deseando que aparezca y me salve porque, aunque aparentemente parece bastante amigable... es el Diablo, al fin y al cabo. Y para qué nos vamos a engañar, me da un poco de miedo estar a solas con él.

—No te esfuerces, mi *amol*, mi *jevita* no va a venir. Ya me he encargado de que esté entretenida mientras conversamos tú y yo. Le he preparado una encerrona con su amigo mono Botones.

Me empiezo a poner nerviosa cuando frena en seco y por poco no nos chocamos contra una de las paredes de hormigón. Se gira, me sonrío de medio lado y sale del coche. Se acerca hasta mi puerta y muy caballerosamente me invita a salir. Tengo que respirar varias veces para no desmayarme porque esto parece la típica escena de un capo de la mafia que va a cargarse a un muerto de hambre cualquiera, o sea, yo misma.

En cuanto me pongo a su lado, hace algo raro con las manos y, en un pestañeo, desaparece su anterior atuendo para ser reemplazado por un traje de chaqueta blanco con camisa roja y corbata negra, a juego con un sombrero negro

muy de moda. Se coloca unas gafas de sol de pasta y unos mocasines hacen su aparición de la nada. Parece recién salido de La Habana profunda. Y, como no podía ser de otra forma, un puro cubano aparece entre sus labios, lo que resalta su negro bigote a juego con su pelo tan solo salpicado por algunas canas en las sienes.

—Encantado, Pilar —me saluda cortés pidiéndome la mano. Se la tiendo sin mucha ceremonia y me la besa con elegancia natural—. Tenía muchas ganas de verte.

Es hipnótico, te atrapa su mirada y su boca, y cuando me quiero dar cuenta, le estoy sonriendo como una bobita, pero no en plan «Me pone», sino «Llevo tres porros de maría entre pecho y espalda». Sacudo la cabeza y recuerdo las advertencias de la Muerte con respecto a él. Según ella, tenía que andarme con ojo.

—No le hagas caso a mi *jevita*. Le encanta meter guapería —me dice leyéndome el pensamiento.

—¿Cómo? —pregunto abrazando el bolso contra el pecho como si así estuviera segura y protegida. Será que llevo compresas dentro de uno de los bolsillos.

—Discúlpame, aún utilizo expresiones que no todo el mundo entiende —dice quitándose el sombrero y me hace una reverencia—. Quería decir que le gusta meter mierda. Te he traído hasta aquí para que entres en razón. Ahorita Andrea me ha contado que la has engañado con malas artes y ya tú sabe que eso está muy mal, mi *amol*.

Rebuzno. Sí, como los burros, no me sale ser más fina.

—Lo que ha hecho ella es aún peor, así que no me vengas con tonterías.

Pone cara de inocente total y empiezo a vislumbrar que quizás ha sido idea del Diablo chantajear así a Óscar.

—No, mi *amol*. A mí no me mires. Yo no tengo nada que ver con eso —se defiende leyéndome de nuevo el pensamiento.

—Pues que sepas que con eso ya ha ganado en juego, podéis estar contentos. Pero lo único que te pido es que, por favor, no lo hagáis más infeliz. Es una persona, no un muñeco.

—Puedes besar su boca por última vez si así te quedas más tranquila —me dice sonriendo.

—No pienso compartirlo con ella. Ni quiero ni puedo, no te voy a mentir. Óscar es demasiado honesto y bueno como para engañarla conmigo.

Y cuando lo digo en voz alta, siento tal dolor en el corazón que creo morir, ya por quinta vez, si no he hecho mal las cuentas. Pensar que Óscar haría algo «malo» simplemente por estar conmigo me parte el alma.

—He venido a decirte que no vuelvas a tocar a Andrea. Es mi protegida y mi deber como padrino es defenderla de ti —me explica muy educado.

Claro, yo no me puedo hacer pasar por la chica de la limpieza, pero ella sí que puede chantajear a Óscar como lo ha hecho. Claro, «justicia divina» se llama. Parece que me lee el pensamiento porque se adelanta a hablar:

—Solo una puede ganar, y esa va a ser Andrea. Deja ya de luchar, es inútil que te esfuerces más. Él jamás te quiso como la quiere a ella, y supongo que tú no eres de las que se conforman con ser el segundo plato.

—Él me ha querido, lo sé —digo sin saber si es realmente cierto.

—Querida —susurra inclinándose un poco como en una pequeña reverencia mientras chupa el puro—, he visto el *amol* un millón de veces y entiendo perfectamente la situación por la que estás pasando. Te aseguro que el *amol* verdadero existe y es el que se profesan Andrea y Óscar. ¿Son incompatibles? Sí. ¿Se merecen el uno al otro? No. ¿Aún así se aman con locura? —Me mira con pena y asiente—. Sí, así es como se quieren. He venido a pedirte que no pelees más porque no merece la pena. Pasa los días que te quedan bailando y disfrutando de la vida y después te prometo que te reencarnarás en la mejor posición que pueda darte.

—¿Qué ganas tú con todo esto? —le pregunto cabreada. No me ha gustado nada lo que me ha dicho—. ¿De verdad es tan importante ganar a la Muerte?

Suspira y se ajusta la corbata.

—Me abandonó. Tras siglos juntos... se volvió más loca que una regadera y me dejó con lo puesto, como se suele decir. —Da una profunda calada a su puro y me sonrío—. Es la única forma que tengo de pasar tiempo con ella, de que me tenga en sus oscuros pensamientos. Y conociendo a mi mamita como la conozco,

me respetará más si le gano.

—Eso no tiene ningún sentido. Si le ganas, te odiará más de lo que ya lo hace —replico.

—Prefiero que me odie a que me ignore, a ese punto hemos llegado —concluye haciendo un gesto con la mano—. Hazme caso y olvídale tú que puedes, por desgracia yo estoy condenado a desearla por toda la eternidad, a pesar de haberse puesto más fea que una momia. Y, aun así, la quiero.

Bajo la mirada para apartar las lágrimas y cuando vuelvo a levantarla, ha desaparecido. El muy cabrón se ha largado y me dejó con una inquietud en la boca del estómago que solo se puede curar con una cosa.

Tres horas más tarde, estoy en la Plaza del Rey tomando una copa de vino tras otra sin medida alguna. Recuerdo vagamente que entré en un bar de estilo *vintage*, de esos que tienen cada silla de su padre y de su madre, oxidadas con un cojincito nuevo muy mono, y me senté en la barra con la cabeza baja. Tragué las primeras tres copas de vino tinto sin saborearlo, directamente hacia mi esófago. Y ahora me miro las manos como si me las estuvieran borrando con una goma imaginaria porque van desapareciendo ante mi alcoholizada mirada. Con la tarjeta tirada en la barra, pido y pago casi al mismo tiempo, sin querer pensar muy bien qué coño estoy haciendo, porque creo que hace un ratito he llamado a Óscar únicamente para escuchar su voz y después colgar cagándome en sus muertos.

Estoy tranquilita hasta que el camarero se niega a ponerme una más. Le suplico y le aseguro que es la última, le enseño mi carnet de identidad para que vea que soy mayor de edad y que puedo hacer con mi riñón lo que me salga en gana, pero se cierra en banda y me dice que pida un taxi y me vaya a descansar. ¿En qué momento se han vuelto tan responsables los bármanes? ¿Será porque me acabo de pringar la cara con la vaselina de Hello Kitty? ¿O porque siento cómo se me va cerrando el ojo que ayer me golpeó Andrea?

Lo llamo de todo, menos «bonito», e intento bajar al aseo, pero mis piernas creen que la ley de la gravedad se ha suspendido por el momento y me fallan, así que bajo rodando unos quince escalones. El número es, por supuesto, inventado, ahora mismo no tengo ni puta idea ni de dónde llevo puesto el tanga.

Y todo se vuelve negro cuando siento que mi pequeña cabeza choca contra algo duro.

Capítulo 28

Día catorce. Lunes

La luz incide directamente en mis párpados, me quema la piel y me obliga a que abra los ojos. E inmediatamente los vuelvo a cerrar porque un latigazo de dolor me atraviesa la cabeza. Querida resaca, bienvenida de nuevo...

—Espera, que bajo la persiana —escucho que dice alguien que se aproxima.

Olvido que un ser invisible me está taladrando el cráneo a pelo y lo busco con la mirada. Incluso me intento incorporar, pero de repente lo siento a mi lado y me empuja con delicadeza pero firmemente para que vuelva a acostarme.

—Tranquila, no te muevas mucho. Anoche me dijeron que te diste un buen golpe contra el suelo —dice al lado de la ventana, lo que crea oscuridad total en la habitación.

Hago un ruidito lastimero, es lo máximo que puedo expresar. No soy capaz de pronunciar ni una maldita palabra. Siento que se tumba a mi lado y me abraza. Sonrío un poco e intento acurrucarme junto a él.

—No deberías beber tanto, no es bueno —me reprocha suavemente—. Y tampoco deberías llamarme para colgarme después. Sabes lo mucho que me tocas los huevos cuando lo haces...

Vuelvo a gemir y me doy la vuelta para abrazarlo. No sé cómo he llegado a esta situación, pero sí sé que se irá dentro de poco, así que me permito el dañino placer de disfrutar de su cercanía un segundo.

—¿Dónde estoy? —consigo preguntar en un hilo de voz de ultratumba.

—En mi casa —susurra suspirando—. Anoche te devolví la llamada cuando me colgaste. Me contestó una chica que me explicó que te acababas de chocar con ella en las escaleras de La Revoltosa y que estabas más borracha que una cuba —dice mesándome el pelo con tranquilidad—. Como te conozco en esa

situación, decidí que lo mejor era ir a buscarte.

—¿La Revoltosa? —pregunto con la boca más seca que Moisés en el desierto.

—El bar en el que estabas. Incluso la chica se quedó contigo en la calle hasta que llegué. —Hace una pausa que incluso yo, en mi estado, soy capaz de apreciar—. Es el bar en el que nos reencontramos hace lo que ya parece una eternidad. La primera vez que te fui a buscar sabiendo que eras tú.

Suspiro y reprimo un sollozo involuntario que acabaría en una llorera de tres días al menos. Me gusta ser independiente, pero reconozco que me derribo por dentro cuando viene a salvarme. Es su poder especial, la habilidad de hacerte sentir querida y protegida y, al mismo tiempo, sentirte libre de tirarte por una ventana si te da la gana. Con él no te sientes juzgada, aun sabiendo que no le gusta lo que haces.

—Gracias —digo cerrando los ojos con fuerza para ahuyentar a mis amigas saladas. No quiero llorar delante de él. No quiero ser un peso más en su injustamente torturada conciencia.

—Te dije que estaría cuando me necesites —dice acariciándome la mejilla—. Siempre.

Se levanta y desaparece. Lo oigo trastear en el baño y después sentarse en el sofá del salón. Es su sutil manera de poner distancia entre nosotros y dejarme claro que estoy en su cama, pero que no piensa compartirla conmigo. Y como no tengo fuerzas para levantarme aún, cierro los ojos y espero que mis neuronas se reconstruyan para cuando me despierte.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, ya me encuentro mucho mejor. Me estiro y me doy cuenta de que estoy en ropa interior. Seguro que él me desnudó cuando me dejó aquí, por una de tres razones: estaba empapada en vómito, quería que estuviera más cómoda, o bien mi preferida: quería verme desnuda.

Me levanto y sonrío porque el dolor de cabeza ha remitido bastante hasta casi desaparecer. Ahora es una pequeña molestia que me recuerda los efectos negativos del alcohol, pero con la posibilidad de poder tomarme una copita de vino sin echar los intestinos.

Me muevo sigilosa por el pasillo hasta que lo encuentro dormido en el sofá.

Me acerco y le acaricio su increíble rostro. Cuando está despierto, podría llegar a dar miedo si quisiera, porque su mirada es bastante intensa, pero así, relajado y profundamente dormido, incluso resulta entrañable. Sus labios están entreabiertos, respira pausadamente. Y, sin darme cuenta de lo que estoy haciendo, ya me veo arrodillada frente a él besándolo con suavidad. Desde que noto el tacto suave de su piel, siento que una inmensa paz me atraviesa por completo. Mi hogar es él, esté donde esté.

Me acerco un poquito más y paso mis pequeños dedos a través de sus revueltos mechones castaños. Cojo con ambas manos su rostro y lo vuelvo a besar, esta vez con más intensidad. Aprieto mis labios contra los suyos con desesperación y rabia, con una angustia contenida desde hace tantos días que parece que voy a explotar si no lo siento cerca, lo más cerca posible.

Aspiro para recordar su olor allá donde vaya y cierro los ojos para ahuyentar las lágrimas que poco a poco van descendiendo por mis ruborizadas mejillas.

—Te quiero, nunca lo olvides —le susurro al oído conteniendo un sollozo.

Y me levanto para irme, para alejarme de él lo antes posible y no hacerle más difícil toda esta situación, para que no se sienta desgraciado por verme sufrir, para no darle la oportunidad de escoger entre las dos, aunque lo cierto es que lo hizo sin titubear un segundo desde el momento en el que se enteró que ella había vuelto. «No, Pilar», me reprendo a mí misma como si fuera una niña estúpida, «No se lo pensó dos veces, no sigas mendigando su cariño».

Vuelvo a la habitación secándome las mejillas a manotazos y me visto rápido, casi sin ver lo que estoy haciendo. Encuentro el bolso y llego hasta la puerta de entrada de puntillas, intentando no despertarlo. Y cuando ya estoy cerrando, lo veo levantarse y venir hacia mí.

—Pilar... —me llama extendiendo una mano en mi dirección. Reconozco que hay un toque de desesperación en su voz, pero no me detengo a saber más. Cierro de un portazo y bajo las escaleras de dos en dos. Hasta que no llego al parque, donde hace tiempo comía pipas, no paro.

Y ahí me derrumbo de nuevo. Me siento en el suelo y me tapo la cara con las manos para llorar a moco tendido sin que nadie me vea, algo bastante absurdo porque no hay un alma en los alrededores. No he comprobado el móvil, pero

parece que deben ser ya las cinco de la tarde. Creo que paso varias horas en esa postura, incapaz de moverme, de actuar.

Y cómo no, el olor a puro me llega antes incluso de verla.

—Deja de ser tan patética, hostia puta —escucho que dice a mi lado dándome una patada nada amigable en la pierna.

Sorbo los mocos y levanto la mirada.

—¿Dónde has estado? —le recrimino mirando al suelo.

Las palabras se escapan de mis labios y los sollozos vuelven a la carga, me raspan la garganta y me ahogan. Y es la primera vez que veo a la Muerte sin saber realmente qué hacer. Noto que quiere consolarme, pero supongo que su fría alma, si es que la tiene, le impide cualquier tipo de demostración de buenos sentimientos.

—Ale, ale... —me dice desde la lejanía mirando a todos lados con agobio mientras yo aúllo cual lobo a la luna llena.

—¡Soy un desastre! —gimoteo acercándome a ella y la agarro por las solapas de la chaqueta—. ¡Todo me pasa por ser gilipollas! ¡Por salvar al retrasado de Alfonso! ¡Por fiarme de ti! ¡Por enamorarme de Óscar, que claramente jamás olvidó a Andrea! —grito a dos centímetros de su arrugada cara, moqueando y pateando como una niña de cinco años.

—Tranquilízate, chiquilla, que te va a dar un soponcio —me dice mirándome con cara de asco. Sí, es asco. Eso es lo que inspiro a los demás.

Y pienso que no puede entenderme. ¡Es la maldita Muerte! ¡Cómo va a entender mi sufrimiento si para ella debo ser como un grano de arena en todo el mar!

—Déjalo, da igual —susurro y me obligo a mí misma a dejar de llorar para mantener la compostura—. Pero, por favor, no vuelvas a abandonarme cuando más te necesito. El Diablo me ha amenazado al hacerse pasar por taxista. He gritado tu nombre y no has venido —gimoteo siendo la persona más patética del mundo en este momento.

Levanto la mirada y me percató de que sus ojos empiezan a echar chispas literalmente.

—¿Qué el asqueroso picha floja ha hecho qué? —me pregunta con la cara

totalmente desencajada. Está furiosa—. ¡Me cago en *tos* sus muertos! ¡Esto no se va a quedar así! Ahora mismo vamos a poner en marcha mi plan genial, y nos las pagarán todas juntas... —me asegura.

—¿Qué plan? —me atrevo a preguntar—. ¿En qué consiste?

Me echo hacia atrás de un salto cuando levanta la cabeza y me mira con una sonrisa de oreja a oreja sacada de la peor película de terror jamás vista. Creo que a partir de hoy sufriré insomnio porque cada vez que cierre los ojos veré esa mirada de demencia total.

—Ahora mismo lo vas a ver... No te preocupes —dice con voz de pito y sin gesticular porque no quita la maldita sonrisa.

Al final me atrevo a darle un sopapo para que deje de mirarme así, a lo que ella responde con una patada en mi estómago que hace que me doble en dos y caiga de rodillas al suelo.

—No vuelvas a tocar mi cara vengativa, he estado practicando delante del espejo años enteros hasta conseguirla —me contesta la muy puta recolocándose la peluca.

—Venga, nos vamos a casa de Andrea...

Veo que se pone a andar, pero tardaríamos horas en llegar caminando. Además, estoy literalmente agotada, no puedo tener más agarrotados los músculos.

—¿Podemos pedir un taxi? Es que no soy capaz de dar dos pasos...

Resopla y parece que me va a pegar de nuevo cuando se le ilumina la cara. Se acerca y hace que ponga mi mano encima de su antebrazo, que mantiene en una extraña posición, como si esperara que alguien fuera a besarle la mano.

—Hace mucho que quería probar una cosa. Quiero que nos *aparezcamos*, como dice Dumbledore. Vamos, nos te asustes. Piensa en tu pitorro feliz remojándose en tu antigua bañera y llegaremos.

Cierro los ojos deseando que esta no sea otra de sus locuras y cuando me quiero dar cuenta, el estómago se me pone del revés y pierdo el equilibrio. Abro los ojos y veo que estamos, efectivamente, dentro de mi antigua bañera. La muy graciosa tiene su esquelético culo encima de mi cara.

—Levanta... —le pido intentando no gritar. No quiero que nos pille Andrea

en esta ridícula situación.

Y escucho que se ríe y se tira un pedo literalmente justo encima de mi cara. ¡Será guarra! Acabo empujándola con fuerza para poder respirar algo que no sea metano mortalmente podrido. Rueda como un escarabajo pelotero y se levanta con dificultad tocándose los riñones.

—Querida, los años no pasan en balde —me explica encogida como una vulgar viejecilla. Ya, eso que se lo cuente a otra, que yo no me lo trago.

—Y ahora, ¿qué? —pregunto recomponiéndome como puedo.

Se levanta y su indumentaria cambia. Ahora lleva una chaqueta beis a juego con unos pantalones ajustados y unas botas altas. En sus manos una escopeta de caza hace su aparición. La carga y sale muy decidida por la puerta hacia el pasillo. Corro detrás de ella sin saber muy bien adónde nos llevará todo esto.

—¡Andreítaaaa! ¿Dónde estásssssss? —canturrea con esa voz que pone cuando quiere que todos los demás nos caguemos encima.

Recorremos mi antiguo piso sin encontrarla. Nada. Se ha esfumado. Nos sentamos un momento en el sofá y ella aprovecha para encenderse otro puro. Debería empezar a plantearse dejar de fumar. Y en cuanto lo pienso, la sorprende una horrible tos que parece que se le salen los pulmones por la boca.

—Ni lo sueñes —dice leyéndome el pensamiento. Si lo dejara, es porque le tengo miedo a la enfermedad y a la muerte, es decir, a mí misma. Y no hay cosa más absurda en el mundo que eso. Además, no es necesario que te preocupes por mí, yo estoy por encima de cosas tan mundanas como un cáncer de pulmón —me explica sonriendo. Me dan ganas de pegarle.

—Parece que se ha ido, no está —comento cruzando las piernas.

—No pasa nada, la esperaremos.

Y enciende la tele, sube el volumen a todo trapo y busca un canal donde echan una telenovela venezolana. Se pone a gritar a todas las actrices cuando besan a alguno o a insultarlas cuando lloran por desamor. A los hombres les hace cortes de manga y los llama maricones. Me tapo la cara con las manos cuando incluso a uno le saca una teta colgandera a dos centímetros del televisor y le dice que si quiere carne, ahí tiene un buen trozo.

—¡Y tú, soplagaitas! ¡Deja de poner ese acento tan *suavecito*, que pareces

julai!

Sin previo aviso, la puerta se abre. Como la Muerte estaba montando un escándalo, no hemos escuchado la cerradura. Y aparece Andrea cargada con bolsas de Tous. Maldita... gastando mi dinero tan acertadamente...

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? —nos pregunta al dejar las bolsas sin cuidado alguno en el suelo.

Ambas nos miramos y la Muerte se recompone en milésimas de segundo. Cuando me quiero dar cuenta, ya tiene la escopeta en la mano y la apunta muy seria.

—Te vas a venir a dar una vueltecita con nosotras, si no te importa —dice haciendo aspavientos con una mano para que me levante. Del susto me he quedado con el culo pegado al sofá. No sé lo que pretende la loca y no sé si quiero saberlo, la verdad.

—No pienso ir a... —empieza a decir Andrea cruzándose de brazos.

—¡No te he preguntado, putilla barata! —la interrumpe gritando. Se echa la escopeta a la espalda y alarga una mano, lo que hace que Andrea casi vuele hasta nosotras. La sujeta con fuerza del pelo y a mí me da la mano, que me aprieta con fuerza.

Cierro los ojos, porque le ha gustado la mierda esa de «aparecerse». Y después de que todo gire a nuestro alrededor un segundo, caemos en un campo sembrado. No sé si es trigo, cebada... no entiendo de agricultura, solo sé que las ortigas me llegan por los hombros. No veo nada a dos pasos de mí.

—¿Cómo se te ocurre traerme aquí? —pregunta Andrea a mi madrina—. Estás loca —comenta limpiándose restos de barro de su vestido rosa chicle. Lleva la manicura del mismo color, hasta una pinza en el pelo, en plan princesa de barrio. Dios... no se puede ser más choni.

La Muerte la apunta de nuevo con el arma y la insta a que se mueva. Andamos unos pasos adentrándonos con mucha dificultad en el maizal y, de repente, nos ordena parar.

—Te he traído hasta aquí para que juguemos a algo muy divertido. Lo voy a llamar... *Tiro a la zorra*. Vas a correr como nunca en tu vida mientras intento llenar tu esquelético culo de plomo, ¿lo has entendido? —pregunta sonriendo

como un gesto que me pone los pelos de punta. Cuando quiere, consigue dar muy, pero que muy mal rollo.

Por su parte, Andrea se cruza de brazos y se mete un chicle en la boca. Parece que no se toma esto demasiado en serio.

—¿Estás de coña? —pregunta comprobando que sus tetas siguen siendo como dos balones a punto de estallar.

A modo de respuesta, la Muerte apunta a su cabeza y dispara. La pinza rosa que lleva y sujeta un moño en su coronilla pasa a un mundo mejor. Sale humo de su amarilla cabeza, y yo no sé si descojonarme o pedirle que pare. Vale, ha tenido su gracia, pero que no vaya a más.

—¡Jodida lunática! ¡Te vas a enterar! —grita Andrea como poseída mientras comprueba con pavor que su melena ha quedado reducida a cenizas. Parece una de esas Barbies a las que las niñas más traviesas le cortan el pelo hasta dejarlas medio calvas.

La Muerte la mira muy tranquila, demasiado para el gusto de todos, creo. No dice nada, solo vuelve a apuntar. Me lanzo a detenerla, pero me empuja y caigo al suelo. Miro a Andrea, parece un pollo despeluchado disfrazado de rosa. No sé qué hacer, así que grito.

—¡Corre! —le ordeno cuando veo que la va a matar de un momento a otro.

Andrea me mira con pánico y obedece. Nos da la espalda y empieza a correr lo más rápido que puede. Y comienza la caza. Voy detrás de la Muerte suplicándole que pare, pero ella no hace más que decirme que cierre la puta boca mientras apunta y dispara al culo de Andrea sin acertar. Solo escucho mi respiración agitada, los gritos histéricos de la presa al fondo y el crujir del cultivo dorado que me roza la cara a cada paso.

Cuando creo que al final se la carga, porque antes o después acertará y le meterá un tiro por la espalda, el cielo se vuelve negro y una especie de onda expansiva nos tira a las tres al suelo. Cuando consigo incorporarme veo que todo ha desaparecido en al menos un kilómetro. Solo estamos nosotras tres y la tierra a nuestros pies. A lo lejos, se ve la plantación estropeada.

—¡Has ido demasiado lejos, mi *amol*! —grita alguien desde arriba. Levanto la mirada y lo veo descender desde una nube, con el cielo a sus espaldas más

negro que he visto en mi vida. Parece que se va a desatar una tormenta de dimensiones titánicas.

La Muerte se incorpora y con un gesto de su mano vuelve a llevar su atuendo normal. El abrigo, los tacones y la peluca puesta del revés aparecen por arte de magia. Rápidamente se mancha la cara con el pintalabios rojo y se rompe la media a la altura de las rodillas.

—¡Y una mierda que te comas, maldito engendro! ¡Has empezado tú! —le grita levantando la mano, lo que hace que el cubano se desestabilice y caiga como un pelele cualquiera al suelo.

—¡Cubanín! ¡Sálvame! —suplica Andrea corriendo hasta donde ha caído. Lo ayuda a levantarse y le limpia el polvo de su traje. Me parece ver una mueca de fastidio en la Muerte cuando Andrea se acerca peligrosamente con sus delicadas manos a la entrepierna del Diablo.

—Ya no te puede salvar nadie —dice la Muerte cargando su escopeta de nuevo—. No os mováis, a ver si consigo matar dos pájaros pochos de un tiro.

El Diablo se recompone con elegancia el peinado y, con un simple movimiento, le arrebató mágicamente la escopeta a su exmujer y la tira a un lado.

—No puedes hacer esto, ya tú sabe. Va en contra de las reglas —dice con un deje de cariño en su voz—. Nunca cambiarás, *mi amol*...

—¡Como me vuelvas a llamar *mi amol*, te juro que te saco los ojos y me los como! —grita enfadadísima—. ¡Devuélveme la maldita escopeta para que os pueda desfigurar la cara esa de anormales que tenéis!

Yo me voy alejando poco a poco de ellos y veo que Andrea me imita. Cuando me quiero dar cuenta, están los dos frente a frente, con el cejo fruncido y claramente enfadados. Y debo reconocer que el Diablo está espectacular. Erguido, con los hombros atrás, la mirada esa que tiene tan intensa fija en su ex, ese aire de don juan que siempre lo acompaña y su poder, todo eso lo hace ser alguien bastante atractivo, y entiendo que la Muerte se casara con él.

—No, no lo hagas... —empieza a decir el cubano levantando una mano—. Ni se te ocurra.

Miro a la Muerte. No sé lo que va a hacer, pero por la cara que tiene le queda

poco para hacerlo. Es determinación, locura e ira lo que veo en sus ojos. Y de repente ambos levantan las manos y empiezan a luchar. Desde la distancia, se tiran al suelo, vuelan, dan giros imposibles y llega un momento que no puedo ver nada. Han creado una especie de tornado y se han metido dentro; levantan tierra y polvo a su alrededor. Tengo que protegerme los ojos con el brazo e intento buscarlos con la mirada, pero es imposible. El cielo se cierra aún más y unos truenos y relámpagos feroces arrancan sollozos a Andrea, a pocos metros de donde estoy. La miro un segundo y la veo llorar mientras se agarra las piernas. Ella solita ha provocado todo esto y lo peor es que no se siente culpable de nada. No he conocido a nadie tan egoísta.

Tras un rato en el que solo puedo protegerme hecha un ovillo en el suelo, me doy cuenta de que empieza a llover. Más bien a diluviar. La tormenta está justo debajo de nosotros y parece que el cielo nos quiere engullir. A lo lejos, se oye la lucha, pero a pesar de todo lo único que escucho con claridad es el latir apresurado de mi corazón. Me va a dar un chungo y la palmo aquí sin que nadie se dé cuenta porque las dos «personas» que tendrían que atenderme en el más allá están un poquitín ocupadas ahora mismo.

La lluvia se convierte en granizo. Después de calarme hasta mis juveniles huesos, tengo que soportar que pelotas de hielo del tamaño de mis pezones me golpeen sin piedad. Y no hay ningún lugar en el que refugiarse. Me protejo los ojos con las manos y veo que Andrea sigue en la misma posición. La odio, pero por su cara parece que lo está pasando peor que yo, así que decido acercarme para decirle que no pasa nada y que no está sola, cuando una explosión me hace volar por los aires. Durante unos segundos, me quedo ciega y sorda, soy como una de esas ratas de laboratorio recién nacidas, que no hacen más que temblar pringosas y asustadas.

—¡Parar de una vez! ¡Os lo ordeno! —suenan una voz dentro de mi cabeza. Más bien retumba, e invade cada uno de mis desordenados pensamientos.

Y todo acaba. El cielo se despeja de inmediato. El granizo desaparece, lo que deja lo que parece un campo de batalla. Solo faltan los heridos... Ah, no, espera, que ya estoy yo. Tengo los brazos llenos de arañazos, golpes y sangre. Pero para mi consuelo Andrea no está mejor que yo, y cuando veo a la Muerte y al

Diablo... tengo que reprimir una sonrisilla, a pesar de todo este caos y violencia. Parece que, entre tanto giro y vuelta, se han ido arrancando la ropa y ambos aparecen en ropa interior. A la Muerte prefiero ni mirarla porque es un esperpento, pero el Diablo está sexi. Debajo de esos trajes hechos a medida, hay un cuerpo atlético y bastante definido, morenito y seductor. Lo único que tengo que pasar por alto son sus *boxers* blancos con corazoncitos rojos.

Y de repente aparece la dueña de la invasiva voz, de la persona que ha parado todo esto. La jueza llega cojeando por los desniveles que se han formado en la tierra y mueve, frenética, las manos alrededor de su vaporoso vestido floreado. Parece muy enfadada.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo?! Lo vuestro ha llegado demasiado lejos —grita a los causantes de todo este estropicio recolocándose las gafas. Ambos bajan la mirada al suelo. El Diablo la mantiene ahí, pero la Muerte rápidamente la levanta y la mira desafiante.

—La culpa la tienes tú, asquerosa repipi del tres al cuarto —dice contoneando sus famélicas caderas huesudas tan solo tapadas por una especie de taparrabos negro, seguramente restos de una antigua braga veinte tallas más grande.

—Muerte... no empecemos. No quiero tener que volver a sancionarte —dice la jueza muy tranquila.

No sé de dónde se saca un puro, pero lo hace. Se lo enciende con toda la chulería del mundo y le echa todo el humo en la cara.

—No, yo tampoco quiero que lo vuelvas a hacer. Es tremendamente molesto —comenta con el mentón bien alto mientras le da un manotazo al Diablo, que le está pidiendo una calada.

—Mamita, estás relinda así, manchadita de barro... —susurra el Diablo lanzándole una mirada muy sugerente, mirada que ella borra del mapa con un hostión que lo deja en el suelo.

—Bien, llegados a este punto no me dejáis otra opción. A partir de ahora queda totalmente prohibido para ambos ayudar a Pilar y a Andrea. Tendrán que resolver este problema ellas solas, sin vuestra intervención —declara la jueza cruzándose de brazos.

El Diablo asiente resignado levantándose dignamente, pero la Muerte le tira el puro a la mujer en la cara.

—¡Y una mierda! ¡Mi Pilarica no sabe ni atarse sola los cordones! ¡Me necesita, maldita rana destetada! —grita histérica. No sé si halagarme porque quiere ayudarme y protegerme o sentirme insultada—. ¡No pienso perder ante este engendro peludo! —continúa señalando al Diablo. Vale, parece que lo único que le importa es ganar a su ex.

La jueza hace algo con la mano y la Muerte se queda literalmente sin boca. Ha desaparecido, mimetizándose con el resto de la piel. Dios, qué mal rollo. Se limpia las gafas con tranquilidad mientras mi enajenada madrina se retuerce por el suelo enseñándonos a todos su arrugado culo lleno de tierra mojada. Me da hasta un poquito de pena, fíjate a dónde hemos llegado.

—No voy a consentir ni que me insultes ni que me agredas de nuevo — aclara la mujer muy seria—. Tu puesto no te da ese poder, recuérdalo.

Y de repente la boca manchada de carmín rojo reaparece, pero esta vez no es utilizada. Se queda bien cerrada, creo que por miedo a desaparecer para siempre. Y no hay cosa que más le guste a la Muerte que insultar a diestro y siniestro.

—Llevar a vuestras protegidas a casa y dejarlas terminar el juego solas. No podréis ayudarlas más, ¿queda claro?

Todos asentimos en silencio, excepto la Muerte, que le hace un corte de mangas y rápidamente me sujeta del brazo y desaparecemos de la escena del crimen. Regresamos al parque cerca del piso de los padres de Óscar. Yo me acurruco en un banco y aprovecho que no hay nadie cerca para empezar a lloriquear. He perdido el juego. Desapareceré de esta vida y no recordaré nada. Tanto sufrimiento y esfuerzo tirados a la basura.

—Deja de llorar, pequeña *monguer* —dice de nuevo y como siempre: con su abrigo, su peluca y sus tacones—. Aún puedes enamorar de nuevo a Óscar, no lo olvides.

—Ya... —asiento secándome la cara sin delicadeza—. No sabes cuánto me duele que nos ganen, yo soy la primera que quiere seguir en esta vida con él, pero se acabó. La quiere a ella.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿El *retardez* de mi ex? —pregunta entrecerrando

los ojos.

—Sí, pero no es por él por quien estoy convencida —le confieso con el alma en un puño—. Creo que voy entendiendo la dañina, pero firme relación que tienen ellos dos. Es una especie de amor-odio, en la que parece que hay más odio, la verdad. Aunque Andrea lo haya chantajeado, creo que esa no es la verdadera razón por la que está con ella...

—¿Sí? —me insta a continuar sacándose un moco.

—Cuando nos vimos en el hospital, le dije que era yo en otro cuerpo. Y no sabes la cara que puso cuando se enteró de que Andrea había vuelto... —contengo un sollozo y continúo—: Se le iluminó la cara y salió corriendo para verla. Se olvidó de mí por completo. Volví sola a mi nueva casa, olvidada por mi novio. ¿Lo entiendes?

Menea la cabeza de un lado a otro, negando.

—Que Óscar jamás habría estado conmigo de existir también Andrea. Nunca ha estado con nadie que no sea ella y jamás lo estará mientras esté viva —explico abriendo mucho mis ojos color caramelo.

—Pues entonces tendremos que cargarnos a la zorrita —dice con uno de esos tonos malignos que le encanta utilizar en la mayoría de las ocasiones.

—¿Estás loca? Bueno, ambas sabemos que sí, no sé para qué pregunto...

—No, estoy más cuerda que tú —me responde sentándose a mi lado con las piernas abiertas.

—Muerte, va contra las normas. Ya has oído a la jueza, no podéis intervenir. Además —añado inmediatamente—, no puedes *matarla* —digo poniendo énfasis en la última palabra.

—*Matar* es a lo que me dedico, querida... —comenta sonriéndome. Hay veces que me encantaría poder entrar en su cabeza y ver qué es lo que hay ahí dentro.

Me levanto y empiezo a gritar haciendo aspavientos con las manos.

—¡Que no puedes! ¡No puedes hacer nada!

Me imita y se pone a mi lado, ya de pie. Se acerca hasta que puedo oler su nauseabundo aliento justo en mis fosas nasales. Abre los ojos y pone una de sus frías manos en mi hombro.

—Mi estúpida padawan, yo puedo hacer lo que me salga del higo. Siempre lo he hecho, y esta vez no va a ser diferente. No me dan miedo las represalias de la jueza, ya me ha sancionado otras veces y no es para tanto, nada que no pueda soportar.

—Si lo haces, Óscar me odiará, al final sabrá que ha sido por mi culpa y jamás podrá perdonarme. —De repente la siento detrás, tan cerca que puedo sentir su gélido aliento en la nuca—. ¡Para! Que me pones la piel de gallina —me quejo empujándola.

—La cuestión es que he decidido hacer lo que mejor se me da, y así de paso te ayudo a ganar. No te preocupes, no tienes por qué intervenir en el homicidio en primer grado.

—¡No pensarás en serio en matarla! —grito perdiendo un poco los nervios. La conozco, es la semilla del mal, y cuando se le mete algo en la cabeza...

—Mi querida Pilar, reconozco que te he cogido cariño en este tiempo, pero eso no te permite decir lo que puedo o no hacer. ¡No pienso perder el maldito juego! —me dice igualando mi tono.

—Aunque la mates, no ganaremos el juego si Óscar no me elige, ¿no lo entiendes? No te servirá de nada, y seguramente nos castigarán por ello —digo a la desesperada para evitar que cometa una de sus tantas estupideces varias.

—Prefiero pedir perdón que permiso, ya tenemos que actuar a la desesperada. No hay nada que perder y mucho que ganar —suelta recolocándose la ridícula peluca—. A ver si aprendes de mí y empiezas a mover el culo, soplapollas del tres al cuarto.

Y, tras el insulto más gratuito que le he escuchado decir hasta el momento, desaparece al evaporarse ante mis ojos.

Reconozco que me empiezo a poner nerviosa. He vivido en primera persona eso de ser asesinada y agradable no es precisamente. Pero conozco a esta mujer como si la hubiera parido, y cuando dice que va a hacer algo... no hay quien le pare los pies.

Vuelvo al piso de Óscar para ponerlo sobre aviso, pero no me abre el portal, no contesta. Y justo cuando estoy pensando qué hacer, Óscar me llama al móvil. Han pasado solo unos cuantos minutos desde que la Muerte se marchó en plan

justiciera del infierno, es casi imposible que le haya dado tiempo a hacer algo. O no... con sus poderes nunca se sabe.

—Dime, Óscar —contesto preocupada.

—*No te llamaría si no fuera importante* —me avisa con auténtico pánico en la voz—. *Tienes que venir a casa de Andrea ahora mismo, por favor.*

Contengo la respiración y el corazón empieza a martillearme con fuerza. Seguro que se la acaba de encontrar muerta. Seguro que la Muerte se ha teletransportado en medio segundo hasta mi antiguo piso y le ha metido una bala entre pecho y espalda.

—¿Qué ha pasado? —consigo preguntar tras tragar saliva varias veces.

—*Es mejor que vengas, no te lo puedo explicar bien por teléfono...* —Suena muy, pero muy preocupado.

—Vale —contesto mirando a mi alrededor para ver dónde puedo conseguir un taxi—. Ahora mismo voy.

—*Perdona, no es justo que te pida esto ahora, pero eres la única que me puede ayudar.*

—No, por favor. No te disculpes. Sabes que puedes contar conmigo igual que, espero, yo contigo.

Y me cuelga.

«Vale, vamos, Pilar, que tú puedes», me digo con las rodillas temblando. Tengo que atravesar todo el parque y andar varias calles larguísimas hasta que encuentro una parada de taxis. Entro corriendo y le pido que vaya a La Latina lo más rápido posible. En menos de veinte minutos estoy aquí, con las manos temblorosas llamando a lo que antes era mi querido telefonillo.

Me abre sin preguntar quién es y subo las escaleras como puedo, con mil ideas pasando por mi cabeza, cada cual más descabellada y, para qué nos vamos a engañar, más macabra. Me la imagino comiéndose sus sesos o sacándole los ojos con las uñas...

Y entro en mi antiguo piso. Vale, no hay sangre en el descansillo, empezamos bien... Camino despacio y con miedo hasta el salón, donde me encuentro a Óscar sentado en el sofá con la cabeza enterrada en sus increíbles manos. Y un papel en el suelo, justo frente a él.

—Óscar... —lo llamo con miedo a acercarme más. No sé lo que ha pasado, no sé si ella ha muerto.

Levanta la mirada y se encuentra con la mía. Aprieta la mandíbula y la vena del cuello hace su aparición. Cierra los puños con fuerza y, aunque sé que él jamás me haría daño, retrocedo unos pasos cuando veo ese brillo en sus ojos. La sed de venganza ilumina su mirada, me acojona con su destello.

—Lee —me ordena tras recuperar el papel del suelo.

Me acerco y lo primero que veo es un folio arrugado que cojo intentando no tocar sus dedos. Si siento su piel, me vendré abajo, y no me lo puedo permitir. Tampoco debería admirar sus ojos, ni sus labios, ni su pelo ensortijado, castaño y brillante. Y si ya me paro en sus antebrazos... Parpadeo y leo:

Querido maromo:

Antes de nada decirte que si tuviera mil años menos ya te habría violado y sodomizado porque tu cuerpo serrano me tienta como pocos han hecho. Después de esto, te informo que he raptado a la insoportable de los huevos de Andrea. Pienso torturarla y matarla, cortarla en pedacitos tan pequeños que no podrás juntarlos todos de nuevo, será como esos puzles de mierda que nunca consigues terminar.

Comprenderás que tengo mis motivos, pero por desgracia no te los puedo explicar ahora mismo. Estoy bastante liada dándole de hostias a tu novia. La cuestión es que soy la Muerte y mi trabajo es cargarme a los que me den la real gana y, en este caso, le ha tocado a la pesada de Andreíta, más que nada porque me ha tocado las narices.

Pero para que no pienses mal sobre mi persona y porque estas cosas me divierten y hacen que mi existencia tenga sentido, te voy a dar la oportunidad de rescatarla.

Ahora mismo nos vamos al castillo de mi querido amigo y visionario Vlad Tepes. Tienes una semana para venir a buscarla y salvarla. Si no te viene bien o no te apetece, no pasa nada, me la cargo y listo. Si, por el contrario, te tomas la molestia de venir, que sepas que debes hacer acto de presencia antes de la caída del sol del lunes.

Con todos mis respetos por tus glúteos de acero, me despido.

La Muerte

P.D: Si te presentas sin camiseta, te pondré las cosas un poco más fáciles.

Dejo caer el papel al suelo y me froto los ojos con fuerza, pensando en lo que estará haciendo ahora mismo la loca de los huevos. Al final la ha liado, y estoy segura de que ha montado todo esto porque veía la derrota y quería fastidiar y romper todas las normas. En fin... después de todo, nada de lo que haga ya me puede sorprender.

—¿Qué significa esto, Pilar? —me pregunta Óscar muy serio—. ¿Has tenido algo que ver?

Trago saliva y, en medio segundo, empiezo a cabrearme de nuevo.

—¿En serio me has llamado para preguntarme si soy la responsable de esto? —murmuro con la voz cargada de furia asesina mal disimulada—. ¿Tengo que recordarte que yo misma he sufrido sus absurdos desde que intenté salvar a Alfonso?

Se levanta y empieza a pasear como un león enjaulado. Sé que su cabeza va a mil por hora y, cuando menos me lo espero, lanza un puñetazo contra la pared más cercana. Cierro los ojos y grito por el susto, y en cuanto los abro me acerco corriendo a su lado porque el muy bruto se ha hecho sangre. Lo obligo a que me deje verle la mano y hago un ruidito con la garganta cuando le veo los nudillos ensangrentados.

—No es nada, ya estoy acostumbrado —me explica quitándole importancia.

Levanto la mirada y lo miro desde abajo sin ganas de soltar su mano. Para aumentar más este momento, disimulo toqueteándole un poco la herida con la tela de mi vestido que, la verdad, más sucio no puede estar. Cuando me doy cuenta de que lo puedo estar condenando a morir por una ultrainfección, muy a mi pesar, me separo y corro al baño. Salgo con un kit de primeros auxilios y empiezo a curarlo con una parsimonia y tranquilidad bien estudiada. Aprovecho para inhalar con fuerza su olor corporal y para juntarme todo lo que pueda a su cuerpo.

Parece que se da cuenta porque en uno de los rápidos vistazos que echo a su cara para pestañear coquetamente se le escapa una de sus sonrisillas de medio

lado que me vuelven loca.

—Creo que ya puedes parar —comenta intentando hacerse el serio. Podría engañar a otra, pero a mí no—. He buscado por internet y ese amigo suyo es Drácula, o lo fue, supongo. La verdad es que ahora mismo ya no soy capaz de discernir lo real de lo fantástico.

—No me extraña... —farfullo y me obligo a parar de pasarle la gasa impregnada en agua oxigenada por sus dañados nudillos.

—Ya he mirado los billetes para Rumanía. El primer vuelo sale dentro de pocas horas.

Me olvido de mi papel de enfermera y me lo quedo mirando alucinada.

—¿De verdad vas a ir? —pregunto sentándome en una silla y cruzo las piernas—. No es buena idea, la Muerte está más loca de lo que tú te crees.

—Por eso tengo que ir, no tengo opción —me responde con voz cansada.

—Por lo que pone en la carta, da la impresión de que la está quemando al rojo vivo, pero te aseguro que yo he pasado por una situación muy parecida con la Muerte y, en realidad, no es tan malo. A ver, la tía está loca, es guarra, bruta y desvergonzada, pero en el fondo sus torturas no son tan horribles como parecen...

—¿Qué quieres decirme con todo esto? ¿Que no me preocupe por Andrea, que las torturas no serán tan duras antes de morir? —me pregunta manoseándose el pelo con rabia.

Me levanto y me pongo frente a él con los brazos en jarras.

—Mira, si la quiere matar, lo hará, y no podrás hacer nada para evitarlo. —Quiero convencerlo para que no vaya, pero al ver su mirada me rindo—. Y si vas a ir, yo te acompaño, no te voy a dejar solo con la depravada.

—No, ni de coña. Ya bastante has sufrido tú —niega con contundencia.

—No lo hago por Andrea, lo hago por ti —le aclaro antes de continuar—. La que mejor la conoce soy yo, así que vas a necesitar mi ayuda te guste o no.

Parece que se lo piensa, pero espero que no esté planteándose la posibilidad de hacer un intercambio y ofrecermelo como «tributo» para el sacrificio humano.

—De acuerdo —accede al fin—, pero solo si me prometes que tendrás cuidado.

Chasqueo la lengua contra el paladar y me hago la chulita al poner los brazos en jarras.

—¿En serio? Por favor...

Me sonrío y pone esa cara de chico malo que hace que mis bragas se declaren en huelga y quieran salir volando de entre mis piernas.

—Pues vamos.

Y nos pasamos el resto de la noche preparando un plan, hacemos la maleta, cenamos, dormitamos a ratos en el sofá y al final, sobre eso de las siete de la mañana, tomamos un café bien cargado para poder mantener los ojos abiertos.

—Deberíamos haber dormido un poco más —me quejo delante del espejo del baño mientras me lavo los dientes y admiro mis dos señoras ojeras.

—Sabes que prefiero no dormir si no van a ser más de seis horas —me repite pasando por mi lado para guardar su peine.

—No te lo laves —le digo escupiendo la pasta de dientes—, ocupa espacio y al final siempre acabas peinándote con los dedos porque no lo encuentras. —Entonces me doy cuenta de que estoy usando su cepillo, algo que siempre hacía sin querer.

Nos miramos y la situación se vuelve bastante incómoda. Por un momento ha parecido que seguíamos juntos, que nada había pasado y que todo era como antes, a excepción de que llevo otro cuerpo, claro.

—Eh... tienes razón —murmura tras dejarlo donde estaba y pone distancia entre nosotros.

Compruebo el reloj de la cocina y lo insto a salir ya si no queremos tener que ir corriendo por el aeropuerto como locos.

—Deberías llamar a tus padres —me dice con las dos mochilas en el rellano.

Suspiro y cierro los ojos. Debo tener más de cien llamadas perdidas tuyas, además de otras cincuenta de Manuela. Al final les mando un mensaje en el que les explico que me voy de viaje unos días, que no se preocupen, que estaré bien. Si salgo de esta, me espera el castigo más grande del mundo, eso si es que vuelvo a su casa, claro.

—Vámonos antes de que cambie de idea —le contesto echándome la pesada mochila al hombro. Hace el amago de llevarla él, pero rechazo su ayuda y

empiezo a bajar las escaleras. Prefiero que no sea tan amable y servicial si después va a pasar de mí. De hecho, vamos a buscar a la maldita Andrea para poder darme por culo después. ¿A quién había escuchado decir que lo mejor de la vida empieza a partir de los treinta? Seguro que a algún gilipollas...

Capítulo 29

En mis dominios, en 1934

—¡Botones! —grito con todas mis fuerzas.

Aparece corriendo y se inclina ante mí.

—Me aburro —digo cruzándome de piernas—. Vamos a jugar al ajedrez.

Hago aparecer el juego y se sienta en el suelo frente al trono. Me resulta demasiado cómico ver que cada vez que intenta coger una minúscula figura, esta se le escapa de entre sus enormes dedos rechonchos. Aún no se ha acostumbrado a ser un orangután peludo.

Me doblo en dos por la risa. Es me que encanta torturarlo. Me gruñe, pero solo un poquito porque sabe que su mal humor es recompensado con un tutú rosa y su obligada actuación de un ballet clásico solo para mí.

—Venga, que es para hoy —le pico más aún—. Cualquiera diría que hace tiempo fuiste un hombre... ah, no, espera, que eras un barril de grasa con ojos.

Otra vez esa mirada, con esos ojillos pequeños y redondos. Cuánta sabiduría albergan esos dos glóbulos acuosos...

—¡Como me vuelvas a mirar así, te saco los ojos y me los como! ¡Y me da igual que te quedes ciego, tendrás que seguir llevándome la contabilidad, ya tendrás que ver cómo! Ah, no, espera, que no vas a ver...

Ninguno de los dos nos reímos. Vale, el chiste ha sido malísimo. Pero es que me aburro tanto, pasan los días, las noches, las semanas... y cada vez que le digo a mi marido de vernos, me sale con que tiene asuntos importantes que no puede desatender.

Hago volar el juego de ajedrez y casualmente le da en toda la cara a Botones. No ha sido casualidad, él y yo lo sabemos bien.

—Prepara un baño bien caliente —le ordeno con mi mejor voz de tirana

experta.

Y me acicalo para darle una sorpresita. Me pongo mis mejores galas para encontrarme con mi marido en el Infierno. Y tendrá que atender sus obligaciones conyugales quiera o no.

—No me esperes para cenar —le digo a Botones ajustándome de nuevo el vestido. Me hace un asentimiento de cabeza y me desvanezco.

Aparezco en el Infierno. Atravieso la cueva de arena blanca y llego hasta una de las piscinas. La gente, como siempre, bailando y bebiendo. Todos se paran al verme llegar. Incluso la música se detiene. Será que los he dejado impactados con mi exuberante belleza.

Llego hasta las puertas doradas, donde vive mi marido, pero me asaltan unos guardias que no había visto nunca.

—¿Tiene cita con el Diablo? —me pregunta uno de ellos impidiéndome entrar.

—Soy su mujer, no necesito ninguna cita —respondo altiva.

Se miran entre sí confundidos. No tengo tiempo de tonterías. Tengo que ver a mi hombre y decirle unas cuantas cosas. La primera será que nunca más estemos tanto tiempo sin vernos porque me duele su ausencia. Las demás se las diré dependiendo de cómo me trate entre sus brazos.

Doy un paso adelante y se lanzan sobre mí para detenerme. Pongo los ojos en blanco y los hago volar por los aires. Aún escucho sus gritos cuando abro sin esfuerzo las pesadas puertas doradas. Pero entonces los veo. Dos cuerpos desnudos abrazándose, entrelazados de una forma tan íntima que casi me veo obligada a quitar la vista por presenciar algo tan privado. Él, mi marido, fornicando con una guarrilla cualquiera; su piel perlada y brillante por el esfuerzo de darle aquello que me pertenece solo a mí por derecho, por los votos que nos hicimos.

Tienen que pasar unos instantes que parecen siglos, hasta que se dan cuenta de que tienen una espectadora impactada. Ella, rubia, tetona, curvilínea y preciosa. Abre su carnosa boca al verme y lo para. Le indica con un suave gesto que estoy aquí. Cortaría ese dedo y se lo daría de comer a Botones. No toques a mi hombre, es solo mío...

Mi marido, por su parte, tarda un poco más en ponerse en situación, tan dedicado a los pechos de su amante que no ve más allá. No me ve. No soy nadie, por eso no le importo. Levanta la vista un segundo y tiene que volver a enfocar para ver lo que está pasando. Sí, mi amor, te he pillado. Por eso estabas ausente, por eso no querías verme. Ya tenías a otra con quien jugar. Y como si una bombilla se encendiese en mi cabeza, la reconozco. Reconocería a esa guarra, aunque hubieran pasado mil vidas.

—Eres tú —digo acercándome. El Diablo se interpone entre nosotras. Le cortaré la polla con mis dedos afilados—. Por eso querías que le devolviera la vida, porque iría al Cielo, lejos de tus garras. Seguro que te la follaste en vida para tenerla junto a ti, ¿no es cierto? ¡Estoy en lo cierto! —me desgañito ya olvidando mi orgullo.

Ella aprovecha mi lapsus de ira para salir huyendo por uno de los pasadizos.

—Mi *amol*... —se atreve a decir como si supiera el significado de esa palabra—. Estas cosas pasan...

Le cruzo la cara de un guantazo y me arrepiento al segundo. No se merece que lo toque, ni aunque sea para pegarle.

—Quiero el divorcio —consigo decir luchando por no estrangularlo con mis propias manos, por no dejarme caer al suelo y suplicar que me quiera de nuevo.

Lo odio. Odio esa mirada. Odio ese bigote. Esa pose de superioridad. Lo odio tanto que me duele el cuerpo, me duele todo. Siento que mi piel se empieza a resquebrajar y, antes de que diga una palabra más, desaparezco.

Vuelvo a mis dominios y empiezo a chillar durante más de tres horas. Botones llega al segundo de oírme y no se separa de mi lado, me abraza una y otra vez mientras le pego, lo escupo, le ordeno que me deje sola, que se «remuera» de una vez por todas y que me deje sola, como debería haber estado siempre.

Lo lanzo tan fuerte contra el suelo que pienso que lo he terminado de rematar, pero se levanta de nuevo y viene hasta mí para sujetarme la mano una vez más. Se lo cuento todo, y cuando termina mi relato, se aleja un segundo para traerme algo que beber. Me alejo del trono y hago aparecer un espejo. Mi reflejo me provoca náuseas. ¿En quién me he convertido? Soy un absurdo reflejo de mí

misma. Soy la mismísima Muerte, no una despechada más.

Me despego el pelo de la cara enrojecida por la rabia y empiezo a rasurarme la cabeza con las uñas. Mechón a mechón, va cayendo toda mi preciosa melena al *no suelo*, hasta que me quedo como un bebé recién nacido. Me miro de nuevo y me empiezo a reír hasta que me quedo sin aliento. Es una risa histérica, demencial. No hay alegría en ella, solo odio.

Botones deja caer la copa y el líquido se derrama hasta llegar a mis pies. Sus ojillos lo dicen todo. He perdido la cabeza. Y me da igual. Es lo que quiero. No sentir. No flaquear en tonterías como el amor. Lo odio, lo odio, lo odio. Lo odiaré por siempre.

Y mi cuerpo empieza a cambiar, mis manos envejecen, mi piel se arruga. Mis piernas empiezan a quedarse cada vez más finas, huesudas. Mis pechos se caen, se me quedan colgando sin remedio. Mis labios se secan, mis ojos empequeñecen y asquerosos pliegues invaden mi cuerpo.

Me desnudo ante la atónita mirada de Botones y lo que veo me hace chillar. Me llevo las manos a la calva cabeza y pienso qué es lo que he hecho. Mi melena, mi figura, mi atractivo rostro... ¿Adónde se han ido?

Con un chasquido de mis apergaminados dedos podría volver a ser la mujer que siempre he sido, pero este cuerpo refleja quién soy ahora. Esta es ahora mi imagen.

Empiezo a dar vueltas y a reír porque no puedo llorar. Grito, aúllo de dolor, rabia y resentimiento.

Y cuando todo acaba, me tiro en el *no suelo* y gimoteo. Ni una lágrima. No se me permite llorar. Botones me recoge, me tapa con un viejo abrigo de piel que ha saber dónde lo ha encontrado y me lleva hasta el trono. Hago aparecer una copa de vino tinto, la paladeo y frunzo mis nuevos labios, no es lo suficientemente fuerte. Sin pensar, un puro ya está entre mis dedos. Le doy una calada y el asco que me da toda la realidad en su conjunto cobra sentido.

Levanto la mirada y veo a Botones a mi lado. Mi Botones, mi único amigo.

Suspiro y levanto aún más la barbilla. Me había perdido, pero me he encontrado de nuevo.

Soy lo que soy y lo seré hasta el fin de los tiempos.

Sí, soy la Muerte.
Y he vuelto.

Capítulo 30

Día quince. Martes

A las nueve estamos embarcando. Apenas hemos hablado, cada uno concentrado en sus propios pensamientos. Lo cierto es que yo solo he estado admirando su inaccesible cuerpo al entrar en el taxi, al entregar los billetes que tenía guardados en el bolsillo trasero de su pantalón, al inclinarse para entrar en el avión, al estirarse para guardar las mochilas en los maleteros. En esos momentos, juro que he tenido que tragar saliva con la visión de la cinturilla de sus *boxers* y los músculos de su cadera. Y cuando se ha abrochado el cinturón... mi vista ha ido directo a su entrepierna, no tiene sentido que mienta a estas alturas.

—Tranquila, nena —murmura levantando la ceja. El muy cabrón me ha pillado con las manos en la masa.

Mi cara se sonroja al instante. Es lo malo de ser una chica decente con un cutis blanco inmaculado, que se nos caza a la legua cuando ponemos nuestros candorosos ojos en un paquete bien puesto.

—No seas tan creído, no te pega —le contesto con toda la rapidez que me permiten mis revolucionadas hormonas—. Ten cuidado que la azafata tiene pinta de querer comprobar en primera persona la mercancía que escondes —comento muy bajito a su oído cuando la chica se acerca y se le queda mirando tres segundos más de lo normal.

Óscar se ríe y cierra los ojos. Aunque debe de estar agotado, lo noto bastante relajado. O a lo mejor es eso, que se está quedando frito mientras las féminas del avión nos lo comemos con los ojos. Y cuando una niña que atraviesa el pasillo abre sus ojitos al verlo casi dormido, decido cerrar también los míos y viajar al mundo de los sueños.

A la una, nos avisan que vamos a aterrizar. Nos desperezamos ruidosamente e intento limpiarme las comisuras de los labios antes de que me vea llena de baba.

—En Bucarest tenemos que coger un tren hasta Brasov y de ahí un autobús hasta el Castillo de Bran. Lo he mirado y parece que vamos a tardar otras cuatro horas en llegar —me informa masajeándose los antebrazos con una lentitud que me desconcentra.

Asiento parpadeando con pesadez y le cojo la mano con fuerza cuando tocamos tierra. Siempre me asusta este momento en los vuelos y no debería haberlo tocado porque ahora ya no me quiero soltar. Tiene la mano calentita, acogedora. Y con todo el dolor de mi corazón se suelta incómodo con la excusa de que se tiene que desabrochar el cinturón. «Vale, lo he pillado, no te gusta que te toque», pienso frunciendo los labios y resoplo.

En la terminal preguntamos por la estación de tren, y tengo que aguantar las ganas de lanzarme contra el mostrador cuando la mujer pregunta si soy su hermana pequeña. Lo negamos al momento y me alejo fastidiada. Si no tengo suficiente con toda la mierda que llevo encima, además me tienen que recordar que para el hombre de mi vida solo soy una niña.

Levanto la mirada y miro mi reflejo en un cristal. Me he puesto lo más cómodo que he encontrado en el armario de Andrea, así que llevo unos Levi's desgastados pitillos que me quedan un poco largos, unas zapatillas oscuras y una camiseta negra semitransparente con un sujetador negro. Mi frondosa melena está bien recogida en un moño a la altura de la coronilla, algo que me estiliza un poco más. Y, a pesar de haberme maquillado con todos los lujosos productos de Andrea, no consigo eliminar ese aspecto de niñez inmaculada que me persigue allá donde vaya. Así que rebuzno y me pongo unas gafas de sol, estilo aviador, divinas que le he birlado a la susodicha. Estas me las quedo y que me entierren con ellas.

—Vamos, hermanita, es por aquí —bromea Óscar ofreciéndose de nuevo a llevar mi mochila. Le saco la lengua y la porto como puedo obviando que mis piernecitas están cada vez más cansadas.

—Parece que no llegamos nunca —susurro agotada.

—Ya. Y no quiero ni pensar en lo mal que lo estará pasando Andrea... — comenta frunciendo el ceño.

Me paro y lo obligo a que haga lo mismo al poner una de mis diminutas manos en su torso tan bien trabajado.

—Deja de preocuparte. Hazme caso, la conozco. No puede matarla, aún no —aclaró sin poder decirle que estamos en medio de un juego—. Únicamente hace esto para llamar la atención. Andrea se llevará algún guantazo y poco más, yo lo he sufrido y aquí estoy... —terminó diciendo algo molesta. Me doy cuenta de que parece que yo puedo soportar todas sus humillaciones mientras que Andrea es una princesita a la que hay que salvar a la primera de cambio. Y me molesta, la verdad. Me gustaría que, por una vez, alguien viniera a salvarme a mí.

—Espero que tengas razón —me dice tocándome un segundo el hombro. Me encojo ante su contacto y seguimos andando.

En el tren mi estómago empieza a rugir. Llevamos unos bocadillos en su mochila, y cuando escucha por cuarta vez mi tripa, se ríe y me tiende uno. Él se saca otro y, en silencio, nos los comemos mirando por la ventanilla. El paisaje es increíble, todo árboles y vegetación frondosa.

A mi alrededor no hay más que turistas que seguro tendrán el mismo destino que nosotros: el castillo de Drácula. «Solo espero que a la loca no se le suba a la cabeza el público y desencadene el mismísimo Apocalipsis», pienso dándole un gran mordisco al pan con jamón serrano.

—¿En qué estas pensando? —me pregunta distraído apoyado contra el cristal.

Pongo los ojos en blanco y me resisto a mentirle.

—En que me espero cualquier cosa. Y mira a todos estos turistas —susurro acercándome más a él—, no creo que estén preparados para algo como ella.

—No creo que se exponga a la gente, no te preocupes por eso. Lo que estoy mirando es que quizás no lleguemos a poder entrar hoy —me explica enseñándome su móvil—. Mira, dicen que la última entrada es a las seis de la tarde. No llegamos.

Asiento con la cabeza y le sonrío. Noto ansiedad en su mirada. Quiere llegar

cuanto antes y acabar con esto. Todo lo contrario a mí. No quiero que acabe jamás este viaje, porque por fin podemos estar a solas. Aunque supongo que solo en cuerpo, su mente está lejos.

—Pues deberíamos encontrar algo para dormir en Brasov y coger el primer autobús mañana a primera hora —comento y le doy otro delicioso mordisco a mi bocadillo. Me sabe a gloria, no me acuerdo de la última vez que comí algo tan delicioso, será el hambre que tenía o que a su lado todo es... más.

—Sí, es lo mejor —dice dándome la razón.

Y, animándome porque lo voy a tener toda una noche para mí solita, le comento que podríamos ir a visitar el casco antiguo que he leído es muy bonito, con varias iglesias góticas. Pero frunce el ceño y gruñe. Se gira y se pone a mirar por la ventana. De nuevo el silencio incómodo nos atrapa y engulle, y vuelvo a sentirme fuera de lugar, de contexto y de cuerpo. Soy estúpida, no hay una palabra mejor para describirme ahora mismo. Yo ilusionada como una niñata porque me voy de viaje con él, cuando lo cierto es que vamos a rescatar a su novia. Su novia. No sé por qué siempre se me olvida...

Me levanto y paseo por los vagones, echando miraditas de odio a las parejas de enamorados. Me dan una envidia tan insana que les vomitaría encima si no me dieran miedo las consecuencias. Y de repente me veo desde fuera, como en uno de esos sueños extraños que tengo a veces. No debería haber venido, es algo que tendría que haber hecho él solito. ¿Por qué me empeño en buscar el amor constantemente? Con Alfonso era igual, me empeñaba en crear una relación que, si me paraba a mirar muy de cerca, no tenía cimientos en los que apoyarse. Y ahora con Óscar es aún peor porque no me engaña, me dice que quiere estar con ella, y yo empeñada en conquistarlo sin descanso, como si fuera una garrapata. Me doy asco.

Y, tras pensar sobre la asquerosa persona que soy, decido volver a mi asiento y disimular, algo que creo que siempre se me ha dado bastante bien. Pero cuando lo veo con la cara enterrada entre las manos, me derrumbo, no me gusta verlo así.

Me siento a su lado y lo abrazo. Y juro que no aprovecho para tocarle los abdominales.

—Te prometo que todo va a salir bien —le susurro al oído—. La Muerte no tiene ninguna oportunidad contra nosotros.

Parece que le ha hecho gracia porque se incorpora y me sonrío. Mi mundo se ilumina junto a su sonrisa, lo más bonito que he visto nunca. Consigue conmoverme. Lo quiero hacer feliz y si eso significa no poder estar con él en el proceso... que así sea. Total, creo que me quedan quince días de vida.

—No sé qué haría sin ti, Pilar —murmura mirándome a los ojos—. Contigo todo es sencillo.

Y no sé si tomármelo como un cumplido porque en nuestra enferma mente femenina adoramos las dificultades y las tortuosas relaciones sentimentales, parece que cuanto más sufres, más amas. Así que si dice que conmigo es más fácil, me da la sensación de que entonces nuestro «amor» es menor, más liviano, menos intenso.

—La machacaremos —prometo contrayendo la mitad de la cara como si fuera un pirata e imitando un tono de voz rudo, al tiempo que levanto la mano en un puño cerrado.

Suelta una carcajada y me rodea el rostro con sus manos.

—Eres increíble...

Y sin entender lo que está pasando, se acerca lentamente y me da un suave beso en los labios. Se separa y me libera. Me he quedado en blanco, con los ojos muy abiertos. Al final carraspea y veo que está incómodo por lo que acaba de hacer.

—Perdona, no me he podido resistir —se disculpa rápidamente.

El color sube a mi rostro y me apresuro a aliviar la tensión entre nosotros.

—No te preocupes, pero estás avisado. Como lo vuelvas a hacer, te la corto —bromeo con el cartel de retrasada en la frente. Ya no sé cómo comportarme con él, me he olvidado de lo que se debe hacer cuando quieres ligarte a alguien.

Me sonrío de medio lado y me guiña un ojo. Pero no dice nada más.

Llegamos a la estación y al bajar tengo que abrir rápidamente la mochila para buscar algo de abrigo. Hace bastante más frío que en Madrid. Espero que a la Muerte no se le haya pirado la pinza del todo y nos envíe una nevada en plan Elsa de *Frozen*. Ya me la imagino con un disfraz y una peluca rubia maltrecha

cantando *Suéltalo*, en versión cutre, lanzando bolas de nieve a diestro y siniestro.

Busco y rebusco, pero mi enajenada mente hormonada ha olvidado echar algo de abrigo. Sin embargo, veo algunas piezas de encaje que no recuerdo haber preparado. ¿En qué estaba pensando? Supongo que ha sido la falta de sueño, que me deja en plan zombi-zorri.

Me pongo a tiritar y noto los pezones tan duros que podría rayar cristal si quisiera. Por suerte Óscar sale a mi rescate. Me tiende una de sus sudaderas grises preferidas, concretamente la que utilizaba para salir a correr en invierno. Me la pongo sin pensar y, al momento, me siento reconfortada en todos los sentidos. Nos colgamos las mochilas y salimos de la estación. Disimuladamente admiro las casas, tan distintas de las nuestras, con esos tejados angulosos del norte de Europa que tanto me gustan.

Caminamos por una de las calles más importantes de Brasov y de repente entramos en una plaza preciosa desde donde se puede ver lo que parece una catedral importante. Me dan ganas de cogerle la mano y pasear, fundirnos entre la multitud y olvidarnos de todo, pero me obligo a volver a la cruda realidad y me paro delante de un hotel que tiene buena pinta. En la puerta aparece un cartel: «Casa Wagner». Levanto la vista y contemplo un monte precioso. Si tengo que pasar una noche en esta ciudad, quiero que sea aquí. Óscar se para a mi lado y por su expresión sé que también le gusta.

Entramos en la recepción y me enamoro al instante. Se nota que este lugar tiene su historia. Nos reciben con un inglés perfecto. El recepcionista nos dice que solo le quedan dos habitaciones disponibles. Ambas son con una cama de matrimonio. Nos miramos y espero a que sea él quien decida. No voy a ir dando saltos de alegría, eso sería patético. Para mi desilusión se lo piensa, parece que no quiere compartir cama conmigo. El recepcionista empieza a olerse que aquí pasa algo, así que se lanza a preguntarnos si queremos las dos habitaciones... Mierda.

Y Óscar se lo agradece visiblemente aliviado. ¿En serio? ¿Pero qué narices está pasando?

—¿Te parece bien? —me pregunta inclinándose un poco hacia mí. Apoyada como estoy en el mostrador, intento disimular, sonrío y le digo que sí con la

cabeza. «¡Y una mierda!», grito por dentro.

Por suerte las dos habitaciones están en el mismo pasillo. Solo nos separan las puertas porque una está frente a la otra. Abro con mi llave y me meto dentro tan cabreada que no puedo ni pensar. ¿Para qué me besa en el tren? ¿Qué le pasa a esa cabecita suya tan sexi? «Es un calienta bragas, eso es lo que es», pienso con ganas de pegarle.

Enfadada con el cosmos, me desnudo y me meto en la bañera casi sin esperar a que empiece a salir agua caliente. Me estiro y pongo el tapón. Echo jabón a mansalva y pronto desaparezco entre espuma blanca perfumada. Cierro los ojos e intento olvidarme de todo. De que estamos los dos solos. Que está tan cerca y tan jodidamente lejos que me duele respirar. Cierro los ojos y me dejo llevar...

El sonido de mi puerta me despierta sobresaltada. Me he quedado dormida en la bañera. Mi piel está más arrugada que una momia y el agua ya está tibia, por lo que empiezo a tiritar. Salgo un poco mareada y abro la puerta con un albornoz blanco, cortesía del hotel.

—¿Se puede saber qué coño estabas haciendo? Llevo más de media hora llamándote. Casi bajo a pedir una copia de tu llave para abrirla yo mismo —me reprende visiblemente cabreado.

—Me he dado un baño y me que he quedado dormida —explico atontada. Pero veo su expresión de enfado y empiezo a calentarme, en el mal sentido—. De todas formas, tranquilo, que ya soy mayorcita. Además, no sé para qué narices me despiertas, si no quieres ver la ciudad ni nada... —termino diciendo al tiempo que me obligo a cerrar la maldita boca que tengo.

—Estaba preocupado. Pensaba que dejarías las maletas y saldríamos... —me explica ya bajando un poco el tono altivo.

—Pues deja de pensar, no se te da bien —lo ataco cerrándome más aún el albornoz.

—¿Pero qué te pasa de repente? ¿Estás borracha? —me pregunta volviendo al ataque.

—¡Ojalá! Pero no te preocupes, que eso lo arreglo rápido —continúo entrando y abro el minibar. Cojo la primera botellita que encuentro, la abro ante su alucinada mirada y le pego un buen sorbo que hace que mi garganta arda. Me

dan arcadas, pero las controlo bien. Saco otra botellita y se la lanzo sin contemplaciones—. ¡Bebe! A ver si así te relajas.

La coge al vuelo y la deja en uno de los sillones de la entrada.

—No bebo, ya lo sabes —me responde acercándose.

—Pues ya lo hago yo por los dos —contesto y le doy otro lingotazo que se me sube a la cabeza. Miro la botella y maldigo porque es absenta. No podría haber escogido, no sé... ron o ginebra.

—No necesito emborracharme —continúa acercándose más. Lo pillo mirándome las piernas, y cuando me agacho para coger otra botellita, porque ya me he acabado la absenta, recorre con su oscura mirada mi canalillo mal tapado.

—¿Estás enfadada porque he cogido habitaciones separadas, nena? —me pregunta ya a mi lado.

No le contesto porque tengo la boca ocupada alrededor de una boquilla de ron miel. Entra que da gusto. Solo hago un ruidito con la garganta que no sé ni lo que significa.

—No quería hacerte sentir incómoda —me explica con tranquilidad—. Aunque eres tú, te veo y no hago más que recordarme que pareces una niña... y yo ya soy... mayor.

A pesar de mi enfado la forma en la que lo ha dicho ha provocado de golpe una contracción de algo que tengo entre las piernas. El muy cabrón quiere jugar conmigo porque se ha enfadado, lo sé. Es un sádico cuando quiere. Maldito dios griego.

—Pues entonces no te acerques más y déjame en paz —le contesto rematando el ron. Me tengo que sentar de inmediato porque se me está subiendo a la cabeza.

—¿Y qué pasa si no quiero? —pregunta cogiéndome un brazo y aprieta—. No debería, pero ahora mismo ya no me quiero contener más. Aunque sea por última vez...

Frunzo el ceño y lo miro extrañada. ¿Disculpa? Sus ojillos están más brillantes de lo normal, y me acerco un poco para detectar un olor sospechoso en su aliento.

—Eres un mentiroso —lo ataco empujándolo con suavidad y me suelto de

sus dulces garras—. ¡Has estado empujando el codo también!

Y se empieza a reír con naturalidad. Hacía tiempo que no lo veía tan relajado. ¿O será que está borracho? Nunca lo he visto en este estado. Lo disimula bien, pero claramente está algo tocado.

—Sí, he matado a tres botellitas. Merecían una muerte rápida —dice haciéndose el gracioso. Funciona porque no puedo evitar sonreír. Pero me repongo rápido y lo empujo hacia la salida. Después no quiero arrepentirme de nada, no merece la pena.

—Venga, a dormir la mona —le ordeno guiándolo hasta la puerta.

—No, me quiero quedar contigo. No me gusta estar solo, me aburro —me dice resistiéndose a salir.

—Pues haberlo pensado antes de pedir dos habitaciones, tonto del culo —le respondo enfadada de nuevo.

Y, sin previo aviso, se da la vuelta y me besa con pasión. No me da tiempo a reaccionar, cuando me quiero dar cuenta, ya tiene la lengua dentro de mi garganta mientras que con las manos intenta quitarme el albornoz. Le muerdo el labio para que se aparte y cuando lo hace, le meto un guantazo con todas mis fuerzas.

—¡No vuelvas a tocarme! —grito—. ¡Deja de jugar conmigo! —continúo levantando la mano de nuevo.

Es más rápido que yo y en el segundo ataque atrapa mi mano al vuelo y me la inmoviliza. Hace lo mismo con la otra y tira de mí hacia su cuerpo. De repente me tiene entre sus brazos, con el albornoz abierto y con mis labios demasiado cerca de los suyos. Al ser tan bajita y él tan alto, lo tengo agachado. Me siento como una enana al lado de un gigante. Y de repente me asusta un poco su fuerza y su tamaño.

—Ya eres mía...

Le lanzo una dentellada al aire cuando veo que se acerca de nuevo.

—Te arrancaré el labio —amenazo de nuevo luchando para soltarme.

—Si no lo hago, me arrepentiré el resto de mi vida —me susurra al oído—. La culpa es tuya por menearme como lo haces delante de mí. Me has estado provocando desde que salimos.

Rebuzno y forcejeo un poco con él, pero el cabrón tiene fuerza.

—Suenas como un violador. Ya sé por qué no bebes, te conviertes en un perverso.

Suelta una carcajada y, con una lentitud dolorosa, baja una de sus manos hasta uno de mis pechos. Lo acaricia y me pellizca un pezón con fuerza.

—Si no te gusta, dímelo y pararé —me dice con esa mirada de lobo que tiene. Hasta su colmillo parece más afilado cuando se pone en ese plan. Gruño y lucho un poco más sin éxito. Se olvida de mi pecho y sigue bajando la mano por mi abdomen. Para justo cuando llega a esa parte de mi cuerpo que más le extraña.

—¿Puedo? —me pregunta, pidiéndome permiso.

Le diría que no, me haría la digna, le escupiría en la cara esa de modelo que tiene... Pero para qué nos vamos a engañar, llegados a este punto, más cachonda no puedo estar. Así que lo beso con desesperación y le doy permiso.

Y enredamos nuestros cuerpos sin tregua, casi sin tiempo para respirar. Me coge a pulso y le rodeo las caderas con mis delgadas y pequeñas piernas hasta la cama, donde me deja para contemplarme unos segundos.

—Me encantas. Eres tan... natural —susurra casi para sí mismo. Por un segundo me avergüenzo porque no estoy todo lo depilada que debería estar, pero parece que a él no le importa.

Y cuando se acerca, cierro los ojos y pienso que tendré que aprender cosas nuevas de mi nuevo cuerpo, rápido, porque viene con ganas de todo.

Capítulo 31

Día dieciséis. Miércoles

Abro los ojos y sonrío. Una de sus manos descansa sobre mi culo, la otra sobre mi espalda desnuda. Intento incorporarme despacio sin despertarlo y consigo salir de la cama mientras sigo escuchando su respiración lenta y pausada. Está dormidito como un bebé, con los labios hinchados de todos los mordiscos que le di anoche. Empiezo a caminar de puntillas al baño cuando lo oigo maldecir.

—Vuelve... me das calorcito... —se queja medio dormido.

Me río y entro al baño. Me duele todo mi pequeño y maltrecho cuerpecito. Óscar es un bruto de cuidado cuando quiere y ayer quería serlo. Me miro y tengo algunos moratones en el cuello, en los brazos... Aunque tampoco puedo quejarme porque yo también lo arañé de lo lindo. Parece que pagamos el uno con el otro todas las frustraciones que llevábamos acumulando demasiado tiempo, pero en el buen sentido.

Regreso a su lado y le regalo un húmedo beso en los labios.

—Buenos días —me saluda abrazándome con fuerza y me entierra entre las sábanas de nuevo.

—Tenemos que ponernos ya en pie. Hay que coger el autobús y ya son las once... —le explico huyendo de sus garras. Ya me ha atrapado un pecho y busca el otro sin descanso.

Gruñe y se levanta de golpe. Sin decir nada más, se mete en el baño. Oigo la ducha, así que sin pensármelo dos veces corro a frotarle jabón por la espalda. Y tras media hora de más bajo un chorro bien caliente, decidimos que es hora de salir al mundo real.

—Espera, creo que aquí no te he lavado bien —bromea pasándome la mano

enjabonada por donde todas sabemos.

Me río y lo empujo porque me hace cosquillas.

—¡Para! —le suplico entre carcajadas.

Nos secamos mutuamente con esponjosas toallas blancas y nos vestimos en silencio. Tengo miedo de perderlo justo después de haberlo recuperado. Me da miedo el modo en el que reaccione ahora. ¿Hará como si no hubiese pasado nada?

Así que cuando estamos desayunando en el comedor del hotel, sus miraditas empiezan a demostrarme que para él no ha sido suficiente. Me sonrío, me guiña un ojo cada vez que me levanto para coger algo y cuando salimos hacia la parada del autobús, no duda en cogerme la mano, como si fuéramos una pareja enamorada normal.

Por suerte nos ponemos rumbo al Castillo de Bran con rapidez, sin tener que esperar demasiado. Las vistas son increíbles, la vegetación frondosa y los bosques invaden el horizonte, algo que siempre me ha gustado. Es poético y dramático porque en cada vistazo me imagino a la Muerte como la nueva bruja de Blair. Reprimo un escalofrío y me abrazo más al cuerpo de Óscar, que se muestra increíblemente cariñoso conmigo desde anoche.

En cuanto nos bajamos del autobús, miramos hacia el castillo. Es de estilo medieval, blanco con la teja naranja. No sé a Óscar, por lo menos a mí me sorprende. Me lo imaginaba gris y oscuro, con los tejados negros y gárgolas en cada esquina. Pero es de día, luce un sol radiante y los turistas se muestran entusiasmados comprando recuerdos de este lugar en los puestecitos que hay a nuestro alrededor, estratégicamente colocados en el camino hasta el castillo.

—Lo único que impone es que está construido sobre las rocas —murmura Óscar apretándome con fuerza la mano. Le devuelvo el gesto y sonrío. Estaba pensando lo mismo.

Hacemos cola para comprar las entradas. Empiezo a ponerme nerviosa. ¿Dónde estarán? ¿Escondidas en las mazmorras? ¿En la habitación principal, con Andrea atada en la cama? Miro hacia arriba y no veo humo ni escucho gritos que provengan de las ventanas. Todo está en calma, lo que hace que me ataquen más los nervios. No soporto ese sentimiento de anticipación, de energía

contenida y preparada para salir.

—Se me está revolviendo el estómago —confieso en cuanto tenemos las entradas en la mano.

—Tendría que haber conseguido un arma —me contesta Óscar visiblemente igual de nervioso que yo.

—No te habría valido de nada, recuerda que es la Muerte, no creo que te la puedas cargar.

—¿Ni siquiera hierirla? —me pregunta mientras caminamos como dos turistas más en el interior del castillo.

Me lo pienso un momento. Es verdad que cuando he querido pegarle o arañarla, lo he conseguido. Pero de ahí a hacerle daño...

—No tengo ni idea —contesto preocupada. Preocupada por todo en general, por ella, por Andrea, por Óscar... por todos menos por mí, descubro asombrada. A estas alturas no tengo miedo a la Muerte, en el fondo creo que hasta me cae bien de lo loca que está. Pero porque la conozco, sé de primera mano que es capaz de todo, y me angustia que Óscar salga mal parado.

Entramos y empezamos a recorrer las estancias con miedo y cuidado. Antes de entrar en cualquier habitación, asomamos la cabeza despacio, esperando encontrarlas. La gente nos empieza a observar, incluso algunos nos sonrían cómplices, como si estuviéramos cachondeándonos del mito de Drácula. A los que hacen eso me dan ganas de empalarlos en sus propios palitos de helado derretido.

Tras media hora haciendo el mongolo, nos relajamos y empezamos a criticar las instalaciones y el decorado. Por fuera puede llegar a crear expectativas, pero cuando entras y ves una silla como la que podría tener tu abuela en el desván, se te baja todo a los pies. Y cuando ves una cama con una colcha que arrastra por el suelo con dejadez, te dan ganas de pedirles que te devuelvan el dinero. Eso o de ponerte a ordenar todo.

—Creo que esa alfombra la tenemos en casa de mis padres —bromea Óscar en la última estancia.

—Venía preparada para luchar y me voy a ir con ganas de llamar a los gemelos esos que decoran casas —continúo siguiéndole el juego.

—Pues espera, que en cuanto bajemos al patio, me tiro por el pozo que he visto desde una ventana.

Suelto una carcajada y lo beso divertida. Nos abrazamos y caemos en una cama. Los muelles se quejan y, entre asustados y asqueados por el olor a viejo que desprende la colcha, decidimos salir de aquí cuanto antes.

—Deberíamos pasear por los alrededores. Tienen que estar aquí —dice pensativo mientras salimos por la puerta.

Frunzo el labio y me paro en seco.

—Aquí está pasando algo raro. No me cuadra...

—¿Qué quieres decir? —pregunta extrañado.

Nos apoyamos en una barandilla de madera justo a la salida del castillo. Observamos a los turistas haciéndose fotos y contemplando las vistas.

—La conozco y sé que siempre juega sucio. Me da que esto no es más que una de sus trampas para salirse con la suya —digo pensativa.

—Pero no entiendo cómo podría hacerlo. ¿Escondiéndose debajo de la cama? Emparedándose... Quizás haya habitaciones ocultas o pasadizos...

Mi cabeza va a mil por hora cuando veo que alguien me observa desde uno de los puestos. Me pongo en tensión al segundo, pero intento disimular para que Óscar no sospeche nada.

—Voy a preguntar a la gente de las tiendecitas —le digo—. Tú vuelve a la taquilla e indaga, a ver si consigues información.

Se aleja y corro a hablar con el Diablo. Está disimulando con un palillo entre los dientes mientras mira las piernas de unas japonesas ligeritas de ropa.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto en cuanto me pongo a su lado—. Es peligroso, Óscar no puede verte.

Me sonrío y se quita las gafas de sol.

—Tranquila, mi *amol*. Os llevo siguiendo todo el viaje y no os habéis dado cuenta —dice escupiendo el palillo y se enciende un puro—. Mi querida mujercita no está aquí. Está en el Castillo de Poenari, la verdadera residencia de Vlad Tepes.

Mi boca se abre y pongo cara de tonta. Sabía que la Muerte nos la iba a jugar.

—No pienses mal, sois vosotros los analfabetos. No te enfades con ella, es que le fascina el espectáculo —la defiende el cubano. No le rebato porque veo que Óscar ya está volviendo.

—Si te vas a quedar con los brazos cruzados, es mejor que dejes de seguirnos o sospechará algo —susurro con rapidez.

—No puedo intelvenir, la jueza no me lo permite.

Siento a Óscar a mi lado y disimulo lo mejor que puedo.

—Pues muchas gracias, señor —me despido agarrando con fuerza la mano de Óscar y tiro de él para alejarnos lo antes posible, no vaya a ser que al cubano le salgan unos cuernos rojos en su engominada cabellera.

—No es aquí —dice Óscar parándome en seco—, tenemos que irnos al distrito de Arges.

—Ya lo sé, me lo acaba de decir ese señor. —Vuelvo a mirar y ha desaparecido. Espero que no estuviera cotilleando anoche convertido en mosquito.

—Tenías razón, nos la ha jugado. Nos ha hecho perder tiempo —se lamenta revolviéndose el cabello, que con los rayos del sol parece dorado.

—No te preocupes, aún tenemos el suficiente.

Suspira y lo animo con un pellizco en el brazo.

—Vamos a comer algo.

Dos horas después, nos reclinamos en nuestras sillas llenos hasta decir basta. La comida en este país es deliciosa y barata, así que nos hemos vuelto locos a pedir cosas y ahora no nos podemos mover. Jugueteo con un mechón de pelo cobrizo que se me ha escapado de la trenza y lo observo divertida.

—La fortaleza está a unos sesenta quilómetros de aquí... —se queja leyendo datos en el móvil sobre cómo llegar—. Qué mal rollo, para entrar tenemos que atravesar andando lo que se conoce como El Bosque de los Empalados.

—Me da pena dejar nuestro hotel —pienso en voz alta e intoxicada de comida.

—Tenemos que atravesar una carretera que, por lo visto, es la más bonita del mundo. Pero también tiene muchas curvas y está cerrada casi nueve meses al año por la nieve —sigue diciendo mientras yo pienso en lo que me pondré de ropa

mañana. Creo que he cogido un vestido bastante mono que puedo combinar con unos leotardos grises nuevos. A ver si encuentro alguna tienda por aquí...

—¿Me estás escuchando? —me regaña de repente—. Estaba diciendo que deberíamos alquilar un coche, es lo más rápido. Tenemos que salvar a Andrea cuanto antes.

—Me parece bien —consigo responder pensando en las zapatillas que tengo.

Y pasamos la tarde retozando entre las sábanas, con Óscar más tranquilo porque hemos ultimado los detalles del viaje. Ya tenemos el coche alquilado en el *parking* del hotel, provisiones para la subida de la montaña (comida y bebida principalmente), e incluso me he comprado dos modelitos nuevos. Dicen que la vida es corta... Así que la pienso exprimir al máximo bajo el cuerpo de este dios.

Capítulo 32

Día diecisiete. Jueves

En cuanto nos despertamos, nos ponemos en marcha. Desayunamos con prisas y salimos a encontrarnos con nuestro destino. Sin duda internet no nos engañaba, la carretera Transfagarasan es una de las más bellas del mundo. El paisaje es cautivador, con valles infinitos, cascadas y montañas.

—Tenemos que bajar un montón para después volver a subir —se queja Óscar al volante. Resulta tremendamente atractivo verlo sujetando el volante con una mano y con la otra descansando sobre la palanca de cambios. Comprueba cada poco el móvil con el Sygic abierto, que nos muestra la ruta.

Asiento distraída con los pies en el salpicadero, luzco mis botas nuevas color *camel* y toqueteo mi vestidito otoñal recién estrenado. También me he comprado una parca que queda increíble con las botas. Por supuesto Óscar se ha mosqueado cuando lo he llevado de compras, ya que, según él, no estamos de turismo, sino que hemos venido a salvar a su «novia». Claro, por supuesto que la hemos venido a rescatar, pero parece que anoche no se acordaba cuando me tenía a cuatro patas sobre la cama.

Paramos en una gasolinera para estirar las piernas a pocos quilómetros. Me atrapa y me empuja contra el capó y me besa como si no hubiera mañana. Es intenso, pero me sabe un poco a despedida.

—Te queda muy bien este cuerpo —me dice acariciándome la mejilla—. Hasta parece que eres buena y todo...

Le lanzo un mordisco y volvemos a la carretera de nuevo.

Contengo la respiración cuando el móvil nos indica que hemos llegado a nuestro destino. Me desabrocho el cinturón suspirando. He disfrutado mucho el camino hasta aquí, pero me temo que, a partir de ahora, se acaba la diversión.

Nos acercamos andando y lo primero que vemos son una infinidad de escaleras y, en lo alto, las ruinas de lo que antaño fue la morada del verdadero Vlad Tepes, el personaje de ficción conocido como Drácula.

—Mira, hay una tiendecita —dice Óscar guiándome hasta ahí.

Y, en cuanto entramos, sabemos que hemos llegado al lugar adecuado. No hay nadie, a pesar de ser las dos de la tarde. Todo está tirado. La caja registradora abierta, bolsas de patatas rotas y esparcidas por el suelo e incluso una pintada en un sospechoso color rojo rezando: «Bienvenidos, monguelers».

—Esto es obra suya —afirmo sin dejar un resquicio de duda en mi tono de voz.

Aprovecho para coger varias chocolatinas y bebidas isotónicas porque, según lo que hemos leído, tenemos media hora de subida, concretamente mil cuatrocientos ochenta peldaños.

Nos ponemos a ello y entramos de lleno en el bosque de hayas. Resulta tranquilo pero inquietante. Vamos subiendo poco a poco en silencio y cuando llevamos diez minutos, ya estoy hiperventilando.

—Es... pe... ra... —consigo decir ahogada. Me apoyo en la barandilla y doy un trago de agua. Óscar se pone a mi lado y mira a la lejanía muy serio.

—En este bosque se empalaron a cientos de personas, hay quien dice que miles.

—Espero que no sea ese el final que nos tenga preparado la Muerte... —comento agotada—. Ya podían haber montado aquí un teleférico o un ascensor.

—Esto le da más realismo —dice animado—. Vamos, ya queda menos.

Lo miro sin dar crédito porque cualquiera diría que vamos derechos a enfrentarnos con una loca poderosa. Abro la boca para pedirle que vaya más despacio y para decirle que es un desconsiderado porque sus piernas son más largas, cuando siento un pinchazo muy agudo en la pierna y algo que tira de mí hacia abajo. Doy un grito y veo a un perro de color indeterminado que agarra con fuerza mi pierna como si fuera una pata de cerdo ahumada.

—¡Largo! ¡Suéltame! —le grito intentando darle con la mochila.

Aparece Óscar y lo sujeta de la mandíbula para que me suelte. Cuando ve que no lo consigue, abre su mochila y saca todo el embutido que habíamos

comprado. Lo tira al suelo y, gracias a Dios, el perro me suelta y se lanza a por la carne.

Me siento en los escalones y Óscar comprueba que sus dientes ni siquiera han conseguido atravesarme los leotardos.

—No ha pasado nada, no te preocupes. Había leído que en esta región hay manadas salvajes de perros, pero no creía que de verdad atacaran así a las personas —me dice ayudándome a levantar del suelo.

—¿Cuándo has leído tanto sobre esto? —le pregunto con un ojo puesto en el perro rabioso.

—Anoche, cuando empezaste a babear la almohada.

—Ja, ja, ja... Qué ocurrente te has levantado hoy —gruño haciéndome la digna, al tiempo que cojeo y utilizo la barandilla para impulsarme—. No sé por qué estás tan contento...

—Me siento más útil en movimiento, lo que no soporto es quedarme quieto y pensar —me explica adelantándose sin aparente esfuerzo.

Una hora más tarde, llegamos a la cima. Hemos tardado tanto porque he tenido que parar a recuperar el oxígeno perdido en varias ocasiones, hemos comido un tentempié de las sobras que no hemos tenido que ir tirando a los perros para no acabar siendo su postre y porque he remoloneado lo máximo posible. No quería llegar. No quería que esta aventura a solas con él acabase tan pronto.

Alzo la vista y pego un grito. Hay dos cadáveres empalados y una guillotina.

—Son muñecos... —dice Óscar empujándome—. Eres una cagona.

Pasamos la taquilla sin ver un alma y subimos la pequeña cuesta que nos llevará hasta las ruinas del castillo. Hasta ahora no hemos visto nada realmente raro, sospecho que lo peor nos espera al final.

El sol desaparece bajo un conjunto de nubes grises. El paisaje se oscurece y los ladrillos del castillo adquieren una tonalidad más tenebrosa. Espero que a la loca no se le haya ocurrido traer de entre los muertos al dueño del castillo porque, si es así, me largo cagando leches.

Entramos cogidos de la mano con fuerza y comprobamos nuestras espaldas a cada paso con el corazón en un puño. Está aquí, casi puedo oler el humo que

desprende su puro eterno.

Prácticamente paseamos por todas las ruinas cuando su risa colérica invade nuestros tímpanos. Y alzamos la vista hacia el torreón, el único lugar al que aún no habíamos llegado. Echo una última y rápida mirada a las vistas, las grabo en mi retina por si es lo último que veo en este mundo cruel, y nos acercamos buscando el origen de su voz, seguidos muy de cerca por la manada de canes hambrientos.

—¿Crees que son perros? ¿No serán lobos? —pregunto echando la vista atrás un segundo.

—Olvídate de ellos y preocúpate por lo que tenemos delante —me susurra en cuanto entramos en el torreón.

Y en cuanto la veo, cojo el móvil y le mando un mensaje a mis padres. Les digo que estoy bien, que no llamen a la policía (no quiero que empapelen Torrelozones con mi cara pensando que me han secuestrado) y que volveré en unos días.

—¿Qué haces? —quiere saber mirándome alucinado. Él también las ha visto y no entiende mi reacción. El pobre no sabe que yo ya estoy más que acostumbrada a sus numeritos varios.

—Mandar un mensaje a mis padres para que no se preocupen. Me acabo de acordar ahora —explico con tranquilidad.

—¿En serio?

Y, sin contestarle, camino resuelta hasta el interior del torreón.

Ha montado una especie de carpa que parece de un espectáculo circense, algo que en realidad era necesario si pensaban pasarse toda una semana esperando a Óscar, ya que el castillo conserva poco más que las paredes a medio derruir. Hay antorchas ardiendo en cada rincón, una alfombra roja enorme en el centro y, cómo no, la Muerte al final de ella, en lo alto, subida a un trono. A su lado está Andrea, semidesnuda y colgada de un palo.

—¡Socorro! ¡Ayudadme, por favor! —grita histérica retorciéndose entre las tiras de cuero que la mantienen atada.

Siento a Óscar a mi lado y lo retengo en el último momento. Tengo que poner todos mis pequeños músculos en acción para que no salga corriendo hacia

ella.

—Tranquilo, déjame hacerlo a mi modo —le susurro—. En serio, si haces algo, lo vas a fastidiar todo —recalco cuando pone los ojos en blanco—. Confía en mí.

Suspira y finalmente asiente. Me giro y miro a la Muerte.

—Ya te vale... —empiezo a decir acercándome por la alfombra roja hasta el trono—. Esta vez te has pasado.

La Muerte se levanta y golpea el suelo con su cetro gigante. Todo retumba a nuestro alrededor y tengo que taparme un segundo los oídos.

—¡Bienvenidos, mortales! ¡Bienvenidos a mi nueva morada! —grita abriendo los brazos a su alrededor. Va disfrazada de la versión cutre de Drácula. Incluso se ha puesto unos colmillos de plástico con los que casi no puede ni pronunciar bien.

—¡Déjate de tonterías! —grito acercándome un poco más. No sé lo que pretende con todo esto, pero desde luego se ha pasado de la raya.

—No des un paso más si no quieres ver cómo muere —me avisa con un dedo. Me paro donde estoy y me cruzo de brazos resoplando. Qué pesadita se pone cuando quiere. Lo que es capaz de hacer para llamar la atención, la jodía.

Andrea se revuelve y mira a Óscar con los ojos desencajados por el miedo.

—¡Cariño! ¡Pichurrín! ¡Sálvame! —suplica gimoteando como un bebé. ¿Esto es lo peor que le ha hecho en estos días? No le veo ni un solo moratón. A mí me daba de hostias hasta cansarse, además, parece que no ha sufrido ningún daño. He de reconocer que me decepciona un poco, esperaba encontrármela... no sé... llena de mocos verdes pringosos, por lo menos.

La Muerte salta del trono y se acerca a ella para propinarle un revés con poca elegancia. Casi pierde el equilibrio y se cae al suelo la muy torpe.

—¡Cierra tu sucia boca de cloaca pestilente! ¡No hay quien te soporte! —se queja claramente borracha. Veo que tiene una botella de tequila vacía escondida en el trono—. ¡Menuda semanita que me estás dando, coñazo de tía! A ver, de qué te quejas, te llevo cuidando como a una reina desde que te secuestré, ¡desagradecida!

Y tambaleándose ligeramente, se acerca hasta mí. Intenta sonreír cuando

llega a mi lado, pero va tan ebria que hasta eso le cuesta.

—Pilarica, no tendrías que haber venido... —me reprocha chasqueando la lengua y meneando la cabeza—. No sé cómo te las apañas para joderme siempre mis maquiavélicos planes.

—Déjalo, hemos perdido —le pido suavemente—. Acéptalo, no puedes ganar siempre.

Me escupe los dientes de plástico a los ojos, con baba incluida, se tapa la cabeza con la capa y la ondea ridículamente mientras corre de nuevo a su trono.

—¡Yo no puedo perder! —grita cogiendo la botella para tirármela también. Por poco no me abre la cabeza—. Por esta puta —dice señalando a Andrea—, soy el hazmerreír en el Infierno. Ya no me toman en serio. He perdido todo mi *status quo*, como dicen los finolis. ¡Me cago en los finolis!

Me doy la vuelta y le hago un gesto de incompreensión a Óscar, que este me devuelve de inmediato. Parece que la pobre mujer ha terminado de perder la poca cabeza que le quedaba. Hasta Andrea se la queda mirando también.

—Mi querida y pestilente amiga —dice refiriéndose a mí—, no quería ponerte en peligro, pero como eres una retrasada has tenido que venir a tocarme los huevos. Pues que así sea, qué le vamos a hacer.

Levanta el cetro que pesa más que ella y lo estampa contra el suelo. Una grieta gigante empieza a abrirse. Todo el suelo empieza a temblar.

—¡*Welcome to the jungle!* —grita sacándose la capa de un golpe y simula que el cetro es una guitarra eléctrica. Hasta se le mueve la peluca de Drácula con cada golpe de cabeza que da.

Mientras, la grieta se abre más y más engulléndolo todo a su paso. A un lado estamos Óscar y yo intentando mantenernos a duras penas en pie, al otro lado, la loca pensando que estamos en un concierto de *rock*, y Andrea, que intenta soltarse.

—O la salvas o se la traga la tierra, glúteos de acero —le informa a Óscar en medio de un giro que la tira al suelo de boca.

Miramos hacia el palo en el que se encuentra atada Andrea y comprobamos que está en lo cierto, el vacío se acerca peligrosamente a ella. Lo miro y veo determinación en sus ojos. Suelta la mochila en el suelo y se acerca corriendo a

saltar el tramo cada vez más ancho que nos separa.

—¡No! —grito intentando detenerlo, pero es demasiado tarde.

Contengo la respiración hasta que consigo llegar al otro lado. Un movimiento muy brusco me tira al suelo mientras veo que está soltándola. La Muerte sigue a lo suyo, cantando y girando en un baile enfermizo. Y algo hace que mire hacia arriba. La pared se está agrietando peligrosamente cerca de ellos. Intento advertirles, pero otro movimiento sísmico me estrella contra las piedras. Me levanto con las manos y las rodillas ensangrentadas e intento que la Muerte detenga este caos.

—¡Para! ¡Por lo que más quieras! ¡Vas a conseguir matarnos a todos! —me desgañito dejándome la garganta por el camino.

Ni caso, ha entrado en barrena. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que las ruinas del castillo están desapareciendo ante mis ojos, gigantes paredes y pedruscos caen al vacío. La muy loca se va a cargar toda la fortificación. Y de repente veo que la pared sobre la que están Óscar y Andrea se va a derrumbar encima de ellos de un momento a otro.

—¡Salir de ahí! ¡La pared se os va a caer encima! —les aviso.

Me escuchan y se dan cuenta. Suspiro aliviada cuando Óscar consigue soltarla y bajarla del mástil. Se preparan para huir cuando el palo cae y una tira de cuero se engancha en la pierna de Óscar, lo que lo tira al suelo. Caen cascotes encima y lo aprisionan más. Desde lejos veo cómo él le pide ayuda, tendiéndole la mano desde el suelo, y cómo Andrea mira la pared que se les viene encima y huye, tras saltar por encima de la grieta para ponerse a salvo.

—¡No! —grito histérica. Sin pensármelo dos veces paso chocándome con ella y salto cerrando los ojos con miedo a caer. Llego hasta el lado de Óscar y empiezo a tirar de su pierna para liberarlo.

—¡Vete! ¡Huye! —me pide con la cara desencajada.

—No pienso dejarte —gruño tirando con todas mis fuerzas.

Parece que la Muerte se da cuenta de la situación porque la oigo a través del caos. Creo que me está insultando.

—¡Gilipuertas! ¡Aléjate, mongola! —me dice desde el trono. Parece que va a venir a ayudarme cuando el Diablo aparece de repente a su lado y empiezan a

forcejear.

No hago caso a nadie. Me desuello los dedos, pero consigo soltarlo. Lo ayudo a ponerse en pie justo a tiempo, o eso creo. Miro hacia arriba y veo que una mole cae sobre nuestras cabezas y, con un segundo para reaccionar, saco fuerzas de no sé dónde y lo empujo justo antes de sentir cómo me engullen los ladrillos.

Durante unos segundos, solo escucho mi respiración. Después todo se vuelve negro.

Capítulo 33

La nada

Un pinchazo en el dedo gordo del pie llama mi atención. Después ese picor sube por mi pierna y, al segundo siguiente, siento lo mismo en el otro pie. El estómago me duele y, cuando esa electricidad tan molesta llega hasta mis manos, abro los ojos.

Los cierro de inmediato. Me duelen muchísimo. Me molesta la luz.

—Buenas tardes, Pilar —escucho que dice alguien a mi lado. Me suena mucho su voz—. Perdona por despertarte, pero era absolutamente necesario.

Vuelvo a mover los párpados y la veo sentada a mi lado. Vuelve a ser ella misma, con su peluca negra, su abrigo de pieles y su pintalabios rojo descorrido por las comisuras de los labios más secos que he visto en mi vida.

Quiero hablar, pero no puedo. Un respirador y un tubo en la garganta me lo impiden. En los brazos llevo vías, cables... Durante un segundo, me da un ataque de pánico porque no me puedo mover.

—Tranquila, te vas a recuperar —me asegura cogiéndome de la mano.

Y entonces me acuerdo de todo. Pongo todas mis fuerzas en alejarme de su contacto, pero soy incapaz de mover ni un dedo. Así que gruño y pienso que es una puta loca, que la odio, que me ha jodido la vida... Todo eso y más, porque sé que me puede leer el pensamiento.

—A veces las cosas más importantes en la vida son las más difíciles de conseguir —me explica muy despacio con la primera sonrisa dulce que la he visto poner en el tiempo que la conozco. El tono condescendiente que utiliza me toca los cojones muchísimo. Así que la mando a tomar por culo mentalmente—. No esperaba que las cosas salieran así, lo siento. —Y su expresión va tornando hacia algo distinto, quizás irónico.

Abro los ojos todo lo que puedo preguntándole qué ha pasado.

—Hoy finaliza el juego. Has estado en coma trece días. Y si no fuera por mí, no creo que te hubieras despertado más. He tenido que obrar mi... magia — explica enseñándome los dedos.

El corazón comienza a martillar en mi pecho con fuerza y hasta el monitor que tengo a un lado lo señala, al empezar a pitar.

«¿Qué ha pasado con Óscar y Andrea?», pregunto mentalmente.

—Me han prohibido acercarme más a vosotros. A los tres —puntualiza seriamente—. Así que no tengo ni puñetera idea, supongo que seguirán juntos los muy cafres. Espero que dentro de muchos años ardan en el Infierno por cerdos infieles. Según la jueza, me he pasado y he interferido en el juego, así que estos días no he podido hacer nada por ti.

«Gracias a Dios», pienso molesta.

—Tampoco me han dejado cotillear. De hecho he estado retenida contra mi voluntad en mis dominios. Y me han quitado mis poderes temporalmente. Bueno, no todos, he guardado unos poquitos para poder despertarte a tiempo y poder pasar un rato juntas charlando... como amigas.

Si pudiera, la escupiría. Se muestra tranquila, pero no arrepentida. En su calenturienta y enferma mente seguro que hasta le parece gracioso lo que ha hecho. Por su culpa he perdido tiempo, aunque la verdad es que tampoco me iba a servir de mucho.

—Bueno, el juego termina en una hora y ya no me dejan estar más tiempo contigo. Supongo que nos veremos dentro de un rato en el Infierno... —dice como si nada, como si no me fuera a morir. ¡Será desgraciada!

Y de repente la puerta se abre y aparece Óscar. No parece que la Muerte se sorprenda de verlo.

—Me piro. No vaya a ser que me amonesten más y me quiten a Botones — dice saliendo por la puerta sin saludarlo.

Intento girar un poco la cabeza para verlo mejor. Entra y se sienta a mi lado. Quiero sonreír, decirle tantas cosas..., pero el maldito tubo me corta la voz.

—Por fin te has despertado —comenta visiblemente aliviado. No duda en coger mi mano y estrecharla con fuerza. Su calor me atraviesa el pecho e inunda

mi corazón de felicidad—. No sabes lo preocupado que me has tenido estos días... —dice, y hace un puchero. ¿Un puchero? ¿Óscar?

Gruño, que es lo único que puedo hacer. ¿Dónde está Andrea? ¿Qué ha pasado?

—Tranquila, no te fuerces. Las enfermeras me han dejado un segundo para saludarte, pero te tengo que dejar con ellas. Tienen que hacerte algunas pruebas. También he llamado a tus padres, no creo que tarden, acaban de bajar a tomarse un café.

Pongo cara de no entender nada. Necesito respuestas... ¡Ya!

—Has estado en coma, pero te despertaste hace rato, cuando llegó... ella — me explica al ver mi expresión de confusión total—. Antes de que fueras consciente del todo, las enfermeras nos avisaron, a mí y a tus padres. La Muerte pidió unos minutos a solas contigo, pero como no me fío de ella he entrado antes de tiempo, espero que no te importe. Ya me la imaginaba desconectándote para ahogarte con una almohada. —Y sonrío fugazmente—. Tu madre quería saber quién era esa vieja andrajosa y de qué te conocía.

Pongo los ojos en blanco. Menuda mierda todo...

—Oye, Pilar... tú has estado... dormida, pero aquí fuera han pasado muchas cosas —me dice revolviéndose el pelo. Frunce el ceño y chasquea la lengua contra el paladar—. Tenemos que hablar y ponernos al día, supongo.

Mi cara debe ser un poema porque daría mi brazo izquierdo por poder pronunciar una maldita palabra. ¡Necesito hablar! Mi tiempo se agota, voy a morir, me reencarnaré en un bebé gordo y adiós. No lo recordaré, ni siquiera sabré nada de mí misma, de lo que me gusta, de lo que no, de la Muerte... todo se borrará y empezaré de cero. Sí, supuestamente recupero «la vida», o no, porque quizás mis errores me manden al maldito Infierno. Dios... no sé qué es peor. A lo mejor no tendría que haber dicho tantas palabrotas, pero también es culpa de la maldita Muerte, que ha sido una horrorosa influencia para mí. ¡Quién me ha visto y quién me ve! Más cambiada no puedo estar. Parece que soy otra persona desde que me tiré a esa bicicleta para salvar al asqueroso de Alfonso. ¿Cómo puede cambiar tanto la vida de una persona en unos meses? ¿Es siquiera saludable mentalmente? ¿Acabaré como mamuchi? ¿Estoy ya como ella?

Demasiadas preguntas para contestar ahora mismo. Parece que mi expresión asusta un poco a Óscar porque me acaricia el rostro con dulzura y me promete que todo saldrá bien.

«Te lo cuento en una hora...», pienso con rencor.

La puerta se abre y varias enfermeras echan a Óscar de la habitación. Empiezan a mirarme como si fuera un espécimen nuevo en el mundo, conectan cosas, sacan vías, me cambian el gotero... Y yo solo puedo pensar en que no deberían molestarse, total, deben de quedarme ya unos cuarenta minutos de vida. Pobres ignorantes..., pero es cierto lo que dicen de que la ignorancia es la felicidad. Y tanto.

Me informan de que he estado en coma, con muchas contusiones por el cuerpo y cráneo, el brazo roto, el pie... bla, bla, bla. Me dan ganas de decir: «Mire, señora, he sido atropellada, ahogada, espachurrada contra el suelo, apuñalada y sepultada bajo escombros centenarios, no hace falta que me cuente los pormenores de las heridas. ¡Quiero ver el atractivo rostro de Óscar por última vez!».

Tras lo que parece una eternidad, consigo ver el reloj de una de ellas. Son las ocho menos diez. En pocos minutos estaré muerta... Creo que me va a dar un infarto, y es posible porque la niña sufría del corazón. Los segundos van pasando y el tiempo se ralentiza. Las veo moverse a mi alrededor como si fueran pingüinos blancos meneando el trasero por el hielo, como gallinas cluecas haciendo ruido. Mi respiración es lo único que puedo oír. Y cuando la aguja del reloj marca las ocho en punto, cierro los ojos y suplico clemencia mentalmente, por si alguien me está oyendo.

Pero no pasa nada. Sigo en mi maltrecho cuerpo lleno de vías. Quizás el reloj de pulsera de la enfermera está retrasado unos minutos... Perfecto. Me encanta la tortura mental, la espera, la anticipación y la puta agonía. ¿Dónde se ha metido Óscar? ¿Se habrá ido ya con Andrea?

Pero cuando ya son las ocho y diez respiro tranquila. Ha pasado algo que me he perdido. Quizás me dan una tregua por buen comportamiento. O quizás me quieren sana para matarme después, porque así son ellos de majos.

—Esto te va a molestar un poco, te vamos a quitar el tubo —me informa una

de ellas. «Ya era hora», pienso poniendo los ojos en blanco.

Y por fin puedo hablar. La garganta me arde, pero consigo pronunciar algunas palabras.

—Que... venga... Óscar —murmuro con tremenda dificultad.

Todas se miran entre sí y sonríen. Claro, no les ha pasado por alto el portento de hombre que han tenido el gusto de ver. Les diría que es mío, pero no me gusta mentir. Una sale y, al momento, vuelve con él.

—Os vamos a dar unos minutos. Luego seguimos —me informa la mayor, es decir, la más sabia, ya que insta a todas a salir de la habitación.

—Óscar... —lo llamo muy bajito. Corre a mi lado y me rodea el rostro con sus manos. Me sonrío, le brillan los ojos y hace algo que no me esperaba. Me besa. Muy suavemente posa sus labios en los míos, con miedo a romperme, como si fuera de cristal.

—Mi amor —me susurra cariñosamente—, no te haces una idea de lo preocupado que estaba. Pensaba que te morías.

—Dicen que bicho malo nunca muere —bromeo con la voz rota. Me arrepiento al momento de malgastar dolor en decir estupideces—. ¿Y Andrea? ¿Dónde está?

Se incorpora y se sienta a mi lado.

—Es de lo que quería hablar contigo. No sé si es el momento, aún estás débil —apunta entrecerrando los ojos.

—Por favor, necesito saberlo. —«Más que nada porque quiero saber si voy a morir», pienso.

Se muerde el labio y se frota los ojos. Se nota que no ha dormido, las ojeras le llegan hasta el suelo.

—Es largo de contar. Intentaré resumir... —empieza a decir cogiéndome de nuevo las manos—. Cuando me salvaste en las ruinas, me quedé destrozado. Pensaba que estabas muerta y no sabes el susto que nos diste a todos. Cuando la Muerte y el Diablo dejaron de pelear y se dieron cuenta de que estabas herida... creo que a la loca hasta se le escapó un gimoteo. Nos sujetaron y de repente estábamos aquí, en el hospital. Creo que ella quería hacer algo, pero apareció otra mujer con unas gafas enormes y se los llevó.

Para a recuperar el aliento y se revuelve el pelo con cansancio. Debe de haberlo pasado muy mal todos estos días. Para bien o para mal, yo me los he tirado durmiendo tan ricamente.

—Y, en cuanto te ingresaron, tuve tiempo para pensar. Tu diagnóstico era grave pero estable. No querían despertarte del coma por si los daños cerebrales eran peores de lo que se pensaban... La cuestión es que, al segundo día de estar por aquí durmiendo en los pasillos y comiendo basura del bar, vino Andrea a verme. Pretendía que volviéramos juntos a casa. Y entonces lo vi todo claro. Ella salió huyendo, ni siquiera intentó ayudarme. Habría muerto de no ser por ti. — Para de hablar para secarse las lágrimas y recuperar la voz—. Ella no me quiere, nunca lo ha hecho. Y cuando pensaba que te perdía para siempre, me di cuenta de que te quiero demasiado.

—Pero en el fondo la quieres a ella... —me lamento en voz baja.

Niega con la cabeza y me coge con fuerza las manos.

—La quise.

—¿Entonces por qué volviste con ella? —pregunto esperando encontrar la verdadera respuesta, la suya, que es la que realmente cuenta.

—Porque me amenazó con suicidarse si la dejaba —me responde de inmediato. Y hay resentimiento en su voz—. Pero en el castillo me di cuenta de que mentía porque si no fue capaz de arriesgar su vida por salvar la mía, tampoco se la hubiese quitado solo por no estar conmigo. Y eso me liberó. Tú me liberaste de ella.

Ambos empezamos a llorar, quizás por motivos no tan distintos. Yo lo he salvado a él de la misma manera en la que él lo ha hecho conmigo al escogerme.

Capítulo 34

Empezando a vivir de nuevo

Han pasado cuatro meses desde que salí del hospital. Aparte de algunas cicatrices sin importancia, estoy sana y perfecta. Ya se ha ocupado Óscar de tratarme como a una reina, al darme todos los caprichos que se me han ido antojando.

Hemos vuelto a nuestro piso en La Latina. Le pedí que tirara todo lo de Andrea porque no quería nada que me recordara a ella. Por suerte, o por desgracia, volvimos a ver a la Muerte después de unos pocos días de mi salida del hospital. Había sido enviada para explicar a Óscar todo, absolutamente todo. Apareció un domingo por la tarde con champán y chocolate, y tras pensarnos seriamente eso de dejarla pasar, decidimos que si quería entrar, lo haría, así que para qué resistirnos.

Me gustó ver la expresión de Óscar cuando la Muerte le contaba cómo Andrea había sido una bolsa de basura que reclamaba su cuerpo... y el juego. Óscar empezó a atar cabos, y suspiré de alivio cuando no lo vi triste al enterarse de que Andrea ya estaba de vuelta en el Infierno. Nos aseguró que estaba contenta y entretenida con su cuerpo, ligando con todos los que tenían influencias por allí. Ambos sonreímos porque a veces la gente no cambia.

—Espero no tener que veros en mucho mucho tiempo —nos dijo la Muerte ya en la puerta. Nos guiñó un ojo y desapareció convertida en cucaracha.

Otra cosa fueron las chicas. Óscar tuvo que ir a contarles que Andrea había muerto. Por suerte yo no estuve presente, me quedé en casa mientras él cenaba con ellas en casa de Miriam. Me contó que lloraron, gritaron y patalearon al enterarse. Y dos meses después intentamos que me aceptaran como la nueva novia, algo que no me pusieron nada fácil. Se enfadaron con Óscar por

reemplazarla tan pronto. Si ellas supieran... Y, mientras tanto, Olga planeaba su boda con todo el dolor de mi corazón. No me dejan acercarme, se cierran en banda y se niegan a vernos. Espero que con el tiempo nos acepten y que acaben viéndome como una más porque las considero parte de mi familia. Ojalá me equivoque y Olga sea feliz con Adrián y si no, ya me encargaré de hacerle alguna visita para amenazarlo...

Y de mis padres qué puedo contar. Se llevaron el disgusto del siglo desde que desaparecí. Casi los remato cuando los llamaron desde el hospital de La Paz para informarles que estaba en coma y grave. Y por poco los entierro cuando Óscar se les presentó como mi novio y, muy a lo héroe, se echó todas las culpas por mi actitud de los últimos días, la escapada, el viaje... incluso el accidente. Así que ahora no les queda más remedio que aceptar que soy mayor de edad y puedo hacer lo que quiera, como independizarme con un hombre que me saca más de diez años, por ejemplo.

Y Manuela... la pobre está literalmente flipando con mi nuevo novio. He decidido que terminaré el bachillerato a distancia, así que me temo que no la veré tan a menudo. Aun así, he sacado tiempo unas tres veces para quedar con ella y hacerle compañía, y a ver si soy capaz de mejorar su imagen para que su vida sea un poco más fácil. Al menos ya le he depilado el bigote, todo un triunfo.

Al final he conseguido reconciliarme con mis padres, y mis queridísimas amigas van aceptándome poco a poco. Estoy segura de que con el tiempo llegarán a quererme tanto como yo las quiero a ellas.

Y aquí estamos, tomando el sol en una isleta de Croacia llamada Hvar. Ya es verano, cosa que agradezco, porque con todos los disgustos que hemos tenido merecíamos unas vacaciones relajantes. Tenemos alquilado un barquito con el que nos movemos por las islas, y arrugo mi nariz de felicidad al ver a Óscar tan contento, tan moreno, tan guapo y tan irresistiblemente feliz. Ese bañador azul le queda de forma casi prohibitiva y cuando se acerca a darme un beso recién salido del agua, me dan ganas de atraparlo entre mis brazos y no soltarlo jamás.

—Te quiero —me susurra al oído junto con un mordisquito—. Gracias por ser tú.

Me inclino para mirarlo a los ojos, a esos ojazos castaños color miel que me

enamoraron la primera vez que lo vi.

—Júrame que siempre estaremos juntos —le pido abrazándolo con las piernas, con los brazos y con todo mi cuerpo.

—Te lo juro.

Capítulo 35

Y la vida pasa

Y pasan los meses, los años, nuestra boda, nuestros mellizos: Noa y Enola. Un niño pelirrojo precioso y una niña castaña que cada vez que se enfada conmigo me recuerda a su padre porque los dos fruncen igual el ceño. Después vivimos la llegada de nuestros nietos, las canas, los primeros achaques y un veinte de enero llamo a la Muerte por primera vez en demasiados años. No sé si me ha estado siguiendo todo este tiempo, la verdad es que yo no la he visto. En muchas ocasiones me he acordado de ella y, después de tantas vivencias y años transcurridos, su recuerdo se muestra velado y algo descolorido. Pero cuando la llamo en el lecho de muerte de Óscar, sé que vendrá. Sé que ella no me abandonaría en un momento como este.

Y acierto porque aparece como siempre, con su eterno abrigo y su puro. Los años no han pasado por ella, a diferencia de mí, con ya ochenta años soy una viejecita.

—No dejes que se marche sin mí —le suplico en cuanto aparece en nuestra habitación. Óscar respira con dificultad. Sé que le queda poco. Y rompo a llorar porque lo quiero demasiado. Ella se acerca y, sin decirme nada, me abraza.

—Te prometo que nos reencontraremos como amigas en cada muerte que sufras.

Me tiendo en la cama junto a Óscar, que me sonrío débilmente y me abraza. Cerramos los ojos y la Muerte nos envuelve con el humo de su puro. Viajamos juntos al mundo de los muertos y nos despedimos, espero que hasta pronto.

Capítulo 36

Los territorios de la Muerte

Abro los ojos y no me creo lo que estoy viendo. He vuelto al lugar donde comenzó mi vida de verdad; ahora por fin lo he entendido, tantos años después. No hay nada a mi alrededor. No existe el suelo, ni el cielo, solo una blancura pálida que lo envuelve todo. Miro mis manos, otra vez tersas, jóvenes. Me toco el rostro, ese que un día llegó a ser mío, ese que una niña me regaló y que he aprendido a amar. Mi cabellera cobriza ya no tiene canas, vuelve a ser espesa y fuerte.

—Mi amor, vuelves a ser una niña —dice Óscar de repente.

Me doy la vuelta y lo veo como estaba el día de nuestra boda. Creo que, aunque han pasado los años y hemos ido envejeciendo, yo siempre lo he visto así, en el mejor momento de su vida, apuesto, varonil, lleno de vida. Corro a abrazarlo y lloro porque vuelve a estar sano. Ya no escucho a sus pulmones protestar cada vez que respira y siento un nudo aflojarse en mi pecho, un nudo que llevaba tanto tiempo que ni siquiera era ya consciente. La muerte nos ha devuelto, de alguna manera, a nuestra vida.

—Y tú vuelves a ser un hombre demasiado atractivo —bromeo apretándome más a su cuerpo. Es mentira, y él lo sabe. Mis compañeras del centro, donde he estado aprendiendo a hacer punto varios años, se lo comían con sus arrugados ojos cada vez que venía a buscarme. Él nunca envejeció porque nunca se sintió mayor.

—¿Dónde estamos? —me pregunta después de darme un cariñoso beso en la nariz. Me da la mano y miramos alrededor.

—Creo que estamos en los territorios de la Muerte. Aquí se decide dónde iremos —explico intentando recordar lo que hace tantos años viví—. Lo raro es

que ella no esté en su trono esperándonos.

Así que empezamos a andar. Es extraño volver a tener unas piernas jóvenes, poder andar totalmente erguida, que no te duelan los huesos... No quiero volver a ser vieja nunca más.

—Parece que aquí no hay nada —comenta extrañado. Me mira y me atrapa otra vez entre sus fuertes brazos. Nos sentimos como dos niños con juguetes nuevos, con miedo a ilusionarnos demasiado por si nos los quitan de repente.

Mientras nos besamos, una puerta dorada aparece ante nosotros. Nos cogemos de la mano con fuerza mientras la atravesamos en silencio. Nada más pasar nos quedamos petrificados, inmóviles, en un mutismo común. Lo que estamos viendo no es ni medio normal, parece sacado de una película porno para degenerados mentales. La Muerte está abierta de patas mientras el Diablo empuja muy dentro de ella regalándole tiernas palabras de amor. Ambos vestidos, pero con las ropas medio arrancadas y, entre tanto movimiento, me percató que otra vez vuelve a tener pelo. La Muerte se ha dejado crecer su larga cabellera negra, y es cierto lo que decía, tiene una melena preciosa.

Cuando ya no puedo mirar más, escondo el rostro en el torso de Óscar, pero al gracioso de mi marido se le escapa una carcajada. Siempre le han hecho gracia las escenas de sexo descontrolado.

Ambos giran sus agitados rostros hacia nosotros y se separan muy dignos. Bueno, no tanto, la Muerte cae hacia atrás y se queda patas arriba. Vaya... veo que la lencería que le cuelga de uno de sus tacones ya no es vieja y fea... de hecho, es bastante sexi. Será guarrilla...

—¡Bienvenidos a mis territorios! —proclama gritando mientras se intenta levantar. Le señalo el tanga y corre a subírselo. Por su parte, el Diablo se apoya a un lado del trono bastante tranquilo y relajado, se peina y comprueba su manicura. Si es que tiene estilo hasta cuando lo pillan fornicando—. Os pido disculpas, pensaba que tardaríais más en atravesar las puertas.

Óscar y yo nos miramos de reojo. ¿La Muerte pidiendo disculpas? Nuestra conmoción se pasa en el momento en el que empieza a descojonarse.

—Os pido disculpas por no haberos esperado para que pudierais ver cómo me hace el molinillo —aclara seguramente leyéndonos el pensamiento—. Os he

estado observando y, con el paso de los años, habéis ido bajando el ritmo. Y eso en una relación no se puede perder. Pero vamos, que la culpa la tienes tú —dice señalándome—, que siempre has sido más frígida que un palo seco.

Ya echaba de menos sus insultos...

—Nunca cambiarás... —digo acercándome al trono—. Además... ¿qué haces con él? —pregunto bajando el tono.

—Bueno... ¿Te acuerdas cuando estuvimos luchando en el castillo? —me pregunta como si se pudieran olvidar cosas como esas—. Pues se le escapó, dice que sin querer, una bofetada que me tiró al suelo. Y, aunque no soy partidaria de la violencia... aquí todos lo sabéis... Me puso bastante cachonda porque él siempre ha sido demasiado meloso, y ese toque *bondage* me sorprendió muy gratamente —explica mirándolo con ojos lascivos.

—Ahorita me obliga a darle duro —dice el cubano guiñándole un ojo—. No es mi estilo, pero no le puedo negar nada a mi amorcito lindo.

—¿Os habéis vuelto a casar? —pregunta Óscar acercándose también.

—¿Casar? —dice la Muerte poniendo cara de asco—. Ni de coña, tiene más emoción que seamos amantes. Ya sabe que como lo vuelva a pillar con otra, tendrán que ir buscando a otro sustituto para mandar en el Infierno porque me lo cargo.

Miro al Diablo y se encoge de hombros poniendo los ojos en blanco. Parece que le va a consentir lo que sea por estar con ella. Pobre cubano enamorado...

—Bueno, a lo que íbamos. ¿Qué hacemos con vosotros dos? —nos pregunta la Muerte inclinándose en el trono al tiempo que mueve los dedos maquiavélicamente.

Nos miramos y nos cogemos de la mano. Ambos lo tenemos claro. Me lanzo a decirlo, esperando que eso sea suficiente para hacerlo realidad.

—Queremos que nos mandes al Cielo, a los dos juntos —digo deseando con todas mis fuerzas que así sea.

La Muerte nos mira un momento, muy seria, y después suelta una carcajada.

—¿Al Cielo? Hay que ser una jodida monja para llegar allí. Y vamos a ver... —dice haciendo que piensa—. Óscar el otro día insultó a un enfermero al llamarlo *inepto*, y vosotros no lo sabéis, pero el pobre se fue llorando a su casa

como un maricón. También te recuerdo que habéis estado follando como monos en celo...

—¿Es que eso es malo? —la interrumpo enfadada.

—No, no, para nada. Quería decir que eso es un punto a vuestro favor, pero como no te puedes callar ni debajo del agua, maldita entrometida de los huevos, decido por mis santos cojones que no hay cielo que valga. Cada uno se reencarnará por separado, naceréis de nuevo y tendréis una nueva vida.

Nos miramos y apretamos nuestras manos unidas. No nos van a separar tan fácilmente.

—Mi *amol*, ya deja de dar tantas explicaciones a los muertos —la regaña el Diablo—. Lo que tiene que ser, será.

Me pongo a llorar. Hacía mucho que no me sentía como un muerto, y no me gusta. Mucho menos después de pasar toda una vida con él. ¿Qué será de nosotros? ¿A dónde iremos? Lo miro hasta que sus casi dorados ojos me atraviesan entera. Resplandece, es mi faro en la oscuridad. Me he acostumbrado tanto a tenerlo como apoyo, siendo el mejor compañero de vida que nadie puede tener, que pensar en perderlo, en volver a empezar... Me estremezco y lo abrazo, deseando poder fundirme con él para nunca separarnos.

—Mi querida amiga, no te pongas así, esto es ley de muerte —comenta tan tranquila encendiéndose un puro—. Ya habéis tenido vuestro tiempo, vuestros hijos y nietos, que serán los que vivan vuestra historia de amor por vosotros.

Sollozo, y Óscar me aprieta más entre sus fuertes brazos.

—Tranquila, nena, tranquila —me susurra al oído—. No importa dónde estemos, siempre te querré.

Quiere ser fuerte por los dos, pero le noto la voz algo temblona. Alzo la cabeza y lo veo con los ojos vidriosos. Le seco la primera lágrima que resbala por su mejilla y lo beso de nuevo deseando lo indeseable, lo imposible, algo que parece que ya nunca podrá ser.

Y poco a poco nuestro contorno abrazado va desdibujándose, borrándose. Nuestras piernas desaparecen, nuestro torso, y cuando más miedo tengo, cuando más lo necesito, nuestros labios unidos en un beso de amor eterno se evaporan.

Capítulo 37

Una nueva vida

Llevo todo el día buscando un bolso que vaya a juego con mis zapatos. La boda de mi mejor amiga es dentro de unos días y me estoy volviendo literalmente loca.

—¡Sofía! —grita mi hermana desde el otro lado de la tienda—. ¡Estos son divinos! —dice enseñándome unos preciosos. Es que mi hermanita es un hacha en lo que a compras se refiere.

Me voy acercando cuando me choco con una señora que apesta a humo.

—Disculpa, *mongui*, no te había visto —dice guiñándome un ojo y se ajusta un abrigo de pieles desgastado y usado.

«¿Qué me ha llamado?», pienso algo asustada. La sigo con la mirada y desaparece detrás de un probador.

—¿Quién era esa, *Sofea*? —pregunta mi hermana en cuanto llego y cojo los zapatos para verlos de cerca. Desde que somos pequeñas, me llama así para hacerme rabiar.

—Ni idea, me ha insultado, pero no sé ni lo que me ha dicho.

De repente suena mi móvil. Espero que no sea del bufete. Les había pedido la tarde libre, ya bastantes horas de más me tiro trabajando. Pero no, es el estúpido de mi ex, que siempre intenta que volvamos.

—Es Mario... qué pesado se pone —me quejo colgándole.

—Borra su número y pasa de él —me aconseja mi hermana.

—Ya sabes que paso de los hombres. O me hago lesbiana o monja. Además, soy muy independiente y no necesito a nadie a mi lado.

—Sí, ya lo sé. Pero un dulce no amarga a nadie —comenta pellizcándome el culo.

Hago un aspaviento dándole la razón y le digo que vaya a pedir mi número a la dependienta. Obedece y se aleja, y cuando le voy a mandar un mensaje para preguntarle qué narices quiere a mi ex, alguien se choca de nuevo conmigo. Ya pienso que es la señora de antes, pero cuando levanto la mirada, me encuentro con el chico más guapo que he visto en mi vida. De hecho me suena de algo, pero no sabría decir de qué. Hago un traspie por lo embelesada que me he quedado y caigo de bruces al suelo.

—Perdona, ¿te has hecho daño? —me pregunta cogiéndome con delicadeza del brazo y me ayuda a levantarme.

Mis labios se quedan sellados. ¿De qué lo conozco?

—¿Estás bien? —insiste frunciendo el ceño. Me arrastra hasta un banco, donde hay varias chicas probándose zapatos y me obliga a sentarme. Se sienta a mi lado y me toca con delicadeza el tobillo. Reprimo un gritito porque me ha dolido—. Creo que te lo has torcido al caer —comenta concentrado mirando mi piel y recorre con sus castaños ojos mis piernas. Esas a las que debería haber echado crema hidratante...

—Sí, no te preocupes —consigo decir al fin. Me tiembla hasta la voz. Alzo la vista y veo a mi hermana desde lejos, gesticulando gilipolleces sobre qué posturas debería adquirir con este chico en la cama. Me sonrojo y me vuelvo a preguntar si de verdad tenemos los mismos genes. Distráida como estaba me he perdido algo que me ha preguntado.

—¿Estás ahí? —dice reclamando mi atención. Asiento y él me sonrío. Y es entonces cuando me quedo *flasheada*. Es la sonrisa más bonita que he visto nunca. Me transmite calidez, seguridad... y algo conocido.

—Sí, perdona, es que mi hermana es tonta —contesto intentando relajarme—. ¿Tú y yo nos hemos visto alguna vez? —le pregunto con interés—. Es me que suenas mucho...

Se queda pensativo un momento mirándome fijamente a los ojos y me guiña un ojo con descaro.

—Te aseguro que si te hubiera visto antes, te acordarías —contesta con chulería. Empiezo a pensar que es un creído cuando continúa—, porque no te habría dejado escapar. Pero sí, me suenas mucho, como si fuéramos amigos de la

infancia o algo así. Es raro, ¿verdad?

«¿En serio acaba de decir eso? ¿A mí?», me pregunto sintiendo el corazón a mil por hora.

—Aunque parece que estás con tu hermana, me gustaría que me acompañaras un momento aquí al lado a tomar un café —me pide galantemente tendiéndome una mano—. Tenemos que averiguar de qué nos conocemos.

Me levanto sin aceptar su ayuda y le digo con un gesto a mi hermana que volveré en seguida. Ella abre los ojos con exageración y me llama «puta» en silencio.

Nos sentamos en una mesita y pedimos dos capuchinos. Estamos un momento en silencio, él comprobando algo en el móvil y yo asegurándome de que no me huelen los sobacos, con disimulo.

—Bueno, y... ¿a qué te dedicas? —pregunto para llamar su atención.

Deja su móvil en la mesa y me sonrío. Dios, menuda sonrisa tiene... ¿Qué narices hace hablando conmigo semejante espécimen?

—Soy policía. Y no te puedo contar más porque no puedo. Ahora mismo estoy en algo un poco... complicado, por eso estoy pendiente del móvil. Perdona si te he molestado, de verdad que no soy un maleducado —contesta con soltura revolviéndose su mata de pelo castaño brillante.

Y entonces me bloqueo. ¿Qué hace hablando conmigo? ¿Es para burlarse de mí? ¿Será amigo de mi ex y me lo ha mandado para ponerme a prueba? Mi cabeza empieza a crear situaciones, a cada cual más desagradable y, como últimamente me han hecho daño, he perdido la confianza en el género masculino. Me levanto con brusquedad tras inventar una disculpa. No quiero que me vuelvan a joder la vida, y este tiene pinta de hacerlo a menudo y con muchas.

—No te conozco y no te debería juzgar, pero no entiendo cómo un chico como tú está hablando con alguien como yo —digo señalándome. No es que sea fea, soy del montón. Y él deslumbra como un faro en la oscuridad—. Y no quiero que te rías de mí ni que juegues conmigo. Me voy.

Se levanta y me sujeta por la tela de mi camisa a la altura de la muñeca. Su gesto cambia, se suaviza, y en sus ojos veo ternura.

—Perdona, siéntate de nuevo —me pide amablemente—. He tenido muchos

años para jugar con las chicas y ya me he cansado. Llevo un tiempo solo, ya no soy de esos. Te he visto caer y cuando te he tocado, he sentido... algo, no sé explicarlo. Es como si fueras... el hogar. ¿Me entiendes? —me pregunta como avergonzado por lo que acaba de decir.

Bajo las defensas y le sonrío. Es lo mismo que me ha pasado a mí cuando he visto sus ojos.

—Pensarás que estoy loco, pero nena, es como si te conociera de toda la vida —me explica relajado.

Se atreve a acercar su mano hasta la mía, y cuando siento su contacto, algo se activa en mi mente.

Es «Él».

Fin

Agradecimientos

Son muchas las personas a las que agradezco una vez más su paciencia y apoyo en este largo viaje.

A mi familia, por abrirme la puerta y dejarme pasar cuando he tomado una decisión. Por mantenernos a todos unidos. Por ser ellos, irrepetibles y geniales.

A mi marido Ángel. ¿Recuerdas nuestro trato, cariño?: «Casémonos y olvidemos que nos hemos casado». No me imagino la vida sin ti. Gracias, por conocerme mejor que yo misma. Por ser tú, con tus perfectos defectos e insoportables virtudes.

A mi familia política, que son la excepción que confirma la regla. Cuando escucho comentarios negativos sobre las suegras, siempre pienso que he tenido mucha suerte. Y con mi suegro, pues mirarlo es como si viajara en una máquina del tiempo casera para saber cómo será mi marido (si no lo he matado antes de agotamiento mental) dentro de treinta años. Sí, son clavaditos. En serio, da miedo.

A mis amigos. Algunos se hicieron los ofendidos cuando su nombre no salió en los agradecimientos de la primera parte de esta bilogía, es que son muy dignos ellos, así que allá voy: Víctor, Sergio, Cristina, María Elena, Lorena, Raúl, Raquel, Verónica, David, Rebeca, Jesús, Katia... Dios, como me olvide de alguno...

A mis lectores cero: Vicky, Lorena, Cristina, Verónica y Ángel. Aportáis sensatez y coherencia a mis novelas.

A Alina, que en este mismo momento está volando a Rumanía para encontrarse por primera vez con su hijo adoptivo. Lo mejor está por llegar, compi.

A María José de Miguel, de la agencia literaria Mdm. Gracias por todo. Este camino no es tan solitario contigo de la mano.

A Lola y a todo el equipo de Selecta. Me habéis mostrado un camino de baldosas amarillas que espero no tenga fin porque lo emocionante es el viaje, no el destino.

Y, por supuesto, a mis queridos lectores. Sois vosotros los que nos insufláis vida, esperanzas e ilusiones. Sin vosotros, nada de todo esto tendría sentido.

Podéis encontrarme en las redes sociales como «La rata careta escritora».

Gracias.

Si te ha gustado

Al diablo con la muerte

te recomendamos comenzar a leer

Te juro que me amarás

de Fabiola Arellano



Capítulo I

—*Abby, ¿tienes un minuto?*

—Claro, Eva, solo déjame terminar de mandar estos correos y enseguida estoy contigo.

Colgó el auricular y se concentró en la pantalla del PC. Le dolía el cuello y la espalda por la tensión acumulada. Llevaba días trabajando como esclavo, todo con el fin de terminar el proyecto que pensaba presentar a la directiva para solicitar el puesto que el señor Urquiza dejaría libre al jubilarse.

Cansada, movió la cabeza e hizo varios estiramientos para aliviar un poco la rigidez, apagó el ordenador, tomó su bolso y se dispuso a ir al encuentro de su amiga.

—Adelante, pasa y, por favor, cierra la puerta —concedió Eva en cuanto la vio en el umbral.

Abby se extrañó de la actitud de su amiga, parecía tensa y un tanto molesta.

—¿Sucede algo?

—Sí. Es mejor que te sientes.

—¡Vaya! Ahora sí que me preocupaste.

—¿Hace cuánto que sales con César?

—Tres años, ¿por?

—Abby, ¿en qué mundo vives? Todos en esta oficina saben que el tipo solo te está utilizando.

—Eva, lo hemos hablado infinidad de veces y te he repetido hasta el cansancio que sé lo que hago.

—¿Ah, sí? ¿Entonces qué haces tú aquí trabajando como posesa mientras él tiene una maravillosa cena romántica con Mónica López?

—¿Qué? ¡Eso no es verdad! —Se levantó violenta—. Él me dijo que solo era una cena de trabajo con el señor López y yo le creo.

—No vas a abrir los ojos hasta que ese hombre te destroce, ¿verdad? —Eva la miró con pena.

Desde que entró a trabajar en Luminos Prime, Eva sintió un sincero afecto por la chica de los ojos verdes y la sonrisa amable, por eso mismo, odiaba todo

lo que estaba por venir. Había tratado de disuadirla sobre el imbécil que tenía por novio, pero Abby no atendía razones, para ella César era tan perfecto como un dios.

—Eva, sé que César no es de tu agrado, pero... —tomó una bocanada de aire junto con una decisión—, estoy cansada de que todo el tiempo hables mal de él e intentes ponerme en su contra. Incluso, comienzo a considerar lo que me dijo respecto a ti.

—¿Qué te dijo el muy...? —optó por no decir la palabrota que pugnaba por salir de su boca.

—Que en el fondo estás enamorada de él y tienes envidia de lo que hay entre nosotros.

Eva soltó una ruidosa carcajada.

—¿Qué? ¿Enamorada de ese imbécil? Esto sí que es cómico.

—No le veo la gracia, Eva. Desde que te conozco no has hecho otra cosa que llenarme la cabeza con advertencias, sospechas, suposiciones. Todo el tiempo has tratado de disuadirme para que lo deje. En verdad, comienzo a creer que César tiene razón; solo buscas hacerme a un lado y tener el camino libre.

—¿Estás hablando en serio?

—Por supuesto. —Se puso en pie, molesta—. A partir de este momento, dejamos de ser amigas.

—Abby, no sabes cuánto lo siento. —Movié la cabeza en negación—. Quise ayudarte, evitar el dolor y la humillación que... —Hizo una pausa, se levantó y tomó la chaqueta y su bolso—. Olvídalo, eres terca como una mula y, por lo visto, necesitas que la bomba te estalle en el rostro para comprender y empezar a madurar. —Caminó hacia la puerta—. Cuando ese hombre termine contigo, aquí estaré para ti. —Salió sin más.

Abby se quedó rumiando las palabras dichas por su amiga. Adoraba a Eva, pero César era su pareja y tenía que confiar en él. Si tenía que escoger entre ambos, Eva siempre saldría perdiendo.

Salió del privado sintiendo sobre sí el peso del mundo entero. Como autómatas, llegó hasta su auto en el estacionamiento y se marchó a casa.

Una vez en su apartamento, aventó el bolso y las llaves en el sofá, se quitó

los zapatos, que estaban matándola, y se dirigió a la diminuta cocina a por una copa de vino. Por más que lo intentó, las palabras de Eva seguían rondando en su cabeza.

Apesadumbrada, sacó el móvil y comenzó a marcar; al instante canceló. «¿Qué demonios estoy haciendo? César es mi novio, llevamos tres años juntos; jamás se atrevería a engañarme. Además, Mónica es la hija de nuestro jefe, está incorporándose a la empresa, no es de extrañar que esté presente en las cenas y reuniones de su padre».

—Ay, Eva, ¿qué me has hecho? —murmuró al tiempo que bebía un sorbo de vino tinto y encendía el televisor.

Ni su programa favorito logró distraerla, la duda impuesta por su amiga encontró cobijo en sus inseguridades y las acrecentó.

No era tonta, sabía que César era un hombre que no pasaba desapercibido, su impecable modo de vestir, aunado a unos ojos ambarinos de mirada hipnótica, pícaro sonrisa y una chispeante personalidad eran difíciles de ignorar. Nadie mejor que ella para dar testimonio, ya que había caído rendida a él desde el primer «Hola».

Su novio era un hombre extrovertido, atrevido y muy social, todo lo contrario, a ella.

«Vamos, Abby, deja el asunto por la paz o terminarás loca». Apagó el televisor y se aventuró por una tercera copa con la esperanza de que el milagroso elixir la envolviera con su mágico efecto relajante y le permitiera dormir sin problema.

Una vez en su recámara, miró su reflejo en el espejo del tocador. Según decían sus amigas y el propio César, era una chica guapa, pero al pensar en Mónica López se sintió inferior. Esa mujer era el estilo en persona, nunca se salía un pelo de su peinado, el maquillaje siempre impecable, la ropa de diseño súper *chic*, rica, mimada, segura de sí... Esa joven era un claro ejemplo de la perfección femenina que el dinero podía comprar.

Cansada de pelear consigo misma, decidió creer que las acusaciones de Eva no podrían estar más fuera de lugar. Mónica podía tener a sus pies al hombre que deseara con tan solo chasquear los dedos, ¿por qué habría de poner sus ojos en

un simple empleado de la compañía, como lo era César, pudiendo pescar un pez más gordo?

«Es absurdo pensarlo siquiera. Mejor ya duérmete, Abigail, y deja de torturarte con cosas que no pasarán».

Aun con el brebaje prodigioso corriendo por sus venas, pasó una noche intranquila. La lucha entre mantenerse leal a César y las inseguridades acrecentadas por las palabras de Eva le espantaron el sueño llenándola de incertidumbre.

Por la mañana, en cuanto llegó a la oficina, Abby sintió enrarecido el ambiente; a su paso, los compañeros de piso dejaban de hablar para ponerse a murmurar. Pensó que quizá se debía a que, después de una mala noche, su aspecto dejaba mucho que desear. Observó su reflejo en uno de los cristales que dividían los cubículos y, para su sorpresa, descubrió que el maquillaje había hecho un buen trabajo al ocultar las ojeras. Su traje lucía impecable, como siempre, así que optó por descartar que el cuchicheo se debiera a su aspecto, lo que la intrigó aún más.

—¿Es mi imaginación o todos actúan de forma extraña hoy? —preguntó a Lucy, la recepcionista.

—Seguro que comentan sobre la cena de esta noche.

—La cena por fin de año. ¡Lo había olvidado! Ni siquiera me he comprado un vestido.

Eva se acercó en ese instante.

—Deberías tomarte la tarde libre, ir de tiendas, comprar el vestido más *sexy* que te encuentres y unos tacones de vértigo, así como pedir hora en el salón de belleza.

—Te agradezco el consejo, Eva, pero creí que ayer había dejado clara nuestra nueva postura. —Dio media vuelta y se encaminó a su oficina, aun así, alcanzó a escuchar lo que las chicas comentaron sobre ella mientras se alejaba.

—Pobre Abby, es tan dulce. No tiene ni idea, ¿verdad?

—No.

—Eva, ¿no crees que alguien debería decirle?

—Lucy, a estas alturas, creo que lo mejor es dejar que el destino siga su

curso.

—Es una pena.

—Lo sé, Lucy, lo sé.

Inquieta, Abby tomó su bolso y se marchó. Eva tenía razón en una cosa: necesitaba un vestido nuevo.

La cena anual de la compañía se celebraba en el salón principal de uno de los más lujosos hoteles de la ciudad de México. Abby llegó temprano y lo primero que hizo fue sacar el móvil para revisar, por enésima vez, si César la había llamado.

En las últimas semanas, él se había comportado de forma extraña, pero ella prefería achacarlo al exceso de trabajo que su nuevo puesto conllevaba a consecuencia del ascenso. Después de todo, suponía que adaptarse a las responsabilidades contraídas al ser el director de Planeación y Proyectos Especiales, no era cosa fácil.

—¿Dónde estás, amor mío? —murmuró buscando su rostro entre los presentes.

—Aún no llega —aclaró Eva y le ofreció una copa de champaña.

—Creí que...

—Sí, ya sé lo que dijiste y no me importa; soy tu amiga y lo seré hasta el día en que me muera. Por cierto, ¿de dónde sacaste ese vestido? Está de muerte.

—¿Te gusta?

—¡Claro! Te ves guapísima.

—No estaba muy convencida al principio, es muy ajustado y corto, además, el rojo es un color muy llamativo, y en lentejuelas... no sé —vaciló insegura—. La verdad es que nunca me hubiera atrevido a usarlo, pero la dependienta fue muy persuasiva. ¿Crees que a César...?

—Le encantará —aseguró al tiempo que observaba a detalle la prenda—, estás hecha toda una muñeca Barbie.

Y no mentía, el vestido corto, encima de la rodilla, manga larga y con un discreto escote redondo al frente, se pegaba a las curvas de la rubia de tal forma que debía estar prohibido. La hizo girar sobre los altos tacones y, al ver el descarado escote en la parte trasera, soltó una risita. La sensual abertura dejaba

al descubierto la piel hasta donde la espalda insinúa dos coquetos hoyuelos a los lados de la columna.

—¿Quién te viera, Abigail Santos? —expresó con un deje de envidia—. Si ya de por sí el vestido es un escándalo escarlata, el escote en tu espalda es...

—Ni lo digas, que estoy a punto de correr a cambiarme.

—Sobre mi cadáver, ¿oíste? —amenazó Eva, con una sonrisa maliciosa.

Abby llevaba el cabello suelto, cosa que normalmente no hacía, y un maquillaje un tanto cargado. La cascada rubia caía sobre sus hombros y espalda en grandes ondas doradas. A sus ojos la maquillista les había dado un toque de sombra en tono ahumado y a los carnosos labios, un brillo carmín.

Abby era una mujer esbelta y un tanto alta, de finas facciones y exquisitos modales, esto debido a la severa educación que recibió tanto en casa como en los colegios de monjas a los cuales asistió.

—Gracias, Eva. —Sonrió insegura de su imagen. La *fem fatale*, no iba con ella.

—¿Por qué?

—Por ser mi amiga a pesar de que me ponga pesada.

—Aún no agradezcas, espera a que pase la cena y tengas que llorar en mi hombro.

—¿De qué estás hablado?

—De eso. —Señaló la puerta.

En ese momento, el señor López cruzaba el umbral junto con su hija Mónica, pero ella no iba sola; colgada del brazo de un hombre, la mujer sonreía con ese aire de diva que siempre la había caracterizado.

—¿Qué hace él...?

—Espera unos minutos y lo sabrás —sentenció Eva y sorbió de su copa el líquido dorado.

El señor López se acercó al estrado, tomó el micrófono y comenzó con el discurso que, año tras año, daba en la cena anual de la compañía que pertenecía a la familia desde varias generaciones.

—Para finalizar, quiero hacer un anuncio que me llena de orgullo. Acércate, preciosa —pidió—. Mi querida hija acaba de comprometerse en matrimonio con

el nuevo director de Planeación y Proyectos. Un aplauso para Mónica y César Castilla.

Abby sintió el momento exacto en que su corazón se detuvo; por un instante todo a su alrededor parecía moverse en cámara lenta. Paralizada, observó como su «novio» subía al estrado tomado de la mano de la hija del dueño de la compañía.

De pronto recordó la extraña conversación que había tenido con él cuando regresó del viaje por Canadá. «Abby, linda, ¿confías en mí?», le había preguntado».

Ella, tontamente, le había respondido que sí. Entonces él le habló sobre que estaba trabajando en algo que ayudaría a afianzar el futuro económico de los dos para siempre. Que tendrían que pasar duras pruebas, pero que al final podrían estar juntos y felices.

Abby jamás esperó que dicho «trabajo» fuera casarse con la hija de un millonario y dejarla a ella en el plano de la querida o mantenida.

Conmocionada hasta el punto del desmayo, ni siquiera notó que su amiga la tomó del brazo.

—Será mejor que nos vayamos. Nada tenemos que hacer aquí —apuntó Eva al tiempo que luchaba contra el impulso de romper unos cuantos cuellos.

—¡No! —gritó Abby aturdida.

—Abby, déjalo ya. No vale la pena. —La miró con súplica—. No le des el gusto a estos carroñeros de presenciar un espectáculo. —Señaló a los presentes a su alrededor, que la miraban como aves rapaces a la espera de una nueva tanda de carne a la cual devorar.

—¿Lo sabían? ¿Todos ellos...? —murmuró aturdida.

Las interminables preguntas que se arremolinaban en su cabeza eran como una roca que golpeaba con fuerza a sus apaleadas emociones.

—Supongo que, al menos la mayoría, sí —reconoció Eva con pesar.

—¿Desde cuándo?

—Abby, no creo que este sea el mejor sitio para...

—¿Estás feliz? ¿Ambas lo son? —Señaló con dedo acusador a Eva y después a Lucy, que recién se acercaba.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Abby, somos tus amigas! —chilló Lucy afectada.

—No puedes negar que intentamos advertirte un millón de veces —se defendió Eva.

Al borde del colapso, Abby se llevó las manos a la cabeza. Reconoció que sus amigas habían tratado un sinnúmero de ocasiones de hablarle sobre César y su extraña cercanía con los López, en especial, con Mónica.

Tomó una bocanada de aire para refrenar el impulso de correr hasta él y gritarle hasta lo que no era sensato de pronunciar, de arrancar a puños los mechones peliteñidos en negro azulado de la mujer que sonreía encantada con la atención que recibía, así como desgarrar el fino vestido de diseñador que la envolvía en un aire de supremacía.

En un momento dado, las miradas de ambas se cruzaron y, por un breve instante, Abby sintió que Mónica la retaba con burla. Fue un momento tan fugaz que dudó de su veracidad. La hija del jefe reflejaba un aura de inocente felicidad que era imposible creer que existiera maldad o malas intenciones en esa criatura tan refinada y angelical. Se aferraba a César como si este fuera una tabla de salvación. Lo miraba con tal adoración que Abby no pudo evitar sentir pena por ella.

«Otra estúpida que se deja embaucar y cae en las fauces de ese tiburón sin escrúpulos», pensó sintiendo asco de sí misma por ser tan ingenua. César había sido su único novio. El primer hombre en el que confió y al que se entregó sin reserva alguna.

Observó todo a su alrededor y se dio cuenta de que los asistentes se habían dividido en grupos, en los cuales se hacían murmuraciones y cuchicheos. Algunos eran más disimulados que otros, pero en general todos estaban expectantes de ella.

Descubrir las miradas de lástima en unos, compaginadas con las de burla de otros, fue una puñalada mortal.

Derrotada, se aferró al brazo de sus amigas.

—Sáquenme de aquí, por favor —suplicó tragándose las lágrimas y, con piernas vacilantes, abandonó el recinto.

—Lo siento tanto, Abby. —La abrazó Lucy una vez que estuvieron en la calle.

—Ya no importa. Larguémonos de aquí.

Eva y Lucy intercambiaron miradas cómplices. Después de vivir juntas por cinco años, había entre ellas un entendimiento tal que no necesitaban de palabras para saber lo que la otra quería o deseaba.

Las chicas la llevaron a un bar cercano, pidieron una botella de tequila y se acomodaron en una mesa apartada de la barra y de la pista de baile. En cuanto el mesero se marchó, Abby no pudo detener las lágrimas por más tiempo.

—Soy una estúpida.

—Más que estúpida, yo diría que terca —expresó Eva, y apuró su bebida de un solo trago.

—¡Eva! —la reprendió Lucy.

—Déjala, es la verdad —aceptó Abby entre sollozos—, trató de advertirme tantas veces y yo nunca quise escucharla. ¿Puedes creer que hasta la acusé de estar secretamente enamorada de ese... de ese...?

—Oh, Abby. —Lucy la abrazó con afecto.

—¿Desde cuándo? —Se apartó un poco para mirar las caras de sus acompañantes.

—Abby, no creo que tenga caso... —comenzó Eva.

—¿¡Desde cuándo!?! —repitió exaltada, mirando a una y a otra.

—Hace un par de meses —masculló Lucy.

—¿Cuántos?

—Abby... —Lucy hizo una mueca.

—¡Tres, quizás más! —soltó Eva exasperada—. ¿Qué más da cuánto tiempo? El caso es que César es un imbécil y eso nada lo va a cambiar.

—¡Dios! Soy tan patética. —Cubrió su rostro con las manos.

—Eso no es verdad. Solo estabas enamorada —agregó Lucy compungida.

—¡Me lo merezco por idiota! —gritó—. Al día siguiente de que regresó de Canadá, se pasó por la casa para recoger unos trajes que tenía allí —explicó entre hipidos—. Mientras se duchaba para irnos a la oficina, recogí su ropa sucia para ponerla en una bolsa y mandarla más tarde a la lavandería. El caso es que

de su saco cayó un papel, al abrirlo me llevé la sorpresa de mi vida. —Sollozó con más fuerza—. Más tonta no se puede ser —aseguró.

—¿Qué era? —Lucy no puedo evitar que la pregunta saliera de sus labios.

—El recibo de un anillo de diamantes. —Se cubrió el rostro con las manos—. Me gasté una fortuna en este maldito vestido y pagué otro tanto en un salón de belleza porque pensé que esta noche ese puto anillo estaría en mi dedo —expresó llena de rabia.

—Abby, lo siento tanto. —Las lágrimas inundaron los ojos castaños de Lucy—. No tenía ni idea... —Le acarició el cabello—. Se rumoraba en radio pasillo que andaba de coqueto con la hija del jefe, pero jamás pensé que fuera algo tan serio como un compromiso.

—La cena de ayer, ¿no es así, Eva? —Abby la miró con súplica—. ¿Era eso lo que intentaste decirme en tu oficina?

—No sabía que le daría el anillo, pero por Janete me enteré que reservó en el mejor restaurante una cena romántica para dos y que tu nombre no figuraba en la lista.

—¿Cómo pudo hacerme esto? Llevábamos tres años juntos, ¡tres! —Hipeó—. Con razón me dio largas cuando le sugerí que nos mudáramos a vivir juntos cuando él regresara de su viaje por Canadá. Estos últimos días apenas si se pasó por la casa y cuando lo hizo, se marchó enseguida.

—Esa es otra cuestión, ya sé que sabes que en el viaje de «negocios» Mónica estaba incluida; lo que no estás enterada es que fue una escapada a un exclusivo *spa* de parejas.

—¡Lucy! ¡Qué necedad la tuya de echar más leña al fuego! —la reprendió Eva.

—¿Qué? ¿Se fue con ella de paseo romántico y yo ni enterada? ¡Sí que merezco un premio a la estupidez!

—Ya no te tortures, Abby —pidió Lucy arrepentida por su metida de pata.

—Lo peor es que Eva me lo advirtió, ¡Dios!, soy tan estúpida. ¡Estúpida y patética! —Estrelló la frente contra la mesa en varias ocasiones de forma frenética.

—Abby, deja de repetir esa horrible palabra. —Lucy la apartó de la mesa

para evitar que siguiera golpeándose—. No, no llores más por ese... ¡ese poco hombre!

—No, Lucy, al contrario, déjala que saque todo, y qué mejor manera que un buen trago de tequila. —Eva sirvió los respectivos y los repartió.

—Por el club de mujeres engañadas —brindó Abby con amargura.

Varios tragos después, Abby se disculpó y, tambaleándose, se dirigió a los sanitarios para damas.

—Qué horror, Abby; mira nada más cómo estás —reprendió al doble opuesto que el espejo le mostraba.

Después de lavarse la cara y recomponerse el maquillaje, salió con paso zigzagueante. Luchando por mantener el equilibrio, se irguió y chocó contra un muro de músculos envuelto en camisa blanca.

—¿Estás bien?

Abby se quedó embobada ante esa sonrisa de felino en plena caza. Él la tomó por la cintura para evitar que cayera y el tacto de sus manos provocó en ella una serie de estremecimientos que le erizó la piel.

—Yo... lo siento —se disculpó con un coqueto desvío de la mirada.

—No hay problema. ¿Vienes sola?

—Oh, no, estoy con unas amigas —pronunció arrastrando un poco las palabras.

—¿Aceptarías tomar una copa conmigo? —invitó sonriente.

A pesar de la poca iluminación, Abby pensó en que nunca había visto un hombre tan viril y masculino como ese. No pudo evitar compararlo con César; sin margen a dudas, concluyó que este era más atractivo que su ex. «¿Por qué no?», se dijo envalentonada, no sabía si por el alcohol, el despecho o ambos.

—Encantada. —Mostró la más espléndida de sus sonrisas.

Él colocó la mano de forma posesiva en su cintura baja para guiarla hasta la barra y ese gesto le gustó, en demasía, para ser precisos. César nunca la exhibía con el mismo orgullo de macho con el que ese magnífico ejemplar de Adán lo hacía.

—Por cierto, soy...

—Shh —silenció sus labios al posar un dedo sobre ellos—. Esta noche solo

somos una ella y un él.

Lo besó, en un principio, tímida, después, ante la fiera respuesta de él, demandante.

—¿Qué te apetece tomar...?

—A ti —interrumpió atrevida y restregó sus caderas a las de él de forma descarada.

—Eso me agrada. Una chica directa, ¿eh? —Tomó de buena gana lo que ella le ofrecía.

—Sácame de aquí —susurró la joven en su oído.

La inesperada petición de la chica desató en él un maremoto que lo estremeció hasta lo más recóndito. No acostumbraba irse a la cama con desconocidas, pero el efecto de esa seductora criatura causó graves estragos en su cuerpo, mandó de paseo al sentido común y alebrestó su libido como ninguna otra lo había conseguido.

—Sus deseos son órdenes, *madame* —concedió enfebrecido.

¿Qué harías si te dijeran que te quedas sin cuerpo, porque le pertenece a una muerta capulla que lo «necesita» en el Infierno para no tener que pasar la eternidad en una bolsa de basura con dos agujeros por ojos?

Su suerte se decide en un juicio del que no puede escapar, donde no tiene más remedio que aceptar un juego donde perdería todo lo que ha conseguido hasta ahora.

Acepta y vuelve a la vida en un cuerpo totalmente desconocido para ella, en otra vida, con La Muerte como consejera (muy a su pesar) y a la verdadera Andrea de vuelta de entre los muertos, dispuesta a recuperar a Adrián. Será él quien tendrá en sus manos, sin saberlo, el destino de ambas.

Disfruta una vez más con Pilar, La Muerte, Adrián y un nuevo personaje que no te dejará indiferente, donde nada es lo que parece.

Iris Romero Bermejo Compagino mi trabajo en una empresa de catering con la razón que me impulsa a levantarme por las mañanas, que es escribir. Si quieres saber quién soy, solo tienes que buscarme cualquier mañana en el metro rumbo al trabajo con las gafas puestas y un libro entre mis pequeñas manos. Estudié Educación Social y Caracterización, con la intención de “maquillar” un poco la sociedad, pero tras años intentando encontrarme en los más variopintos trabajos, tuve que rendirme ante lo inevitable. Me gusta escribir. Me puedes encontrar en las redes sociales como “*La Rata Careta Escritora*”.

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Iris Romero Bermejo

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-64-7

Composición digital: leerendigital.com www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Al diablo con la Muerte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Iris Romero Bermejo

Créditos